Nicky Walls

AQUÍ, AHORA *y* CONTIGO



De la autora de *A fuego lento*

AQUÍ, AHORA *y* CONTIGO

Nicky Walls

FANDOM BOOKS

Para aquellas personas que creen con todas
sus fuerzas en el destino, y desean
tener uno justo.

Las almas que se encuentran y se reconocen nunca se sueltan.
Ni con el silencio, ni con la distancia,
ni con las vueltas de la vida.

Mario Benedetti

CAPÍTULO 1

UN CÓCTEL, PERO SIN SENTIMIENTOS, POR FAVOR

Kelly

—Una polla… —murmuro, pero al parecer no lo suficientemente bajo, porque Sienna, a un par de metros detrás de mí, escucha a la perfección mi fino comentario, y le resulta tan llamativo y seductor que se le caen las maletas al suelo y no se corta ni un pelo a la hora de gritar a todo pulmón:

—¡¿Dónde?!

A pesar de su desesperación, no contesto nada. No puedo ni respirar con normalidad ahora mismo. Miles y miles de recuerdos me están abofeteando la cara sin parar.

Dios mío…

¿Esto va en serio?

—¿Kelly? —me llama Molly algo preocupada—. ¿Qué te pasa? Parece que estás a punto de vomitar.

Trago saliva mientras sigo con la mirada clavada en un solo punto. En un solo lugar de toda la enorme recepción del resort. En un solo cuerpo. Y en un solo chico. En *él*.

Está apoyado en el mostrador, sonriendo de lado, coqueteando con la recepcionista. Lo sé, porque lo conozco… Lo co-
nocía…

Sé que lo está haciendo por la forma en que inclina su cabeza, por la forma en que coloca sus brazos, por cómo se toca el pelo y por la manera en que sonríe y la mira. De la misma manera en la que un día me sonrió y me miró a mí. Sus ojos están llenos de

picardía, pero no de cariño. Lo sé, porque, aunque lo tenga a más de seis metros de distancia, hubo un tiempo en el que esos ojos me miraron a mí con amor.

El primer pensamiento que me viene a la mente es que está muy mayor. No queda nada de aquel niño de diecisiete años que dejé en Galicia hace seis. No queda nada de aquel Thiago.

El Thiago de ahora es un… hombre.

Me resulta llamativo que solo haya necesitado un vistazo para poder reconocerlo. Quizás sea porque llevo todo este tiempo tratando de imaginar cómo debe haber cambiado en estos años…

Tengo el impulso de esconderme detrás de los sillones de la recepción, detrás de mis amigas, de lo que sea…, pero no alcanzo a mover un solo músculo cuando Thiago mueve la cabeza hacia la izquierda.

Nuestras miradas se encuentran. Y, cuando me reconoce, se le borra la sonrisa de la cara en un instante.

Eso a mí no me ha pasado, porque yo ya estaba seria desde que me subí al avión.

Siento desde la distancia que su cuerpo se tensa, que su respiración se entrecorta, que en su mente está ocurriendo el mismo huracán de recuerdos que yo he tenido. Estoy incluso segura de que nos han llegado los mismos, en el mismo momento, en el mismo orden, con el mismo sabor agridulce.

Solo hay una cosa que nos diferencia: él no se queda petrificado, ni mucho menos quiere huir. Siempre ha sido el echado para delante, el que nunca ha agachado la cabeza, el que, ante cualquier situación, siempre ha dado la cara.

Por eso deja a la recepcionista con la palabra en la boca y camina hacia mí con la agilidad que *le representa*…, que le representaba.

Se me revuelve el estómago muchísimo por el cóctel de sentimientos que me invaden en cuanto veo de cerca sus ojos verdes. Ha pasado de sacarme diez centímetros de estatura, a sacarme casi una cabeza y media. Ahora tengo que levantar el mentón para poder mirarlo a los ojos…

No queda nada del Thiago adolescente que vi la última vez hace seis años… Pero en mí tampoco queda nada de la Kelly de aquel tiempo.

—Kelly… —dice con la voz ronca y mucho más grave de lo que yo recordaba. Mi nombre completo en su boca me quema y me congela. Nunca pensé que volvería a escucharle pronunciándolo—. Joder, joder. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo estás? —pregunta con algo de exaltación.

Me pican los ojos por un instante.

La última vez que *hablamos* nos dijimos de todo, menos cosas bonitas. La última vez que nos vimos nos gritamos que queríamos que la vida nos jodiera mucho, que no queríamos saber nunca nada más del otro y que, si algún día nos encontrábamos en un futuro…, haríamos como si nunca nos hubiéramos conocido.

—Bien… Estoy bien —contesto con la voz ahogada. No puedo tener a Thiago delante. Es imposible—. ¿Y tú? —añado tras un corto silencio, para no quedar tan mal.

Thiago me sonríe. Su sonrisa sigue igual, solo que ahora sus labios son algo más gruesos y tienen alrededor una barba incipiente.

En sus ojos puedo ver que está igual de aturdido que yo al comprender que me tiene enfrente, a unos pocos centímetros…, después de tanto tiempo.

—Bien, Kell…

Kell…

Él era el único que acortaba mi nombre. El único que necesitaba abreviar un nombre corto de por sí, porque la urgencia de llamarme siempre le ha quemado. Porque siempre quería sentirme cerca. Porque sabía que, diciéndolo de forma tan corta y directa, significaba que estaba cerca de él.

A mí, en cambio, siempre me ha gustado sentir en mi boca todas y cada una de las sílabas de su nombre. Nunca he querido acortarlo. Siempre he querido saborear y sentir desde la primera hasta la última letra. De alguna forma, así lo sentía mucho más mío…

Nos miramos en silencio durante varios segundos, y es él quien rompe el contacto cuando decide bajar la mirada hacia mi cuerpo. Su sonrisa se tuerce cuando termina de observarme, pero no es una sonrisa traviesa, es una sonrisa tierna…

Nunca pensé que volvería a mirarme así; no después del daño que nos hicimos, que le hice…

«Mírame con odio, Thiago. Mírame con odio, o lo tendré que hacer yo».

—¿Qué haces aquí, Kell? —pregunta, rompiendo el silencio de nuevo.

Miro a mi derecha, y veo que Molly y Sienna están bastante confundidas, pero muy atentas a la conversación, ya que están intentando descifrar la situación y tratando de comprender quién es el chico que tengo delante.

No he vuelto a hablar de Thiago con nadie desde que llegué a Londres hace seis años. Ninguna de las dos sabe de su existencia. Se quedó en Galicia, se quedó en el fondo de mi corazón, se quedó en un *recuerdo* que nunca pensé que volvería a ver.

—Mi amiga Sienna ha ganado un sorteo. Seis noches en este resort para tres personas y clases de esquiar gratis… y, bueno, da la casualidad de que… —Se me atragantan las palabras en lo más profundo de mi garganta.

—¿Qué…? —pregunta con una sonrisa. Una sonrisa que se le va a borrar bastante rápido cuando le cuente la razón por la que de verdad estoy aquí.

—Que en dos semanas me caso… aquí.

Tal y como había previsto, su sonrisa no decae, sino que desaparece en un microsegundo.

Se queda rígido. Me vuelve a mirar de arriba abajo y le conozco lo suficiente como para saber que está intentando tragarse el nudo que tiene en la garganta. El mismo que tengo yo.

—Te casas… —dice en un suspiro, pero mueve la cabeza rápido, como para obligarse a salir del *shock* de la noticia—. Joder, Kell. ¿Y quién es el afortunado?

Me quedo callada. No me veo capaz de mencionar el nombre de mi prometido delante de él ahora mismo. Así, de golpe…

Thiago debe notar mi incomodidad, por eso simplemente dice:

—Sea quien sea, es un afortunado…

—Gracias… —contesto con la boca pequeña, con la única intención de no dejar que el silencio aparezca de nuevo. Y como parece que él tampoco quiere que haga acto de presencia, y además sé que ahora mismo tiene el mismo revoltijo de sentimientos que yo, mira el reloj que está en su muñeca.

—Tengo que irme. Tengo una actividad —dice nervioso e incómodo.

Eso me llama la atención, y no puedo evitar hacerme miles de preguntas.

¿Quién es Thiago ahora y qué narices hace en Finlandia? ¿Estará de vacaciones? ¿Con su familia? ¿Con alguna… chica? ¿Con sus amigos de toda la vida? ¿Con nuevos?

Sin embargo, de todas esas, solo me atrevo a hacerle la siguiente:

—¿Eres un huésped?

Niega con la cabeza.

—Trabajo en el resort como monitor de viajes y excursiones escolares. Tengo un colegio al que enseñar a patinar sobre hielo… —Sonríe por un milisegundo—. Me alegro de verte bien e igual de preciosa, Kell. A ver si nos vemos por aquí más tarde u otro día… Yo… ahora tengo que… irme. —Sin previo aviso me abraza, y los pelos se me ponen de punta. Los recuerdos al notar su perfume, sus brazos y su calor dan saltos en mi estómago y hacen que quiera expulsar la comida del avión por la boca—. Espero que disfrutéis de la estancia —nos dice ahora a las tres, pero vuelve a mirarme solo a mí al instante—. Nos vemos, ¿vale?

«Nos vemos».

Desaparece pasando por mi derecha y de pronto siento que hay demasiada luz en la recepción y que hace más frío.

—¿QUÉ COJONES HA SIDO TODO ESO, TÍA? —pregunta Sienna.

—Es mi ex… —confieso, porque cuanto antes lo diga, mejor para todos—. Vamos a por la llave de la habitación. Estoy… cansada. —Y sumamente revuelta.

Echo a andar hacia el mostrador de la recepción arrastrando mis maletas. Observo rápidamente a la chica que está tras él; la misma que ha estado coqueteando con Thiago. Es rubia y tiene unos ojos azules muy parecidos a los míos, muy guapa, de unos veintipico. En su blusa blanca del uniforme del hotel lleva enganchada una chapa plateada con su nombre. Se llama Lisa. Y no quiero saber más, ni mirarla más.

Agradezco que Sienna se encargue del papeleo, porque yo ahora mismo no tengo la cabeza para pensar.

Me parece de puta coña que nos hayamos vuelto a encontrar en Laponia después de tanto tiempo y a dos malditas semanas de casarme…

Esto tiene que ser una broma.

¿Por qué narices apareces ahora, Thiago?

CAPÍTULO 2

CUANDO EL SUEÑO NOS GANABA

Kelly

Galicia, dieciséis años antes…

Llegué a España el seis de octubre. Era un día más bien cálido para ser otoño y encontrarnos en el norte del país. Recuerdo que el cielo estaba despejado, casi no corría viento, y el sol estaba a punto de esconderse.

Comenzaba a sentir algo de frío conforme atardecía, pero, a pesar de ello, no me moví. Tenía clara una cosa: aún no quería volver a casa a pesar de que no tuviera ni idea de dónde me encontraba exactamente, ni de si mis padres estaban preocupados porque aún no hubiera aparecido.

Necesitaba quedarme sola durante mucho más tiempo por muy aburrida que me pudiera encontrar… Fue por ello por lo que, de alguna forma, para entretenerme, comencé a centrar todos mis sentidos y mi atención en observar cómo cada vez menos luz alumbraba mi cuerpo, hasta que, de golpe, me sumergí en una completa oscuridad. Ni un mísero reflejo de luz me alumbraba y me pareció de lo más extraño. Era imposible que la noche hubiera llegado de repente.

Me estremecí contra el escalón de piedra de la caseta abandonada en la que me encontraba sentada cuando entendí por qué había desaparecido el sol: mis ojos chocaron con las piernas de un niño en pantalón corto y con heridas en las rodillas. Estaba

delante de mí, a muy poca distancia, de modo que su pequeño cuerpo tapaba por completo los últimos rayos de luz.

Me abracé las piernas y me las pegué al pecho antes de levantar la mirada hacia la cara del niño, quien, al hacer contacto visual conmigo, me miró con mucha intriga y cierta desconfianza.

Tuve que entornar los ojos cuando movió ligeramente la cabeza hacia la derecha y la luz del sol me dio de frente.

—¿Por qué no te conozco? —preguntó.

No le entendí, pero sé que dijo eso, porque años más tarde Thiago me lo contó. Me lo contó todo… Por aquel entonces, no hablaba ni una pizca de español. Mis padres acababan de abandonar Estados Unidos de la noche a la mañana sin ninguna razón, y hacía menos de un día que acabábamos de llegar aquí.

Me limité a observar a aquel niño de ojos verdes y ricitos rubios, casi platino, estudiando su bici, de color verde chillón con pegatinas de *Cars* y *Spiderman,* y su ropa, que parecía de camuflaje. Llevaba unos pantalones color arena oscuros muy manchados de tierra, y una camiseta verde militar también hecha un desastre. De hecho, cuando volví a mirar su cara, me di cuenta de que tenía restos de césped y tierra en la mejilla izquierda, además de unas pecas bastantes pequeñas que le salpicaban la nariz.

Frunció el ceño.

—¿Por qué no me contestas? —Negué con la cabeza para decirle de alguna forma que no le entendía, pero no lo comprendió—. ¿Eres muda?

—*I don't speak your language*.

A él se le iluminó la mirada y su boca se abrió hasta formar una O perfecta.

—¡Hala! —exclamó a continuación—. ¡Yo sí puedo entenderte! ¡Yo hablo muy bien inglés! —me dijo en español, y rápidamente se bajó de la bici importándole muy poco que esta se estrellara contra el suelo.

—*You understand me?* —pregunté, siguiéndolo con la mirada hasta que se sentó a mi lado en el escalón de piedra.

—*YES!* —contestó ilusionado—. ¡Verás cuando se lo diga a mi madre! ¡Estoy hablando en inglés de verdad! Le dije que había mejorado —habló en español y de nuevo no le entendí nada. Aunque, a pesar de ello, no puedo evitar sonreír ante su entusiasmo.

—*How old are you?* —pregunté.

Él me dedicó una mirada dudosa antes de contestar.

—*I'm fine… And you?*

Yo le miré con cierta diversión y no pude evitar reírme.

—*Why are you… lau… gh… ing?* —preguntó muy indignado, aunque de forma torpe. Me pareció muy tierno que tratara de hablar en inglés.

—*Because you were wrong* —contesté—. *I asked you about your age and you told me how you are*.

—Oh… —murmuró, intentando comprender lo que le había dicho, y creo que lo consiguió, porque me contestó correctamente a continuación—. *I have seven years old. And you?*

—*Eight.*

Me miró con curiosidad tras decirle mi edad.

—*You… don't look ol… der… than me…* —murmuró, y podría decir que con algo de rencor… Parecía que no le hiciera nada de gracia que yo fuera mayor que él.

Me quedé mirándolo al no saber qué contestarle. Los últimos rayos de sol le daban contra la mejilla y se colaban en su ojo, dejándome ver una imagen preciosa de su color verde. Desde aquí pude darme cuenta de que tenía más pecas de las que pensaba, y de que le faltaban casi los mismos dientes que a mí.

—*It hurts?* —Le señalé las rodillas.

Él dejó de mirarme la cara para mirar adonde mi dedo apuntaba. Se miró las rodillas y se las limpio con las manos, llevándose consigo los rastros de tierra y de sangre sin darle mucha importancia.

—No es nada. —Se olvidó por completo de que no podía entenderle, porque volvió a su idioma—. He estado haciendo una competición de carreras en la colina con unos amigos, y luego he estado jugando en la tierra haciendo espiona… —Se calló de golpe

cuando escuchó el sonido de una campanita y luego el grito de una mujer—. ¡Tengo que volver o mamá se va a enfadar! —gritó de pronto, asustándome. Luego se levantó del escalón de un salto y fue hacia su bici. La puso de pie y estaba dispuesto a montarse en ella para marcharse, cuando sus ojos cayeron sobre mí—. ¿Tú no vuelves? Es muy tarde. Mamá dice que los niños no podemos quedarnos fuera de casa cuando el sol se esconde porque la gente muy mala sale de noche…

Yo negué con la cabeza, para recordarle que no podía entenderle.

Él dejó caer la bici de nuevo y se acercó a mí. Me cogió de la mano y me levantó del escalón para llevarme con él hacia su pequeño medio de transporte.

—Te llevaré conmigo. *Where is your house?*

Como todavía no sabía ni conocía ningún lugar de Ribadeo, tan solo le señalé una casita de piedra al final de la colina.

—¡Vives a mi lado! ¡Eres mi nueva vecina! —exclamó ilusionado, y a continuación levantó la bici—. *Come on, I'll take you home!*

Él se montó en el sillín, y me señaló con la mano una pequeña plataforma para que me sentara detrás de él.

Me senté y me agarré a su cuerpo mientras él comenzaba a pedalear para bajar la colina.

Temí por mi vida, pero, gracias a Dios, llegamos abajo sanos y salvos.

—¡Thiago! ¿¡Cuántas veces tengo que decirte que te pongas el casco!? —le gritó una señora rubia en cuanto llegamos al final del camino y al inicio del jardín de su casa.

Thiago… se bajó de la bici y yo también tuve que hacerlo si no quería comerme el suelo.

—¡Mira, mamá! ¡He hecho una amiga americana! ¡No sabe hablar español! —le contó emocionado mientras que me señalaba y su madre lo miraba enfadada. Yo no entendí nada.

—¡Thiago, no me cambies de tema! ¿Tú ves normal la ropa que me traes todos los días? ¡Tu padre y yo no ganamos para pantalones!

—Pero, mamá… Te…

—¡Silencio! —le calló y a mí me asustó. Di un paso para atrás—. Entra en casa ahora mismo.

Thiago me miró con pena e iba a decirme algo, cuando el grito de otra mujer nos alarmó a los dos.

—¡Kelly!

Giré mi cabeza y me encontré con mi madre en la puerta de nuestra nueva casa. Llevaba un delantal blanco algo manchado y tenía cara de cansancio. Se había tirado todo el día vaciando cajas y maletas.

—*Home right now or I'm calling your father!* —gritó.

A mí aquello me asustó tanto que salí disparada hacia casa sin despedirme de Thiago…

Aunque la verdad es que nunca nos haría falta, porque la ventana de su habitación y la mía estaban enfrente.

Nunca nos despedíamos cuando cada uno se iba a su casa después de estar juntos, porque siempre lo hacíamos en la ventana… cuando el sueño nos ganaba.

CAPÍTULO 3

RECUERDOS, SENSACIONES Y PROMESAS

Kelly

—Adiós, Alan. Te quiero.

Cuelgo la llamada con mi prometido y suelto un suspiro lleno de cansancio. Estoy… estresada. Muy estresada. Estoy que me subo por las paredes por los nervios, la ansiedad y las expectativas que tenemos puestas en la ceremonia. Por querer que todo salga como lo hemos estado planeando este último año…

Hay cabos aún por atar a dos malditas semanas de la ceremonia, pero todo el mundo (incluido Alan), me recomendaron que viniera aquí con mis dos mejores amigas a desconectar, a tranquilizarme, a pasármelo bien por última vez «sin ser la mujer de nadie»…

Salgo de mis pensamientos cuando el ascensor se detiene de pronto y abre sus puertas en la planta tres. Cuando reconozco a la persona que está ahí parada y de pie, esperando para subirse, el corazón se me acelera un poco.

Thiago está frente a mí y se sorprende tanto como yo cuando me ve.

Casi como acto reflejo, me muevo a un lado (como si el ascensor no fuera lo suficientemente grande para que no cupiese si yo no me movía), y él se sube cuando lo hago.

Podría haber pulsado el botón de «cerrar puertas» hasta romperlo para no tener que compartir este momento a solas con él… Nuestro primer momento a solas después de seis años…

«No te debería haber llegado tan rápido esa observación, Kelly».

La situación está tan tensa, que siento un escalofrío que me recorre la columna cuando las puertas del ascensor se cierran y nos quedamos completamente aislados de todo en un espacio tan pequeño.

—¿Bajas sola a cenar?

Lo miro de reojo. Se ha cambiado de ropa. Ahora va con vaqueros negros, camiseta blanca y una sudadera granate. Así vestido, se parece mucho más al Thiago de diecisiete.

—Eh… n… no. Mis amigas ya están abajo…

Que lleguemos ya.

Que lleguemos ya…

Aún por el rabillo del ojo lo veo asentir lentamente. Luego gira la cabeza y su cuerpo en mi dirección, para poder mirarme con más detenimiento y atención. No soporto hacerme la loca por más de dos segundos, así que finalmente yo también termino mirándolo a la cara.

—Yo… ceno con mis compañeros de trabajo y con los niños de la excursión—dice—, pero, si quieres, podemos luego, no sé, tomar algo y ponernos al día, ¿no?

No.

No tenemos por qué hacerlo. Acabamos mal y ya está. No hay razón para pasar por un momento incómodo tratando de arreglar algo que ya no tiene sentido.

—Hoy no es un buen día. Estoy agotada del viaje —le contesto justo cuando el ascensor llega a la planta del restaurante.

Él asiente, cohibido, y se podría decir que también decepcionado. Aun así, se mantiene sereno y con esperanzas.

—Claro. No te preocupes… Ya hablaremos otro día, Kell.

Trago saliva con fuerza antes de decir lo siguiente:

—*Kelly*, Thiago…

Vuelve a asentir y tan solo dice:

—Buenas noches, Kelly.

Desaparece por el pasillo que da al restaurante sin mirar ni una sola vez hacia atrás. Yo, en cambio, me quedo en el sitio durante

varios segundos mientras le observo alejarse de mí.

Solo cuando tengo los pulmones llenos de aire y el corazón de nuevo en su lugar, camino hacia la mesa en la que están mis amigas cenando.

Me siento frente a ellas y no hago el amago de ir a por algo de comida. Estoy muy revuelta. Llevo así desde que me he bajado del maldito avión y sé que no debo comer si esta noche no quiero ir al baño varias veces.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunto cuando las veo con un papel de color verde menta entre ellas y a Molly con un boli en la mano.

—Eligiendo las actividades que vamos a hacer esta semana. ¿Qué te parece si hacemos *skeleton*? —pregunta Sienna—. Suena bien.

—Suena a que no voy a hacer nada que me ponga en peligro y donde tenga altas probabilidades de partirme una pierna, un brazo o la boca, gracias, tengo una boda a la que asistir.

Molly chista haciendo un gesto de desacuerdo.

—Qué rollazo de tía —murmura, pero la oigo perfectamente.

—Te estás jugando ser la madrina algún día, guapa, yo de ti tendría cuidado con lo que dices.

Ella rectifica diciendo:

—Qué rollazo tienes, tía. Perdón, la dislexia. —Me sonríe y luego me lanza un beso.

Yo la miro fatal, pero Sienna no nos da ni espacio ni oportunidad para que hagamos o digamos nada más, porque comienza a explicarme el *planning* (que han hecho sin mí) sobre lo que vamos a hacer esta semana de vacaciones en este resort.

Está claro que ninguna quiere dejar pasar la oportunidad de poder disfrutar de los servicios y actividades que ofrece el hotel, pues son gratuitos gracias al sorteo que ganó Sienna.

—Mañana vamos al *spa* y a la piscina de hidromasaje. En los siguientes cuatro días tenemos clases de esquiar por la mañana, comidas en la montaña, y para las tardes y las noches iremos viendo. Por último, para el día de antes de la llegada de *tu querido amado*… —Hace una pausa que se me hace eterna. Sobre todo, para

lo que termina decidido—: ¡No te lo podemos decir…! —canturrea con una sonrisa malévola, aunque para malévolo lo de ir a esquiar, sinceramente.

—Yo no voy a esquiar. —Dejo claro desde ya.

—No vas a salir de las pistas verdes —asegura Molly, para intentar convencerme.

Niego. Me da igual. No pienso poner mis huesos, mi boca y mi dignidad en peligro.

—Yo me quedo en el hotel.

—No. Tú te vas a esquiar y a que te dé un poco de nieve en la cara —dice Sienna, robándole una carcajada muy ofensiva a Molly.

Abro la boca asombrada.

—Gracias por la confianza, eh, tía.

—Cariño, nuestro trabajo como amigas es decirte la verdad. No nos des las gracias por hacer algo tan simple —bromea Molly.

Trato de esconder una sonrisa mientras dejo caer mi espalda en la silla y tan solo escupo un:

—¡Que os jodan!

Y, tras eso, desvío la mirada ya que, diga lo que diga, voy a terminar siendo acosada y humillada verbalmente por estas dos mujeres que supuestamente son mis amigas…

Cuando distingo a Thiago entre la gente, algo me hace querer largarme de aquí. No me apetece volver a sentirme incómoda. No me hace gracia la idea de compartir espacios juntos…

Esa idea se reafirma cuando nuestros ojos se encuentran en la distancia.

Desvío mi mirada muy rápido.

—Creo que me voy a ir a la habitación a descansar, no voy a cenar, no tengo hambre —digo—. No os paséis con los chupitos, no pienso soportar la vergüenza de que mañana vomitéis en las piscinas de hidromasaje, ¿vale?

Ambas me miran decepcionadas.

—Tía, se supone que este viaje es tu despedida de soltera que no has podido tener antes… —se queja Sienna.

—Quedan muchos días todavía. Mañana nos emborrachamos y lo celebramos las tres. Os lo juro.

No las veo muy convencidas, pero terminan por asentir.

Es entonces cuando me levanto de la mesa y me despido definitivamente de ellas.

Salgo del restaurante con el mismo nudo en la garganta que cuando he entrado y, sinceramente, creo que no va a desaparecer hasta que no me vaya de aquí…

CAPÍTULO 4

EL MISMO MIEDO

Kelly

Mierda.
Joder. Joder. Joder. ¡Joder!
Esto no me puede estar pasando.

Me meto debajo del agua ardiente hasta la nariz, intentando ocultarme. El corazón comienza a bombearme con fuerza cuando intuyo qué es lo que las dos personas que están al otro lado de la mampara quieren hacer dentro de este *jacuzzi*. El mismo en el que llevo ya mucho tiempo sola.

Sienna y Molly hace como unas dos horas que se han marchado, porque ambas estaban algo mareadas por el tequila que hemos bebido esta tarde. Cuando a mí se me bajó a los talones, me pareció una buenísima idea quedarme aquí sola: las vistas que hay son más que impresionantes. El *jacuzzi* está en la azotea, y el cielo está repleto de estrellas.

Unas estrellas que han dejado de importarme en cuanto he oído que dos individuos han entrado en los vestuarios comiéndose la boca.

Para mi mala suerte, no tengo escapatoria. Solo hay una puerta por la que poder salir, y es la misma que por la que se entra. Y, por si fuera poco, ahora mismo está siendo bloqueada por ellos…

Aunque no pasan más de quince segundos cuando la abren para salir hacia el *jacuzzi* sin dejar de besarse.

Se me baja la presión a números preocupantes cuando reconozco a las dos personas que acaban de cruzar el umbral de la puerta.

No, no, no, no, no, no. ¡No!

Hundo la cabeza por completo cuando los veo empezar a quitarse la ropa sin dejar de avanzar a trompicones hacia el *jacuzzi*.

Madre mía. Madre mía. ¿Qué hago? Joder. ¿¡Qué hago!?

—¿Has cerrado la puerta de fuera? —pregunta Thiago. El agua distorsiona sus palabras.

—No. Sabes que no está permitido cerrar el *jacuzzi* —responde Lisa, la recepcionista, y puedo ver cómo introduce un pie dentro del agua y luego el otro—. Pero no te preocupes, nadie a estas horas nos va a interrumpir, todo el mundo está durmiendo o prefiere hacer de todo menos… ¡AHHHHHHHHHHH! —chilla a todo pulmón de pronto—. ¡Joder! ¿¡Qué cojones…!? ¡Hay alguien dentro del *jacuzzi*, Thiago!

Aunque no hubiera gritado, la falta de aire me habría obligado a sacar la cabeza de debajo del agua de todos modos. Y en el instante en el que me doy cuenta de que esconderme en el agua era el plan más patético que podría haber probado, la situación pasa a parecerme el triple de incómoda de lo que ya lo era.

Lo primero que veo al abrir los ojos es a Thiago, y su expresión se convierte en una de asombro, confusión e incomodidad cuando también me reconoce.

Creo que ahora mismo tenemos todos las mismas ganas de que la tierra nos trague.

—Lo siento… —me disculpo, avergonzada…—. Ya…, ya me *iba*… Estaba a punto… Ya… ya me voy para que podáis… podáis… —Me callo cuando me doy cuenta de que estoy balbuceando como una tonta, y salgo del interior del *jacuzzi* lo más rápido que puedo.

El frío del que me estaba protegiendo dentro de la pequeña piscina me abofetea y me congela hasta los huesos. Se crea un silencio sepulcral y muy incómodo en mi camino hacia mi albornoz (más frío y tieso que yo ahora mismo) y, a pesar de que quería

evitar a toda costa mirar a Lisa, mis ojos, por alguna razón, no paran de fijarse en ella.

Se ha acercado a una de las estufas que hay cerca de la entrada para poder entrar en calor, mientras que su *acompañante* y yo seguimos bajo el frío de Finlandia.

Está tiritando mientras intenta de forma torpe abrocharse los botones de su camisa del uniforme…, y tiene además el pintalabios rojo corrido alrededor de la boca.

A pesar de las circunstancias, no puedo negar ni ocultar que es guapísima.

—Kelly… —La voz de Thiago llamándome me alerta y hace que deje de mirarla y lo mire a él. Encontrar las señales del pintalabios de Lisa en su cara no me permite mirarlo por más de dos segundos seguidos—. Perdona por… Nosotros no, no…

Se me frunce el ceño cuando entiendo lo que trata de decirme, y me es imposible no volver a mirarlo a los ojos cuando hablo.

—No tienes que explicarme absolutamente nada, Thiago —digo, mucho más borde de lo que pretendía en realidad. Su cara de vergüenza se transforma en una de asombro o decepción cuando entiende que me importa muy poco lo que quisiera hacer con Lisa.

Él asiente con la cabeza ante mis palabras sin quitarme los ojos de encima, y decido entonces que es un buen momento para marcharme si no quiero pillar una pulmonía, que la situación sea aún más incómoda, o que mi cerebro empiece a pensar cosas raras sobre lo que acaba de pasar.

Porque no hay razón para hacerlo.

Porque estaría muy mal de la cabeza si esto me afectara lo más mínimo.

—Adiós… —susurro, mirándolo a él primero y luego a ella (a quien desde luego ahora mismo no parece que le caiga especialmente bien).

Lisa me mira de arriba abajo varias veces de una manera muy cuestionable, y de brazos cruzados.

Tampoco la juzgo o la culpo.

Es la segunda vez en poco más de veinticuatro horas que mi presencia ha hecho que Thiago desvíe su atención de ella hacia mí.

«¿Quién es ella, Thiago? ¿Y por qué narices estabas a punto de darle explicaciones de por qué estabas conmigo?», oigo a lo lejos cómo lo recrimina.

Por mucho que me gustaría quedarme a escuchar su respuesta, no lo hago.

Porque escuchar que no soy nadie o que lo soy todo me da exactamente el mismo miedo.

CAPÍTULO 5

PARA SIEMPRE

Kelly

No quiero levantarme de la cama.

No quiero verlo.

No quiero volver a encontrármelo. No quiero verlo con la recepcionista. En el restaurante. No quiero saber ni siquiera que existe. No quiero volver a verlo y no recibir de su parte lo que nos prometimos que nos daríamos si nos encontrábamos en un futuro.

¿Cómo puedo desear que alguien me odie?

«Porque mereces que te odie. Todo se fue a la mierda por tu culpa».

¿Por mi culpa?

Hice lo que sentía que tenía que hacer… Solo tenía dieciocho años y todo se estaba derrumbando. No podía dejarla sola…

«Le hiciste daño. No supiste elegir bien. Lo destrozaste completamente».

También me hice daño a mí misma.

«Fuiste una cobarde».

¿Lo fui?

Casi soy capaz de sentir el mismo nudo en la garganta que hace seis años. Casi puedo escuchar el ruido de los truenos, las gotas de lluvia empapándonos mientras nos chillábamos, las luces del coche alumbrándonos en mitad de la carretera, su voz gritando mi nombre mientras me marchaba y le dejaba para siempre…

Nunca pensé que iba a ser «para siempre» de verdad.

Nada.

Ni nuestro amor ni nuestro adiós. Pero, cuando pasó un mes sin saber nada de él, sin recibir ninguna señal de que intentaba contactar conmigo, de luchar por algo por lo que yo no tuve narices de luchar, supe que de verdad se había acabado.

Que Kelly y Thiago se habían acabado. Que no había nada más.

Que los diez años que habíamos pasado juntos estaban destinados a acabar justo allí, en ese momento. Que ya no había nada más que vivir juntos. Que nos conocimos para un momento, no para toda la vida…

Por mucho que me cueste y me duela admitirlo, me resulta difícil creer que esto ha sido una simple coincidencia. Es completamente imposible.

¿Por qué tengo que creer tanto en el destino? ¿Qué es lo que supuestamente tengo que demostrar con esto? ¿Que quiero a Alan ante cualquier circunstancia que la vida me ponga delante?

Pues sí. Lo quiero. Joder, claro que sí…

Salgo de la cama de un salto cuando siento la bilis por mi garganta. Corro hacia el baño y llego justita a echar la cena por el váter.

Justo cuando termino, llaman a la puerta del servicio. He debido despertar a Sienna o a Molly con mis arcadas.

Antes de enjuagarme la boca, abro la puerta del baño porque Molly no para de aporrearla y me va a dar dolor de cabeza. Cuando quito el pestillo, entra al interior alarmada.

—¿Acabas de potar? —pregunta mirando el váter.

—Ajá —contesto mientras me acerco al lavabo para lavarme los dientes—. No te preocupes, me pasa a menudo. Son los nervios por la boda.

—¿No estarás embarazada? —pregunta, y a mí me provoca un infarto. La palabra *embarazo* sí que me produce hasta el peor mal del mundo.

—Sí, de un bebé muy gordo llamado ansiedad —contesto con el cepillo de dientes en la boca.

Molly se adentra un poco más en el baño y se acerca al lavabo. Apoya su cadera en el mueble y me mira con sus grandes ojos marrones mientras me lavo los dientes.

—Me preocupa que estés tan estresada… Kelly, de verdad, esta semana no tienes de qué preocuparte. Las cosas de la boda están casi zanjadas. Estás en un lugar precioso, con nosotras, a punto de casarte con un chico guapísimo y rico… Vas a tener una luna de miel de ensueño, estás trabajando en lo que adoras… ¿Qué te pasa en realidad?

Aprieto los dientes por unos segundos, y luego cojo una respiración profunda antes de hablar.

—Me pasa que… Las expectativas —miento, más o menos—. Me da miedo que las cosas no salgan como espero después de todo el tiempo y esfuerzo que le hemos invertido…. Mi madre no me perdonaría en la vida que algo saliera mal.

Molly suspira y luego me acaricia el brazo.

—Todo va a salir bien, Kelly… —dice con tanta calma que por un momento hasta la creo—. Pero no puedes desaprovechar uno de los días más bonitos de tu vida por estar centrada en lo que los demás quieren de tu boda, porque ese día deberías regalártelo a ti misma. Ya sabes qué es lo que le digo a todos mis clientes: cuanto más te esfuerces por salir bien en una foto…, peor saldrás.

Sonrío un poco; esa fue una de las primeras frases que le oí decir. Molly trabaja como fotógrafa profesional para una revista. Mi madre una vez la contrató para una sesión y nos caímos bien al instante. Nos dimos los números de teléfono y quedamos varias veces. Ella fue la que me presentó a Sienna poco tiempo después.

—Eres consciente de que este día con Alan lo vas a vivir una vez y no más, ¿verdad? —Asiento—. ¿Y vas a arruinarlo así, Kelly? Sé que eres capaz de ser perfecta sin la necesidad de tener que renunciar a pasártelo bien. Con tu trabajo eres así. También puedes llevarlo a lo personal. Yo te puedo ayudar. ¿Confías en mí?

La miro confundida.

—Claro que confío en ti. ¿Pero qué vas a hacer?

—Deja que yo me encargue de los últimos detalles de la boda.

Casi se me sale el corazón por la boca.

—¿Qué? No, Molly, eso es cosa mía y…

Me sujeta por los hombros y me interrumpe.

—Y yo quiero que disfrutes de estas minivacaciones con nosotras para que en tu día estés como nueva. Hasta dentro de una semana y media olvídate de que te casas. Eres Kelly Williams y estás en la maldita Laponia para tocarte el higo, no para casarte. Repítelo —me ordena muy seria.

—Molly…

—Repítelo, Williams, o cuando vayamos a esquiar te tiro del telesilla.

—Dos cosas. Uno: eres una bruta violenta. Dos: yo no voy a esquiar.

—Ohhh…, ya te digo yo a ti que sí.

Me quito sus manos de los hombros.

—Ya te digo yo a ti que no.

—No, ya te digo yo a ti que sí —dice con un tono de voz muy amenazante.

—¿O qué? —reto, cruzándome de brazos.

—O llamo a la guapísima Samantha Díaz, para decirle que al final te casas en Yucatán dentro de ocho meses, y te quedas sin los vestidos de damas de honor que tanto trabajo y dinero te han costado.

Abro la boca tanto, que casi siento que mi barbilla toca el suelo.

—No serías capaz…

—Cariño, ya lo creo que sí —dice con una sonrisa malévola que consigue que me entre la duda de si sería capaz o no—. Yo de ti no me pondría a prueba, Williams, puede que tus queridos vestidos terminen en el fondo de un bonito, pero oscuro cenote.



Que alguien me saque de aquí.

—A ver, chicos, escuchadme atentamente. Sois el grupo con el nivel más bajo, pero eso no quiere decir que vayáis a quedaros conmigo toda la semana. Os prometo que vais a mejorar y que podréis ir con el resto de vuestros compañeros a las pistas de más nivel. Hoy aprenderemos las cosas más básicas sobre cómo esquiar. Os enseñaré a frenar: cosa superimprescindible para que nadie vuelva a casa con menos dientes de los que trajo —«qué gracioso»—, y también os enseñaré a cómo levantaros correctamente, porque caeros es lo que más vais a hacer hoy, pero os prometo que es lo normal y que no os vais a romper nada —dice, y mi monitor me lanza una mirada de reojo que no sé si me ofende—. ¿Tenéis ganas de aprender?

Todos los niños gritan ilusionados que sí. Yo me pongo roja cuando me doy cuenta de que casi triplico la edad de los críos y de que soy la única adulta.

Como Molly y Sienna saben esquiar perfectamente, están con el grupo más alto, y encima confían en que yo aprenda en un solo día lo bastante como para que mañana pueda juntarme con ellas.

Yo me meo, de verdad.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta una niña de pelo negro y ojos azules a su nuevo monitor mientras mueve exageradamente las pestañas.

—Me llamo Thiago Vázquez —contesta.

—Yo me llamo Poppy.

Y yo me llamo Kelly, y me quiero ir al hotel.

—Vale, chicos, vamos a comenzar —dice después de sonreírle a la niña—. Detrás de mí está la pista verde con menor inclinación que hay en esta estación. Esta pista es para que sintáis lo que es deslizaros por la nieve con los esquís, pero no vais a coger nada de velocidad, así que no os vais a caer, os lo prometo. —Yo no lo tengo tan claro—. Vais a bajar de uno en uno y veréis que al final hay un pequeño valle que os ayudará a frenar naturalmente, no tendréis que hacer nada. Yo os espero abajo, ¿entendido?

Todos los niños asienten y Thiago, tras repetir que quiere que bajemos de uno en uno, comienza a descender.

Cuando llega abajo, nos hace una señal con la mano para que comencemos a bajar.

No hace falta que nos pongamos de acuerdo sobre quién va a ser la primera, porque Poppy, sin preguntar si alguien quiere bajar, se mete de lleno en la pista y la baja como si fuera una experta. Thiago la espera abajo y, a pesar de que frena ella sola por el valle, él la ayuda a enderezarse.

Tras chocarle los cinco, nos hace otra señal para que baje el siguiente.

Creo que aún estoy a tiempo de pirarme de aquí.

Aquel pensamiento intrusivo me persigue hasta que ya es demasiado tarde. Todos los niños están abajo y esperan a que yo también lo haga para poder continuar con la clase.

La verdad es que se me seca un poco la boca.

No me atrevo a bajarla. Quiero mantener todas las partes de mi cuerpo íntegras y completas.

Creo que sí que me voy a dar media vuelta.

—¡Williams, no vale echarse atrás! —me grita Thiago desde abajo.

Dios mío. No quiero bajar. No me veo capacitada. Vale que no sea difícil bajar esto, pero soy una persona completamente nula para los deportes. Tengo muy mala coordinación, y ver que ningún niño se ha caído, me impone una responsabilidad bastante grande. No puedo hacer el ridículo delante de críos de diez años, y aún menos delante de Thiago.

Lo tengo decidido.

Me voy al hotel.

—¡No voy a bajar! —grito, y desde la distancia puedo ver el desacuerdo en su cara.

—¡Kell, no te vas a caer! ¡Te lo prometo! —Me intenta convencer.

Niego con la cabeza.

—¡Me voy!

—¡No! ¡Espera!

Veo cómo les dice algo a los niños, y luego de pronto Thiago comienza a subir la pista.

Se me acelera el corazón cuando se detiene delante de mí. Me resulta increíble lo mucho que ha crecido. No me creo que me saque más de una cabeza y media y que su cuerpo casi tenga el doble de tamaño que la última vez que lo vi.

El sol le da justo en la cara y sus ojos verdes se ven aún más verdes. Las pecas de su nariz siguen estando presentes y en los mismos lugares en los que las recuerdo. Siempre le han dado un toque dulce que me ha encantado…

Él no lleva casco, cosa que me permite ver su pelo y sus rizos dorados revueltos en lo alto de su cabeza y cayendo de forma rebelde por su frente. Ya no lo tiene tan rapado por los lados como antes. Sigue estando algo más corto que arriba, pero ahora es un corte más maduro. Seguro que su madre se alegra un montón de que su hijo ya no lleve, como ella decía, una escoba en la cabeza.

Thiago se agacha y coge del suelo (a mi lado) dos bastones de esquiar. Los sujeta firmemente por la parte final y puntiaguda, y los alarga para que yo coja los extremos contrarios.

—Agárrate, Kelly —pide.

Lo miro con duda. Primero a él, luego a la pista y después a los bastones.

—¿Qué…? ¿Qué vas a hacer? —pregunto, intentando entender qué trama.

—Voy a bajar contigo.

—¿Conmigo? ¿Cómo?

Me clava la mirada.

—Yo iré de espaldas y te guiaré con los bastones. Haré de contrapeso para que solo tengas que deslizarte y no percibas la sensación de que coges velocidad.

Lo miro atónita.

—¿De espaldas? ¿Y si te caes?

Niega con la cabeza con seguridad.

—No me voy a caer, no te preocupes.

—No me preocupo…, solo es que… —Me callo cuando me doy cuenta de lo borde que he sonado.

Thiago no muestra ningún tipo de emoción ante mi respuesta. Tan solo mira por encima de su hombro para comprobar que todos sus niños siguen sanos y salvos. Tiene a muchos críos bajo su responsabilidad.

—Agárrate —pide de nuevo, y esta vez lo hago.

Cuando se asegura de que me he agarrado bien, comienza a deslizarse para atrás y, como ha dicho que haría, soporta mi peso para que no me estrelle contra su cuerpo y para que en consecuencia no le haga perder el equilibrio. Yo no tengo que hacer nada. Solo dejarme empujar.

O eso se suponía.

—Kelly, tienes que hacer fuerza con las rodillas. Endereza tus esquís, están bailando mucho —dice, mientras que seguimos bajando lentamente—. Ahora da igual porque soy yo quien está haciendo la fuerza, pero la próxima vez vas a tener que llevar tú el control.

—No sé si va a haber próxima vez —confieso, aún nerviosa.

Su entrecejo se frunce.

—¿Por qué no?

—No me quiero romper nada antes de la boda.

—¿Y si te prometo que no te vas a romper nada?

—Eso no depende de ti. No puedes prometérmelo.

—No, tienes razón, pero tengo experiencia y nunca pondría en peligro a un alumno. Más aún cuando… tiene un día tan importante cerca.

Voy a contestarle, cuando un empujón en mis piernas me hace chocar contra él. Thiago tiene buenos reflejos y se aparta los bastones a tiempo para no clavárselos en el estómago. Mi cara se estampa contra su pecho. Consigue mantener el equilibrio y me agarra de la cintura con un brazo para evitar que me caiga.

Me separo rápido de él y miro sobre mi hombro para saber qué es lo que me ha empujado. Para mi sorpresa, me encuentro tirado en el suelo a un niño de no más de cuatro años, que ha comenzado a llorar por el golpe.

¡Dios mío, pobrecito!

Thiago me hace a un lado para poder socorrer al niño cuanto antes; yo le ayudo. Ambos nos agachamos, pero es Thiago quien lo levanta del suelo.

—Eh, campeón, no pasa nada —lo anima mientras le limpia la ropa llena de nieve. El niño le agarra de la mano sin dejar de llorar.

—¿Te has hecho daño en algún lado? —le pregunto mientras lo examino con la mirada, pero el niño niega. Solo está llorando por el susto, gracias a Dios.

—¡Arthur, joder, mal! ¡Muy mal! ¡Sube y vuelve a bajar! —gritan desde arriba.

Thiago y yo miramos a la vez en dirección a la voz, y nos encontramos con un chico que lleva la misma chaqueta de monitor que Thiago.

—Puto gilipollas… —susurra él entre dientes.

Yo miro al niño, que sigue llorando y tiene cara de susto… Le acaricio la espalda para tratar de tranquilizarlo.

Niega repetidas veces con la cabeza, indicando que no quiere volver a subir. Se pega más a Thiago y, a pesar de que no lo conoce, creo que debe de darle mucha más seguridad que el tío de arriba.

Cuando Thiago ve cómo el niño se estremece ante la orden de su compañero, levanta de nuevo la cabeza y grita:

—¡A Arthur me le quedo yo, Mikael!

A él no le sienta nada bien la decisión, porque baja la pista escopetado.

—Ni se te ocurra, devuélveme a mi alumno —le exige, no muy amablemente. Y trata de coger al niño del brazo, pero lo detiene antes de que pueda tocarlo.

—Va a ser que no —contesta.

—No era una puta pregunta —escupe, acercándose un poco más a Thiago para encararlo.

—¿Me ves cara de que me importe, Mikael? —pregunta retóricamente y muy borde. Está más que claro que no se llevan nada bien…

Mikael aprieta la mandíbula con fuerza, mientras mira a Thiago muy serio.

Dios mío.

La tensión se podría cortar con un cuchillo.

—No puedes apropiarte de mis alumnos —dice.

—Aprende a no hacerles llorar en tus clases, y no te los quitaré.

—Mi forma de enseñarles a esquiar no es de tu incumbencia. Yo no me meto con cómo lo haces tú.

Thiago se arma de paciencia. Lo sé. Lo cono…

Lo reta con la mirada durante un tiempo, hasta que se da cuenta de que Thiago no está solo, y pasa a observarme a mí.

Mikael tiene el pelo bastante corto, una raya en la ceja, nariz de boxeador, muchos tatuajes en el cuello, y una mirada profunda y oscura que intimida mucho.

Me repasa de arriba abajo con los ojos y yo hago lo mismo con él.

—¿Es una alumna? —le pregunta a Thiago sin despegar sus ojos de mí.

—Sí —contesta él sin muchas ganas.

Mikael sonríe de una forma que me causa de todo, menos cosas bonitas.

—Te cambio a Arthur por la guapa.

Perdona, ¿qué?

Thiago se ríe, pero sin ninguna gracia.

—Ya, ni en tus putos mejores sueños. Anda, piérdete.

—Preguntémosle a la guapa si quiere, ¿no?

Ambos me miran a la vez.

Yo me quedo inmóvil por unos segundos, porque la situación me está pareciendo muy incómoda y rara.

Luego, tras devolverle la mirada a ambos, niego con la cabeza.

—No, gracias. Prefiero quedarme con Thiago.

Mikael entrecierra los ojos y se ríe, como si hubiera contado un chiste. Parece como si no me tomara en serio.

—¿Y eso? ¿Por qué no te lo piensas un poco más, anda?

Thiago le pone una mano en el pecho y lo aleja unos centímetros de mí cuando Mikael cambia la dirección de su cuerpo hacia el mío.

—No va a pensarse nada. Ya te ha dicho que no. Lárgate.

Gracias a Dios, tras unos segundos de silencio y de tensión, Mikael obedece por fin. Vuelve con sus alumnos, pero no sin antes lanzarme una mirada llena de intenciones.

Madre mía con este tío…

Cuando nos quedamos solos junto a Arthur, Thiago suelta un suspiro de alivio. Luego nos observa a los dos y nos hace una seña con la cabeza.

—Continuemos con la clase…

CAPÍTULO 5

VOLVER A ÉL

Kelly

Galicia, dieciséis años antes...

Un niño preguntaba por mí. Un niño se encontraba en la puerta de mi casa. Oía su voz chillona desde el piso de arriba. No entendía lo que decía, pero sí podía distinguir que intentaba comunicarse con mi madre. Repetía mi nombre varias veces y luego añadía la palabra «jugar».

El niño que conocí ayer le estaba pidiendo permiso a mi madre para jugar conmigo en la calle.

Tan solo eran las cinco de la tarde y era un día soleado. Aún faltaban tres horas para que mi padrastro volviera a casa. Mamá aceptó precisamente por esa razón, con la única condición de que volviera diez minutos antes de que marcaran las ocho.

No sé por qué acepté, sí recuerdo estar la mar de nerviosa y avergonzada por hablar de nuevo con el niño desconocido y, encima, en un idioma diferente. Era incómodo, pero algo me empujó a hacerlo. Algo que nos empujaría a algo mucho más grande con el paso del tiempo.

¿Qué habría pasado si no hubiera aceptado salir aquel día? ¿Si todas las tardes en las que Thiago se pasaba por mi casa para ir a jugar juntos le hubiera rechazado? ¿Si nunca nos hubiéramos hablado?

Creo que volvería a vivir todos y cada uno de los momentos con Thiago, aun sabiendo el daño que eso me causaría en el futuro.

Daría todo lo que estuviera en mi mano por poder volver al inicio, y por poder volver a él…



Llevaba una semana de clases en mi nuevo colegio, y no quería volver nunca más. No estaba siendo fácil, porque no entendía absolutamente nada, me sentía tonta y muy incómoda. Todo el mundo me miraba raro, los otros niños cuchicheaban o me trataban mal. Un día, cinco compañeros se metieron conmigo en el baño, me tiraron del pelo mientras me llamaban cosas que no entendía, pero sabía que eran insultos. Le pedí a mi madre que no me obligara a volver.

Ella me dijo que no me preocupara, que «eran cosas de niños», y que con el tiempo se les pasaría, pero es que a mí me daba igual todo eso. Yo no quería ir a clase por mucho que se les fuera a pasar las ganas de meterse conmigo en algún momento… Yo solo quería volver a mi colegio de Estados Unidos con mis amigas, pero eso era imposible…

Recuerdo que Thiago me abrazó con fuerza, y me acarició el pelo torpemente, pero con ternura, como queriendo decirme que siempre me protegería, o al menos eso entendí yo en ese momento.

—*Home… I want to go home, please…* —dije entre sollozos.

—*Home?* —preguntó él algo confuso—. *You can't, Kell. We have class…*

Había comenzado la hora del recreo y, como Thiago se encontraba en otra clase, los mismos niños de siempre aprovecharon para meterse conmigo otra vez.

—¿Quieres que llame a la *teacher* Silvia?

Eso sí lo entendí. La *teacher* Silvia era la profe de inglés del colegio.

A pesar de que no sabía qué quería decir con esa pregunta, negué con la cabeza, porque no quería que ningún profesor se involucrara… Sentía que nadie me tomaba en serio cuando les contaba que había unos niños metiéndose conmigo. Decían que lo más seguro es que estuviera malinterpretando lo que me decían o hacían.

—*No teacher Silvia… I want to be with you all the time*.

Thiago me miró con los ojos entrecerrados, tratando de entender lo que le había dicho. Puede que fuera bueno en inglés teniendo en cuenta el nivel de los niños de su edad, pero había muchísimas cosas que decía que se le escapaban. A pesar de todo, siempre le agradecí que intentara comprenderme de alguna forma. Siempre puso todo de su parte para entenderme y hacerme sentir cómoda y acompañada.

—*Okey… You and me?*

Asentí, y él sonrió ligeramente al darse cuenta de que me había entendido.

Thiago me abrazó con más fuerza y yo me dejé abrazar por él, porque era la única persona de este colegio, de esta ciudad, y de esta nueva vida que tenía por delante, que me hacía sentir segura.

Cuando me relajé un poco, Thiago se sentó a mi lado en el suelo y sacó su almuerzo para compartirlo conmigo, porque el mío me lo habían quitado.

—*Where is your…* ¿lazo? —preguntó mientras se señalaba el pelo.

—*My ribbon?* —Thiago asintió—. *Rebeca has it. She stole it.*

—*Stole it?* —No entendió el significado de eso, así que se lo demostré robándole la galleta que tenía en la mano. Cuando me miró con cara de no entender por qué acababa de hacer eso, se lo expliqué—. *Stole it. I stole your cookie.* —Le señalé la galleta y luego se la devolví.

—Te lo ha robado…

—Robado, sí —traté de decir en español.

Él frunció el ceño y de pronto se levantó del suelo. Yo lo miré confundida.

—Ahora vuelvo —dijo, y empezó a andar.

Y no me dio tiempo a decirle que no quería que se marchara y me dejara sola, porque se fue en busca del grupo de niñas que me habían robado el lazo. Lo vi desde la distancia quitárselo, y luego darse un par de empujones con el hermano de Rebeca cuando vio que le quitó lo que era mío.

Volvió a mi lado con el lazo rosa en la mano.

—Muchas gracias —balbuceé en español.

Thiago se volvió a sentar a mi lado y me sonrió.

—No van a volver a molestarte. No voy a dejar que lo hagan porque tú eres mi amiga.

Solo entendí la última parte.

—*Friends?*

Asintió.

—*Friends.*

CAPÍTULO 6

ELLA

Thiago

En todos mis recuerdos aparece ella.

Antes de perderla, nunca me hubiera imaginado tener que seguir almacenando momentos en los que Kelly no estuviera presente. Era ilógico pensarlo. Era antinatural formarlos. Kelly estaba cuando me despertaba y era la última persona que veía antes de dormir. ¿Cómo de pronto iba a desaparecer de mi vida si era a lo primero que acudía cuando me despertaba? Era vital verla. Y era aún más vital pasar tiempo con ella.

En la cabeza del Thiago de hace unos años, el que todavía no había tenido que aprender a vivir sin Kell, no cabía la posibilidad de no seguir creciendo a su lado. Y, sin embargo, la dejé marchar como si aquel miedo de perderla nunca se me hubiera pasado por la cabeza.

No fue mi culpa que se fuera.

Pero quizás debí de haber hecho más para que se quedara…

Me quedé con el corazón destrozado. Le dije cosas que nunca hubiera tolerado mencionárselas a ella.

En los primeros días desde que se fue, vivía sumido en el rencor, la rabia y el enfado de saber lo fácil que le fue irse sin importarle para nada dejar diez años de su vida conmigo en el lugar donde más felices habíamos sido. Donde vivimos todo. Absolutamente todo.

Las primeras semanas era pensar en ella, y «odiarla». La odiaba a muerte. Pero cuando comenzaron a pasar los meses y entendí que

no iba a volver, fue cuando un golpe de realidad cambió mi mentalidad por completo.

Kelly se había ido de verdad.

No iba a volver.

Ya no existía en mi vida y yo no existía en la de ella después de tantos años juntos…

Había otras personas en su vida y yo no era una de ellas. Yo ya no era nadie…

Comencé a echarla de menos. Dejé de «odiarla» para echarla de menos con toda mi alma.

Intenté contactar con ella, pero para entonces ya fue demasiado tarde. Me había bloqueado o se había cambiado de teléfono, porque nunca me daba señal cuando trataba de llamarla.

Borró cualquier rastro suyo en las redes sociales, y, desde el momento en el que entendí que tenía que vivir por el resto de mi vida con solo el recuerdo de lo que fuimos, traté de buscarla por todos lados porque la necesitaba, porque la echaba de menos, porque aún la quería… Y no encontrarla, no saber lo que era de su vida (aunque esta ya no tuviera relación con la mía), me metió en una nube negra que cada vez me consumía más…

Mirar por mi ventana y no verla al otro lado me destrozaba.

Mirar nuestras fotos me hacía romper en llanto.

Recordarla y que con el paso de los años cada vez me doliera más me terminó por matar.

Su voz resonaba en mi cabeza todos los días, pero saber que quizás le había cambiado y que esa nueva no la conocía me producía celos de todo aquel que sí pudiera oír esa nueva versión de mi chica.

Estaba creciendo allí fuera, y yo no estaba a su lado para hacerlo con ella, como estaba acostumbrado a hacer.

Antes de marcharme a Finlandia, intenté de nuevo descubrir algo sobre ella.

Casi me dio un infarto cuando vi su nombre en internet.

Kelly Williams era ahora profesora de idiomas en Londres.

Kelly Williams, mi mejor amiga, mi novia, el amor de mi vida, estaba comprometida con un neurocirujano de veintiocho años famoso y reconocido por formar parte de un largo árbol genealógico de médicos brillantes de Inglaterra.

Kelly Williams salía posando en una foto con su futuro marido en internet, pero ese hombre… no era yo.



Estoy agotado. Enseñar a esquiar a diez niños que en la vida han tocado la nieve es equivalente a una tortura del siglo XV.

Aunque ver sus caras de felicidad cuando son capaces de deslizarse por la nieve sin caerse es como un recordatorio constante de que subir y bajar la misma pendiente quince veces merece mucho la pena.

Sobre todo ahora, cuando está ella.

Entro en la sala de descanso de los monitores para relajarme un rato antes de ir a darme una ducha y bajar a cenar con los críos. Al entrar, reconozco una melena rubia que le pertenece a una chica que no esperaba para nada encontrarme aquí…

—Lisa… —la llamo asombrado porque, a pesar de que tenga permiso para utilizar todos los rincones de este hotel, no es muy común encontrarla en esta sala—. ¿Qué haces aquí? —pregunto, aunque la verdad es que sé la respuesta. Quiere hablar conmigo. De aquello de lo que yo he estado evitando estos dos días.

—¿Esperarte? —responde ella mientras se levanta del sofá para acercarse a mí. Yo me giro rápidamente para sacar de la nevera un zumo de naranja e intentar mantener un poco las distancias.

«Eres un capullo».

—¿Ya has acabado tu turno? —pregunto, incrementando los niveles de su irritación.

Ella me lanza una mirada asesina que me obliga a abrir la botella y darle un largo trago a mi bebida.

—¿De pronto te has olvidado de cuál es mi horario? —pregunta de forma irónica, y luego se cruza de brazos mientras me mira muy seria—. Hasta hace dos días, a estas horas, me estabas esperando para que nos fuéramos a follar a cualquier rincón de este hotel…, ¿y ahora me dices que si ya he acabado mi turno? ¿Qué cojones, Thiago?

Yo me muerdo el interior de mi labio inferior y me apoyo en la pequeña encimera.

—He perdido la noción del tiempo. He llegado más tarde de lo normal al hotel, lo siento —me intento excusar, pero a ella no le sienta nada bien mi respuesta, porque frunce el ceño y da un paso hacia mí.

—¿Te crees que soy tonta? —pregunta, pero no me da posibilidad de contestar, porque continúa hablando—. ¿Vas a explicarme de una puta vez qué está ocurriendo aquí?

—¿A qué te refieres?

Abre los ojos, absorta.

—Pues a ella, Thiago… —la menciona—. Desde que ha puesto un pie en este hotel, de pronto he dejado de existir para ti.

Niego con la cabeza.

—Eso no es verdad.

—¿Piensas que estoy loca?

Arrugo mi cara.

—¿Qué? Joder, claro que no, Lisa, pero…

Me interrumpe, porque está claro que lo que ella quiere de mí son explicaciones, no justificaciones.

Su pregunta solo me lo deja más claro.

—¿Quién es ella? Aún no has respondido a la pregunta que te hice ayer.

Me trago las ganas de decirle quién es ella de verdad para mí, y tan solo digo:

—Una vieja amiga.

Lisa eleva su ceja.

—¿Amiga?

—Sí, amiga.

—Es una amiga y por eso ibas a darle explicaciones de por qué estabas a punto de follar conmigo, ¿no? No me tomes por idiota y dime la verdad.

Lleno mis pulmones de aire antes de hablar.

—Kelly es mi… Es una persona que ha formado parte de mi vida durante mucho tiempo y punto.

—¿Tu exnovia? —adivina, porque no es tonta—. ¿Con la que compartes el tatuaje que tienes en la muñeca, y que desde hace dos días vuelve a estar a la vista? —pregunta, dejándome asombrado y helado. ¿Cómo sabe…? ¿Cómo puede saber que comparto el tatuaje con Kelly? ¿Y cómo se ha dado cuenta de que no llevo la pulsera con que siempre me lo he tapado?

Me arde la zona en la que tengo escrito «para siempre» y medio corazón, pero, antes de que pueda hacer nada, Lisa agarra mi brazo y me levanta la manga del jersey para verlo. Pasa la yema de sus dedos por las letras y resopla cuando vuelve a darse cuenta de que la pulsera de cuero ya no está para taparlo.

—Es tan puto evidente… —murmura, pero yo me suelto de su agarre y vuelvo a bajarme la manga para taparlo antes de que pueda seguir sacando conclusiones erróneas.

—No hay nada puto evidente, Lisa. Ella ya no forma parte de mi vida y ha venido aquí para casarse.

Lisa sabe de sobra que está aquí para casarse, por eso no se sorprende cuando se lo digo. Estoy seguro de que ha investigado su reserva en el hotel en cuanto se ha dado cuenta de que su presencia aquí ha cambiado algo en mí.

—Y a ti no te hace ni pizca de gracia, ¿verdad? ¿Es que aún lo has superado?

Se me hace un nudo en la garganta, pero me fuerzo a deshacerlo tragando con fuerza.

—Por supuesto que sí.

Ella pone los ojos en blanco y sonríe falsamente. El pintalabios rojo destaca el blanco de sus dientes.

—Que mal mentís los hombres, de verdad…

—No tengo por qué darte explicaciones sobre lo que siento o dejo de sentir, Lisa. Tú y yo… —dejo la frase en el aire.

—¿Tú y yo qué?

—Pues que no somos nada…

Ella frunce el ceño.

—¿Nada? —Se ríe irónicamente—. Cuando follamos no dices lo mismo, Thiago.

Yo me separo de la encimera para ir hacia el sofá, pero ella se me pone delante y me empuja hasta que mi cuerpo queda de nuevo contra el mueble. Lisa coge mis manos y las lleva a su cintura. Luego lleva las suyas a mi cara. Me agarra la cabeza para que la mire.

—Sabes que yo puedo hacer que te la saques de la mente, ¿verdad? —murmura, muy cerca de mis labios, mientras comienza a deslizar una de sus manos por mi cuello y por el abdomen… Agarro su muñeca con fuerza cuando la aproxima a la cintura de mis pantalones.

—Lisa… —advierto.

—¿Qué? ¿No vas a acostarte conmigo hasta que ella se vaya? ¿Qué va a cambiar que no nos acostemos si ella está a punto de casarse con otro, Thiago?

Yo aprieto los dientes con fuerza porque sus palabras me han producido demasiadas cosas, desde rabia hasta confusión.

—No me digas qué hacer, porque no tienes ni idea de nada.

—¿De qué no tengo ni idea, Thiago?

—De lo que siento ni tampoco de lo que ella ha sido para mí.

—¿Y qué tienes pensado hacer? ¿Regalarle una fidelidad que ya no os corresponde?

—No. Claro que no.

—¿Ella sabe que estás así por su presencia?

—No estoy de ninguna forma.

Lisa se vuelve a reír de forma irónica.

—¡Dios Santo, Thiago…! —Se suelta de mi agarre de un tirón—. Que te justifiques así solo deja más claro que estás completamente

enamorado de ella…

¿Qué?

—¿Qué dices, Lisa? Llevo seis años sin verla.

—Y te has pasado tres de ellos sin ser capaz de dejar la polla tranquila. Te has tirado a todo lo que se ha movido en este hotel, pero con nadie has querido llegar más lejos. ¿En serio me vas a decir que no sigues enamorado de ella?

No sigo enamorado de Kelly. Es completamente imposible, porque fue ella la que me rompió el corazón. Es imposible, porque hace más de seis años que no sé nada de su vida. Si hay algo de lo que puedo seguir enamorado, es de nuestro pasado juntos, pero de nada más… No de… Kelly…

¿O quizás sí?

—Lisa, te repito: no tengo que explicarte nada. Mi vida y lo que siento son mi problema.

—¿Tu problema? O sea que…, ¿ahora yo tengo que joderme mientras tú haces un luto que no tiene ningún sentido porque has vuelto a ver a tu exnovia? ¿Me estás vacilando?

¿Luto?

—Estás sacando las cosas de contexto. No estoy haciendo ningún tipo de… luto, joder.

—Ah, ¿no? ¿Serías capaz de follarme ahora mismo después de haber estado hablando de ella? —pregunta, como si me estuviera proponiendo un reto.

Joder.

—Claro que sería capaz.

—¿Y por qué no lo haces?

Cojo una bocanada de aire antes de acercarme a ella para agarrarla del cuello. La dejo contra la primera pared que encuentro, y mi otra mano la pego al lado de su cabeza.

Cuando entiende que he aceptado y empiezo lo que ella se espera y desea, sus ojos brillan de expectación e ilusión.

Claro que sería capaz de follarla aquí y ahora porque Lisa me gusta y hacerlo con ella siempre ha sido el mejor momento de mi

día, pero, joder…, si yo ahora mismo follo con ella, sería para sacarle las ideas raras de la cabeza durante unos minutos y para poder demostrarle que soy capaz de hacer lo que ella me está pidiendo.
Sería solo para que se dejara de suposiciones sobre lo que la presencia de Kelly ha cambiado en mi «relación» con ella…, y no porque ahora mismo realmente me apetezca.

Haciendo eso sentiría que la estoy utilizando de una manera muy sucia. Y desde luego mi propósito con Lisa no va a ser ese por mucho que a ella no le importe, porque solo quiere acostarse conmigo sin importarle los motivos por los que quiero hacerlo.

No puedo hacerle esto, porque estoy seguro de que cuando terminásemos de follar en mí no habría cambiado nada, y ella posiblemente se pensaría que lo ha cambiado todo.

Toda esa opinión se refuerza cuando, sin querer, miro la muñeca del brazo que tengo contra la pared, y veo el puto tatuaje al descubierto.

No puedo usarla y engañarla así. No cuando ver el tatuaje me ha vuelto a poner el estómago del revés en un segundo.

Estoy a punto de explicárselo, cuando de pronto la puerta se abre, y mis compañeros y amigos entran en la sala y nos pillan de esta forma.

—¡Ostras! —exclama la que va en cabeza, Taylor, frenando en seco su silla de ruedas—. Lo siento, chicos…

Niego con la cabeza, restándole importancia, porque la verdad es que para mí no es un problema que nos hayan interrumpido.

Miro a Lisa, pero ella no demuestra ningún tipo de vergüenza porque la hayan pillado acorralada contra una pared. Aunque, bueno, tampoco es la primera vez que nos pillan ellos u otras personas en circunstancias parecidas…

Tan solo me lanza una mirada que grita «no hemos terminado de hablar de esto», y sale de la sala sin mirar a nadie más.

—Adiós, eh… —ironiza Elsa, cuando Lisa sale sin siquiera despedirse—. La niña de papá parece enfadada… —comenta cuando cierra la puerta.

—¿Qué le has hecho, Thiago? —me pregunta Taylor, con una sonrisa divertida mientras mueve su silla de ruedas para acercarse a mí.

Yo me dejo caer en el sofá derrotado y ella se queda enfrente.

—La he invitado a tu cumpleaños y así ha reaccionado —vacilo, a lo que ella contesta sacándome el dedo.

—¿Va a venir? —pregunta Oliver, acercándose a la nevera para sacar varias cervezas.

—No creo, trabaja esa noche.

—Mejor —interviene Elsa, jugando con un mechón pelirrojo de su pelo. También se ha sentado en el sofá—. Estoy segura de que nos daría la fiesta.

—Pues yo sí que la invito… —dice Taylor, y a mí me hace sonreír.

—Cielo, esto no es el cole. No hace falta que invites a todo el mundo —contradice Elsa, mientras agarra el botellín de cerveza que Oliver, su hermano, le ha dado.

—Pero yo quiero. A mí me cae bien. Si quiere pasarse, que se pase. —Se encoge de hombros y luego me mira—. ¿Se lo dices, Thiago?

Asiento y le guiño un ojo.

—Se lo digo.

Los cuatro miramos a la puerta cuando la escuchamos abrirse.

Es Mikael.

La única que no se corta a la hora de soltar un berrido cuando lo ve es Elsa. Los demás intentamos demostrar un poco menos que su presencia nos incordia.

—Y adiós a la paz—murmura ella—. ¿A qué vienes, Mikael? ¿A escupir en los tápers de comida?

Él nos mira a todos con una sonrisa irónica, pero centra su atención en Elsa cuando habla.

—Tranquila, preciosa, que aún eso no se me había ocurrido. —Se acerca a la nevera y saca otro botellín de cerveza—. Esta sala es tan mía como vuestra —nos recuerda.

—¿Sí? Pues ya veo lo rápido que repones la comida. ¿Te piensas que aparece por arte de magia? Si no aportas a la sala, te piras, Mikael —le advierte Oliver.

Él, tras abrirse la cerveza, levanta las manos con gesto de inocencia y nos mira a todos.

—Calma, chicos, que ya me voy… —dice, pero se apoya en la encimera. Se crea un silencio bastante incómodo mientras él le da un sorbo a su bebida. Pero, cuando vuelve a hablar, todos nos quedamos un poco extrañados por su pregunta—. ¿Qué tal estás, Taylor? —dice, y ella se pone un poco rígida—. Eres la única que no ha abierto la boca para despreciarme. Bueno, ni tú ni Thiago, pero seguro que él lo hará cuando le diga que tenemos que hablar.

¿Hablar conmigo ha dicho?

Pongo los ojos en blanco, porque solo de imaginármelo ya me da pereza.

—Estoy bien, Mikael —contesta ella de buena forma, porque ser borde no es una opción para Tay y su personalidad.

—Me alegro. ¿Ya sabes qué quieres hacer por tu cumpleaños?

Ella comparte una mirada confusa con todos nosotros, y luego gira su cabeza para mirarlo sobre su hombro.

—Sí, vamos a ir a tomar algo al bar de la estación de esquí y…

—¿Qué coño quieres decirme, Mikael? —interrumpo a Taylor, porque sé de sobra que le da igual lo que mi amiga está contando, solo quiere sentirse mejor consigo mismo dirigiéndole la palabra. Le debe demasiado.

—¿Podemos hablarlo en privado? —Que no se interese en saber lo que yo no le he dejado decir a Tay me confirma que yo estaba en lo correcto. Le da igual ella y todo el mundo.

Cojo aire, pero me levanto del sofá y comienzo a caminar hacia la salida para hablar fuera de la sala.

Cuando Mikael también sale y cierra la puerta, voy directo al grano.

—¿Qué quieres?

Él tampoco pierde el tiempo.

—¿Qué tengo que hacer para que me dejes tener a la guapa en mi clase?

Pongo los ojos en blanco y hago el amago de entrar de nuevo en la sala porque no voy a negociar absolutamente nada con él respecto a Kelly. Sin embargo, me cierra el paso poniéndose contra la puerta.

—Lo digo completamente en serio, Vázquez. ¿Qué tengo que hacer? —insiste.

Me cruzo de brazos y lo miro muy serio.

—¿No hemos sido lo suficientemente claros esta mañana?

—¿Por qué no consta en la lista de tus alumnos? No hay ningún adulto.

—¿Por qué no utilizas un poco el cerebro? No se desgasta con el uso.

Mikael sonríe divertido.

—No te pongas gallito, Vázquez, que aún no te he dado razones.

Doy un paso hacia él para hablarle más de cerca, y para dejarle las cosas muy claras desde ya, porque no pienso seguir hablando de esto.

—Voy a ser muy claro y solo te lo voy a decir una vez, así que más te vale poner en funcionamiento todas las neuronas que te queden —advierto, y tras hacer una pausa en la que ambos nos miramos muy serios a la cara, vuelvo a hablar—. Ella se queda conmigo. Atrévete a moverla de grupo, y te juro que no vuelves a esquiar en tu puta vida.

CAPÍTULO 7

EL PUNTO FINAL

Kelly

Hace un frío de mil demonios, pero necesito tomar el aire. Sentir la cara helada, que la mente se me enfríe y poder pensar con un poco más de claridad…

El sol hace ya un par de horas que se ha escondido y las luces de las pistas de esquí a unos metros de distancia se han encendido para todas esas personas que prefieren hacer deporte a horas heladas, con la noche cerrada y el cielo estrellado. La verdad es que hacer este maldito deporte rompehuesos a esta hora tiene mucho más encanto que por la mañana.

Me distraigo observando a la gente (diminuta desde aquí) bajar las pistas. Cada uno va a su ritmo, lo hace a su manera… El telesilla está en funcionamiento, se escucha música de forma lejana, y hace ya un rato que se ha levantado una pequeña brisa congelada que me ha obligado a ponerme los guantes y el gorro de color rosa eléctrico que tanto me había resistido a usar.

Estoy sentada en un banco a unos metros de la entrada del hotel. Unos pinos me bloquean por completo la vista del lago que se ve desde nuestra habitación, y, a pesar de toda la contaminación lumínica que hay a mi alrededor, en el cielo se pueden vislumbrar algunas estrellas. Muchísimas más de las que he logrado ver en todos estos últimos años en Londres, pero un número bastante parecido al que estaba acostumbrada a ver cuando aún vivía en Ribadeo.

Ribadeo…

¿Cómo es posible que lo que consideraste un hogar durante tanto tiempo ahora te resulte tan extraño? Pensar en sus calles, en el famoso camino al faro, en el olor del mar, su característico ambiente, la que fue mi casa, mi colegio, el lugar en el que experimenté tanto por primera vez…, cuando se podría decir que lo había olvidado por completo, me hace sentir una intrusa. Como si ahora fuera nueva en todo aquello que consideré mi casa y tuviera que ir de puntillas por los recuerdos. Como si tuviera que ir con sigilo por ellos para que no me acusen de que no me pertenecen cuando, en realidad…, soy yo la que los ha creado.

Me he convencido durante tanto tiempo de que mi vida comenzó de nuevo cuando llegué a Londres que me había olvidado por completo de que ya tenía una antes de bajarme de ese avión que me metió de lleno en la época más fría de toda mi existencia.

Ahora que me he acordado de que tengo un pasado…, me siento incompleta. Siento que todo este tiempo he estado viviendo solo con una parte de mí. Que me falta mucho de lo que fui antes de marcharme de Galicia. Que me he acostumbrado a vivir sin la mitad de lo que soy. Que esa parte la he perdido y que no sé cómo recuperarla o dónde buscarla…

—¿Puedo sentarme?

Me convierto en una estatua cuando reconozco la voz que me ha hecho esa pregunta. Me cuesta girar la cabeza, porque me cuesta asimilar y encontrar una respuesta.

Incluso me resulta complicado encontrar la voz en mi garganta…

Finalmente actúo, miro hacia la izquierda, y colisiono de nuevo con una realidad que sigue pareciéndome imposible. Thiago me mira con cautela. Y yo lo miro pensando que en qué momento hemos pasado de ser una sola persona a pedirnos permiso para acercarnos.

Saber que yo soy la causante de que esto sea así, desde luego que no me hace sentir mejor por mucho que me haya podido dar una respuesta y la razón de por qué hemos cambiado tanto.

No quiero estar cerca de Thiago…, no porque sea mi expareja, sino porque Thiago es mi *extodo*. Thiago fue mi amigo, mi defensor, mi calma, mi mundo, mi fuente de energía, de risa, de primeros recuerdos y sensaciones… Lo que viví con él no se resume en una relación amorosa rota. Se consolida en una ruptura de vida… Verlo me recuerda muchas cosas; entre ellas, ese pasado del que me había convencido que no tenía…, y en el que él ha acaparado todos y cada uno de los recuerdos.

No quiero estar cerca de Thiago, no porque tema sobre lo que siento hacia mi nueva pareja, sino porque temo sobre lo que es capaz de volver a hacerme sentir la persona que más he querido en toda mi vida.

No quiero estar cerca de Thiago…, porque no puedo ni quiero recordar el daño que le he hecho.

Ver que él no ha cumplido su promesa de odiarme y que yo no soy capaz ni de mirarlo a la cara cuando por mi culpa acabó todo, me hace querer huir muy lejos de él. Mucho más de lo que en un principio había querido.

Pero no puedo.

Algo dentro de mí me mantiene y me empuja hacia él.

Por eso le contesto que sí, que puede sentarse a mi lado respetando una distancia que por un momento me parece ridículamente exagerada, hasta que recuerdo que llevábamos seis años a miles de kilómetros de distancia.

¿Qué son sesenta centímetros en comparación con todo eso?

Se me acelera el pulso porque siento su mirada en mí. Me está recorriendo centímetro a centímetro y, mientras lo hace, yo solo puedo pensar en si, ante sus ojos, habré cambiado demasiado, porque, ante los míos, hace mucho que no me reconozco.

No sé de dónde saco el valor o el impulso, pero giro la cabeza hasta que mis ojos colisionan con los suyos.

Ha crecido tanto sin yo estar con él…

Me quema la curiosidad saber qué es lo que ha sido de su vida durante este tiempo, pero no puedo sacar esa conversación. No

soportaría escuchar todos esos acontecimientos que le han hecho acabar aquí, por mucho que esos sucesos provocaran que hoy estemos sentados uno al lado del otro después de tanto tiempo.

—¿Qué? —pregunto en un susurro cuando diviso una minúscula sonrisa nostálgica en su cara mientras me mira.

Thiago niega con la cabeza con aquella sonrisa que se desvanece antes de contestar.

—Que no me creo que te tenga delante, Kelly. Es raro.

Se me hace un nudo enorme en la garganta y tengo que retirar mi mirada de la suya cuando siento que me pican los ojos. Subo las piernas al banco, las pego a mi pecho, y juego con mis dedos mientras miro al horizonte.

No quiero hablar con él sobre nosotros, pero mis palabras salen antes de que pueda tragármelas.

—Y yo no me creo que no me estés odiando, Thiago… —Espero un par de segundos para mirarlo de nuevo. Él me contesta cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse.

—Desperdiciar mi tiempo en odiarte cuando te tengo delante y vas a volver a marcharte sería convertirme en un completo idiota.

El corazón me bombea como nunca.

—¿Entonces eso significa que, cuando me vaya, vas a volver a odiarme? —«Porque lo hacías antes de que nos encontráramos, ¿no?».

Niega con la cabeza.

—No, Kell. Cuando te vayas voy a volver a echarte de menos.

¿Va a volver a echarme de menos? ¿Lleva seis años echándome de menos? ¿Y qué pasa con la gente que habrá entrado y salido de su vida en estos años? ¿No le han hecho olvidarme?

Vuelvo a evitar su mirada, centrándola en lo que tengo enfrente. Lleno los pulmones de aire y lo expulso por la nariz cuando mis dientes están reteniendo mi labio inferior.

—Eso no es lo que acordamos, Thiago…

—Lo que acordamos dejó de importarme cuando me di cuenta de que no ibas a volver.

Me quedo con las ganas de preguntarle: «¿Me esperaste?», porque saber que sí, que mientras yo me iba con el corazón destrozado (pero sabiendo que no volvería) él esperaba que lo hiciera, me rompería en dos.

—Kell… —Me atrapa una de las manos y, a pesar de que llevo un guante de lana, su tacto me eriza la piel. Mi mente me grita que la aparte, pero mi cuerpo no reacciona—. Entiendo tu situación ahora. Estás a menos de dos semanas de casarte y yo soy un pasado al que nunca pensaste que ibas a volver. Las cosas fueron como fueron y se acabaron porque sentiste que era lo correcto, pero, por favor, no me evites. Estoy completamente dispuesto a estar cerca de ti sin volver a ser los que fuimos hace unos años. Mientras estés aquí, quiero sentir que el tiempo no ha pasado, aunque las cosas hayan cambiado… Sobre todo, nosotros…

Suelto un suspiro muy largo.

—Thiago…, sabes que eso no es posible.

Él arruga su cara en una mueca que refleja confusión y decepción.

—¿No podemos volver a ser amigos durante dos semanas?

—¿Y qué pasará cuando me vaya? ¿Volveremos a no saber nada del otro durante años? ¿Qué vas a hacer después?

Thiago me observa con sus enormes ojos verdes. Tiene la boca entreabierta, las cejas elevadas, las pupilas dilatadas y las mejillas rosas por el frío.

—Después… me tocará esperar el tiempo que haga falta hasta que nos volvamos a encontrar, supongo… —contesta, en una especie de murmullo.

¿Sería capaz de esperarme toda la vida? ¿De vivir esperando el momento en el que el destino decida si volver a juntarnos?

Eso es imposible. Me está mintiendo.

—¿A precio de qué, Thiago?

—Al de volverte a ver. —Las palabras le salen casi al mismo tiempo en el que yo remato mi pregunta. Es como si hubiera tenido

la respuesta pensada desde hace mucho tiempo, o como si hubiera leído mi último pensamiento…

—Creo que debemos aceptar que todo lo nuestro acabó.

—Si estamos aquí es porque aún nos queda algo, Kelly, aunque tan solo sea una conversación. —Hay un silencio muy frívolo y doloroso entre esas palabras y las siguientes—. Cuando te vayas, podrás volver a olvidarte de mí por completo. Para ti hacerlo será más fácil, estás enamorada de alguien.

—¿Y tú?

—Intentaré hacer lo mismo… Pero, mientras tanto, no quiero quedarme con la inquietud o la duda de si pude aprovechar una oportunidad que no sé si volveré a tener.

—¿Qué oportunidad?

—La de saber por qué estamos aquí de nuevo después de todo… —dice—. Kell, a nuestra historia aún le falta el punto final. Deja que la vida nos lo ponga y te prometo que todo volverá a estar bien.

Tengo tantas preguntas, tantas dudas y tantos sentimientos enredados…, que tras sus palabras me quedo completamente en blanco. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Creerme su hipótesis de por qué estamos juntos de nuevo en el mismo lugar y dejar que la vida dirija lo que vaya a pasar? ¿O ser una persona frívola y sensata y olvidarme de tonterías del destino?

Libero mi mano de su agarre y me la llevo a la cara para frotarme la frente y agarrarme el puente de la nariz.

—¿En qué piensas? —me pregunta cuando pierdo la mirada.

—En todo…

—¿Y qué es todo, Kell?

Vuelvo a bajar las piernas al suelo y me recoloco en el banco algo incómoda.

—Pues en todo, Thiago. En ti, en mí, en dónde estoy y por qué… En todo lo que tengo por delante, en que me voy a marchar, en que… en que… —Niego con la cabeza cuando me vienen tantos pensamientos que no soy capaz de seguir nombrándolos uno a uno.

—¿Y en tu novio no piensas? —pregunta de repente, y a mí me desconcierta tanto esa pregunta que giro la cabeza para mirarlo asombrada.

—¿Qué?

—¿Que si en tu novio no piensas? —repite, con la misma entonación e intención.

Lo miro aún más atónita.

—¿A qué viene esa pregunta?

Se encoge de hombros.

—Pues a que has mencionado las cosas que tienes en la mente y no lo has nombrado a él. Me ha resultado llamativo, simplemente.

—He dejado muchas cosas en el aire, Thiago. No solo a mi pareja. He nombrado las cosas que tengo ahora mismo más presentes.

—Me has nombrado a mí —me recuerda.

¿Qué narices pretende?

—¿A lo mejor porque te tengo delante?

Él sonríe y retira la mirada de mi cara para mirar al frente.

—Ya, por supuesto… —murmura, y para mi más sincera sorpresa de pronto saca de su abrigo un paquete de tabaco.

Pero ¿qué…?

Me tengo que aguantar las ganas de quitarle el cigarrillo que se lleva a los labios, porque ya no puedo hacer eso. Ya no puedo cuidarle, no puedo aconsejarle, ya no puedo nada…

—¿Qué estás insinuando, Thiago? —pregunto a la defensiva, porque no sé si ha sido su murmullo dando por hecho cosas que no voy a permitir que piense, o el hecho de saber que fuma y que yo no sé desde cuándo lo hace, pero algo me tiene irritada.

—No he insinuado nada, Kelly. Simplemente…

La verdad es que de pronto no quiero escucharlo.

—Déjalo. Ya no me importa.

Thiago me mira con las cejas elevadas, pero pronto su expresión de desconcierto cambia a una muy diferente. Me mira de arriba abajo y sonríe.

—Veo que sigues siendo igual de contradictoria.

—He cambiado muchísimo en estos seis años.

—¿Sí? —Eleva una ceja.

—¿Lo pones en duda?

Baja la comisura de sus labios hacia abajo en una mueca.

—Un poco… —reconoce—. Estoy seguro de que cuando estás con él eres diferente, pero ahora mismo yo estoy viendo a la Kelly de siempre.

Me río por la nariz.

—La Kelly de siempre… —murmuro con ironía—. Han pasado seis años, Thiago, es imposible que siga siendo la misma.

—Yo sigo siendo el mismo.

—¿Sí?

—¿Lo pones en duda? —repite mi pregunta, con una sonrisa torcida.

Tengo clara mi respuesta, porque es imposible que siga siendo el mismo. El Thiago que yo conozco, en la vida habría abandonado Ribadeo para irse a uno de los lugares más fríos del planeta. Por nada del mundo habría renunciado a su casa, a su familia o al mar, para cambiarlo por esto… Y, sin embargo, aquí está. Así que sí, estoy segura de que ha cambiado.

—Pues sí, la verdad —contesto.

—¿Por qué? —se interesa por saber.

—Porque el Thiago que vi la última vez no fumaba, por ejemplo —digo, yéndome a lo más evidente, porque ponerme a mencionar cosas como el lugar donde hemos crecido juntos podría cambiar el rumbo de la conversación y llevarla a un terreno algo frágil para ambos. Ribadeo es aquel recuerdo que a los dos ahora mismo nos encogería el corazón. No quiero hablar con él sobre eso. Si voy a hablar con él sobre algo, quiero que sea de cosas más… superficiales.

Thiago, tras escuchar mis palabras, apaga el cigarrillo contra el banco y, a continuación, lo tira al suelo a pesar de que no estaba ni por la mitad.

—¿Ahora soy el mismo?

A mí me llega un impulso que no puedo reprimir. Sin previo aviso y sin mi permiso, mi cerebro le manda indicaciones a mi mano para que la levante y la acerque a su cabeza para quitarle el cigarrillo que se había dejado en la oreja antes de guardar el paquete.

Se lo robo sin dejar de mirarlo a los ojos, y él hace lo mismo. No me quita la mirada de encima en ningún momento porque estoy segura de que está estudiando la expresión de mi cara.

—El Thiago que yo conocía no esquiaba, surfeaba… —menciono al cabo de unos segundos.

—Siempre he sido polifacético.

Consigue sacarme una sonrisa que me obligo a esconder muy rápido.

—También utilizaba una *bomber* negra y llevaba un arito de plata en la oreja izquierda.

—El pendiente lo perdí la última vez que surfeé, y como se me olvidó comprarme otro se me cerró el agujero y me dio pereza volver a hacérmelo.

—¿Y la *bomber?*

—Se me quedó pequeña. Ahora es de mi primo Aleixo… Sigo siendo el mismo, Kelly —dice, antes de que yo pueda seguir nombrando cosas—. Todo lo que ha cambiado en mí ha sido superficial. Setenta y ocho meses dan para mucho, pero también para muy poco cuando no tienes nada por lo que querer ser mejor.

CAPÍTULO 8

UNA CONVERSACIÓN

Kelly

«Kell, a nuestra historia aún le falta el punto final. Deja que la vida nos lo ponga y te prometo que todo volverá a estar bien…».

Esas palabras han hecho eco en mi cabeza durante toda la noche y de nuevo he sido incapaz de pegar ojo.

Había dado tan por hecho que nunca más volvería a ver a Thiago, que pensé que nuestro punto final ya había sido escrito hacía mucho tiempo.

Tampoco podría hacerme la sorprendida. Desde el primer momento he estado preguntándome por qué de nuevo él en mi camino… Se me habían pasado por la cabeza un montón de opciones, pero a la que más sentido le encontraba era a la de tener que demostrar que, a pesar de todo, estoy muy feliz con mi actual pareja…

No pensé que fuera porque tengo que cerrar un capítulo de mi vida que se suponía que ya estaba cerrado…

«Si estamos aquí es porque aún nos queda algo, Kelly, aunque tan solo sea una conversación».

Una conversación…

¿Una conversación diciéndonos qué?

¿La vida me está queriendo dar la oportunidad de decirle algo que no supe, pude o quise decirle en su momento? ¿Se la estará dando a él? ¿A los dos?

¿Qué es lo que tenemos que hacer para acabar nuestra historia? ¿De verdad durante todo este tiempo hemos estado en un punto y aparte?

¿Seré capaz de descubrir aquello que nos queda por hacer o decir antes de marcharme? ¿Seré capaz de permitir poner ese fin a nuestra hostia ahora que sé que sigue abierto tras seis años?

¿Es normal que piense todo esto?

Dios mío.

Necesito escuchar la voz de Alan para aclarar un poco mi mente.

Me tiro en la cama boca abajo tras coger mi móvil. Lo busco en el registro de llamadas y lo encuentro el primero. Pulso sobre su nombre y me llevo el teléfono a la oreja. Suenan cinco tonos antes de que me coja la llamada. En Londres son dos horas menos, pero sé que está despierto porque hoy comienza a las seis su turno en el hospital.

—Hola, cariño. ¿Qué tal? ¿Ocurre algo?

—No pasa nada —lo tranquilizo—. Solo me apetecía escuchar tu voz. Te echo de menos…

Sé que ha sonreído.

—Yo también, pero ya casi no queda nada para que nos veamos. ¿Qué tal te lo estás pasando?

«Fatal. Me he encontrado con mi ex y se me ha revuelto un montón todo. Desde los intestinos, hasta las ideas».

—Bueno…, Sienna y Molly me están obligando a hacer deporte…

Alan se ríe.

—Eso está bien, cielo. El deporte ayuda a reducir el estrés, ya lo sabes.

—Ya, pero cansa…

Alan me da una charla sobre la importancia del deporte que se me hace eterna, pero que hace que desconecte por completo.

CAPÍTULO 9

EL MEJOR

Thiago

Miro a Kelly de reojo un centenar de veces. Está escribiendo en el móvil con velocidad, claramente angustiada. Hace unos diez minutos que hemos acabado la clase y todos los niños se han ido a comer, porque antes de volver al hotel tienen una hora de esquí libre con sus profesores del colegio. Kelly lleva quieta ese mismo tiempo. No se ha quitado ni los esquís, y parece como si estuviera a la espera de algo o alguien.

Yo he estado haciendo tiempo recogiendo las cosas de mis alumnos, porque mi instinto me dice que necesita algo que no se atreve a pedirme o a decirme.

¿Cómo es posible que se me haga un nudo en la garganta cada vez que trato de abrir la boca para dirigirle la palabra?

Es Kell… Independientemente del tiempo, de los motivos que nos han separado, de lo que pasó… Es ella y, sin embargo, ahora mismo me siento como si dirigirle la palabra fuera la cosa más difícil del mundo.

Se me acelera el corazón cuando ella levanta la vista del móvil y me mira. Nuestros ojos se encuentran en la pequeña distancia que nos separa y, a diferencia de lo que pensaba que iba a hacer (retirar la mirada bruscamente), se me queda mirando fijamente.

—Kell…

—Thiago…

Nos llamamos a la vez.

—Tú primero. —Le doy la palabra. Sabía que tenía que decirme algo…

Ella traga saliva e intenta esquiar torpemente hacia mí. Aprieto los dientes con fuerza para no sonreír divertido al verla haciendo el esfuerzo de acortar las distancias esquiando. Y, a pesar de que lo estaba haciendo bien, cuando se encuentra a escasos centímetros de mí, se desliza con demasiada fuerza y pierde ligeramente el equilibrio.

La agarro del mono para evitar que se caiga. Ella suspira de alivio y me susurra un «gracias» antes de enseñarme algo en su móvil.

—¿Sabes dónde está este restaurante? —me pregunta, mostrándome la foto del lugar.

Asiento y le señalo con la mano el final de la estación de esquí.

—Ahí abajo, Kell.

Ella me mira confundida y asombrada.

—¿Y cómo voy hasta ahí? ¿Esquiando? —pregunta horrorizada.

¿Quiere ir ahí? ¿Por qué? ¿Quién la espera? ¿Por qué no se vuelve al hotel?

—Es la forma más rápida de llegar. ¿Por qué quieres ir?

—Ahí están mis amigas esperándome —me informa—. ¿Cuál es la otra forma de llegar?

—Hay una especie de tren que te lleva, pero a veces tarda en pasar y se recorre toda la estación. Tardarías bastante en llegar, es de las últimas paradas —exagero un poco—. Yo te puedo bajar en cinco minutos.

Kelly me mira de arriba abajo y luego mira la pista. Traga con fuerza.

—¿Es una pista negra?

Niego.

—Es una azul. Lo que pasa es que está conectada con las pistas negras y rojas —explico—. Esas de ahí. —Señalo con el dedo a la montaña que está justo enfrente de nosotros—. ¿Ves que bajan hasta que llegan a la entrada del restaurante? —digo sin dejar de mirarla a ella.

Joder. No me lo creo. La tengo al lado. A mi lado, joder…

¿Cuántos putos días he fantaseado con este momento?

Aprieto la mandíbula con fuerza cuando me mortifico pensando en ella con otro. Cuando pienso en que la dejé marchar y que no luché por evitar lo que hoy es su presente… Un presente que no comparte conmigo. Uno, en el que dentro de dos semanas yo no volveré a formar parte.

—¿Thiago? —me llama, y consigue sacarme de mis pensamientos.

Le vuelvo a prestar atención.

—Perdón… ¿Qué decías?

—Te preguntaba que cuántas probabilidades hay de que me parta una pierna si bajo. —Señala la pista.

—Conmigo, ninguna. —Cojo mis bastones del suelo. No los he guardado con los de mis alumnos porque tenía pensado esquiar un rato antes de ir a comer—. ¿Confías en mí, Kell? —pregunto mientras le extiendo el extremo seguro de los bastones. Va a estrellarse conmigo un mínimo de diez veces, no quiero que se clave la punta en el estómago. La conozco como para saber que sus reflejos son completamente inexistentes.

—Solo si quitas esa sonrisa de tu cara. No me gusta ni un pelo, Thiago —contesta.

Reprimo mucho la sonrisa de victoria que mi boca quiere dibujar.

Esquío de espaldas hasta que llegamos al inicio de la pista azul (que en realidad es una roja, pero eso ella nunca lo sabrá), y a Kelly se le abren los ojos como platos cuando ve la inclinación que tiene. Podría decir que incluso se le baja toda la sangre a los talones.

—Thiago… Hostia… no…, no estoy segura de que me atreva.

Agarro su cara con una mano para que deje de mirar la pista.

—Es mucho menos de lo que parece, te lo prometo.

—¿Y qué…? ¿Qué pretendes? ¿Ir hacia atrás? —pregunta con una mueca de horror.

—Sí, pero esta vez necesito que me ayudes un poco más, Kell. ¿Te acuerdas de lo que he dicho en clase? ¿Te acuerdas de cómo

hacer cuña correctamente?

Ella asiente.

—Sí…, creo que sí.

—¿Cómo? —le pido que me explique.

Kelly traga saliva nerviosa antes de hablar.

—Juntando la punta de los esquís, pero sin que se solapen.

Asiento.

—Muy bien. Pues haz la cuña más grande que puedas —pido.

—¿Ahora?

—Ahora.

Ella mueve sus esquís hasta que se pone en la posición que le he pedido.

—Abre más las piernas y flexiona las rodillas —le indico, y ella obedece.

—¿Así?

Agarro su cintura con una mano y meto uno de mis esquís entre los suyos para separárselos más.

—Cuando comencemos a bajar, tienes que hacer toda la fuerza que puedas con las piernas para que los esquís no te bailen y para no coger velocidad, ¿vale?

—Supongo… —dice, asustada, observando la pista.

—Kell, mírame —pido, y me hace caso. La miro serio durante unos segundos para transmitirle mi seguridad, porque no haría esto si no estuviera seguro de que no la voy a poner en peligro—. No te va a pasar nada, te lo prometo. ¿Qué es lo peor que puede ocurrir? ¿Que te mojes el culo de nieve y tengas que poner a secar este mono rosa para nada llamativo? —Le toco su prenda de ropa de esquiar—. ¿Que te choques conmigo o que te caigas encima de mí? No es nada que no haya ocurrido antes… Además, en estos años, creo que no me he vuelto una piedra. Sobrevivirás si me tienes que utilizar de amortiguador.

Consigo que sonría un poco y, joder, en todos estos putos años creo que nunca el corazón se me había acelerado tanto como en este momento.

—Espero no tener que confirmarlo ni desmentirlo…

Le robo un suspiro de sorpresa cuando tiro de ella para acercarnos más al inicio de la pista.

—Tampoco pasaría nada… —murmuro entre dientes, pero Kelly no me escucha, porque centra toda su atención en hacer correctamente lo que le he pedido. Mantiene la cuña abierta y flexiona las rodillas para hacer fuerza y no coger velocidad y para que, en consecuencia, yo tenga que hacer menos esfuerzo al no tener que soportar todo su peso cuando comencemos a bajar.

—¿Estás lista? —pregunto, al borde.

—No, para nada, pero bueno, habrá que…

Sonrío ampliamente.

—Williams, no es por tirarme flores, pero estás con el mejor monitor que tiene esta estación. Si no soy capaz de hacer esto sin correr ningún tipo de peligro, te juro que entrego hoy mismo mi certificado de profesor y me largo de aquí para siempre.

—Esperemos que no tengas que hacerlo.

—Has dicho que confiabas en mí.

—En quien no confío es en mí.

—¿Eso quiere decir que me lo vas a poner difícil?

—¿No has dicho hace un momento que eres el mejor monitor?

Agarro su mono de esquiar y la atraigo hacia mí para acercarla aún más al inicio de la pista. Ahora mismo nos separan menos de dos centímetros y ella tiene que levantar el mentón para mirarme a la cara.

—Abajo me dices tú misma si soy el mejor, ¿vale? —le digo muy cerca de la cara.

No le doy tiempo a contestarme, porque me deslizo hacia atrás para comenzar a bajar la pista.

Como sospechaba, se desliza con demasiado impulso y se estrella contra mi cuerpo. Le agarro de la cintura con mis brazos, mientras hago toda la fuerza que puedo con las piernas para no irme hacia atrás.

—Lo siento —se disculpa, intentando enderezarse.

—No te preocupes. —«Ni lo más mínimo»—. Vamos a cambiar la posición de los bastones para que no haya tanto espacio entre nosotros —le advierto y, en vez de extendérselos a lo largo, los junto y los pongo en horizontal. Yo agarro los extremos y ella el centro.

Luego comienzo a deslizarme para atrás otra vez, pero Kelly vuelve a perder el control de sus esquís, y su cara se choca contra mi pecho.

No la juzgo. Hace dos horas no podía mantener ni el equilibrio en una pista verde, como para pedírselo ahora en una roja.

—Vas con miedo, Kell. Te están temblando los esquís.

—Lo que me están temblando son las piernas —me corrige.

—¿Me ves asustado?

—¿No?

—Entonces, ¿por qué lo estás tú? —Ella se encoge de hombros—. Simplemente tienes que dejarte deslizar, confiar en mí y hacer fuerza con las rodillas. No tienes que hacer más.

Ella asiente.

—Vale, pero no quiero los bastones. No me siento segura agarrándolos.

—¿Te quieres agarrar a mí? —pregunto para asegurarme de que no estoy equivocado con lo que ha querido decir…

Me mira con timidez.

—Sí, si no te importa…

¿Importarme?

Mi respuesta es bajar los bastones y agarrarlos con una mano mientras que con la otra agarro el cinturón de su mono de esquiar. Kelly se sujeta de mis brazos y, cuando veo que se siente más segura, sigo bajando la pista.

De esta forma puedo ayudarla a mantener el equilibrio y hacerla frenar si veo que no es capaz de frenar por sí sola.

Sonrío cuando veo que nos hemos deslizado casi doscientos metros sin disgustos.

—Bien, Kell. Lo estás haciendo realmente bien —la felicito cuando veo que está flexionando las rodillas correctamente y que tiene los

esquís bien colocados—. ¿A que no está siendo tan complicado?

—Mejor hazle esa pregunta a mi corazón, que está a punto de salir a esquiar con nosotros.

—Exagerada —casi le grito a causa del viento—. Relájate y disfruta, Kelly —le aconsejo mientras miro sobre mi hombro para corroborar que tenemos el camino libre.

—No sé hacer dos cosas a la vez, Thiago, ya sabes.

Me río por la nariz, porque tiene razón. Lo sé. Joder, claro que lo sé. Sé todo de ella.

O, por lo menos, lo sabía…

—¿Y si soy yo quien le mete la diversión y tú te limitas a disfrutar? —propongo al ver que lo está haciendo muy bien.

Me mira confusa y con las mejillas algo rosas. Siempre se le ponen así cuando se concentra mucho en hacer algo. Aunque también es probable que sea por el puto frío.

—¿Qué?

Sonrío con diversión y malicia, y ella me lanza una mirada para nada amigable.

—Thiago, ¿qué…? ¡Ay, Dios! —chilla cuando me muevo hacia la derecha y comienzo a bajar la pista haciendo zigzag en vez de una línea recta. Ella, en respuesta, me clava los dedos en los brazos con todas sus fuerzas.

—¿Le añado un poco de velocidad?

—¡No! —dice, pero yo dejo de hacer una «V» cerrada, para que mis esquís se deslicen con mayor libertad por la nieve, incrementando un poco la velocidad.

Ella, a pesar de que me grita que frene, no deja de sonreír.

—Y ahora me seguirás diciendo que no es divertido…

—No lo es para nada, Thiago —responde, pero su sonrisa la delata.

Voy a decirle que es una mentirosa, cuando veo que por detrás de nosotros se acerca a gran velocidad un chico que ha perdido por completo el control de sus esquís, y que no es capaz de frenar.

—Mierda —murmuro.

Kelly me mira extrañada.

—¿Eh?

No le contesto, porque en ese instante agarro su mono de esquiar con fuerza para poder moverla con rapidez hacia la izquierda. La quito de en medio cuando el chico está a punto de pasar a nuestro lado, pero, por su falta de equilibrio, golpea a Kelly en uno de sus esquís, desestabilizándola, y empujándola con tanta fuerza que, cuando quiero darme cuenta, he soltado la tela de su mono, y Kell está deslizándose cuesta abajo descontroladamente.

—¡Lo siento! —le grita el chico, cuando ve que se la ha llevado por delante.

Kell trata de mantener el equilibrio y de frenar, mientras baja la pista sola.

Joder, se ha deslizado más de cincuenta metros en menos de… ¿diez segundos?

—¡Thiago! —me llama con un chillido lleno de desesperación para que la ayude a frenar.

Tengo que empujarme con los bastones para poder aumentar la velocidad y poder alcanzarla, porque me ha cogido mucha ventaja. No puedo frenarla interrumpiendo su paso porque me llevaría por delante, así que me acerco a ella por detrás, aprovechando que tiene las piernas separadas, para meter uno de mis esquís entre los suyos y así poder guiarla con los míos y ayudarla a frenar. Con la mano que no tengo ocupada por los bastones, le rodeo la cintura y la pego a mi cuerpo. No me pasa por alto el pequeño suspiro de alivio que se escapa de sus labios cuando me siente detrás de ella, llevando el control completo de sus esquís y de la situación.

—Si querías esquiar sola, tan solo tenías que decírmelo. No hacía falta que te escaparas de esa forma —bromeo, para relajarla y sacarle el susto del cuerpo, pero no lo consigo.

—Dios santo, Thiago, cállate. Casi me da un infarto.

Yo me río y disfruto más que nunca del momento y de la situación, porque la verdad es que nunca me habría atrevido a proponerle esquiar de esta forma…

Por suerte, la vida me ha dado una oportunidad para poder tenerla de nuevo entre mis brazos después de tanto tiempo, y creo que puedo decir que he sabido aprovecharla…

—Pues que sepas que no lo estabas haciendo nada mal, Kell. Has mantenido bien el equilibrio y estabas frenando correctamente —reconozco, porque, a pesar de todo, ha sabido mantenerse en pie.

—Creo que ha sido por la adrenalina del momento —opina, exasperada aún.

—Puede ser…, pero ¿por qué no lo pone…? —Se intuye mi propuesta y me interrumpe al instante. Obviamente, era una propuesta falsa, porque ni de coña me atrevería a soltarla y ponerla a prueba de nuevo.

—¡Ni se te ocurra! —chilla ella en advertencia, agarrándose al brazo que está rodeando con fuerza su cintura—. Como me sueltes en algún momento, te mato.

Yo sonrío, divertido.

—¿Ni siquiera cuando estemos abajo? —tanteo cuando veo que nos queda poco menos de doscientos metros de pista.

—Abajo, sí —responde ella, en casi un suspiro.

—Ah, abajo, sí —repito en un susurro algo rencoroso.

—¿Qué te pensabas? ¿Qué te advertía de que no me soltaras nunca?

Yo bajo la comisura de mis labios en una especie de mueca, a pesar de que Kell no pueda verme.

—Si tú me dices que no te suelte nunca, yo no te suelto en la vida.

CAPÍTULO 10

NÄKEMIIN, BONITA

Kelly

—¿Y lo emocionante que es que por fin podamos esquiar juntas? —pregunta Molly, entusiasmada, mientras las tres nos preparamos para ir a las pistas.

Yo la miro con una ceja arqueada antes de contestar.

—Bueno, eso habrá que verlo, tía. Aún necesito el visto bueno de mi monitor —recuerdo.

—Lo tendrás —asegura ahora Sienna—. Y, si no, nosotras nos ocupamos de ti.

Yo me acerco al espejo para peinar mi pelo en dos trenzas, porque la cantidad de nudos que se me han hecho en estos dos días por llevar el pelo suelto casi me dejan calva. La verdad es que no me apetece quedarme con cuatro pelos para el día de mi boda.

—¿Intentas animarme o cagarme de miedo? —le pregunto a Sienna con ironía. Ella, ante la duda, me lanza una pelota de calcetines a la cabeza.

—Te sorprendería lo buenas que somos esquiando —presume.

Yo pongo los ojos en blanco, porque lo sé perfectamente. Desde que se enteraron de que quería casarme en Finlandia, no dejaron de insistirme en que fuéramos una semana antes de la boda porque se morían de ganas por esquiar aquí.

Sienna vio que el hotel en el que nos íbamos a hospedar los días previos a la boda estaba sorteando una semana gratis de alojamiento junto a esas benditas clases de esquiar que ellas están

disfrutando como nunca, y decidió participar, consiguiendo, claramente, ganar…

Dios mío, parece que todo está tan sumamente pensando, pero en realidad es todo tan… aleatorio.

—No lo pongo en duda —reconozco, volviendo a realidad—, pero eso no quiere decir que seáis buenas profesoras.

—¿Habéis visto mis gafas de esquiar por algún lado? —pregunta Molly, interrumpiendo nuestra conversación.

—Por alguna extraña razón, me suena haberlas visto en la ducha —contesto mientras me anudo una de las trenzas y paso a hacerme la otra.

Molly sale disparada hacia el baño y, cinco segundos más tarde, exclama que las ha encontrado.

—Te están llamando, Kelly —me informa Sienna justo cuando acabo de peinarme.

Salgo disparada hacia donde he dejado mi móvil cargando toda la noche, lo desconecto, y cojo la llamada antes de que se quede en silencio.

—Hola, amor —saludo.

Por el ruido que hay en su lado de la línea, intuyo que está en el coche de camino al trabajo y que en Londres, para variar, está diluviando.

—¿Dónde estás, cielo? —pregunta él.

—Aquí, en la habitación, preparándonos para ir a esquiar. Algo ha debido de pasar en mi móvil que no ha sonado, por eso no te he cogido la llamada antes —le cuento.

—¿No te funciona bien el móvil? ¿Quieres que te compre y envíe otro? Lo tendrías por la noche en la recepción del hotel.

¿Qué?

—No, no, no. No te preocupes, este me va bien. Miraré qué ha pasado, ha debido de ser algo puntual. ¿Qué tal estás? —Me tiro en la cama boca abajo cuando hago esa pregunta.

—Bien, de camino al trabajo. Hoy salgo pronto. ¿Tú, cariño?

—También bien, pero muy nerviosa. Cada vez queda menos…

—Cada vez queda menos… ¿Has llamado a la diseñadora?

—¿A Samantha? Sí, se ha encargado Molly de hacerlo. Le ha asegurado que los vestidos llegarán al hotel a la vez que tú.

—Perfecto. Pues de lo demás no te preocupes, porque le he pedido a la secretaria de mi madre que se encargue de todo. Tú relájate y disfruta con tus amigas. ¿Qué plan tenéis para hoy? —se interesa en saber.

—Pues… esquiar por la mañana, y por la tarde tenemos pensado salir del hotel y de Levi de una vez. Queremos ir a visitar Sirkka, que es el pueblo donde está la estación, pero no sé qué haremos al final… También habíamos pensado en contratar una excursión para ver una aurora boreal…

—Tenéis que ir a ver la aurora desde luego. Te va a encantar. ¿No puedes contratar la excursión desde el hotel?

—Pues… ni idea, la verdad, supongo que se podrá.

—Pregúntalo y págalo con mi tarjeta. Y lo de Sienna y Molly también.

Abro los ojos un tanto asombrada.

—Alan…, puedo pagármelo yo…

—Lo sé, cielo, pero me apetece regalarte esa excursión a ti y a tus amigas.

Me es imposible no sonreír.

—Vale, muchas gracias, cariño. Te escribo con lo que sea.

—Perfecto. Hablamos esta noche.

—Hablamos esta noche —repito—. Te quiero, que vaya bien el trabajo.

—Y tú, ten cuidado con la nieve, por favor. Te quiero, Kelly.

Y, dicho eso, colgamos la llamada.

Dejo el móvil en la cama y me doy la vuelta para quedar boca arriba.

—Alan dice que nos paga la excursión a la aurora —les informo a mis amigas, mirando al techo.

—¿¡A las tres!? —pregunta Molly asombrada.

Apoyo los codos en la cama y las miro.

—¿Se ha levantado generoso? —inquiere Sienna, mientras se coloca sus zapatos de montaña.

—Alan siempre es generoso —le contesto a mi amiga, porque es la verdad—. Y sí, a las tres —le informo ahora a Molly—. ¿Preguntamos en recepción si la podemos contratar desde el hotel?

—Por mí, sí —contesta Molly.

—Por mí también. —Se une Sienna.

Yo asiento y me levanto de la cama.

—Vale, pues voy bajando y pregunto. Nos vemos en el restaurante para desayunar.

De camino al ascensor, me cruzo con el chico que discutió con Thiago en mi primera clase. Cuando él también me reconoce, se gira sobre sus propios talones y comienza a caminar a mi lado.

—Hola —me saluda mientras me mira fijamente a la cara, lo que me provoca un escalofrío que me recorre todo el cuerpo. Hay algo de él que me transmite muy malas vibraciones—. Tú eres la chica que estaba en la clase de Thiago el otro día, ¿no? —pregunta, aunque parece más una confirmación, porque a continuación se contesta él solo—. La guapa… Sí, eres tú. ¿Qué tal? ¿Adónde vas?

¿La guapa?

Soy una persona que sabe recibir halagos y que pocas veces los malinterpreta, pero este «halago» por parte de él suena algo despectivo.

¿Soy «la guapa» para él y ya está?

Madre mía.

Me debato durante un par de segundos si contestarle o no, pero finalmente lo hago porque tampoco tengo por qué mentir, fingir que no existe, o algo por el estilo.

Ante todo, mi madre siempre me ha enseñado a ser… educada y a morderme la lengua. Puede que esa sea una de las pocas cosas buenas que me ha enseñado.

—A recepción

—¿A qué?, si se puede saber.

Lo miro de reojo con el ceño fruncido.

—A hacer una pregunta…

Dejo de caminar cuando llego a los ascensores, y él hace lo mismo. Me observa pulsar el botón para llamarlo, y luego se apoya en la pared que separa un ascensor del otro, para poder mirarme de frente.

—¿Y te podría hacer yo a ti una pregunta? —tantea con una sonrisa torcida.

Me encojo de hombros.

—Depende de qué tipo de pregunta sea.

—¿Una sencilla?

—Pues si es sencilla, supongo que podré responderla.

Él asiente con la cabeza.

—Estoy seguro de que sí…

Me cruzo de brazos y lo miro seria. Puede que esté equivocada, pero algo me dice que a este chico no puedo darle ningún tipo de indicio de que su presencia me agrada…

—¿Cuál es la pregunta?

—¿Cómo te llamas?

¿Tanto rollo para eso?

—Kelly —contesto con cautela, estudiando la expresión de su cara al escucharlo.

—Precioso —comenta sonriente.

—Gracias… —murmuro algo incómoda. ¿Por qué no me quita la mirada ni un segundo? Santo Dios, que pare un momento.

—Y…, Kelly, ¿te gustaría cambiar de grupo?

¿Otra vez con eso?

—Estoy muy a gusto donde estoy. Pero gracias por la oferta. Otra vez…

—Conmigo podrías estar mucho más a gusto —me dice fulminándome con la mirada. A continuación, acerca su cara a mi oído—: En todos los sentidos…

Le pongo una mano en el pecho para alejarlo de mí.

Lo miro atónita.

—¿Qué maldito problema tienes? —le pregunto justo cuando el ascensor por fin llega.

Siento entre alivio y vergüenza cuando veo que quien acaba de llegar a mi planta es Thiago junto a una chica que va en silla de ruedas. Thiago me mira a mí y luego a Mikael, y no le hace falta ni sumar dos y dos. Sobre todo, porque estoy segura de que ha escuchado mis últimas palabras hacia su compañero.

La tensión que se genera en tan solo un segundo me hace querer huir de aquí.

Por eso, antes de que ninguno pueda abrir la boca para decir algo, paso por el lado de Thiago y el de la chica con la intención de ir hacia las escaleras, pero la mano de Thiago rodeándome la muñeca me hace frenar en seco.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien? —me pregunta sin rodeos cuando lo miro.

Mikael suelta un bufido y responde por mí.

—Está perfecta. Aún no hago daño con los ojos.

Thiago lo mata con la mirada.

—Le he preguntado a ella, no a ti, campeón.

Yo me quito la mano de Thiago de la muñeca, y eso hace que me vuelva a mirar a mí.

—Estoy bien —le digo.

—¿Segura?

Asiento.

—Me tengo que ir, Thiago —le aviso. Y, sin esperar su respuesta, me dirijo a las escaleras. Por detrás escucho que la chica que le acompaña le dice algo.

—Nosotros también nos tenemos que ir. Vamos, Thiago.

No estoy lo suficientemente alejada cuando Thiago vuelve a abrir la boca para hablar, porque escucho sus últimas palabras a la perfección.

—Atrévete a tocarle un pelo, y vas a tener el puto problema más grande de tu vida.

Llego a la recepción con sus palabras en mi cabeza, pero se desvanecen rápido cuando veo que, tras el mostrador libre, está ella: Lisa. Lleno mis pulmones de aire antes de acercarme a hablarle, porque soy una adulta y lo que tengo en la cabeza son pensamientos idiotas.

Lisa se asombra un poco cuando me ve, y más aún cuando ve que me dirijo a hablar con ella.

—Hola —saludo algo cortada, no nos vamos a engañar.

Ella carga el peso de su cuerpo en la pierna contraria, y me mira la cara centímetro a centímetro durante unos segundos antes de hablar.

—Hola. ¿Puedo ayudarte en algo? —Se nota de lejos que está deseando que le diga que no.

—Sí, de hecho, sí.

—¿En qué te puedo ayudar?

Apoyo mis manos en el mostrador, y ella hace una mueca de ¿asco? cuando ve que lo hago. De hecho, hasta mueve su botella de agua hacia un lado.

Madre del amor hermoso.

—Quería saber si desde aquí puedo hacer la reserva de una excursión.

—¿Qué excursión?

—Ver un aurora boreal.

—¿Para cuándo?

—Hoy.

—¿Cuántas personas?

—Tres.

Ella deja de mirarme a mí, para ponerse a mirar en el ordenador. Teclea unas cosas durante unos segundos, y luego observa la pantalla fijamente.

—Hay una excursión que sale hoy a siete de la tarde desde aquí mismo —me informa.

—¿Y qué precio tiene?

Contesta sin dejar de mirarme a la cara.

—Quinientos por persona.

¿¡Cómo!? ¿¡QUINIENTOS POR PERSONA!?

—¿Quinientos euros? —pregunto, atónita—. ¿Quién viene a recogernos para que cueste ese pastizal? ¿Los mismísimos renos de Papá Noel o qué? —Aquella broma solo hace que ella me mire peor—. ¿Estás segura de que son quinientos euros?

Lisa suspira.

—Estoy segurísima de que sé hacer mi trabajo y de que sé leer una cifra—deja claro—. ¿Vas a contratar la excursión o no? Me estás haciendo cola. —Señala detrás de mí.

Miro sobre mi hombro y veo que, de pronto, hay tres familias y dos parejas esperando detrás.

—Eh… No, no… déjalo. Pero gracias… —le digo. Luego me hago a un lado para que ella pueda seguir trabajando.

¿Quinientos euros?

Vale que mi prometido se pueda permitir un gasto de mil quinientos euros en un día, pero eso casi es mi puto sueldo de un mes. No voy a hacer que pague ese pastizal aunque sea algo que siempre he soñado con ver…

—¿Una boda tan por todo lo alto sí, pero una triste excursión en Finlandia no? —me pregunta de pronto Lisa, mientras mete los datos de la gente que está atendiendo en el ordenador.

No.

Acaba.

De.

Decir.

Eso.

—¿Perdona? —pregunto, sin ser capaz de creerme que haya hecho ese comentario.

Deja de mirar la pantalla del ordenador y me mira a mí.

—¿Tú y tu prometido no estáis forrados? Bueno, tu prometido…

Me meto de lleno en el mostrador.

En un segundo, me acaba de subir los niveles de cortisona a picos estratosféricos.

¿De qué narices va?

—Te recomiendo que dejes de darle cuerda a esa boca desde ya. ¿Con qué derecho te crees tú para hablar de mi vida, de mi dinero o del de mi prometido?

Ella se encoge de hombros, indiferente, mientras sigue trabajando.

—Tan solo opino…

—Qué poco has tardado en investigarme, ¿no? ¿Qué pasa? ¿Has necesitado buscar cosas sobre mi vida para tratar de sentirte mejor?

Ella aprieta los dientes y me fulmina con los ojos.

—No necesito sentirme mejor… Estoy muy tranquila con todo lo que tengo ahora mismo.

Y una mierda.

—Una pena para ti que la atención de Thiago no sea una de ellas, supongo.

Su expresión chulesca cambia a una de enfado. Casi incluso soy capaz de notar cómo se controla para no lanzarse sobre mí.

—Disculpen, señoritas, pero…

—¡Cállate! —ambas mandamos callar al pobre señor de un grito sin dejar de retarnos con la mirada.

La primera en atacar es ella, porque mi último comentario le ha escocido como alcohol puro en una herida abierta.

—Ten cuidado, porque en un suspiro puedo estropear tu *preciosa* boda —me amenaza, pero solo consigue sacarme una sonrisa.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Desde luego que sí.

—¿Y cómo crees que quedará la imagen de tu *precioso* hotel con la noticia de que mi prometido forrado demanda a la empresa por malos tratos a sus clientes?

Ella frunce los labios, irritada, y procede a seguir atendiendo a los huéspedes con la cabeza alta.

—Mantente alejada de Thiago —es lo único que dice.

—¿O qué?

—O no solo jodo tu boda, también tu matrimonio.

Lo siento, pero soy incapaz de no reírme.

—Me encantaría ver cómo lo intentas… *Näkemiin,* bonita —me despido en su idioma.

De camino al restaurante del hotel, le envío un mensaje a Alan informándole de los precios de la excursión y agradeciéndole mucho el detalle de querer regalármela, pero dejándole claro que no voy a permitir que nos timen de esa manera, y mucho menos ahora, después de la conversación con Lisa. Ahora mismo no le compraría ni una botella de agua en pleno desierto.

Pero no pasa ni media hora cuando me llega un correo con la confirmación de unas entradas que yo no he pagado.

ALAN
El dinero no es una excusa cuando se trata de ti. Diviértete y mándame alguna foto, anda, que te echo de menos.

CAPÍTULO 11

VESTIDOS Y TELESILLAS

Thiago

La clase de hoy está siendo un auténtico desastre. El momento telesilla siempre es el más crítico para todos los niños. Más que nada lo es porque la idea de subirse les parece increíble, hasta que se dan cuenta de que se tienen que montar sin que las sillas se detengan. Es un momento demasiado tenso que conlleva mucha preparación física y mental, ya que hay que convencerlos de que no van a caerse una vez empiecen a subir y, a la vez, ser muy estricto con las normas para que no desobedezcan y corran peligro.

Hoy hemos juntado a los alumnos de Elsa (que van un nivel por delante) y a los míos, para que ella se encargue de ayudarlos a bajar cuando lleguen arriba, y así yo pueda ayudarlos a montarse abajo. Los suyos no tienen ningún problema a la hora de subirse, porque ya lo han hecho antes… Los míos…, bueno, tengo a alguno que otro con un berrinche.

—Arthur, campeón. Vas a ir con esta chica supermayor que se va a encargar de que no corras peligro. —Señalo a Poppy, quien se ha ofrecido a ir con quien tuviera miedo. La verdad es que es una niña con mucho carácter y muy valiente.

Todos mis alumnos tienen la estatura mínima para poder ir solos en el telesilla sin la compañía de un adulto. Diez años son suficientes para que entiendan que hacer el cafre no es una opción, y que, si respetan las normas, no tiene por qué pasarles nada. Arthur es el

único que, por edad, no permitiría que fuera solo. Yendo con Poppy estoy seguro de que no va a pasarle nada.

—Yo cuido de ti, Arthur—dice ella, agarrándole de la mano.

—¿Ves lo valiente que es? Ella no va a dejar que te pase nada. —Le sonrío con ternura y le limpio las lágrimas de la cara, pero, a pesar de mis palabras y las de Poppy, no lo veo muy convencido. Entonces le digo—: Si no quieres subir, no te obligo, pequeño. ¿Quieres ir con tu profe del cole?

Como sabía que ocurriría, él asiente con la cabeza y se acerca a mí para agarrarme del cuello y abrazarme, para que nadie le separe y le obligue a hacer algo que está claro que no quiere.

A saber lo que Mikael le tuvo que hacer antes de que se viniera a mi clase…

Joder, tan solo tiene cuatro años.

Yo me levanto del suelo con Arthur en brazos, y me quito los esquís para poder andar por la nieve con mayor facilidad. Miro a Kelly y le indico que se suba al telesilla.

—Esperadme arriba.

Ella me mira con horror.

—Ni loca me subo sola.

—Te subes con Poppy —señalo a la niña, quien, por la cara que pone, desde luego no parece que le haga mucha gracia lo que he dicho.

Lucho por ocultar una sonrisa cuando veo las miradas que se lanzan. Creo que a Kell le intimida un poco una niña de diez años…

—Eh… Creo que mejor me voy con vosotros. Me quedo con Arthur y su profe —contesta ella, cosa que hace que Poppy se ría de forma… discreta.

—Cagona —murmura ella, pero todos la escuchamos.

Kelly mira a la niña asombrada, pero, antes de que aquí se genere un malentendido entre ellas, intervengo.

—Chicas, estamos entorpeciendo el paso —informo, indicándoles con la mano que se muevan hacia la derecha para que la gente pueda montarse en el telesilla sin problemas. Y, cuando el

comentario de Poppy pasa al olvido, vuelvo a hablar—. Kelly, ¿vas a subir?

Ella niega.

—Me voy con vosotros.

Asiento.

—Vale, pues Poppy, vente y luego subimos juntos. No puedes quedarte aquí sola —digo, pero la niña se niega y, para mi sorpresa, se adentra en la zona para montarse en el telesilla.

—Yo me subo ya.

¿Cómo?

Con Arthur aún en brazos, me acerco a ella para sacarla de la zona donde se espera al vagón, pero llego algo tarde.

—No, Poppy, sal de ahí ahora mismo, sola no… —Dejo la frase en el aire cuando ella es capaz de sentarse correctamente y comenzar a subir con el seguro puesto—. La madre que me parió —murmuro, y rápidamente cojo el *walkie* que tengo en la chaqueta para comunicarme con mi compañera—. Elsa, sube una niña sola. Es la última de mi grupo. Tiene los ojos azules y el pelo negro. Avísame cuando esté arriba sana y salva, por favor.

—Recibido. ¿Tú no subes?

—En cinco minutos. Hay un alumno que no va a subir, voy a llevarle con su profesora.

—Vale. Aquí te esperamos —concluye.

—¿Un alumno? —pregunta Kelly cuando he dejado de hablar con Elsa y he empezado a caminar por la nieve—. Querrás decir: *dos* alumnos.

Ella se detiene para quitarse los esquís. Yo espero a que lo haga y a que los coja en la mano.

—No, Kelly. Tú vas a subir.

—¿¡Cómo!? Yo no quiero subir, Thiago.

—¿No quieres esquiar con tus amigas?

—Pues… a ver, por querer esquiar la verdad es que desde el primer día dejé muy clarito que no quería. Así que, por querer, lo que se dice querer…, pues no. Preferiría estar desayunando un

chocolate caliente con la montaña al fondo, y no ver a la gente desayunar desde la montaña, ¿sabes?

Soy incapaz de no sonreír.

—Kelly, si diez críos de diez años han tenido el valor de subirse, tú no puedes ser menos.

—Sí, sí que puedo.

La miro con mala cara, y ella pone los ojos en blanco y levanta las manos en forma de rendición.

—Como acabe traumatizada, te culparé toda la vida —me advierte.

—Si haciéndolo piensas en mí toda tu vida…

Ella me pega en el brazo.

—Thiago, no estoy de broma.

—Yo tampoco, Kelly.

Ninguno de los dos dice nada más. Dejamos a Arthur con su profe del colegio, y los dos volvemos a la entrada del telesilla. Nos ponemos los esquís y luego le indico que se coloque en la fila.

—En qué momento, de verdad, en qué momento… —murmura ella mientras hace lo que le pido, consiguiendo robarme una sonrisa.

«Thiago, todos tus niños están sanos y salvos arriba. También Poppy», me informa Elsa por el *walkie*.

—Perfecto. Yo estoy esperando para subir con la última alumna.

—No lo digas como si yo estuviera de acuerdo. Ahora mismo me siento como en un secuestro bajo amenaza —me dice Kelly.

Pongo los ojos en blanco.

—Eres una exagerada.

—Algunos apreciamos nuestra vida.

Pongo una mano en su cintura y la empujo para que quede en el lugar correcto.

—En cuanto notes la silla en tus piernas, te sientas —Ella, como acto reflejo, me agarra la manga de mi chaqueta con fuerza. Yo miro sobre mi hombro para vigilar y avisarle de que se siente en el momento correcto, por si acaso—. ¡Ahora!

Kelly se sienta mientras profiere un montón de insultos entre murmullos que no logro entender, pero que me hacen reír, porque, sí, es una dramática. Siempre lo ha sido.

Yo bajo la barra de seguridad y le indico dónde colocar los esquís.

—¿A que no ha sido para tanto? —pregunto cuando comenzamos a subir, pero ella está mirando hacia abajo con cara de espanto mientras se agarra a mi chaqueta con mucha más fuerza.

—Cállate, Thiago, te lo pido por Dios, eh.

—Kelly, relájate de una vez, anda —le aconsejo mientras me rio de su cara de horror, pero luego le agarro el mentón para que deje de mirar el suelo, y mire lo que tiene en frente—. La montaña está delante, por si no te habías dado cuenta todavía.

Su expresión de miedo se suaviza cuando ve las vistas.

—Dios mío… —exclama, asombrada—. Esto es precioso, Thiago…

—Lo sé…

—¿Esto es lo que te enamoró de Laponia? —pregunta de pronto, pillándome por sorpresa.

—¿Cómo?

Kell deja de mirar la montaña para mirarme a mí.

—Que si querer ver estas vistas fue lo que te enamoró de este lugar y te hizo querer marchaste de… tu casa.

Yo niego con la cabeza con rotundez.

—Lo que me enamoró fue la idea de que quizás podría empezar una nueva vida de cero.

Traga saliva con fuerza sin apartar sus enormes ojos azules de mi cara.

—¿Y lo has conseguido? —pregunta en un suspiro.

Niego.

—Para nada. —Ella baja la mirada algo… decepcionada—. ¿Y a ti, Kell? —pregunto a continuación, porque me interesa saber cosas de ella y porque no quiero que muera la conversación. Tenemos más de cinco minutos y pienso aprovecharlos.

—¿A mí? —pregunta, extrañada.

—¿Qué fue lo que te enamoró a ti de Laponia para querer casarte aquí? Hace seis años odiabas el frío y soñabas con casarte en la playa.

Ella llena sus pulmones de forma lenta.

—Ya te dije que he cambiado, Thiago.

—Ya, pero eso no contesta a mi pregunta.

Se encoge de hombros y mira al horizonte en busca de palabras.

—Pues…, no sé… Simplemente vi este lugar anunciado, me gustó, lo hablé con Alan, y lo escogimos.

—Alan… —repito—. Es la primera vez que escucho su nombre de ti.

—¿Por qué lo habías escuchado de otras personas?

—Más bien, lo había leído —corrijo, y ella me mira alucinada cuando se da cuenta de un detalle.

—Viste la noticia de que me casaba… —Asiento—. ¿Y por qué te hiciste el loco el día que nos volvimos a ver?

—No sé… Me bloqueé y me sorprendió, porque leerlo fue una cosa, y escucharlo de tu boca, otra completamente distinta. Que tú me lo dijeras le dio veracidad a una realidad que yo pensaba que no existía.

Ella va a abrir la boca, cuando de pronto el telesilla se frena en seco.

Kelly me mira asustada, pero yo niego con la cabeza.

—No te preocupes. Esto es normal.

—¿Sí?

—Pasa a todas horas.

—¿Y por qué desde el hotel nunca lo he visto?

—Porque desde la habitación no tienes por qué temer por tu vida —digo, pero al ver su expresión de espanto, me corrijo rápido—. Que no quiero decir que ahora sí…

—Dios mío… — Traga saliva y se pega a mí todo lo que puede. Yo sonrío porque sé que no corremos ningún tipo de peligro.

—Kelly, vas a desnivelar el telesilla —bromeo cuando está completamente pegada a mí y todo el peso está en un lado de la

silla.

—¿Y eso es malo?

«Thiago, no seas tan capullo como para vacilarla ahora. Está asustada, ¿no lo ves?».

Me da igual.

—Eso puede hacer que se descuelgue y que caigamos —digo. Y, al ver su cara de espanto, me demuestra que sí, que sigue siendo muy susceptible a mis bromas.

—¿¡QUÉ!? —chilla tan fuerte que, en otras circunstancias, hasta habría sido capaz de provocar una avalancha—. ¿¡NOS VAMOS A CAER!?

Yo le pongo una mano en la boca y me llevo el dedo índice a los labios para pedirle que no grite, mientras que, sintiéndolo mucho, me descojono.

—Era una broma, Kelly, puedes estar tranquila. No vamos a morir.

—¡Yo no contemplaba la posibilidad de morir, solo de caernos! —grita contra mi mano.

«Solo», dice.

—¿Crees en serio que podríamos sobrevivir a una caída de más de veinte metros? Mucha fe tienes tú, Williams.

—¿Veinte metros? —pregunta mirando hacia abajo.

—Mientras no se levante una ventisca, puedes estar tranquila.

—La verdad es que no me estás haciendo sentir mejor con nada de lo que estás diciendo —reconoce.

—Vale, pues cambiemos de tema.

—¿A cuál?

Pienso durante unos segundos.

—¿Cómo es tu vestido de novia?

Kelly me mira confundida.

—¿Blanco?

Le dedico mi peor cara.

—No jodas, Kell —le digo irónicamente—. Me refiero a que cómo es de… estilo… No sé, yo tengo el recuerdo de que una vez me

describiste con pelos y señales cómo querías que fuera. Me gustaría saber si tus gustos en eso también han cambiado.

—¿En serio quieres hablar de mi vestido de novia?

—¿Por qué no iba a querer?

En realidad, no quiero.

No quiero, porque la primera vez que la escuché describirlo, me la imaginaba en el altar conmigo. Ahora…, ahora tendré que imaginarla sin yo estar a su lado…

—Porque… —Ella traga saliva con fuerza—, ya te di la tabarra hace unos años según me acabas de decir.

—Yo no he dicho eso. He dicho que me hablaste de cómo hace unos años describiste tu vestido perfecto, y en ningún momento me cansé de escucharte. —Hago una pequeña pausa—. ¿Tú no te acuerdas de esa conversación?

Resopla en forma de suspiro.

—Algo recuerdo, sí… —dice, pero yo sé que se acuerda de todo.

—Bueno, ¿y cómo es ahora? —insisto.

Ella pierde la mirada de nuevo en algún lugar que no soy yo, y algo me dice que hablar de su vestido no es uno de sus temas favoritos… No sé si porque algo ha pasado al respecto, o si es porque no quiere hacerlo conmigo.

Sea cual sea la razón, no le impide contármelo al final.

—Pues… es… simple. O, por lo menos, a mí me lo parece. Es de manga larga, pero tiene un pequeño escote hasta esta zona en forma de corazón —se señala el pecho—. La tela es de un satén muy grueso que proviene de Francia, y no sé… No tiene mucho vuelo. Al final se generan una especie de tablas que quedan muy elegantes, y en los bordados de las mangas tiene diminutas piedrecitas y eso le da más luz al vestido. Es de una diseñadora de la que me he enamorado. Ha diseñado mi vestido y los de las damas de honor. Es la mejor. Se llama Samantha Díaz, por si… quieres… saberlo…

Yo le sonrío mientras trato de borrarme de la mente la imagen de ella con el vestido puesto, pero de la mano de… Alan.

—Tiene pinta de ser bonito —confieso, porque, a pesar de todo, debe estar preciosa con él puesto.

—¿Pero?

—Pero no es como lo describiste hace unos años.

—¿Y cómo era el de hace unos años? —me pregunta, y siento que me está poniendo a prueba. Una pena para ella que me acuerde a la perfección.

—Dijiste que soñabas con un vestido con mucho vuelo y al estilo princesa con detalles en encaje. Además de que dijiste una cosa muy rara. Dijiste que querías un blanco perla. Cosa que nunca llegué a entender, porque solo hay una variación de blanco, que es el blanco, pero…

—Eso no es verdad. Hay blancos más oscuros que otros.

Yo la miro impactado.

—Creo, sinceramente, que solo las mujeres tenéis esa capacidad visual, y los hombres nunca la desarrollaremos. Kell, el color blanco es el color blanco, y punto.

Ella pone los ojos en… blanco.

—Lo que tú digas, Thiago. —Niega con la cabeza.

—¿Y a dónde os vais de luna de miel? Si se puede saber…

No sé en realidad por qué quiero saber todas estas cosas. Quizás simplemente sea masoquista.

—Recorreremos la costa italiana, y luego nos iremos a Madagascar una semana.

—Madagascar… —silbo, asombrado, pero luego decido vacilarla—. Espera, ¿pero eso no era una peli?

Ella me mete un codazo y me fulmina con la mirada mientras en sus labios se asoma una sonrisa tímida.

—¿Y cuándo llega él? —me atrevo a preguntar.

Ella deja de sonreír al instante.

—Thiago…

—¿Qué?

—¿Por qué quieres saber todas estas cosas?

—Curiosidad.

—Ya… —murmura, pero a continuación decide contestar a mi pregunta—. Alan viene el sábado. Una semana antes de la boda.

—¿Y tu madre también?

Que mencione a su madre la pone igual de rígida que una piedra.

—Todos los invitados vienen el miércoles…

—¿Estás nerviosa?

—Estoy estresada. Quiero que todo salga bien.

—¿Quieres despejarte un rato para relajarte?

Frunce el ceño, pero afirma con la cabeza.

—Ehh… ¿sí?

Yo sonrío triunfante.

—Hoy es el cumpleaños de mi amiga Taylor. La que has visto esta mañana cuando Mikael… —dejo la frase en el aire—. Vamos a celebrarlo esta noche en el bar que está a pie de pista en la estación. Tú y tus amigas estáis invitadas. A Taylor le encanta que se una gente a su cumpleaños, aunque no los conozca.

—Esta noche nos vamos a ver una aurora boreal… —contesta, desplomando en un segundo mi ilusión.

Mierda. Me moría de ganas de poder pasar una noche con ella sin tensiones. Pensaba que el cumple de Taylor podía ser la ocasión perfecta para poder dejar de lado cualquier frialdad en nuestra relación por un rato al estar en un ambiente más social y… coloquial.

—Vaya, pues nada… Otra vez será, Kell.

—¿Cómo la conociste? —pregunta de pronto.

—¿A quién?

—A Taylor.

Sonrío por una milésima de segundo antes de quedarme serio.

Taylor es mi persona favorita desde hace bastante tiempo, pero también es de alguien de quien me cuesta hablar.

—Ella llegó al equipo de monitores cuando acababa de cumplir dieciocho, y yo solo llevaba aquí un año. Llegó como alumna, pero quería sacarse el título de profesora para poder dedicarse a enseñar.

Ella me mira confusa, y sé a la perfección por qué.

—¿Pero… ella…? ¿Ella ya estaba en silla de ruedas?

Aprieto los dientes con fuerza y niego con la cabeza.

—No… Aunque ahora sí y da clases a niños con su misma minusvalía.

—¿Y qué le pasó? —pregunta con cautela.

—Tuvo un accidente esquiando.

Kelly se lleva una mano a la boca.

—Dios santo… Pobrecita…

—No había a nadie que le gustara esquiar más que a ella. A nadie… —Trago con dureza para tragarme también el nudo de la garganta—. Estaba a punto de conseguir su título. Al día siguiente del accidente, se habría examinado.

Me entra un escalofrío cuando recuerdo esa tarde en la que de pronto escuché por un *walkie* que pedían urgentemente al personal de primeros auxilios para socorrer a una chica de dieciocho años que había perdido el conocimiento en medio de una pista tras una grave caída.

Su imagen me llegó a la cabeza como si no hubiera sido posible que miles de chicas de su edad estuvieran en la pista en ese momento.

Taylor se había precipitado medio kilómetro cuesta abajo en una de las pistas más peligrosas de esta estación… a casi cien kilómetros hora. Se golpeó en la nuca con sus propios esquís y se partió la columna. Eso, además de dejarla en coma, la dejó parapléjica…

Cuando se despertó no se acordaba de absolutamente nada. Ni siquiera de cómo se llamaba. Fue recuperando la memoria con el paso del tiempo, pero se le olvidaron miles de cosas que nunca podrá volver a recordar.

—¿Y no había nadie con ella en ese momento? ¿Nadie la supervisaba? —pregunta Kelly con cierto dolor.

—Sí. Estaba con Mikael.

CAPÍTULO 12

TODA LA VIDA

Kelly

Nunca pensé que podría decir esto, pero echo de menos esquiar con Thiago. Mis amigas están a punto de matarme y, lejos de preocuparse por mi bonito culo, no paran de descojonarse de mí cada vez que me caigo.

Me he pasado toda la mañana subiendo y bajando la misma pista azul con mi clase, pero después de comer, Molly y Sienna me han obligado a ir a esquiar con ellas. Nos quedan pocos días de clases gratis, y quieren esquiar conmigo, aunque sea un rato.

En un principio, la idea no me había parecido tan mala porque estaba motivada después de la clase con Thiago, ya que no se me había dado tan mal. Claro que se me había olvidado por completo un pequeño detalle: Thiago tiene muy presente que toda la gente de su clase es novata, cosa que mis amigas han ignorado por completo.

He perdido la cuenta de la cantidad de veces que me he caído bajando la pista. No es la misma en la que me he pasado toda la mañana practicando, pero es del mismo nivel…

¿Por qué me está costando tanto bajarla?

¿Qué narices estoy haciendo mal?

—¡Kelly, frena! —me grita Sienna, pero no puedo hacerlo. La nieve está algo más derretida que esta mañana, y mis esquís no me hacen caso, lo juro.

—¡Cuidado! —chilla Molly, apartando a Sienna de mi camino para que no me la lleve por delante cuando cojo velocidad y sigo sin

poder frenar.

Y a pesar de que tratan de ayudarme a parar, una vez paso por su lado, termino cayéndome porque la velocidad me hace perder el equilibrio.

—¡Mierda! —chillan a la vez cuando ven mi golpe.

El corazón se me sube a la garganta cuando soy capaz de escuchar un crujido en mi rodilla derecha, que por un momento me hace pensar que me la he roto.

Cuando dejo de deslizarme cuesta abajo, me siento en la nieve y, alarmada, me toco la rodilla para comprobar que está bien. Sin embargo, se me baja toda la sangre a los talones cuando, al presionarla, un dolor punzante hace acto de presencia.

«No, no, no, no, no…».

—¡Kelly!

Molly y Sienna aparecen en mi campo de visión a la vez, y se agachan para socorrerme y examinarme.

—¿Estás bien? —pregunta Sienna, mirándome preocupada.

Yo niego con la cabeza.

—No puedo mover la rodilla.

Ambas intercambian una mirada de susto que solo me pone más nerviosa.

—Vale, tranquila, seguro que no es nada —dice Molly para tranquilizarme—. ¿Puedes flexionarla?

Estoy a punto de comprobarlo, cuando de pronto alguien frena con los esquís bruscamente a nuestro lado, captando toda nuestra atención. Las tres miramos a la persona que acaba de aparecer y, para mi sorpresa, ver a Thiago, por primera vez, no me genera una sensación parecida a la incomodidad, sino que más bien me transmite una seguridad y una tranquilidad que consigue que la sangre empiece a fluir de nuevo por mis venas.

Thiago se agacha frente a mí y me examina con atención.

—¿Puedes levantarte, Kell? —me pregunta.

«Vaya, genial. Ha visto mi patética caída».

Yo niego con la cabeza.

—Me duele la rodilla.

Thiago me coge la pierna y, antes de que yo pueda hacer nada, me la flexiona y me la vuelve a estirar con cuidado. Luego me mira a los ojos cuando me pregunta:

—¿Te ha dolido?

Trago saliva con fuerza, porque sí, me ha dolido.

—Un poco… —reconozco, angustiada—. ¿Me he hecho algo? ¿Está rota?

Thiago me suelta la pierna y niega con la cabeza.

—No lo creo, tranquila, pero abajo hay una enfermería. Vamos a que te vean. —Se incorpora y me ofrece la mano para ayudar a levantarme. Sin embargo, al tirar de mí, un dolor en la muñeca me hace quejarme y soltarle de inmediato.

Joder, joder, joder.

Me agarro la muñeca con la otra mano mientras siento unas ganas raras de llorar.

Si me he lesionado la muñeca o la rodilla, me muero. De verdad que me muero.

Thiago se agacha de nuevo para examinar mi muñeca.

Miro a mis amigas mientras lo hace. Ambas tienen una mano en la boca y me miran preocupadas. También sé que se sienten un poco culpables.

—Será solo un pequeño esguince, Kell, pero no te preocupes. En pocos días estarás bien.

—¿Que no me preocupe? —digo angustiada.

Thiago asiente, seguro. Sus ojos verdes me miran con confianza.

—No es nada por lo que debas preocuparte —insiste, y antes de que yo pueda decir nada, él se dirige a mis amigas para que una de ellas vaya a buscar uno de mis esquís, ya que ha saltado cuando me he caído.

Mientras Sienna va a por él, Thiago me ayuda a levantarme del suelo, pero esta vez desde atrás para no tirar de mis manos.

Una vez estoy de pie, se queda detrás de mí, con su pecho pegado a mi espalda, y con uno de sus brazos rodeando mi cintura

para que no me caiga.

Molly me mira con una expresión parecida a la de la tristeza, pero también con confusión por la forma en la que Thiago… pues, bueno, me ha tratado…

No sé si hasta este momento se habrán acordado de que él es mi ex, pero creo que después de esto algo en su interior pide algún tipo de explicación o conversación.

Cuando recupero mi esquí, Thiago se ocupa de ayudarme a bajar la pista como hemos hecho otras veces en clase, solo que esta vez se lo pongo mucho más difícil, porque yo no puedo hacer fuerza para frenar con las rodillas.

Cuando llegamos abajo, me acompaña a la pequeña cabaña de madera que está cerca del telesilla, donde se encuentra el personal de primeros auxilios. A pesar de que estoy acompañada de mis amigas, él no se va en ningún momento. Se queda a escuchar lo que me dicen.

—¿Eres alérgica a algún medicamento? —pregunta el enfermero mientras que me revisa la rodilla.

—Al ácido acetilsalicílico que lleva la aspirina —contestamos Thiago y yo al mismo tiempo.

Todos en la sala nos miran a la vez de forma intensa, pero Thiago y yo tan solo compartimos una mirada rápida.

Después de esa respuesta, se genera un silencio bastante incómodo. Aunque el jaleo que tengo en mi interior sería capaz de dejar sordo a cualquiera.

Trago saliva cuando soy realmente consciente de que Thiago se ha acordado de a lo que soy alérgica…, y también de que ahora mismo está agitando su pierna sin darse cuenta. Eso siempre lo ha hecho cuando está nervioso, ansioso o preocupado por algo.

—No tienes nada fracturado —informa—. Aunque te recomiendo que mantengas todo el reposo posible, porque otra caída puede hacer que esta vez sí que te fractures algo. Te voy a poner una muñequera y una rodillera de compresión para inmovilizar las articulaciones y reducir el dolor —informa, y a mí me quita dos

pesos muy grandes de encima. El primero: que no tengo nada roto, obviamente, y el segundo: que no voy a tener que esquiar de nuevo.

Yo asiento y luego comparto una mirada de alivio con mis amigas. También miro a Thiago, que está serio mientras mira al auxiliar, pero cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, gira la cabeza en mi dirección, me sonríe y me guiña un ojo de forma rápida y sutil.

—Ya te he dicho que no era nada —me dice con la voz algo ronca antes de volver a mirar al enfermero con atención.

Diez minutos más tarde, todos salimos de la cabaña y nos dirigimos al hotel. Yo me tumbo en la cama de mi habitación mientras Molly y Sienna me miran con curiosidad desde los costados de la cama.

—Puedes contarnos lo que sea, Kelly —dice Molly, rompiendo el silencio.

Mierda.

—¿Contaros? —Me intento hacer la loca, porque no sé si estoy preparada para hablar del tema—. ¿Contaros qué exactamente?

—El chico rubio, Thiago —dice Sienna—. Creíamos que solo fue un rollo de cuando eras adolescente, pero se sabe hasta tus malditas alergias. ¿Ácidosalecitiqué? Yo ni siquiera puedo pronunciarlo y lo acabo de escuchar, pero él lo ha dicho de carrerilla.

—¿Qué hubo entre vosotros en realidad, Kelly? —pregunta de nuevo Molly—. Debió de ser algo gordo…

Hay tantas cosas que no saben de mí, que hasta por un momento me avergüenzo. Son mis mejores amigas y les he ocultado hasta el más mínimo detalle de mi vida antes de conocerlas…

Nunca he querido contárselo, porque cuando nos conocimos, fue el momento exacto en el que me di cuenta de que mi vida con Thiago en Ribadeo había acabado.

Además de que mi madre se esforzó por hacerme olvidar el pasado. Me hizo creer que mi única realidad era la que estaba creando, y que mi pasado era un simple recuerdo que, a decir verdad, no merecía la pena contar.

«Cuánto daño te ha hecho mamá, Kelly».

—Fue… —Trago con fuerza—. No solo fue un rollo. Fue mi primer amigo y mi primer novio.

—¿Por qué lo dejasteis? —pregunta Sienna, curiosa.

Tomo una bocanada de aire. No me creo que esté a punto de contarles a mis amigas la mitad de mi vida.

—Porque me tuve que ir a Londres.

Ambas me miran con el ceño fruncido. Lo único que saben de mí es que viví en España durante muchos años. Eso era lo único que sentía que podía contar.

—¿Simplemente por eso? —pregunta Molly, extrañada—. ¿Lo dejasteis por la distancia?

Se me hace un nudo enorme en la garganta.

—Lo dejamos porque no supimos entendernos —resumo—. Él no entendía que me tuviera que marchar, y yo no comprendía cómo era incapaz de no entenderlo…

—Acabasteis mal, ¿no?, por eso nunca has hablado de él. Ni siquiera ahora, que le has vuelto a ver —comenta Sienna.

Yo asiento.

—Éramos muy pequeños. No teníamos ni idea de cómo querer.

Con dieciocho años creíamos que la única forma de querernos era priorizándonos. Ahora, yo por lo menos, he aprendido que hay muchas formas de querer, y que a veces dejar marchar es la mejor forma de demostrar que quieres a alguien.

Yo a Thiago le destrocé el corazón. Lo que no podía hacer era demostrarle, estando con otro, que aún le quería. Por eso reprimí las ganas de buscarlo cuando lo echaba de menos, y dejé que buscara a alguien que pudiera arreglar lo que yo destrocé…

Ninguno de los dos podía tener al otro a medias. Estar presentes en nuestras vidas, pero sin ser lo que fuimos cuando teníamos aún tanto por darnos, podría haber sido lo más doloroso para los dos.

Por eso traté de olvidarlo y no lo busqué cuando lo necesitaba…

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos? —pregunta Molly.

Resumir mi vida con Thiago en años es imposible. Más que nada porque siempre he tenido la sensación de que mi primer y *último*

recuerdo sólido fue con él… Comencé a ser alguien plenamente consciente de su vida una vez se cruzaron nuestros caminos. Por eso, a pesar de que nos conociéramos más tarde de lo que mi respuesta daba a entender, tengo la sensación de que mi vida comenzó cuando comenzamos a frecuentarnos, y de alguna forma se acabó cuando me marché.

—Toda la vida —contesto con un deje de tristeza que, al instante, lamento haber mostrado. A mis amigas desde luego que no les pasa desapercibido, porque la mano de Molly agarra una de las mías, y más tarde la de Sienna hace lo mismo. Ambas se deslizan en la cama hasta que quedan a mi lado, y las dos apoyan sus cabezas en mis hombros.

Yo dejo caer la mía en la de Sienna, y ahora que ninguna de las dos puede verme la cara, permito que me ardan los ojos y que se me empañen.

—Siento la pregunta, Kelly, pero… —empieza diciendo Molly—, ¿le sigues queriendo?

Trago con mucha fuerza, pero soy incapaz de deshacer el nudo que tengo en la garganta.

¿Sigo sintiendo algo por Thiago? ¿Qué es lo que siento? ¿Nostalgia? ¿Tristeza? ¿Amor? ¿Cariño? ¿Arrepentimiento? ¿Aprecio? ¿Miedo por lo que pueda sentir una vez me vaya y vuelva a tenerlo lejos?

¿Será un poco de todo?

¿Lo sigo queriendo? ¿Se puede querer a alguien que llevas seis años sin ver y sin saber nada de su vida? ¿Se puede dejar de querer a alguien que te ha hecho tan feliz? ¿Se puede no querer a Thiago?

No.

Joder, por supuesto que no.

CAPÍTULO 13

ME REHÚSO

Kelly

Muy a mi pesar, hemos decidido suspender la excursión… Aunque mi rodilla está mejor que al mediodía, forzarla andando en la nieve no creo que hubiera sido la mejor opción si quiero recuperarme antes de que Alan llegue.

Por eso hemos decidido hacer un plan algo más tranquilo (o por lo menos espero que lo sea) y vamos a ir al cumpleaños de Taylor. Resulta que el monitor de Molly y Sienna, Oliver, es amigo de Thiago y de Taylor, y esta mañana él las ha invitado igual que Thiago me ha invitado a mí.

El cumpleaños se celebra en el interior de un bar con aspecto de cabaña. Para cuando el reloj marca las ocho de la tarde, ya está abarrotado. Es noche cerrada, el cielo está estrellado y hace un frío de mil demonios. Por eso me alegro de que entremos al bar y que no nos quedemos fuera, donde hay un DJ pinchando música y una fiesta enorme montada.

—Están ahí —anuncia Molly cuando reconoce a Oliver en una de las mesas—. ¿Vamos? —me pregunta a mí, para asegurarse de que me parece buena idea acercarme a Thiago.

Yo asiento, y entonces las tres comenzamos a caminar hacia la mesa. Busco a Thiago, pero no lo veo por ningún lado.

—¡Hola! —saluda Sienna cuando llegamos—. ¿Podemos unirnos al cumpleaños?

Nos miran un instante y luego exclaman entusiasmados que por supuesto. Nos hacen un hueco en los sofás que están alrededor de la mesa, y nos sentamos como podemos entre ellos.

—¡Qué ilusión que hayáis venido! —exclama Taylor, emocionada—. Oliver y Thiago me dijeron que estaban corriendo la voz para que la gente se pasara, pero no pensé que alguien fuera a venir.

—Yo nunca le digo que no a una invitación, cielo, así que tú invítame cuando quieras a lo que sea —dice Sienna, robándonos una sonrisa a todos, porque es verdad. Es esa clase de persona que se engancha a cualquier invitación—. ¿Puedo coger una? —pregunta a continuación, señalando el cubo de metal hasta arriba de hielos y cervezas en el centro de la mesa.

—Por supuesto. Pillad las que queráis —contesta Oliver, y mi amiga le dedica una sonrisa un tanto extraña. Me veo con la obligación de comentarlo.

—¿Me he perdido algo? —le pregunto en un susurro a Molly.

—Que de tu boda va a salir otra.

Me hubiese encantado saber mucho más sobre esa nueva noticia, pero toda mi atención se la llevan dos personas que acaban de hacer acto de presencia.

—¡Lisa! —exclama Taylor al verla llegar de la mano de Thiago. No se me pasa por alto que Elsa, al mirarla, pone los ojos en blanco y que Oliver le da un codazo cuando bufa—. ¡Qué bien que hayas podido venir!

Yo aprieto los dientes con fuerza cuando mis ojos se fijan en sus manos entrelazadas, y cuando mi cerebro comprende que Thiago no estaba aquí, porque estaba con Lisa…

—Feliz cumpleaños, Taylor —contesta ella, y sé, porque lo noto, que tengo la mirada de ambos encima. Por eso mismo dejo de rehuir la mirada y la levanto hacia ellos.

Thiago me mira algo asombrado, porque está claro que no se esperaba encontrarme aquí después de lo que le he dicho hoy en el telesilla, y a pesar de que estoy segura de que habría soltado algún

comentario al respecto, que Lisa tire de su mano para dirigirle hacia el sofá, hace que finalmente no diga nada.

Thiago se sienta en el sofá al lado de Taylor, y ella… se sienta en su puto regazo y le rodea el cuello con un brazo.

No sé si es solo cosa mía, pero de pronto se ha generado un ambiente bastante tenso, que incluso por un momento me hace sentir culpable.

La pobre Taylor nos mira a todos un poco confundida, y yo puedo notar que mis amigas están igual de tensas que yo por lo que acaba de ocurrir.

Por suerte, Oliver interviene antes de que todo se vuelva un poco más incómodo.

—¿Alguien quiere algo más fuerte que la cerveza? Yo voy a ir a por una copa —informa, levantándose del sofá.

Es mi oportunidad de intervenir y demostrar que estoy muy cómoda con la presencia de todos.

—Yo quiero un *gin-tonic* —pido, y antes de que Oliver pueda irse, alguien interviene:

—No puedes beber alcohol, Kelly —me dice Thiago.

Lo miro confundida.

—¿Cómo que no?

—Estás tomando analgésicos —me recuerda.

Es verdad.

Pero me da igual.

Que no me venga ahora con tonterías de preocuparse por mí, cuando no ha hecho ni un solo intento por quitarse a Lisa de encima cuando no tiene ningún sentido que esté ahí sentada cuando hay asientos de sobra. ¿Qué se cree que tiene? ¿Quince años? Aunque no debería, me ha molestado.

—¿Y?

—Que no es recomendable.

—No va a pasarme nada.

—Kelly, no bebas —me pide, y ahora no como recomendación, sino como una petición.

—Es solo una copa, Thiago…

—Pero es…

Alguien lo interrumpe.

—Déjala beber lo que quiera. Ya es mayorcita —musita Lisa molesta.

Y aunque está más que claro que ha intervenido porque precisamente bien no le estaba sentando que Thiago me aconsejara de esa forma, por primera vez doy gracias de que haya abierto la boca.

Me apetece emborracharme, y como mis amigas me han estado repitiendo desde que llegamos que estoy aquí para disfrutar de mi viaje de despedida de soltera, pues por fin lo voy a hacer de verdad.

—Por favor, Oliver, ¿me lo puedes traer? —le pregunto, y él, tras compartir una mirada con su amigo que termina en nada, se va a por su bebida y a por la mía.

Evito la mirada de Thiago por dos razones:

1. Porque mirarle implica ver a Lisa sentada en su regazo.

2. Porque mientras que eso ocurre, estoy segura de que sus ojos verdes están sobre mí.

Tres minutos más tarde, Oliver viene con su bebida y con la mía. Todos los demás siguen bebiendo cerveza, menos Thiago, que por alguna razón, no la ha tocado.

—¿Cuántos años cumples, Taylor? —pregunta Molly.

—Veinte —contesta ella con una mueca melancólica. La entiendo. Creo que el día en el que cumples veinte años es el momento en el que de verdad te replanteas muchas cosas; entre ellas, que el tiempo pasa demasiado rápido y que hacerse mayor cada vez mola menos.

—Ay, los veinte… —resopla Molly, mirando a un punto lejano—. Dónde estarán mis veinte…

—Pues bastante enterrados, la verdad —le contesta Sienna, consiguiendo que la mirada perdida de Molly se pose en ella de forma desafiante.

—¿Cuántos años tenéis vosotras? —nos pregunta Taylor.

—Sienna y yo tenemos veintiséis, y Kelly veinticuatro —contesta Molly.

—¿Algún consejo que darle a Tay? Tiene un poco amor-odio a eso de crecer y ser una adulta de verdad —nos dice Elsa, señalando a Taylor.

A mí me llega a la mente un consejo que dejo salir antes de que alguien se me adelante, porque es algo que a mí me hubiese encantado escuchar hace seis años.

—Que no te preocupes por no sentirte preparada para nada en la vida. Que crezcas no significa que debas saber cómo actuar siempre. Tengas la edad que tengas, va a seguir siendo tu primera vez viviendo. No te sientas culpable por no saber tomar buenas decisiones cuando se supone que ya deberías saber hacerlo por ser una adulta.

Tras esas palabras, todos se me quedan mirando durante unos segundos que se me hacen eternos. En especial, me quema la mirada de Thiago. Sé que algo dentro de él es consciente de que cuando he hablado sobre tomar buenas decisiones, en cierta medida, estaba hablando de nosotros…

Mientras se retoma otro tema de conversación, yo me bebo mi *gin-tonic* casi de un trago, porque, joder, realmente cómoda no es que me sienta aquí mismo ahora.

En cuanto Molly dice que va a ir a por una copa, la acompaño, ya que quedarme sola rodeada de gente que no conozco nunca ha sido mi fuerte. Sienna hace ya un rato que se ha puesto a charlar con Oliver de no sé qué, pero está claro que en cualquier momento van a desaparecer para hacer otra cosa con la boca que no va a ser hablar.

Y, por las dudas, quedarme (por mucho que esté Thiago) no es una opción.

—¿Quién es la lapa? —me pregunta Molly cuando hemos llegado a la barra.

Me encojo de hombros, porque la verdad es que no sé qué significa Lisa para Thiago. No sé si solo es la chica con la que tiene algún tipo de rollo sin compromiso, si es alguien más o si no es nadie. Después de esto, ya no lo tengo claro.

—Ni lo sé ni mi importa.

Molly me mira con una ceja arqueada.

—¿Segura?

—Segurísima.

Mi amiga me mira con duda unos instantes, pero no insiste. Supongo que porque ha visto que no estoy en disposición de rayarme ni lo más mínimo por Lisa o Thiago, y ella no quiere provocar nada.

Aunque, la verdad…

Joder.

¿Por qué narices no se la quita de encima?

¿Tendría que hacerlo? ¿Estoy loca?

¿Por qué quiero que lo haga?

«JODER, KELLY, PARA».

—Tía, ¿estás bi…?

Me tomo el *gin-tonic* en dos tragos en cuanto me lo sirven. Cuando me lo termino y siento el sofoco del alcohol y de los pensamientos, decido hacer algo que, espero, consiga enfriar mi mente.

—Voy a tomar el aire —le advierto, y no espero su respuesta, porque me dirijo a la salida de la cabaña todo lo rápido que puedo.

En cuanto salgo, la música del DJ me retumba en los oídos y el frío me congela todo el cuerpo. Mientras me alejo de la fiesta, me abrocho el abrigo y me pongo mis guantes y mi gorro.

A pesar de que me he alejado, la música, que suena a todo volumen, no me permite desconectar; sin embargo, sentir el frío en la cara me hace sentir un poco menos sofocada.

Me apoyo en la barandilla de madera y echo la cabeza hacia atrás. Suelto un suspiro muy largo.

¿Por qué coño me puede molestar ver a Lisa encima de Thiago? ¿Será porque se ve de lejos que ella intenta hacerme sentir celosa, y darme cuenta de que lo fuerza tanto es tan ridículo que consigue hacerme sentir mal?

«Kelly, para. No lo pienses. No puedes pensar en esto. Para o vamos a tener un problema muy grande».

Saco el móvil del bolsillo de la chaqueta para mirar la hora, pero casi se me salen los ojos de la cara cuando veo que tengo quince llamadas perdidas de Alan y más de treinta mensajes de texto.

¿Cómo…? ¿En qué momento me ha llamado quince veces y yo no lo he oído?

Joder, joder, joder.

Ni siquiera sabe que al final no he ido a la excursión…

¿Debo llamarle? ¿O esperar a mañana? ¿Estará enfadado? ¿Se me notará que me he tomado dos *gin-tonic?* ¿Le digo que al final no he ido a la excursión? ¿Le cuento que casi me abro la cabeza esquiando?

No.

No voy a decirle nada.

Voy a esperar a mañana y…

¡Mierda!

Me está llamando. Otra vez.

«Kelly, coge la maldita llamada».

Deslizo el dedo hacia la opción de contestar, y me llevo el móvil a la oreja mientras que con la otra mano me tapo el otro oído para poder escucharlo bien.

—Hola, cari…

—¿Qué está pasando, Kelly? Te he llamado unas quince veces.

—No, no lo sé. Creo que mi móvil sigue sin funcionar bien —contesto, tapándome el oído con más fuerza, porque lo escucho fatal.

—Me tenías preocupado… ¿Dónde estás? ¿En una fiesta?

—No…, bueno, más o menos. Estoy en un cumpleaños.

—¿Un cumpleaños? ¿El cumpleaños de quién?

—De la amiga de mi monitor de esquí… A Molly a Sienna y a mí nos han…

—¿Y la excursión, Kelly?

Me paso la mano por la frente y me chupo los labios algo nerviosa. ¿Por qué siento que tengo que mentirle? ¿Por qué no puedo decirle que me he caído esquiando y que no era buena idea ir a la excursión?

—Es que ha ocurrido un problema…

—¿Qué problema?

—Pues que… que… —decido contarle la verdad—. Me he caído esquiando y no me encontraba con ganas de ir…

Escucho cómo suspira.

—De acuerdo, no te preocupes… ¿Y cómo estás, cielo? ¿Dónde te has hecho daño?

—No es nada grave, no te preocupes.

—¿Desde cuándo estáis ahí? Hace unas tres horas que me han informado de que el paquete que te he mandado ha llegado a la recepción del hotel.

—¿Qué paquete, Alan?

—Te he comprado un móvil.

—¡Te dije que no hacía falta! —le reprocho.

—Por supuesto que hace falta, Kelly. No te llegan las llamadas.

—Alan, no te comportes como si fueses mi padre y debieras tenerme controlada a todas horas, ¿vale?

—Kelly, por Dios, no trato de tenerte controlada, intento comunicarme con mi prometida. ¿También te sienta mal que me preocupe por ti?

—No. Simplemente… —Se me ahogan las palabras en la boca. Quiero decirle que puedo apañármelas sola y que no necesito que a cada pequeño problema que me surja él le ponga solución—. Da igual… Gracias por el teléfono, Alan.

—Cariño… —me dice con calma tras unos segundos en silencio.

—¿Qué?

—Que te quiero. Que todo lo que hago o trato de hacer es para hacerte feliz.

Me muerdo el labio inferior con fuerza.

—Lo sé, Alan, pero no tienes que estar siempre preocupado por hacerme feliz.

—¿Y de qué otra cosa podría preocuparme, Kelly? Tú eres lo más importante para mí.

Levanto la mirada del suelo y la pierdo ahora en una de las ventanas, dando la casualidad de que a través del cristal justo se puede ver la mesa en la que estamos. Por suerte, Lisa ya no está con Thiago, sino que ahora él está bromeando con Taylor, porque ella no para de reírse. Sonrío sin darme cuenta.

—Tú también eres lo más importante para mí —digo por acto reflejo.

—Por favor, avísame cuando estés en el hotel y cuando tengas el nuevo móvil.

Asiento.

—Vale, te aviso.

—Te quiero, Kelly. Mucho.

—Yo también te quiero, Alan.

Y dicho eso, cuelgo la llamada.

Me froto la cara porque tengo un lío en la cabeza que ni yo misma entiendo. ¿Qué narices me pasa?

Necesito irme de aquí cuanto antes. Necesito casarme y largarme. No aguanto más. Cuanto más tiempo paso aquí sola, más confusa me siento.

Ojalá no hubiera venido hasta el día de mi boda.

Ojalá hubiera decidido otro lugar para casarme.

Ojalá pudiera decir que tengo todo claro en mi vida…

—Hombre, Kelly, qué sorpresa encontrarte por aquí.

En cuanto reconozco a Mikael, me separo de la barandilla de madera. Estoy dispuesta a meterme de nuevo en la cabaña, cuando él se me pone delante y me interrumpe el paso.

—Eh, que solo vengo a hablar. —Levanta las palmas con fingida inocencia—. ¿Qué tal estás? ¿Con quién hablabas?

Me cruzo de brazos y lo miro desafiante.

—Hablaba con mi prometido —le contesto, para ver si pilla de una vez que no voy a ligar con él, y que no voy a permitir que él lo intente conmigo.

A pesar de que mi respuesta tendría que haberle echado para atrás, en él tiene un efecto contrario.

—Ah, ¿sí? —Sonríe divertido—. ¿Y qué te ha dicho?, ¿que te comparte un rato conmigo?

Le doy un empujón para que se aparte de mí.

—Das asco. ¿Qué te piensas que soy? ¿Un maldito trozo de carne que mi marido decide si puede compartir o no? ¿Tú eres un cavernícola o qué?

—Tranquila, preciosa, que tan solo era una broma.

Niego con la cabeza. Que los machirulos se justifiquen con «es una broma» me eleva los niveles de cortisol hasta picos preocupantes. ¿El que sea una broma significa que deba molestarme menos su comentario de mierda?

Mira, de verdad…

—Ya, pues menos mal que era broma, porque ahora ya tengo claro que eres un completo payaso.

Tras fulminarlo con la mirada, me doy media vuelta. Aunque para mi desgracia no estoy lo suficientemente lejos cuando me contesta, porque escucho su respuesta a la perfección.

—¡Enfadada solo me pones más!

Le saco el dedo y me alejo.

Decido volver al hotel. Necesito una ducha y silencio. Ahora es el momento perfecto ya que Sienna y Molly están entretenidas y pasándoselo bien fuera de la habitación. Comienzo a bajar los escalones de la cabaña, pero me detengo cuando veo a Thiago fumando al final de las escaleras.

Me quedo quieta durante unos segundos decidiendo si pasar por su lado o si darme la vuelta para ir por el contrario, pero contemplar

la posibilidad de que Mikael siga por ahí me hace decantarme por la primera opción.

Thiago me ve, pero yo hago como que no lo veo a él. Paso por delante sin dejar de mirar al frente, pero sintiendo su mirada en mí.

—¿Kell? ¿A dónde vas? ¿Kell? ¡Kelly!

No quiero hablar con él ahora mismo. Solo quiero irme a mi habitación.

Pero como a Thiago debe extrañarle que pase de una forma tan descarada de él, se pone a correr para alcanzarme y detenerme.

—¿Por qué pasas de mí? —me dice una vez está enfrente.

—Lo preguntas como si fuera una novedad que lo haga.

Él frunce el ceño, tira el cigarrillo al suelo y lo pisa sin quitarme los ojos de encima.

—¿A qué viene esa contestación?

—A que yo no te busco, ¿vale?

Thiago se extraña aún más.

—¿Qué narices te pasa?

—¿A mí? Nada. ¿Qué narices te pasa a ti?

—Joder, Kell. No estoy entendiendo nada.

—Pues como siempre, Thiago.

Trato de andar lejos de él, pero me interrumpe el paso con su brazo en mi cintura. En el tiempo en el que me vuelve a colocar en el mismo lugar en el que estaba, estudia la expresión de mi cara.

—¿Estás así porque Lisa…? No tenía ni idea de que ibas a venir, Kelly. Pensaba…

Le interrumpo, porque me parece de coña que vuelva a justificarse con lo que hace con su vida o con Lisa.

—¿Puedes parar? No quiero ningún tipo de explicación, Thiago.

—Sí que la quieres, Kelly, aunque no lo quieras admitir.

Pues sí, puede que tenga razón.

—¿En serio me estás diciendo que, si llegas a saber que voy a venir, no hubieras traído a Lisa al cumpleaños? ¿Qué pasa? ¿Que estás intentando jugar a dos bandas o algo así?

Thiago niega con la cabeza.

—No, joder, Kelly, claro que no.

—¿No? Pues ya me explicarás por qué narices influía que yo viniera en que ella lo hiciera.

—Lisa habría venido lo hicieras tú o no —contesta tajante.

—Entonces, ¿por qué hace un momento intentabas justificarte?

Él se pasa la lengua por el labio inferior.

—Porque…, no sé, Kell, quizás pensaba que podría haberte dolido ver…

—¿Cómo te manosea? —pregunto por él. Aunque no dice ni sí ni no, sé que lo que quería decir era algo como eso—: Thiago, me voy a casar con alguien a quien quiero y respeto, ¿te acuerdas?

Él asiente con la cabeza, mientras aprieta la mandíbula.

—Por supuesto que me acuerdo, Kelly.

—Entonces, ¿por qué narices piensas que podría dolerme ver cómo otra te mete mano? —Me gustaría mucho descubrir la razón. Más que nada porque acaba de demostrar que ha notado mi incomodad, pero tampoco ha hecho nada al respecto.

Thiago me fulmina con la mirada. Sus ojos verdes, tan cálidos como siempre, me retan.

—¿Quieres que te diga por qué, Kell?

Me cruzo de brazos.

—Sí.

Él da un paso hacia mí, reduciendo completamente las distancias. Ahora tengo que alzar el mentón para poder mirarlo a los ojos.

—Porque a mí me volvería loco ver cómo alguien toca a la persona a la que más he querido en toda mi puta vida. Porque esperaba que tú siguieras sintiendo algo parecido por mí. Porque soy un puto desgraciado que no puede pasar página y que se muere porque a la chica de su vida le interese, aunque sea un poco, la persona con la que ha aprendido a vivir —dice a escasos centímetros de mi cara—. ¿Contenta ahora, Kell?

Lo separo de mí, porque estoy de todo menos contenta.

—No puedes echarme la culpa de que no puedas pasar página —le digo.

—No te estoy echando la culpa, Kelly.

—¡Sí lo estás haciendo, Thiago! Me acabas de echar en cara que no sienta celos por ti, porque tú sí que los tendrías de mí.

—Simplemente te he confesado mis sentimientos.

—Pero has dicho que te gustaría recibir de mí lo mismo que tú sientes ahora.

—Y eso no es ninguna mentira, Kelly —reconoce—. Me encantaría que me dijeras que quieres absolutamente todo aquí, ahora y conmigo, pero entiendo que eso no es posible. No te lo estoy echando en cara, solo te demuestro lo que me gustaría que ocurriese.

Doy un paso hacia atrás y trato de tragar con fuerza, pero tengo la boca y la garganta completamente secas.

—Joder, Thiago, no me puedes hacer esto.

—¿El qué?

—¡Eh, vamos a darle los regalos a Taylor! ¿Venís o qué? —grita Oliver.

Ambos miramos en dirección a la cabaña, y lo vemos de pie junto a Sienna. Ella está agarrando el brazo de Oliver al tiempo que me mira con el ceño fruncido, intentando descifrar no solo la expresión de mi cara, sino también lo que acaba de ocurrir y por qué Thiago y yo estamos hablando tan cerca.

Joder.

Doy un par de pasos hacia atrás todo lo rápido que puedo, y, a pesar de que me hubiese encantado salir corriendo hacia el hotel, desaparecer justo cuando le van a dar los regalos a Taylor es bastante irrespetuoso. Por eso comienzo a caminar hacia las escaleras sin esperar a Thiago.

Entro en la cabaña, y al instante siento alivio por el calor que hace. Camino hacia el sillón donde está Molly, y debe de notar que algo ha pasado, porque me pregunta al oído si estoy bien. Le digo que sí, y gracias a Dios no da tiempo a más conversación, porque de pronto apagan las luces del local y Thiago y Oliver aparecen con una

tarta con dos velas enormes encendidas encima, mientras que le cantan el «cumpleaños feliz» a Taylor.

—Este regalo es de parte de todos, pero en especial de Thiago —anuncia Elsa, mientras le extiende un paquete enorme.

Taylor los mira intrigada cuando ve el tamaño de su regalo, y se pone algo ansiosa por descubrir qué es. No pierde el tiempo en tratar de averiguarlo y rompe el envoltorio con prisa e ilusión. Se queda confundida mirando la caja, pero cuando la gira y ve el nombre y el dibujo de algo se lleva una mano a la boca y se le humedecen los ojos en un solo segundo.

—¿Esto es de verdad? —pregunta al borde del llanto, mirando a Thiago.

—Completamente verdad, Tay. Ya tienes tu silla adaptada. Por fin vas a poder esquiar de verdad de nuevo —contesta él.

Ella rompe a llorar y mueve su silla de ruedas hasta que queda frente a Thiago. Lo abraza con fuerza mientras solloza, y Thiago no duda en devolverle el abrazo con la misma intensidad.



Cuando volvemos al hotel, me dirijo a la recepción para recoger el paquete de Alan, mientras que Molly y Sienna se van a la habitación a ducharse, porque siempre hay peleas por quién lo hace primero.

—Han dejado un paquete para mí —le digo al de recepción—. Kelly Williams.

Él asiente y se dirige a otra de las puertas; se mete dentro de un pequeño almacén y vuelve con lo que Alan me ha dejado.

Dios mío.

El chico deja un ramo de rosas enorme encima del mostrador, junto a una caja de bombones y un pequeño paquete; luego saca una carpeta de un cajón. Tras buscar entre unos papeles, me extiende uno y me da un boli.

—Tiene que firmar aquí —dice, señalando el papel.

Yo firmo lo más rápido que puedo, y luego cojo todo.

—Gracias —le digo entre dientes antes de marcharme.

Me dirijo a los ascensores, pero la voz de alguien me hace parar.

—¡Hala! ¡Qué flores más bonitas! —exclama Taylor.

Elsa, Oliver, Thiago y ella están en los sillones de la recepción. Yo comparto una mirada con Thiago, que tonto no es, y a pesar de que para variar me habría gustado salir disparada de ahí, me acerco a ellos, pero, en especial, a Taylor.

—¿Te gustan? —le pregunto con una sonrisa.

Ella asiente entusiasmada.

—Son preciosas. A mí nunca nadie me ha regalado flores…

Yo sonrío.

—Bueno, pues eso tiene solución ahora mismo —digo, y de mi ramo saco unas cinco rosas y se las ofrezco—. Para ti, Taylor. Feliz cumpleaños.

Ella me mira impactada.

—Pero…, son tuyas… —dice algo cortada, sin atreverse a coger el minirramo que le quiero regalar.

—¿Tú has visto todas las que tengo? Podría regalarle una a todos los de este hotel. Cógelo, Taylor, me hace ilusión ser la primera que te regala flores —digo, y luego le guiño un ojo.

Ella sonríe de forma tímida, pero esta vez sí que se anima a coger los rosas.

—Muchas gracias, Kelly.

Yo le sonrío en respuesta y luego miro a sus acompañantes.

—¿Alguien más quiere una rosa? —pregunto.

—Yo soy alérgica —dice Elsa.

—Yo es que soy más de hortensias, pero también gracias —dice ahora Oliver, robándonos una sonrisa a todos.

Miro a Thiago, pero creo que no hace falta intuir ni predecir nada. Obviamente no va a aceptar una flor que otro hombre me ha regalado a mí. Por eso mismo ni siquiera abre la boca.

—Buenas noches, chicos —me despido, ahora algo cortada, y tras recibir también su respuesta, me doy media vuelta para ir hacia los ascensores, pero la voz de Thiago me detiene.

—Kelly, espera. Se te ha caído esto del ramo —dice, enseñándome un pequeño papel doblado en dos.

—Gracias… —respondo, y extiendo la mano para coger el papel.

Thiago tarda su tiempo en reaccionar, y sé que eso ocurre porque se muere por saber lo que pone en la nota: no me sorprendo cuando la abre rápido y disimuladamente para leer el mensaje.

Me mira a los ojos durante unos segundos, y por fin me entrega el papel. Aunque, para mi sorpresa, en vez de alejarse cuando ya lo tengo entre mis dedos, acerca un poco más su cara a la mía, porque tiene algo que decirme casi en un susurro.

—Se va a quedar muerto cuando le confieses que tus flores favoritas no son las rosas. Buenas noches, Kell.

Y tras decir eso último, se separa de mí y vuelve con sus amigos.

Yo, con la cara ardiendo por alguna razón, voy al ascensor. Por suerte no tarda más de dos segundos en llegar, y puedo soltar bastante rápido el suspiro que llevo todo el día queriendo sacar. Mientras subo a mi planta, abro la nota.

Las flores favoritas de mi chica, para mi chica favorita.

~A.

CAPÍTULO 14

TE BRILLAN LOS OJOS

Thiago

La última clase de la semana sin Kell no me está molando nada y, por primera vez desde que soy monitor, quiero que por fin se termine.

Llevo toda la mañana pensando en el día de ayer, en nuestra conversación.

No es ninguna mentira que durante todos estos años no he podido pasar página. Dentro de mí siempre hubo una pequeña esperanza. Algo que me decía que Kelly iba a regresar, que iba a estar a mi lado y que podía volver a quererme…

No me siento orgulloso de decir que ni siquiera recuerdo el número de chicas con las que he intentado (aunque sea por un segundo) olvidarme de Kell y, más aún, porque con ninguna ha funcionado. De alguna forma siempre terminaba pensando en ella; deseando que la chica que tenía junto a mí fuera Kell. Deseando que, al mirarlas a los ojos, pudiera encontrarme con el azul de sus ojos.

Era incapaz de no compararlas. Por mucho que todas esas chicas me parecieran preciosas, ninguna era Kelly. Ninguna era tan perfecta como ella. Ninguna conseguía hacerme sentir ni una pizca de lo que sentía con Kell. Y la culpa era solo mía. Esas chicas tenían mucho que ofrecer, pero yo era incapaz de aceptarlo.

Intentaba cosas nuevas con ellas, pero siempre me terminaba apareciendo un recuerdo de nosotros haciendo algo parecido y, al

instante, era incomparable, porque todo con Kelly era mejor…, y nada sin Kelly tenía sentido.

Entré en un bucle infinito en el que me convencía todo el rato de que con otra chica iba a funcionar cuando con la última no lo había hecho, pero siempre terminaba ocurriendo lo mismo: por mucho que ellas me pudieran parecer perfectas, siempre deseaba con todas mis fuerzas que fuera ella.

Lisa tenía razón.

Por más que tratara de aparentar que había superado a Kelly, nunca lo llegué a conseguir, porque para mí Kell es insuperable…

Ha llegado un punto en el que realmente no sé de lo que sigo enamorado: si del recuerdo de lo que fuimos o de la pequeña esperanza de lo que aún podríamos ser…

Estoy destrozado y también decepcionado. Siento que el tiempo se me agota, pero al mismo tiempo no sé cómo actuar. No sé qué hacer con el tiempo que aún nos queda estando cerca. Tal vez no puedo hacer nada, porque, como ella me volvió a recordar ayer, está aquí para casarse con un hombre al que… quiere y respeta, y yo no puedo hacer nada para evitarlo. Yo puedo seguir enamorado de Kelly, pero está claro que ella no lo sigue estando de mí…

¿Qué es lo que debo hacer? ¿Intentar aprovechar el tiempo que me queda con ella hasta que su… prometido venga? ¿O aparentar que he aceptado que nada puede cambiar y dejarla disfrutar de su viaje con sus amigas?

Joder, no puedo.

No puedo dejarla escapar. No puedo no estar cerca de ella cuando llevo tantos años deseando tenerla de nuevo a mi lado.

La necesito.

Llevo todos estos años sin el corazón en su sitio…, y ahora que ella está aquí, parece que está volviendo a encontrar su lugar en mi pecho.

Pero… ¿qué pasará cuando se marche de nuevo?

¿Sería capaz de sacrificarlo para toda una vida por pasar estos últimos dos días cerca de Kelly?

Sí, desde luego que sí.

Por ella todo merece absolutamente la pena. Aunque ella ya no piense lo mismo de mí…

—Eh, guaperas, ¿listo para que te destroce en la pista?

Taylor me saca de mis pensamientos, y puede que ella sea la única persona en el mundo capaz de hacerlo sin que me moleste.

—Creo que te has olvidado de con quién estás hablando —le contesto con una sonrisa.

Hace dos horas que hemos terminado las clases con el colegio. Anoche le prometimos a Taylor que después de comer iríamos a verla probar su nueva silla adaptada. En la estación se pueden alquilar sillas de ese estilo, pero Taylor nunca ha terminado de sentirse cómoda esquiando con ellas, porque al ser de una calidad algo cuestionable, no le permitían disfrutar del esquí como a ella siempre le ha gustado.

Eso a Taylor la desilusionó tanto que incluso dejó de esquiar durante varios meses… Con el paso del tiempo, recordó que realmente esquiar era su pasión, y decidió convertirse en una monitora más de la estación.

Sin embargo, aunque volviera a reconciliarse con el deporte, finalmente decidimos comprarle entre todos una de las mejores sillas para ella sola, para que pueda esquiar cuando quiera, y, como siempre ha ocurrido, siendo una de las mejores.

—Sí, tienes razón. Con un amigo que no me cuenta nada últimamente.

Su respuesta me pilla por sorpresa y me hace fruncir el ceño.

—¿Qué? ¿De qué hablas, Tay?

—Te he pillado completamente perdido en tus pensamientos. Llevas así varios días. ¿Quieres hablar del tema?

—¿Qué tema? —Me hago el loco. Ella lo sabe perfectamente. No es tonta y acaba de revelar que ha notado una actitud rara en mí desde…

—Pues de ella; de Kelly.

Aprieto los dientes, porque no sé si realmente quiero hablar con alguien al respecto.

—No hay nada de lo que hablar realmente, Tay.

—Ah, ¿no? Thiago, te brillan los ojos cada vez que está cerca —dice, y aunque me haya encantado escucharlo, no es ninguna sorpresa para mí—. Estoy segura de que algo debió pasar entre vosotros, y que eso que pasó fue lo que te trajo hasta aquí…

Yo miro a Tay con los ojos entrecerrados.

—¿Hay que quemarte en una hoguera, brujilla?

Ella se encoge de hombros, sonriente.

—Era demasiado predecible.

—Para ti, supongo.

—Para cualquiera que os preste un poco de atención.

¿Eso quiere decir que Taylor me puede dar información sobre lo que Kelly no expresa que siente o de lo que yo no me estoy dando cuenta?

Joder, ojalá que sí.

—Tay, sin contarte nada… ¿Qué ves en ella? —pregunto, ansioso por saber lo que ella piensa.

Taylor resopla lentamente y luego frunce el ceño mientras piensa o recuerda algo. Quizás a Kelly. Tras estar unos segundos en silencio, contesta algo que, muy en el fondo, me esperaba.

—Arrepentimiento. Y un poco de tristeza.

Trago saliva, porque escuchar que Kelly está triste creo que es de las cosas más dolorosas que puedo procesar.

Sí es verdad que la Kell que he vuelto a ver, en cierta medida, no tiene nada que ver con la que yo conocía, pero pensaba que era…, no sé, por haber crecido y madurado, y también por la situación tensa que hay entre nosotros… Nunca pensé que podía ser porque de verdad se sintiera triste.

—Está a punto de casarse, no debería estar triste…

Me agobia saber que Kell no es feliz a casi una semana de su boda.

¿Su… prometido será consciente de eso? ¿Será él quien la hace sentir así?

Aprieto la mandíbula al imaginarme mil situaciones diferentes en las que, de alguna manera, él hace que Kelly no sea feliz.

Joder, si ni siquiera sabe cuál es su flor favorita. ¿Cómo narices pretende hacerla feliz?

La voz de Taylor me saca de mis pensamientos.

—Thiago, algo me dice que Kelly no solo está triste, también muy perdida.

CAPÍTULO 15

ALERTA AMARILLA

Kelly

Lejos de todo lo que en este tiempo he estado pensando, no está siendo tan divertido ver la montaña desde la distancia con un café calentito entre las manos.

Me escuece un poco decirlo, pero esquiar está… bien. Bueno, está bien si estoy bajo la responsabilidad de una persona que no quiere que trague nieve o que me rompa la columna… Esquiar con Sienna y Molly no ha sido lo más emocionante del viaje porque casi acabo en el hospital, pero esquiar con Thiago ha sido… diferente, y ahora más que nunca me arrepiento de no haber aprovechado la última clase de hoy con él.

¿Quizás estoy a tiempo de hacer una última bajada juntos?

Sé que está por las pistas con Taylor y sus amigos porque Sienna y Molly han subido a ver cómo Taylor prueba su silla de esquiar adaptada… A lo mejor, si me ve arriba, quiere esquiar conmigo por última vez.

¿Estoy loca? Debería quedarme haciendo reposo…

En realidad, no me duele tanto la rodilla… Y me da envidia que todos estén arriba y yo no.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa de madera de la cafetería en donde estoy mientras pienso en qué hacer, pero, lejos de tomar una decisión de forma meditada, la tomo rápido y sin pensar cuando veo a alguien que quizás puede llevarme con Thiago. Mierda, me voy a agarrar a un clavo ardiendo, pero…

—¡Mikael!

Él se detiene cuando escucha mi grito y me busca con la mirada. Se le iluminan los ojos cuando me encuentra.

Yo me levanto de mi mesa y me acerco a la barandilla que separa la cafetería de la estación. Él en ese tiempo hace lo mismo, pero desde el otro lado. Cuando llega, apoya sus brazos en la madera y me mira con atención y curiosidad.

—Hola, preciosa, qué sorpresa que me llames. ¿Has pensado mejor la propuesta de ayer y…?

«Mira, tío, corta el rollo».

—¿Sabes dónde está Thiago? —pregunto, callándole de sopetón y haciendo que la expresión de su cara cambie completamente. Mikael se pasa la lengua por las muelas y mira hacia la derecha mientras sonríe amargamente.

—¿Thiago? —repite, ahora mirándome con… ¿rabia?—. ¿Para qué buscas a Thiago?

—No busco a Thiago concretamente —miento—. Busco a todos.

Algo dentro de él no se cree mi rectificación, pero aun así me contesta.

—Están por las pistas rojas, con Taylor.

Vale, esa es una información que yo ya sabía, pero me gustaría saber dónde concretamente. Hay mil pistas rojas.

—¿Tú vas a subir? —pregunto, y él, por alguna razón, me mira con el ceño fruncido.

—Sí, pero no voy a ir con ellos.

—¿Podrías indicarme arriba dónde están?

Mikael entrecierra los ojos y me mira de arriba abajo. Se queda en silencio durante unos segundos, pero termina por asentir con la cabeza lentamente.

—Claro que puedo… Ven conmigo.

Salgo de la pequeña terraza de la cabaña y me acerco a él. Caminamos juntos en silencio hasta el telesilla, aunque puedo sentir su mirada de reojo constantemente.

Nos ponemos los esquís antes de montarnos en el telesilla, y mientras subimos a las pistas rojas, yo solo puedo pensar que en qué momento estoy en la misma silla que Mikael, subiendo a unas pistas que no son de mi nivel.

Dios mío, Kelly.

Eres idiota.

«Thiago está arriba, tranquila».

—¿Por qué hoy hay tan poca gente esquiando? —le pregunto a Mikael, rompiendo el silencio que se ha instalado entre nosotros desde que he aceptado a acompañarle.

—Hay aviso de nevadas y viento. Estamos en alerta amarilla. Las pistas tienen que estar desalojadas a las seis y media.

Lo miro impactada.

—¿Qué? —Trago con fuerza—. ¿Y por qué no me lo has dicho antes de subir?

—Hay un cartel avisándolo en el hotel, y miles de ellos por la estación —informa con cierta sorna—. Pero no te preocupes, guapa, vas conmigo, no va a pasarte nada.

Me separo la braga del cuello porque me estoy empezando a poner nerviosa. ¿Cómo narices no he podido ver esos cárteles?

«Joder, Kell, no puedes estar tan despistada y distraída con tus pensamientos todo el tiempo».

Bueno, al menos solo es alerta amarilla… Podría ser peor… Podría ser… roja…

—¿Y crees que en media hora me dará tiempo a encontrar a Thiago y a bajar la pista? —pregunto, sabiendo que la respuesta es no.

Mikael me mira fijamente, y consigue hacerme sentir más incómoda y angustiada de lo que ya me estoy empezando a sentir.

—¿Encontrar a Thiago? —repite mis palabras con dureza—. ¿No se supone que vas a buscar a todos?

Trago ahora con mucha más fuerza.

—Sí, bueno, a todos… Pero él es mi monitor… Esperaba que… Esperaba bajar la pista con él. No tengo el nivel para bajar una roja

—confieso.

Mikael hace una mueca que me indica que ya me puedo poner a rezar.

—Pues, preciosa, estás bastante jodida —admite, confirmando mis sospechas.

—¿Por qué exactamente?

—Porque, para encontrar a Thiago, vas a tener que esquiar sobre una roja. Y la verdad es que no creo que llegues a tiempo si vas a tu ritmo. Cuando quieras llegar, ya se habrán ido todos y tendrás la ventisca encima.

«Vale, Kelly, que no cunda el pánico. Al menos no estás sola todavía. Por mucho que Mikael no sea santo de tu devoción, sigue siendo un monitor y puede sacarte de aquí. Tranquilidad».

—¿Y todo esto no me lo podrías haber dicho abajo? —Le echo en cara—. Joder, sabías de sobra que con Thiago no he superado las pistas azules.

Mikael me mira un poco mal porque lo estoy confrontando.

—Eh, tranquila, bonita, que la culpa es solo tuya. Te he informado desde el primer momento que Thiago está en las pistas rojas. ¿Cómo narices pretendías llegar a él si no era esquiando por esas pistas?

Estoy a punto de contestar, cuando de pronto el telesilla se frena, y pocos segundos después una ráfaga de viento helado nos da de frente y hace que las sillas se muevan de forma brusca.

No, no, no, no ¡y no!

Miro a Mikael alarmada y asustada, pero él no parece preocupado.

Aunque, como no podía ser de otra forma, mi mente me juega una mala pasada, porque de pronto recuerdo las palabras de Thiago de ayer diciéndome que podía estar tranquila en el maldito telesilla…, ¡siempre y cuando no se levantara una ventisca!

Dios Santo, voy a morir. Y voy a morir con Mikael al lado.

Me resisto las ganas de agarrarlo del brazo con todas mis fuerzas, y tan solo empiezo a rezar para que el telesilla se ponga en

funcionamiento de nuevo y pueda salir de aquí cuanto antes.

—Me vas a tener que ayudar —le advierto.

—Si hubieras estado en mi clase no te haría falta.

¿Acaso se cree que eso me importa ahora mismo?

—Si no he avanzado más es porque yo no he querido —contesto con firmeza.

Mikael eleva sus cejas.

—¿En serio? —pregunta con ironía—. ¿Y se puede saber por qué no has querido? ¿No te sentías segura con Thiago?

Qué pesado es con Thiago.

—En la vida me he sentido tan segura que cuando he estado con él —respondo de forma tajante, porque estoy harta de que intente dejarle mal todo el rato.

Mikael, en respuesta, sonríe irónicamente.

—Ah, ¿sí? —Yo asiento—. ¿Y por qué no has querido subir con él desde un principio y has terminado recurriendo a mí?

¿Recurrido a él? ¿Qué tipo de pájaros tiene en la cabeza?

—No tenía intención de esquiar hoy con nadie ni en ningún momento, porque ayer me di un golpe.

Me mira de arriba abajo, intentando descubrir dónde me golpeé.

—¿Y por qué has cambiado de opinión?

Me encojo de hombros, intentando encontrar una excusa.

—Me apetecía ver a Taylor esquiando. —Y no es del todo mentira.

—Claro, a Taylor —dice con ironía—. Thiago te da igual.

Lo miro extrañada.

—¿Qué clase de obsesión tienes con Thiago? —no me resisto a preguntar, un tanto a la defensiva.

Mikael me mira de forma retadora.

—¿Y tú, preciosa?

Me quedo callada como una tonta.

No tengo ningún tipo de obsesión con Thiago, pero que una persona como Mikael (que no me conoce de nada) suelte un comentario de ese estilo… me deja un poco confundida.

¿Estaré dando una impresión equivocada sobre lo que ha causado en mí volver a ver a Thiago?

No. No puedo demostrar eso, y menos delante de gente que no me conoce de nada.

—Deja de llamarme de esa forma —le pido.

Mikael sonríe.

—¿Eso es lo único que tienes que decir?

No, por supuesto que no.

—No, también que dejes de sacar cosas de contexto. Estoy aquí para casarme.

—¿Y Thiago lo sabe?

—i¿Puedes dejar a Thiago en paz?!

Él, tras ese grito, levanta las manos en forma de inocencia, y su expresión sarcástica cambia a una completamente diferente. Mikael deja de mirarme a mí para pasar a mirar al horizonte, mientras aprieta con fuerza la mandíbula.

Y cuando pensaba que iba a dejar la conversación aquí, suelta un comentario bastante fuera de contexto.

—No entiendo qué cojones le veis todas a ese niñato.

¿Niñato?

Uf.

Cuidadito, Mikael.

—Te recomiendo no hablar mal de él delante de mí.

Deja de mirar al frente y clava sus ojos oscuros en los míos.

—¿Me recomiendas, Kelly? —A pesar de que utiliza su usual tono sarcástico, esta vez va acompañado de una pizca de cólera.

—Ese niñato es mi exnovio —respondo duramente, para darle a entender que no voy a pasar ni media, y para dejarle claro que, aunque Thiago sea alguien de mi pasado, es de las personas que más me importan, y que defendería sin pensármelo.

Mikael sonríe ampliamente.

—Vale, vale, ahora todo tiene sentido…

—¿El qué tiene sentido?

—Que quieras estar cerca del pequitas. ¿Tu prometido sabe que aún te mueres por él? —dice, y, o yo estoy loca, o el tono que acaba de utilizar está lleno de rencor.

—Dios Santo, estás fatal de la cabeza —murmuro. Luego, para mi sorpresa, Mikael me agarra de la barbilla cuando estoy a punto de dejar de mirarlo. Me gira la cabeza con algo de fuerza y me obliga a clavar mi mirada en la suya de nuevo. Solo cuando siente que tiene toda mi atención, habla.

—Eh, un respeto, que quien te va a salvar ese bonito culo que tienes de lo que te espera en cuanto te bajes de este telesilla voy a ser yo.

Se nota a kilómetros que le ha encantado decir eso…

Me quito su mano de la barbilla de un tirón y vuelvo a mirar al frente para ignorarlo. En el tiempo en el que el telesilla vuelve a ponerse en funcionamiento, intento ponerme en contacto con Molly o Sienna, pero ninguna de las dos me contesta porque no hay muy buena cobertura.

Estar incomunicada, obviamente, solo aumenta mis niveles de estrés.

Madre mía. Tengo un muy mal presentimiento…

¿En qué momento esto me ha podido parecer una buena idea?

Llegamos al final del trayecto del telesilla a los pocos minutos, y yo tengo que tragar con fuerza cuando veo la pista que está delante de mis narices. Más aún porque, a raíz de la ventisca, desde aquí arriba la visibilidad de la montaña es mucho menor de lo habitual.

A cada segundo que pasa, peor se pone la cosa. Más viento hace, más nieve se levanta, más tenebrosa se ve la pista…

Ya apenas queda nadie. La gente que también estaba subiendo en el telesilla no duda en ponerse a bajar la pista lo antes posible para que no les pille de pleno lo que se nos viene encima.

¿Solo alerta amarilla?

Mikael no parece muy asombrado; supongo que está acostumbrado a temporales como estos. Comenzamos a esquiar por

pistas azules. Yo me limito a seguirlo sin saber si realmente este el camino para encontrarme con Thiago.

Aunque doy gracias de que aún no me haya metido por una pista roja.

—¿¡Qué ocurre!? —le pregunto cuando al cabo de unos diez minutos se detiene; le grito, en realidad, por lo fuerte que sopla el viento.

—Ya no están.

—¿¡Qué!?

—¡Que ya no están! Deberían estar por la zona. Han debido marcharse hace un rato por la alerta.

No me jodas. ¿He subido para nada? ¿Y ahora voy a tener que bajar con Mikael y con esta ventisca?

—¿Estás seguro? Quizás están…

Mikael niega con la cabeza y me interrumpe.

—Mira, Kelly, no sé, pero con la alerta que hay y con tu nivel, no pienso ponerme a investigar más a fondo. Es mejor que te des media vuelta.

No digo nada, porque él de pronto se acerca al telesilla que tenemos casi al lado. Se pone a hablar con el operador responsable. Cuando llego a su altura, pillo la conversación empezada, y me llevo las peores noticias.

«Ya no admite viajeros. Ya no es seguro».

«No tiene el nivel para bajar estas pistas», dice Mikael, señalándome.

«El telesilla ahora es más peligroso. Lo siento, pero tendrá que bajar esquiando».

Tras decir eso, saca sus esquís dispuesto a ponerse a resguardo abajo una vez todo el mundo haya bajado.

—¡¿Qué voy a hacer?! —le pregunto de nuevo gritando, porque el viento es cada vez más fuerte.

—¡Bajar la pista que tenemos delante! —La señala. Esa sí es una roja…—. ¡Es la vía más rápida! ¡Yo voy detrás de ti! ¡Si veo que

coges velocidad te haré parar, pero no podemos tirarnos media hora aquí, es muy peligroso!

—¿¡Y qué pretendes!? ¿¡Que me deje llevar!?

Mikael asiente y me agarra del brazo para acercarme al inicio de la pista.

—¡Es casi un kilómetro de pista! ¡Tienes que olvidarte de frenar o la ventisca te va a pillar de lleno!

¿QUÉ?

¿Cómo que no frene?

A pesar del frío que nos da en la cara (que incluso me hace daño), siento una oleada de calor que me recorre entera cuando asimilo bien lo que Mikael pretende que haga.

—¡No sé esquiar esta pista, Mikael!

—¡Pues vas a tener que aprender!

—¡No sé si voy a poder! ¡Tengo la rodilla mal!

Mikael empieza a perder la paciencia.

—¡Kelly, solo hay una alternativa y es bajar! ¡Deja de lamentarte y sé valiente! ¡Yo voy a ir detrás de ti todo el rato, pero para no llevarte por delante, no puedes frenar! ¿¡Entendido!?

—¡Pero…!

—¡Concéntrate! —me ordena y, antes de que pueda asimilarlo, Mikael me ha empujado y me ha metido de lleno en la pista.

Aprieto los dientes con fuerza e intento confiar en mí y en él. Le hago caso y no freno, a pesar de que sienta que la velocidad que cojo podría matarme si me cayera. Flexiono las rodillas haciendo caso omiso al dolor que siento en la lesionada, y con todo mi ser trato de no perder el control de mis esquís, aunque la cosa no es precisamente fácil. La nieve se está acumulando en pequeñas montañas por el viento, y provoca que haya unos baches en la pista que me desequilibran y que, inevitablemente, me obligan a hacer cuña y reducir la velocidad.

—¡No frenes! —me grita en una especie de reproche que ahora mismo solo me pone más nerviosa.

Trago saliva y me muerdo el labio inferior. Pestañeo varias veces para aclarar la vista, a pesar de que no sirva de nada, porque la visibilidad de la pista ya es casi nula.

Dios mío.

—¡No veo nada! —le grito, frenando ahora de verdad, porque no veo las banderas a los laterales de la pista y, en consecuencia, no sé por dónde tengo que ir.

Mikael pasa por mi lado a gran velocidad y me grita algo que no oigo. Gracias a Dios, vuelve a gritar, ahora más fuerte:

—¡Sígueme!

Me trago el nudo de la garganta y me obligo a dejar de lado las ganas de llorar por la desesperación y el miedo, y vuelvo a esquiar, tratando de coger la velocidad suficiente para poder alcanzarle, porque, joder, va embalado.

—¡Mikael, más despacio! —chillo, cuando cada vez me cuesta más seguirle.

—¡En cualquier momento puede ocurrir una avalancha! ¡Tenemos que salir de aquí ya!

Siento un vacío en el estómago cuando dejo mis esquís deslizarse a la velocidad que causa la propia inclinación de la montaña. Ahora que tengo que seguir a Mikael y preocuparme por no perderlo de vista, no puedo ir centrándome en lo que tengo delante, consiguiendo, obviamente, que ocurra lo inevitable: que me caiga.

Pierdo el control de mis esquís cuando paso por una pequeña montaña de nieve y luego por un bache, que consiguen desnivelarme al completo. Me tapo la cabeza con las manos mientras ruedo por la nieve a velocidad de vértigo.

—¡Mikael! —chillo desesperada para que me oiga y venga a ayudarme, porque, cuando dejo de rodar y por fin consigo frenar, me doy cuenta de que la caída no me ha dejado ilesa.

Mi rodilla.

Joder, joder, joder.

—¡Levántate! —me ordena, desde algún lugar que no consigo distinguir, porque ya no solo la nieve me bloquea la vista, sino

también las lágrimas.

—¡No puedo! ¡Creo que se me ha salido la rodilla!

—¡Tienes que levantarte, Kelly!

No puedo levantarme. No puedo mover ni un milímetro la pierna.

—¡De verdad que no puedo! ¡Ven a ayudarme, por favor! —le pido, desesperada. Soy capaz de escuchar los latidos de mi corazón en los oídos.

—¡Joder, Kelly, con la nieve así no puedo subir!

Trago saliva.

—¡Pues ve a por ayuda, por favor!

Mikael se queda en silencio durante unos segundos, que a mí me parecen eternos, hasta que grita algo que no me relaja, pero sí me deja una pizca más tranquila.

—¡Vuelvo enseguida!

Asiento, pese al dolor y a que ni siquiera puede verme…

—No tardes…

CAPÍTULO 16

SE ME VA LA PUTA VIDA

Thiago

Mira que he visto ventiscas y tormentas de nieve brutales desde que vivo y trabajo aquí, pero creo que ninguna se asemeja a la de hoy. No solo por la potencia del viento, sino también por la rapidez con la que se ha formado y ha arrasado con todo.

Por suerte para todos, no nos ha tocado cuando estábamos en clase con los niños, porque eso sí que podría haber sido un completo desastre. Una ventisca como esta asusta a cualquiera, y a los pobres los habría aterrorizado.

Nosotros nos hemos marchado un rato antes de que la tormenta comenzara. Cuando hemos llegado, nos fuimos directamente a nuestra sala privada. Hemos estado ahí tomando algo mientras hablábamos y hacíamos tiempo hasta la hora de la cena, ya que la excursión que teníamos hoy a la pista de hielo claramente se ha suspendido.

Tay y yo hemos subido a su habitación a por una baraja de cartas, porque comenzábamos a aburrirnos.

En el camino de nuevo hacia la sala, un par de chicas de golpe se nos plantan delante y nos interrumpen el paso.

No tardo mucho en reconocerlas. Son las amigas de Kelly.

—¿Has visto a Kelly por algún lado? —me pregunta la chica rubia (creo recordar que se llama Molly) cuando se detiene frente a mí.

Niego con la cabeza, extrañado.

—Eh… no. La última vez que la vi fue a la hora de la comida.

—Ya, igual que nosotras. La dejamos tomándose un café en la cabaña cuando subimos a las pistas.

¿Kelly no aparece?

—¿La habéis llamado?

—No da señal —contesta ahora la otra chica, Sienna.

Miro a Taylor como acto reflejo.

—Tiene que estar en el hotel —afirmo.

—La hemos buscado por todos lados…

—No ha podido irse a ningún lado con esta ventisca, tranquilas —digo, aunque la verdad es que me estoy intentando tranquilizar a mí mismo.

—¿Habéis mirado en la piscina? —pregunta Taylor, y ambas asienten con la cabeza—. ¿En la sauna? —Vuelven a asentir—. ¿En el *jacuzzi*? ¿En…?

—Hemos buscado por todos lados. Pensábamos que… quizás podía estar… contigo —me dice Molly.

Joder, ojalá.

—Vale, vamos a dividirnos —propongo—. Tay, tú quédate aquí y estate atenta por si aparece. Sienna, tú ve a las últimas tres plantas. Y tú, Molly, ve a las siguientes tres. Yo me ocupo de las últimas. Si alguna de las dos la encuentra, venid a recepción y que Taylor me avise.

Las tres asienten con la cabeza, pero ninguna se mueve de su sitio.

—Pero… ¿y si no está en el hotel? —me pregunta Molly.

—¿Y dónde iba a estar si no? —Tiene que estar aquí, ni de broma sigue fuera. Kelly odia el frío. A la mínima señal de tormenta se habría resguardado—. Está en el hotel, estoy seguro —afirmo, pero al decir esas palabras en voz alta, algo no me permite sentirlas… reales—. Venga, vamos a buscarla —digo y, entonces, Molly y Sienna por fin actúan y cada una se va a donde le toca.

Cuando yo también voy a desaparecer en su busca, Taylor me agarra de la mano y me frena.

—Thiago, estará en cualquier lugar y perfectamente, tranquilo, ¿vale?

Yo asiento y me dirijo al mostrador de la recepción. Le hablo a Lisa.

—¿Has visto a Kelly por algún lado? —Me da igual en este momento que no le haga gracia escuchar su nombre. Necesito saber dónde narices está—. ¿Ha entrado en el hotel en algún momento de la tarde?

Ella niega con la cabeza.

—No me suena haberla visto.

—Lisa, no me vale esa respuesta. Sé que te habrías fijado si la ves entrar. ¿Ha venido o no? —pregunto, tajante.

Ella niega con la cabeza de nuevo.

—No sé si ha venido, pero yo por lo menos no la he visto.

Joder.

No está en el hotel. Lisa se habría dado cuenta.

Apoyo los codos en el mostrador y me agarro la cabeza con desesperación.

—¿Qué pasa?

—Que no aparece.

—No puede estar en ningún lado con la que hay fuera, Thiago.

Estoy a punto de contestarle, cuando alguien grita mi nombre.

—¡Thiago!

Giro la cabeza y me encuentro con Molly corriendo hacia mí.

Por un momento pienso que es para decirme que ha encontrado a Kelly, pero, cuando veo su cara de pánico, esa idea se desvanece y mi sangre se congela.

—¿Qué ocurre?

—Está en peligro. Está atrapada en las pistas.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto desconcertado, porque es puto imposible. Tiene que ser otra cosa…

Me enseña su móvil. En él hay un mensaje de Kelly pidiendo ayuda y diciendo dónde se encuentra.

Tiene razón. Está atrapada en las pistas. En la puta ventisca. Desde vete tú a saber cuándo. El mensaje ha debido saltarle ahora, pero quizás ella lo envió hace tiempo. No tenía cobertura.

Joder. ¿Qué cojones hace ahí?

Esto no puede ser real.

«Reacciona de una puta vez, Thiago. Kelly está en peligro».

Me cuelo detrás del mostrador de la recepción y robo las llaves de una de las motos de nieve. Cuando Lisa entiende lo que voy a hacer, me agarra del brazo con fuerza y trata de frenarme cuando salgo de la recepción y me dirijo a una de las puertas para sacar el equipo necesario para poder subir la montaña con las condiciones que hay.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Ir hasta ahí? ¿Pero tú eres consciente de la que hay liada fuera, Thiago? ¡Es muy peligroso!

A pesar de que consigo soltarme de su agarre, me persigue hasta que me meto en el almacén repleto de cascos, gafas, esquís, botas y abrigos de sobra para el personal del hotel. Me visto lo más rápido que puedo, protegiéndome manos, cara y ojos, y guardándome un equipo de repuesto porque no sé en qué estado se encuentra Kelly…

Joder.

¿Cuánto tiempo llevará perdida? ¿Y cómo narices ha terminado ahí?

—Por favor, Thiago… —me pide Lisa, poniendo sus manos en mi pecho para frenarme cuando ve que me dirijo a la puerta principal del hotel—. Deja que los servicios de emergencia vayan a por ella. ¡Puede pasarte algo y no es tu responsabilidad ir a salvarla!

Me quito sus manos de encima, pero no me deja el camino libre.

—Me da igual que no sea mi responsabilidad, porque por ella me patería la puta montaña a pie ya sea con una tormenta de nieve o en medio del jodido apocalipsis. Así que, por favor, Lisa, apártate de una vez de la maldita puerta, porque como le pase algo a mí se me va la puta vida.

Tras esas palabras, a Lisa no le queda otra que hacerse a un lado y dejarme marchar.

Salgo del hotel y el aire y el frío me dan de lleno como nunca, pero no pierdo el tiempo en quejarme, porque voy corriendo hacia las motos de nieve. Me subo en la correcta a la primera, porque cuando introduzco la llave el motor se enciende.

La luz de la estación se ha ido y, por la ventisca, apenas hay iluminación en la montaña. Y si encima le añadimos que la visibilidad es completamente nula y que las luces de la moto no se proyectan a suficiente distancia, empiezo a desesperarme.

Joder, joder, joder.

¿Dónde estás, Kelly?

—¡Kelly! —grito, en vano. Con el ruido del viento y del motor es imposible que me escuche.

Sigo subiendo la pista, intentando buscar a ambos lados, mientras trato de calmar mi mente y mis pensamientos.

Está bien. Estoy seguro de que está bien…

Pocos metros después, a lo lejos, dejo de ver solo blanco en el camino y una mancha rosa aparece. El corazón me bombea con fuerza cuando me doy cuenta de que, en efecto, es ella.

La tengo, joder.

Incremento la velocidad de la moto para llegar más rápido, y, cuando la detengo a su lado, me bajo de un salto y me acerco a ella.

—¡Kell! —Me tiro de rodillas a su lado y la agarro de la chaqueta para levantarla. Me asusto bastante cuando veo que tiene los ojos cerrados y las mejillas heladas y repletas de arañazos—. ¡Eh, abre los ojos, Kelly!

Cuando veo que no lo hace, el corazón se me desboca.

Joder, está viva porque está respirando, pero no entiendo por qué está inconsciente.

Me quito los guantes y, como aún tengo las manos calientes, las acerco a su cara, agarrándole las mejillas, para intentar calentarla. Le acaricio los pómulos con mis pulgares con cuidado, y, tras unos segundos en los que trato de protegerla todo lo posible del frío, Kelly por fin abre los ojos.

Yo sonrío, aliviado, mientras ella trata de ubicarse.

—¿Qué…? ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —balbucea completamente aturdida.

—Que casi me matas del puto susto.

Kelly me mira sin entender nada.

—¿Thiago? —pregunta, mientras que lleva sus manos a las mías, que aún siguen en su cara.

Yo asiento, y me bajo la braga de cuello que tengo subida hasta la nariz para que pueda verme la cara.

—¿Estás bien, Kell? ¿Te acuerdas de lo que ha pasado? ¿Te duele algo?

—No…, no sé. Estoy un poco confundida… y también bastante congelada.

—Vale, no te preocupes. Voy a sacarte de aquí.



Después de que los equipos de emergencia la trasladaran al hospital, examinaron a Kelly y nos dijeron que no tenía nada grave, solo un esguince leve de rodilla. La doctora le ha dicho que con reposo y hielo es suficiente y que no tendría por qué darle ningún problema.

Sienna y Molly llevan un rato dentro de la sala de observación en la que se encuentra Kelly. Yo estoy esperando a que se vayan para pasar a verla. Quiero estar a solas con ella.

La verdad es que se me hace eterna la espera hasta que salen. Cuando entro, Kelly está mirando algo en el móvil. Cuando nota mi presencia, aparta la mirada enseguida.

No se sorprende al verme porque sabía que estaba aquí, pero sí noto algo de nerviosismo e incomodidad.

—Eh, ¿qué tal estás? —le pregunto, y, por alguna razón, yo también me pongo algo nervioso.

Ella apaga el móvil y se recoloca en la cama.

—Mucho mejor. Gracias…

Señalo un taburete a mi lado.

—¿Puedo sentarme un momento?

—Sí, claro…

Compartimos una mirada tensa mientras me siento. Luego, nos quedamos en un silencio sepulcral durante un largo rato. Aunque tenga mil preguntas que hacerle, no sé si es el mejor momento.

Ella me mira fijamente y con los dientes apretados. Parece como si se estuviera aguantando las ganas de hacer o decir algo. Y, sinceramente, pensaba que no nos íbamos a dirigir la palabra, por eso me sorprendo cuando me llama.

—Thiago…

—Dime…

Espero impaciente sus palabras, pero de su boca no sale nada. En su lugar, hace algo que no me hubiera esperado para nada ni en mil años.

Kell me abraza con mucha fuerza.

—Gracias por venir a por mí…

A pesar de que he intentado resistirme mucho a tocarla…, llega un punto en el que no puedo evitarlo más. Mis brazos rodean su cintura para devolverle el abrazo con la misma fuerza, y para poder estrecharla de una puta vez contra mi cuerpo como llevo todo este tiempo deseando hacer.

Entierro mi cara en su cuello y respiro profundamente.

Dios mío.

El corazón del Thiago de hace seis años se acaba de recomponer un poco al sentirla entre sus brazos y al percibir su olor. Porque Kelly siempre ha tenido un olor dulce muy característico sin necesidad de echarse nada en la piel.

Por un momento vuelvo a tener diecisiete años, vivo en Galicia y acabo de despertarme por la mañana con la chica de mi vida entre mis brazos.

—¿Qué hacías ahí arriba, Kell? —pregunto sin sacar mi cabeza de su cuello. Porque no puedo soportar más las ganas de saber qué ha ocurrido.

—Subía a buscarte.

—¿A buscarme?

—Me arrepentía de no haber aprovechado mi última clase de esquí contigo… —confiesa, y a mí se me acelera el corazón—. Y como sabía que estabas ahí con Taylor…, pues, no sé, suponía que… —Se le ahogan las palabras en la garganta—. No tenía ni idea de la ventisca. Cuando hemos llegado arriba ya era tarde, tú ya no estabas y…

—¿Y cómo llegaste ahí, Kelly?

Siento cómo traga saliva con fuerza, y luego suelta un pequeño sollozo contra mi hombro.

—Iba con Mikael… —A mí se me cortocircuita el cerebro con esa contestación—. Lo siento, he sido una idiota. Él me había dicho que podía llevarme a donde estabas, pero el telesilla se paró y cuando nos quisimos dar cuenta, teníamos que bajar la pista roja porque la ventisca estaba llegando…

Yo trato de pensar con claridad mientras que ella me cuenta lo que pasó.

—Me obligó a bajar la pista sin frenar para resguardar-
nos cuanto antes, pero en un momento determinado perdí el control de mis esquís y me caí. Él me dijo que iba a ir a por ayuda, pero nadie aparecía… —Kelly me abraza con más fuerza cuando rompe a llorar—. El viento y el frío comenzaron a aturdirme…, y lo siguiente que recuerdo es que apareciste tú… Pasé mucho miedo.

¿Mikael le dijo que iba a ir a por ayuda y nunca apareció? ¿Por qué?

A ver, joder, es un desgraciado… ¿Pero por qué iba a mentirle a ella de esa forma? ¿Qué pretendía? ¿Dejar que se muriera de frío ahí fuera? ¿Que la nieve se la tragase? ¿Que una avalancha la aplastara?

—Tranquila, Kell —digo contra su cuello y acariciando su espalda—. Ya estás a salvo.

CAPÍTULO 17

COSAS RARAS

Kelly

Me despierto por la mañana por el sonido de mi teléfono. Estiro el brazo para alcanzarlo en la mesilla de noche. Lo primero que hago es mirar la hora (son las nueve de la mañana) y lo segundo es mirar el nombre de la persona que me está llamando (es Alan).

Salgo de la cama con dificultades y voy cojeando y en silencio hasta el baño. Molly y Sienna siguen dormidas, y no quiero despertarlas porque los invitados empezarán a llegar mañana, y van a ser días bastante moviditos para todos.

Una vez cierro la puerta del baño, cojo la llamada.

—Hola, amor.

—Kelly… ¿te he despertado?

Me siento en la taza del váter para no forzar la rodilla.

—No, no… Estaba ya a punto de levantarme.

—¿Estás bien, cielo?

Me muerdo el labio inferior con fuerza porque no puedo mentirle más. Ya pasé muy por alto la pequeña lesión del otro día, pero esto ahora es una cosa un poco más seria…

—No —murmuro en un soplo—. Me caí ayer esquiando en medio de una ventisca… en una pista que no era de mi nivel…

Hay unos segundos de silencio.

—¿Qué? ¿Cómo que…? ¿Te has hecho algo?

—Un esguince en la rodilla…

Sé, sin tener manera de observarle, que se ha llevado una mano a la cara y que se la ha frotado de arriba abajo para luego tocarse la barba nerviosamente.

—Joder, Kelly. ¿Y cómo es eso posible? ¿En qué estabas pensando para ponerte en peligro de esa forma?

Niego con la cabeza y trago saliva, porque lo que menos necesito ahora mismo es que me eche la bronca por algo que a mí, como se puede entender, tampoco es que me haga mucha gracia.

—Fue un accidente, Alan… —miento, porque no puedo confesarle que me puse en peligro con una persona idiota porque quería ir en busca de mi exnovio—. Los accidentes no se pueden controlar.

—Pero sí se pueden impedir, Kelly. Te pedí y te advertí que tuvieras cuidado.

—¡Y lo he tenido, Alan! —Siento un nudo en la garganta porque no es verdad. No debí meterme en esas pistas por un maldito impulso.

—¡Pues no ha sido el suficiente! —me chilla, y por el cúmulo de cosas, en ese instante, rompo a llorar.

Me caso en ocho días y tengo la pierna jodida. Alan, en vez de apoyarme, me está regañando como si fuera mi padre.

El susto de ayer sigo teniéndolo en el cuerpo.

Pienso más en Thiago de lo que debería…

Me siento muy mal conmigo misma por estar pensando más en el poco tiempo que me queda junto a mi exnovio que en el tiempo que queda para que Alan llegue…

Hace un par de días sentía que lo que necesitaba era que Alan llegase para que se me aclararan todos los pensamientos, pero ahora solo necesito que tarde mucho en venir…

Por eso mismo, cuando vuelve a hablar, se me acelera el corazón.

—Voy ahora mismo al aeropuerto para coger el primer vuelo que salga.

—No hace falta, ¿vale? Estoy perfectamente —intento dejar claro.

—Kelly, te pasó algo en la rodilla. Quizás ni siquiera puedas entrar andando a la ceremonia. ¿Cómo vas a estar perfectamente?

—Puedo andar, Alan. No cambies los planes de nada.

Se queda en silencio durante unos segundos.

—¿Por qué no quieres que vaya, Kelly?

El corazón comienza a bombearme con fuerza.

—¿Qué?

—¿Hay alguna razón por la que no quieres que vaya? —vuelve a preguntar.

—Por supuesto que no, Alan. Pero te recuerdo que sigo estando de vacaciones con mis amigas hasta mañana.

Resopla.

—Ah, bueno, ¿eso quiere decir que mi compañía te incordia?

Niego con la cabeza.

—¡Dios Santo!, para de sacar las cosas de contexto, ¿quieres?

—¿En serio para ti estoy sacando las cosas de contexto?

—¡Pues sí!, porque de una pequeña lesión estás haciendo un mundo, y de decirte que quiero disfrutar del último día de vacaciones con mis amigas estás malinterpretando lo que de pronto siento por ti.

—Quizás el motivo por el que dude de lo que sientes no es culpa mía, ¿no crees, Kelly?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que en esta semana has estado haciendo cosas muy raras.

—¿Qué… a qué cosas te refieres?

—Cosas como que solo hablamos si te llamo yo a ti. Cosas como que de pronto tu móvil deje de funcionar. Cosas como que prefirieras ir al cumpleaños de una desconocida antes que a la excursión que te regalé. A ese tipo de cosas me refiero, Kelly. Que todavía sigo esperando el mensaje que te pedí que me enviaras cuando recibieras el nuevo móvil. No sé, llámame loco, pero desde que llegaste ahí parece que no te conozco. La Kelly que se marchó al viaje no se habría puesto en peligro a una semana de su boda de la forma en la que tú lo has hecho. Estabas paranoica con que no te pasara nada y, ahora, de pronto, te lesionas la pierna por meterte en

una pista que no debías y no le das importancia. ¿Qué está pasando, Kelly? ¿Hay algo que debas contarme?

Niego con la cabeza a pesar de que no pueda verme.

Es evidente que normal no estoy, pero eso no quiere decir que aquellas cosas que he estado haciendo estos días se puedan considerar «raras».

—No hay nada que deba contarte, Alan. ¿Tú tienes algo que contarme?

—No me devuelvas la pregunta.

—No te la estoy devolviendo porque ya te he contestado.

Alan respira profundamente y, joder, odio saber qué es lo que está haciendo en cada momento. Se está agarrando el puente de la nariz, podría decir que está apoyado contra la encimera de nuestra cocina, y que se está mordiendo el labio inferior mientras piensa en qué decirme o en qué hacer con esta discusión.

—Vamos a dejar la conversación aquí, Kelly —decide—. No quiero discutir contigo. Ambos nos hemos equivocado o expresado mal, y lo mejor que podemos hacer es dejarlo estar —opina, pero no lo hace pensando en si a mí también me parece bien, sino en lo que vamos a hacer y punto—. Mañana será otro día y podremos hablarlo mientras que nos tomamos un café juntos tranquilamente, ¿vale, cielo?

Me encojo de hombros.

—Supongo…

—Háblame de la pierna. ¿Qué te han dicho? ¿Te la vendaron? ¿Qué te estás tomando para el dolor?

A pesar de que no tengo ganas de seguir hablando, le contesto a todas sus preguntas mientras no puedo sacarme de la cabeza un pensamiento: sea lo que sea que Thiago ha vuelto a encender en mí debe apagarse por completo antes de mañana.

Nos queda tan poco tiempo para poder descubrir por fin la verdad de por qué estamos juntos de nuevo que me aterra la idea de que no ocurra nada y que tengamos que asimilar que esto ha sido una simple coincidencia, y que nuestra historia ya tiene dibujado su

punto final y que no hay manera de borrarlo o reescribir cómo acaba.

Ya no me escondo a la hora de confesar que me muero por saber qué nos queda por hacer o decir, porque, quizás, si de una maldita vez muestro lo que siento cada vez que está cerca, eso nos dé las respuestas a las preguntas que nos han asaltado desde que aterricé aquí y nos volvimos a ver, y puedo irme de Finlandia con el corazón tranquilo.

Aunque me niego a marcharme si no es con nuestra historia terminada. Porque Thiago y yo nos merecemos un final mucho mejor que el que tuvimos hace seis años.

CAPÍTULO 18

UNA LECCIÓN DE VIDA

Thiago

Sobre las siete de la tarde llamo con los nudillos a la puerta de la habitación de Kell.

La puerta de la habitación se abre y me recibe tras el umbral una Kelly en albornoz y con el pelo mojado.

Se asombra bastante cuando me ve, pero no dice nada al respecto, porque creo que intuye por qué estoy aquí. Quiero saber cómo sigue.

—Hola… —me saluda con la boca pequeña y, por alguna razón, se le encienden las mejillas. Creo que se acaba de dar cuenta de las pintas con las que me ha abierto la puerta de su habitación. Si supiera que me parece que está preciosa…

—¿Cómo estás, Kell? —pregunto mientras la miro de arriba abajo—. ¿Qué tal la rodilla?

Ella, antes de contestarme, mira sobre su hombro. Yo también miro al interior de la habitación para saber qué busca ella, y mi mirada se encuentra con la de una Sienna cotilla asomada por el umbral de una de las puertas, pero, cuando ve que la hemos pillado espiándonos, se enconde enseguida.

A mí consigue sacarme una sonrisa que a Kell no, que se sale un poco de la habitación para entornar la puerta y poder hablar con algo más de privacidad conmigo. Como yo no me muevo de mi sitio, Kelly se queda a escasos centímetros de mi cuerpo, y, como eso la

pilla un poco por sorpresa, se le escapa el pomo de la puerta y se cierra, dejándola fuera y a solas conmigo en mitad del pasillo.

Pega su espalda a la puerta todo lo que puede, y me mira con esos ojazos azules con algo de… timidez o vergüenza, por haberse sorprendido de esa cercanía entre nosotros.

Nos miramos en silencio durante unos segundos, hasta que la atención de mis ojos se desvía a sus labios cuando ella se los humedece, nerviosa.

—Bien, la verdad. Apenas me duele por los analgésicos… Ahora estoy un poco preocupada por… —Se señala la cara, que tiene algo irritada por el frío—. Espero que se me pueda disimular con maquillaje, porque estoy espantosa.

¿Espantosa?

—Déjate de tonterías, estás preciosa, Kelly.

Ella me mira asombrada, pero también nerviosa. Sus mejillas, que en este tiempo habían vuelto a su color natural, vuelven a teñirse de un rojo intenso.

—Creo que tú eres la única persona que ahora mismo podría opinar eso.

Me trago las ganas de decirle: ¿Tu prometido no lo pensaría? En cambio le respondo:

—Cualquier persona con dos ojos opinaría igual que yo. Tú eres guapa hasta sin intentarlo, Kell.

A pesar de que sé que mi comentario le ha provocado un escalofrío que le ha recorrido de pies a cabeza, Kelly trata de disimularlo de un forma que no me esperaba: utilizando la ironía.

—Deja de tirarme fichas —bromea.

—¿Por qué debería? Ya te conquisté una vez así… —Sé que lo mío ha sido más una pullita que una broma, y que me la he jugado bastante diciendo eso, porque la Kelly de hace cuatro días, ante ese comentario, me habría empujado, o insultado, y me habría cerrado la puerta en la cara, y a mí no me habría quedado otra que culparme por haber perdido otra oportunidad de hablar con ella…, pero, para

mi bendita suerte, la Kelly de hoy hace algo bastante diferente. La Kelly de hoy…, me sigue el rollo.

—Hace unos años eras más ingenioso. Creo que has perdido facultades. —Recarga todo su peso en la pierna buena y se cruza de brazos mientras me mira… divertida.

Me comienza a correr por las venas una adrenalina que me llena de vida, pero que me recuerda que, aunque pueda aprovechar este momento al máximo, debo tener cuidado con lo que digo si no quiero cagarla.

—¿Tú crees? —Ella asiente con la cabeza sin dejar de sonreír—. ¿Y cómo puedes estar tan segura si no me has dado la oportunidad de mostrarte de nuevo todo lo que tengo para ofrecerte?

A Kelly, por unos instantes, le tintinea un brillo extraño en los ojos que desaparece cuando pestañea.

De hecho, por un momento, pienso que ese cambio en su mirada significa que hasta aquí ha llegado la conversación…

Pero su respuesta me rompe todos los esquemas.

—¿Y qué tienes para ofrecerme, Thiago?

Apoyo una de mis manos a la altura de su cabeza, acercándome un poco más.

Si solo estuviera aquí, sin una ceremonia que celebrar en una semana y sin nadie con quien llevarla a cabo, en este instante habría agarrado esta oportunidad con todas mis fuerzas, y sin pensármelo ni un segundo la habría besado contra la maldita puerta porque estoy seguro de que tan solo necesita sentirme para confirmar que todo eso que tengo que ofrecerle es más que suficiente para hacerla feliz el resto de su vida. Sin embargo, no puedo hacer eso. Por eso, me resisto a besarla hasta que el dolor de aguantarme las ganas desaparezca, y tan solo me queda… hablar.

—No juegues conmigo, Kell.

Ella frunce el ceño, confusa.

—¿Jugar contigo?

—No me des unas esperanzas que tienen fecha de caducidad mañana —le pido—. Me desviviría por conquistarte de nuevo, Kelly,

pero no soportaría saber que todo está siendo en vano porque el final va a seguir siendo el mismo.

—¿Qué final?

—Un final del que yo no formo parte.

Ella me mira atentamente mientras trata de buscar una respuesta que darme. Y parece que durante ese tiempo se da cuenta de que lo que ha hecho no tiene ningún sentido, porque, como he dicho, su final no puede cambiar, y nuestra historia es imposible que dé un giro de ciento ochenta grados en cuanto *él* venga…

Joder, sin darme cuenta he agotado todo mi tiempo con ella, y lo peor de todo es que siento que lo he malgastado, que no he dado todo lo que podía dar, y que a partir de mañana todo va a ser mucho más complicado. Porque hasta ahora había dejado de lado la idea de que voy a tener que verla junto a otro hombre y esta vez no en una fotografía en internet.

Me separo de Kelly mientras siento un nudo que me cierra el estómago, me ahoga la garganta y me asfixia el corazón, porque ya no se puede hacer nada.

La he vuelto a perder.

Y ni siquiera he sido consciente de que lo he hecho hasta ahora.

Aunque… ¿en algún momento he tenido la oportunidad de recuperarla de verdad, o esa sensación de que podía hacerlo eran mis propias esperanzas disfrazadas de mil oportunidades por luchar por lo que siento que no supe luchar hace unos años?

—¿Thiago? —me llama Kelly cuando, ante todo pronóstico, soy yo quien se aleja de ella.

—Lo siento, Kell, pero… no puedo jugar a aparentar que puedo volver a tenerte a mi lado… —le confieso, pero ella sigue con una expresión confusa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que me voy a alejar de ti… —Se me hace un nudo en la garganta cuando digo esas palabras—. Que no voy a interferir en nada y voy a dejarte vivir tu vida sin tratar de forzar nada. Que quizás me equivoqué cuando hace unos días te dije que la vida nos

había vuelto a juntar porque aún nos faltaba algo por descubrir, Kell. Quizás eso que debíamos descubrir era que tú y yo no vamos a poder *ser* nunca más…

A lo mejor encontrarnos tan solo fue una señal para mí, no para los dos. A lo mejor es para que me dé cuenta de que no puedo perder mi vida intentando pasar una página que ella posiblemente arrancó hace mucho.

Quizás no nos queda nada que escribir en nuestra historia, y para que se pueda cerrar nuestro libro por fin tenía que darme cuenta de que la vida para ella ha continuado…, y volver a tenerla cerca no implica poder recuperarla.

Quizás esto tan solo es una lección de vida.

Algo que me tenía que enseñar que hay que proteger aquello que se quiere, luchar por lo que no quieres perder, y dejar ir aquello que ya no te corresponde… por más que sientas que es esencial para ti.

—Thiago…, no volvamos a cometer el mismo error, por favor —pide, y se acerca a mí. Me agarra de la mano y me obliga a mirarla a los ojos—. Que me vaya a casar con Alan no implica que tú y yo debamos olvidarnos para siempre. Sé que es muy egoísta por mi parte pedirte esto de nuevo, pero podemos seguir en contacto, viéndonos, hablando… Siendo solo una parte de lo que fuimos, Thiago. Siendo amigos… Ahora somos más mayores… Quizás esta vez sí que podemos conformarnos con solo tenernos al lado.

Niego con la cabeza.

—No puedo tenerte a medias, Kelly. Para mí eso es mucho más doloroso que no tenerte directamente.

—Fuimos amigos durante muchos años. Si pudimos serlo en el pasado, podemos serlo en el futuro…

—No puedo, Kell… —digo casi en un suspiro.

—¿Por qué no?

—Porque por egoísta y egocéntrico que suene, no puedo con la idea de saber que no le pertenezco por completo a tu corazón. —Los ojos me escuecen y la mirada se me humedece.

Ella me mira también con lágrimas en los ojos, y sé que las suyas guardan las mismas emociones: tristeza, nostalgia, miedo e incluso ansiedad por ser conscientes de que no vamos a poder llegar a un acuerdo, y que estamos a punto de volver a recrear la escena que nos destrozó el corazón a los dos hace seis años.

—Yo no quiero volver a perderte, Thiago —dice a la vez que se le escapan varias lágrimas de los ojos.

—Y yo no quiero volver a dejarte marchar, Kelly, pero… yo no sé amarte de una forma que no sea completamente.

—Pues aprenderemos a querernos de la forma que sea, Thiago, pero no volvamos a olvidarnos de que existimos, por favor…

—Kell, llevo seis años intentando encontrar la manera de quererte de una forma diferente a la que he estado acostumbrado a hacer toda mi vida, pero contigo no puedo… No sé cómo querer a mi *todo* si no es de *todas* las maneras posibles en las que se puede querer a alguien. A ti no sería capaz de entregarte la mitad de lo que siento. No cuando todo lo que tengo dentro lleva tu nombre.

Ella rompe a llorar de verdad, y a pesar de que por mis mejillas también han empezado a rodar alguna que otra lágrima, me siento fatal por verla de nuevo así: rota. Rota por la misma situación sin alternativas de hace seis años…

—Lo siento… —dice de pronto, confundiéndome.

—¿Qué sientes, Kell?

—No poder decirte lo mismo…

Doy el paso que nos separa, y antes de que ella pueda echarse para atrás, tomo su cara con mis manos y le levanto la cabeza para que me mire.

—Ni te juzgo ni te culpo por sentir algo por alguien más.

—El problema es que no sé qué siento… —me confiesa, en un susurro casi inaudible—. Desde hace mucho no me entiendo ni a mí misma. Me siento perdida, Thiago… Muy perdida…

Lo primero que me llega a la mente es Taylor.

Ella dijo que veía en Kelly arrepentimiento, tristeza y que estaba perdida…

Que Kelly esté arrepentida no es ninguna sorpresa para nadie, ni siquiera para ella misma… Pero ¿ese arrepentimiento es lo que la hace no saber lo que siente y, por lo tanto, estar perdida?

¿De qué se arrepiente realmente?

—Kell, tienes toda la vida para decidir lo que quieres o no quieres en tu vida.

Ella niega con la cabeza.

—No. Tan solo tengo una semana.

—¿Y qué es lo que te asusta de eso?

—No ser capaz de tomar la decisión correcta por miedo a las consecuencias, y perder por segunda vez una parte de mí…

—¿Qué parte?

—La que siempre te ha pertenecido.

CAPÍTULO 19

SUDORES FRÍOS

Kelly

Galicia, ocho años antes…

Dios mío. Dios mío. ¡Dios mío!

—¡Kelly, arranca ya! —me gritó Thiago desde el asiento del copiloto, mientras miraba cómo trataba de poner en marcha el motor.

—¡Eso intento, idiota!

Mientras giraba la llave en el contacto, observé sobre mi hombro para mirar por la luna trasera del coche. Temía que el ruido del motor ahogado alertara a mi padrastro o a mi madre y nos pillaran a punto de largarnos a una fiesta en el pueblo de al lado, porque no tenía el permiso, ni mucho menos el carné de conducir y, joder, ¡sí! Ambos estaban saliendo de casa corriendo, porque debieron escuchar cómo trataba de encender el maldito motor una vez tras otra sin mucho éxito.

—¡Kelly, quieta ahí ahora mismo! ¡Ese es mi coche, pequeña desquiciada! —chilló mi padrastro para que me detuviera, pero no obedecí. Llevaba dos meses recibiendo clases por su parte, y aunque todavía no me había examinado para tener el permiso, sabía que podía conducir este coche por mí misma sin peligro… Solo se me estaba atragantando un poco eso de poder arrancarlo.

Lo más básico y esencial, vaya.

—¡Kelly, que vienen! ¡Arranca! ¡Arranca! ¡Arrancaaaa!

Thiago llevó su mano a la mía y giró la llave con mucha más fuerza, hasta que el coche rugió de tal forma, que me indicó que había arrancado por fin.

Compartí una mirada y una sonrisa con Thiago, y pronto me recoloqué en el asiento para concentrarme. Vale… ¿Cómo era esto? ¿Embrague, primera y acelerar? ¿Acelerar, embrague, primera? ¿Embrague, acelerar, primera? ¿Ninguna de esas tres opciones?

—¡Kelly! —Me sobresalté cuando golpearon el cristal del conductor, pero en cuanto vi a mi padrastro al otro lado con una cara de querer arrancarme la cabeza, dejé de lado cualquier duda y simplemente actué.

Puse el coche en marcha y, cuando me quise dar cuenta, estaba conduciendo calle abajo mientras dejaba a mis padres atrás, gritando furiosos que me detuviera. Como era obvio, les preocupaba que pudiéramos tener un accidente… Pero, de momento, los únicos perjudicados fueron unos pobres cubos de basura que, por los nervios, me llevé por delante.

—¡Acelera, que tu padre viene corriendo! —me gritó Thiago, golpeando ligeramente la guantera para meterme prisa.

Miré por el espejo retrovisor, y en consecuencia me empezó a entrar la risa floja cuando vi a mi padrastro, de sesenta años con una barriga que le impedía verse los pies, corriendo detrás del coche.

Pisé el acelerador mientras rezaba porque el coche no se me calara, porque, si lo hacía, ambos nos podríamos dar por muertos.

Por suerte eso no ocurrió, y cuando comenzamos a ser consciente de lo que acabamos de hacer, ya los habíamos perdido de vista y nos habíamos adentrado en una carretera de tierra, completamente desierta, de camino a esa fiesta a la que todo nuestro grupo de amigos quería ir. A la mayoría los llevaban sus padres, pero los míos se habían negado a darme permiso, así que no me quedó más remedio que recurrir a esto.

Thiago no pensaba irse a la fiesta sin mí a pesar de que sus padres le hubieran dejado acudir. De hecho, había sido él quien me

había dado la idea de aprovechar mis dotes de conducción para largarnos…

Aunque su madre no puso ninguna pega en dejar ir a su hijo a la fiesta, en cuanto mi madre le contó lo que acabábamos de hacer, dijo que nos iba a decapitar a ambos cuando volviéramos.

Pero… ¿por qué no me importaba para nada el castigo que nos pondrían?

Sin embargo, debía reconocer que estaba cagada por otras cosas.

—Dios Santo, me tiemblan las piernas, Thiago —le informé mientras trataba de mantener el coche lo más firme posible y tenía una sensación de arrepentimiento que comenzaba a invadirme. Esto era una locura. ¿Desde cuándo era tan imprudente? ¿Por qué narices me había parecido buena idea esto?

Thiago, en respuesta a mi comentario, me agarró la nuca y me giró la cabeza para plantarme un beso en los labios que me puso terriblemente nerviosa. No pude disfrutarlo como me gustaría, porque pronto tuve que volver a poner la atención en la carretera.

—Eres increíble, Kell. Estás conduciendo un puto coche tú sola.

Joder.

—Mejor no me lo recuerdes —dije, proyectando en mi mente las mil maneras diferentes en las que mi padrastro podría matarme como le devolviera el coche con un mísero rasguño. Él, a diferencia de mi madre, temía más por su coche que por mi vida.

Thiago puso su mano en mi muslo y me lo apretó para que me dejara de temblar la pierna.

—Tranquila. Lo estás haciendo bien.

Yo tragué saliva y lo miré.

—¿En serio no temes por tu vida ni un poco? —le pregunté, porque me parecía asombrosa su tranquilidad. No tenía el carné. Me faltaban aún unos meses para poder sacármelo. Lo único que sabía de conducción era lo que mi padrastro me había enseñado, íbamos a setenta kilómetros por una carreta con baches, sin iluminación y sin un alma que nos pudiera ayudar si nos quedáramos tirados.

—A ti te la confiaría siempre, Kell.

Thiago me devolvió la mirada, pero pronto llevó su mano al volante para enderezarlo, porque me estaba saliendo del camino. Volví a centrarme en la carretera tras ese volantazo, pero su mano en mi pierna me puso terriblemente nerviosa, porque había empezado a acariciarme el muslo de arriba abajo. Tuve que tragar saliva cuando recordé lo que habíamos estado haciendo últimamente.

Tras cinco meses de relación en los que solo nos dábamos besos inocentes, los dos, pues, bueno, habíamos descubierto que podíamos hacer otras cosas muy placenteras, además de besarnos.

Aunque aún no nos habíamos acostado.

Tuvimos muchas oportunidades para hacerlo, pero a la hora de la verdad, nunca me atreví… Pero no porque no confiara en Thiago o no me sintiera preparada, sino porque mi amiga Rebeca me había metido miedo sobre lo dolorosa que es la primera vez.

—¿Te gustó lo que hicimos ayer? —me preguntó de pronto.

No había sido capaz de sacarme de la cabeza lo que hicimos anoche y, la verdad, es que llevaba todo el día muy rara. Muy… ¿excitada? Seguía con ganas de más.

—No creo que sea el mejor momento para hablar de eso, Thiago. Estoy concentrada.

—Pues para el coche y hablemos, Kell. Anoche me echaste de tu habitación sin apenas decirme nada.

¿Y si me había convencido de fugarnos para obligarme a tener esta conversación?

Era verdad que había intentado evitarla, aunque no sabía por qué.

—Ya, lo siento. Es que… me sentía muy rara después de lo que hicimos. Necesitaba… ¿procesarlo? —¿Qué narices acabas de decir, Kelly? ¿Que necesitabas procesar que tu novio te hiciera sexo oral? ¿En serio eres tan rarita?

Thiago se rio por la nariz.

—¿Y qué tal lo has procesado? —preguntó mientras deslizaba la yema de sus dedos por el interior de mis muslos.

Me mordí el interior de las mejillas, ansiosa por repetir lo que me había hecho anoche.

—¿Y tú? —le devolví la pregunta, deseosa por saber lo que él sintió. No iba a negar que me dio un poco de vergüenza al principio. El sexo oral es muy íntimo y delicado y, a pesar de que Thiago demostró muchas ganas de querer hacerlo y de estar disfrutándolo mientras lo hacía, me moría de ganas de que me contara lo que pensaba al respecto.

—Yo, muy bien… Cuando tú quieras… lo volvemos a hacer.

Lo miré con las mejillas ardiendo. Luego aparqué a un lado del camino y apagué el motor. Le dediqué una mirada nerviosa y él me la devolvió entre asombrado y ansioso.

—¿Ahora? —le pregunté.

Thiago sonrió y antes de que pudiera contar hasta dos, sus labios habían chocado con los míos y había comenzado un beso que me llenaba de excitación y nervios, pero también de vida.

Mira, que le den a la fiesta.

Me desabroché el cinturón y me levanté de mi asiento para sentarme sobre sus piernas en el del copiloto. Rodeé su cuello con mis brazos y él llevó las suyas a mi culo.

Nos besamos con anhelo y demostrando las ganas que a nuestros dieciséis años podíamos sentir por probar y experimentar. Quería hacerlo todo con él. Quería regalarle todas mis primeras veces.

A los pocos minutos de estar enrollándonos en los asientos delanteros, nos fuimos a los de atrás para empezar a desnudarnos.

Madre mía. Esperaba que mi padrastro nunca se enterara de esto.

Yo le quité la camiseta y Thiago me quitó el pantalón corto. Joder, tenía un cuerpo espectacular que delataba lo mucho que le gustaba el deporte.

Le pasé los dedos por los abdominales hasta llegar a la cinturilla del pantalón. Se lo desabroché y metí la mano dentro. Lo miré con la idea de también hacerle sexo oral, pero Thiago no me dejó, porque me hizo tumbarme en los asientos.

—Primero yo a ti —dijo mientras comenzaba a bajarme las bragas.

El corazón me bombeaba con fuerza por la expectación y las ganas de que me lo volviera a hacer, porque lo de anoche fue lo más excitante que había sentido en toda mi vida.

Thiago fue dejando besos por mi cuerpo hasta que llegó a mi entrepierna. A pesar de que no teníamos casi nada de espacio, consiguió arrodillarse y abrirme las piernas.

Gemí y agarré con fuerza el reposacabezas del asiento trasero.

Me mordí el labio mientras simplemente disfrutaba de sentir su lengua y sus labios.

Con una de las manos le agarré de la cabeza y le clavé las uñas en la nuca.

—Thiago…

—¿Te gusta, Kell?

Asentí, aunque no pudiera verme.

—Mucho…

¿Cómo había podido estar estos cinco meses sin probar a hacer esto?

Como suele ocurrir cuando pruebas cosas por primera vez, porque todo es mucho más intenso, me corrí bastante pronto, pero, como anoche, no me sentí completamente satisfecha.

Necesitaba mucho más.

—¿No tendrás un condón, por casualidad? —le pregunté con la respiración entrecortada.

—¿Para? —preguntó, a pesar de que claramente ya sabía la respuesta.

—Quiero hacerlo, Thiago.

Él se puso terriblemente nervioso.

Aunque también era su primera vez, él sí había demostrado que *quería* hacerlo siempre que habíamos tenido la oportunidad.

Sentía que los chicos no le tenían tanto miedo a la primera vez.

—¿Estas segura, Kell? No hay ninguna prisa.

—Lo sé, pero siento que lo que hacemos ya no es… ¿suficiente? Quiero más… Necesito más… —Thiago me miró con un brillo especial en los ojos—. ¿Tú quieres?

Él sonrió y asintió con la cabeza. Luego me dio un beso rápido, pero profundo.

—Joder, Kell, me muero por hacerlo por primera vez contigo —dijo pegándose a mis labios.

Me recorrió un escalofrío de excitación.

—¿Entonces tienes el condón? —pregunté con una sonrisa divertida.

Thiago metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó su cartera. La abrió, y del interior sacó un preservativo.

—Lo tengo.

Se lo quité de las manos y miré con curiosidad el sobre. No era el primero que veía, porque Rebeca me enseñó uno el día siguiente a que ella perdiera la virginidad. Me explicó cómo abrirlo para no dañarlo y también cómo ponerlo.

—¿Los has comprado? —pregunté confundida. No me imaginaba a Thiago yendo a comprar preservativos a la farmacia de nuestra calle. En menos de dos segundos, su madre se habría enterado. Aquí las noticias volaban como un papel al viento.

Thiago negó con la cabeza.

—Me lo ha dado Roi.

En nuestro grupo de amigos, con los preservativos digamos que… se traficaba. El hermano mayor de Roi era el que se encargaba de comprarlos y luego los repartía entre nosotros. Decía que teníamos un tope de tres gratis, y que luego nos empezaría a cobrar.

—¿Y solo tienes uno?

Thiago me miró con una ceja arqueada, pero con una mueca divertida y muy sexy.

—¿Qué pretendes, Williams? ¿Que desmontemos el coche de tu padre?

Yo le golpeé en el pecho y le tiré el preservativo a la cara.

—No, idiota, pero siempre está bien tener otro por si acaso. ¿Y si está defectuoso o se nos rompe?

—Existe la marcha atrás —me vaciló.

—Ya nos explicaron que eso no funciona —le recordé, porque a principio de curso nos dieron una charla de educación sexual en el instituto, y aunque fue escueta…, algo es algo, supongo.

—Era una broma, Kell —dijo, y acto seguido abrió la cartera y me enseñó que en el interior había otros dos.

—¿Desde cuándo los tienes?

—Desde esta mañana.

—¿Y cómo sabías que los ibas a necesitar? —le miré con una ceja arqueada.

Thiago me plantó un beso en los labios antes de contestarme.

—Porque algo me decía que lo de ayer marcó un antes y un después.

—¿Sabes cómo hay que hacerlo?

—Hay que prepararte.

—¿A qué te refieres?

—Tienes que estar mojada, Kell.

Aunque ya lo sabía, se me encendieron las mejillas.

—¿Y tú?

—Yo me prepararé mientras hago que tú lo estés, tranquila.

—¿Por qué a Rebeca le dolió tanto si también estaba… *preparada?*

Thiago negó con la cabeza.

—Cada chica es diferente, supongo. No digo que quizás no te vaya a doler, pero que a Rebeca le haya dolido no significa que a ti también tenga que dolerte.

Yo respiré algo más tranquila, porque, aunque eso yo también lo supiera, que él me lo dijera me relajó bastante.

—Iremos despacio, tranquila. Y si no te sientes cómoda, paramos en cualquier punto, ¿vale?

Asentí, nerviosa, pero muerta de ganas.

Le agarré del cuello y tiré de él para acercarlo a mí y poder besarlo. Le rodeé la cadera con las piernas y él apoyó una de sus manos en los asientos y otra en los respaldos mientras mantenía el equilibrio y soportaba su propio peso para no aplastarme bajo su cuerpo. Me devolvió el beso, metiendo su lengua en mi boca, pero pronto comenzó a bajar por mi cuello.

Me quité la camiseta y el sujetador sin dejar de mirarlo. Él tragó saliva mientras miraba cómo lo hacía, y se le encendieron las mejillas cuando vio mis pechos. Siempre le pasaba. Daba igual las veces que los hubiera visto, era una de sus debilidades.

Llevé su cara a mis tetas para que reaccionara, porque se había quedado embobado mirándolas. No tardó en empezar a jugar con ellas como sabía que me gustaba.

—Nuestros hijos van a ser unos afortunados—bromeó, y acto seguido me pasó la lengua por uno de los pezones.

Yo abrí los ojos como platos.

—¡Por Dios, Thiago! —le di un golpe en la espalda, y él soltó una carcajada ronca contra mis tetas que me erizó la piel.

Me dejó un beso sonoro entre los pechos y luego comenzó a bajar por mi abdomen hasta que de nuevo volvió a llegar a mi entrepierna, pero esta vez no se entretuvo mucho con la boca, sino que empezó a utilizar los dedos. Mientras me masturbaba, yo empecé a tocarle por encima de la ropa.

Estaba muy duro, y yo muy mojada.

Estábamos preparados.

Le intenté sacar la mano de mis partes al poco tiempo. Él me miró con duda.

—Espera, Kell… Aún no. Necesitas más…

Yo negué con la cabeza y le interrumpí.

—Te necesito a ti.

Thiago asintió con la cabeza y se comenzó a desabrochar el pantalón. Se lo quitó junto con los calzoncillos.

Madre mía…

—Dame el condón. Yo te lo pongo. —Le pedí, mientras le extendía la mano. Él me dejó el sobre en la palma y lo abrí con cuidado para no romperlo ni dañarlo.

Con mi mano libre le comencé a masturbar lentamente, deslizando mi mano arriba y abajo, para terminar de excitarle, y cuando me pidió que parara porque se iba a correr, le puse el condón como Rebeca me explicó.

Luego Thiago juntó sus caderas con las mías y se colocó.

Dios mío.

Iba a hacerlo.

Iba a perder la virginidad con Thiago en el coche de mi maldito padrastro.

—Kell, ¿estas segura?

—Completamente. ¿Y tú?

—Completamente también.

Le rodeé el cuello con los brazos y le acerqué la cara a la mía.

—Pues hazlo… —le dije pegada a sus labios.

Él se recolocó mejor y se ayudó de su mano derecha para entrar en mí.

Le clavé las uñas en la nuca cuando sentí que comenzaba a penetrarme.

—¿Te hago daño?

—No. Siento algo extraño, pero no me haces daño.

Él asintió y continuó empujando sus caderas contra las mías con delicadeza. Pero, a medida que iba entrando en mí, esa sensación extraña parecida a la presión se trasformó en algo peor. Mierda. Sí que dolía un poco.

—Te estoy haciendo daño, ¿verdad? —dedujo, cuando le clavé con fuerza las uñas en la piel desnuda de la espalda.

—Sí, pero no pares hasta que estés dentro completamente.

—Kell…

Lo interrumpí.

—No pares, Thiago. Va a ser peor si paramos y volvemos a empezar.

Me hizo caso. Y, aunque era verdad que dolía un poco, tampoco era para tanto. Una vez estuvo completamente dentro, ambos soltamos un jadeo.

—¿Qué notas? —quiso saber.

—Pues a ti.

Porque, joder, sí que le notaba a la perfección en mi interior, y me resultaba algo tan… bonito, que podía empezar a entender porque la gente lo llama «hacer el amor».

Cuando Thiago echó sus caderas hacia atrás para salir y volver a entrar, la rara sensación de sentir algo dentro se trasformó en una sensación llena de placer.

Pronto los jadeos de sorpresa se trasformaron en unos placenteros, y el miedo a que me doliese se trasformó en ganas de probar cosas nuevas. Nuevos ritmos, nuevas posturas, nuevas sensaciones.

Dios mío. Esto era adictivo.

Cualquier cosa con Thiago era adictiva.

—Joder, Kelly… —gimió contra mi oído, y sentí que le recorrió un escalofrío—. Sería capaz de morir ahora mismo y moriría feliz —dijo entre suspiros excitados.

A mí los jadeos me habían robado las palabras. A cada segundo que pasaba, todo se volvía más intenso. Su ritmo, las sensaciones, el placer…

Quería más.

Su cuerpo chocaba con el mío y nuestros sudores se mezclaban. Thiago apoyó su frente contra la mía, y mientras sentíamos que nuestras respiraciones se coordinaban, nuestros jadeos también lo hacían.

—Thiago… —gemí su nombre en forma de advertencia. Él hizo lo mismo; también estaba a punto.

Si se disfrutaba la primera vez, normalmente solía durar muy poco. Las nuevas sensaciones nos embriagan y nos roban la capacidad de aguante. Por eso ambos nos corrimos bastante rápido. Pero, como nos supo a poco, volvimos a empezar.

Esos tres condones sí que iban a ser necesarios.

CAPÍTULO 20

UNA SEÑAL DE COLOR ROSA

Kelly

Alguien está aporreando la puerta de mi nueva habitación: la suite nupcial. No voy a decir que no estoy cagada de miedo, porque lo estoy. ¿Quién narices puede estar llamando de esa forma pasada la una de la madrugada?

Salgo de la cama y, de puntillas, me acerco a la puerta. Miro por la mirilla con sigilo, pero, para mi sorpresa, la persona que veo al otro lado no es nadie de las mil posibilidades que me había planteado en un segundo. No es ningún extraño, ni ningún asesino, ni tampoco Mikael…. Aunque, de todas formas, verlo me desconcierta bastante.

¿Qué hace aquí? ¿Ha pasado algo?

Abro la puerta sin pensármelo.

—¿Thiago? ¿Qué…? —Me quedo con las palabras en la boca cuando él cruza el umbral de la puerta y entra en mi habitación como si nada—. ¿Qué haces? —pregunto extrañada cuando veo que abre mi armario y que del interior comienza a sacar mi ropa para la nieve.

—Vístete, Kell —me dice.

¿Cómo?

Doy unos cuantos pasos para quedar más cerca de él. Lo observo con el ceño fruncido mientras trato de entender por qué narices me está pidiendo que me vista a la una de la mañana.

—¿Ahora? ¿Para qué? ¿Ha ocurrido algo? ¿Tenemos que evacuar el hotel?

—No, no ha pasado nada.

—¿Entonces? Es la una de la mañana, Thiago. ¿A dónde quieres que vaya a estas horas?

Él llena sus pulmones de aire y, con parte de mi ropa aún en las manos, se acerca a mí. Me mira a los ojos seriamente antes de hablar.

—Vas a tener que confiar en mí —me pide, desconcertándome un poco más, si es que cabe—. Y también necesito que te abrigues mucho.

¿Me va a llevar a algún lado? ¿Adónde? ¿Por qué? ¿Cómo?

—Y yo necesito que me des algún tipo de explicación —insisto.

Thiago deja caer la ropa sobre la cama, y luego se acerca por completo a mí para agarrarme la cara entre sus manos. Trago saliva cuando siento que un escalofrío me recorre de arriba abajo.

—Quiero enseñarte algo —dice—. Pero podemos perder la oportunidad de que no lo veas si no te das prisa. Tan solo confía en mí

Se le ve tan entusiasmado que espabilo y me visto. Le acribillo a preguntas que no contesta mientras me guía hasta el garaje del resort.

Cuando llegamos a un precioso Suzuki Jimny azul, me abre la puerta del copiloto, y me indica con la mano que suba. Cuando ya estoy sentada, él cierra la puerta y se saca del bolsillo una… ¿venda?

No me da tiempo a hacer hipótesis, comentarios o especulaciones sobre por qué quiere que me ponga una venda en los ojos, porque lo justifica bastante rápido.

—Si ves lo que quiero enseñarte en el camino, te joderé toda la sorpresa —dice.

Yo frunzo el ceño y lo miro entre desafiante y divertida.

—Thiago…, ¿vas a secuestrarme?

Él se ríe.

—¿Qué clase de secuestrador monta a su víctima en el asiento del copiloto?

—¿Uno muy malo o uno que no quiere levantar sospechas? —pregunto, volviendo a la conversación.

Niega con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Pues no, no estoy disimulando un intento de secuestro, puedes estar tranquila.

Cojo la venda.

—Ah, bueno, menos mal que me lo has dicho. Ahora esto desde luego es mucho más normal…

Vuelve a reírse mientras me pongo la venda en los ojos. Cuando termino, enciende el motor y comienza a conducir.

Me resisto bastante a hacerle un comentario respecto a sus habilidades conductoras, porque hacerlo implicaría recordar que fui yo quien le enseñó a conducir, y creo que ninguno de los dos está ahora mismo dispuesto a rememorar el pasado. Más aún después de la conversación de esta tarde, en la que acordamos no forzar absolutamente nada y continuar con nuestros planes. En mi caso, con mi boda…

Llegados a este punto… no sé qué es lo que la vida quiere hacerme sentir o enseñar, pero lo que yo no puedo hacer es desordenar su vida por no entender yo la mía.

Lo que tenga que ocurrir de aquí a una semana… ocurrirá.

Si de verdad hay algo que hacer por nosotros, pasará.

Lo mejor que podemos hacer es dejarnos ser sin intervenir en lo que la vida nos tenga preparado.

A veces simplemente hay que dejar fluir las situaciones y permitir que el tiempo ponga todo en su sitio…

—¿Qué ocurre? —le pregunto, cuando frena tras un largo rato conduciendo.

Thiago tan solo maldice entre dientes en español. Aunque no veo nada, lo miro por acto reflejo por la sorpresa: acabo de darme cuenta de que, desde que llegué aquí, no lo he oído ni una sola vez hablar en su idioma materno, ni siquiera conmigo.

Volverlo a escuchar hablando en castellano me ha acelerado el corazón de una manera abismal, porque en un instante hizo que volviéramos a ser quienes éramos hace seis años.

—Voy a salir del coche un momento. Quédate aquí, ¿vale? —avisa mientras que se desabrocha el cinturón.

Yo asiento mientras reprimo el impulso de quitarme la venda, porque la intriga de saber dónde nos encontramos y qué es lo que le ha hecho parar y tener que bajarse del coche me está matando.

Por suerte no tarda mucho en volver y puedo intentar resolver mis dudas.

—¿Qué pasa? —le pregunto cuando está de nuevo en el interior del coche.

—Nada, tranquila. Vamos a conducir unos diez minutos más —contesta mientras vuelve a poner el coche en marcha.

—¿Qué estamos buscando, Thiago?

—Algo que, espero, te guste.

Como ha dicho, conduce apenas un rato, pero lo que encuentra no debe gustarle tampoco, porque vuelve a maldecir.

—No lo entiendo… —murmura—. Debería poder verse…

—¿Qué? —trato de averiguar, pero Thiago no me contesta. Simplemente se vuelve a desabrochar el cinturón para salir del coche. Esta vez, la intriga me supera: me quito la venda y salgo tras él.

Una vez estoy fuera del coche, miro a mi alrededor tratando de ubicarme.

Estamos en medio de la nada, rodeados de nieve, de pinos nevados y de más nieve. El cielo está repleto de estrellas y son ellas, junto con los faros de su coche, lo único que nos alumbra en mitad de la noche.

Camino con cuidado sobre la nieve hasta Thiago, que está mirando al cielo como si de él tuviera que recibir algo que no le está dando.

—¿Qué pasa? —pregunto, viéndolo mirar hacia arriba, pero, cuando se da cuenta de que estoy a su lado, baja la mirada del cielo

a mí. Sus ojos están algo tristes.

—Que creo que hemos llegado tarde… Quería que vieras una aurora boreal… —explica—. Pero es que no entiendo por qué no la estamos viendo… Según esto —me enseña la pantalla de su móvil brevemente—, deberíamos tenerla justo encima ahora mismo.

Mientras que él espera por una aurora que no parece querer llegar, yo lo miro a él tratando de asimilar que me ha traído hasta aquí para que pueda ver uno de los espectáculos naturales más bonitos, y que se está desesperando por no poder darme ese momento.

Trata de regalarme el momento más mágico de mi vida sin tener porqué. Trata con todas sus fuerzas de convencer al cielo para que aparezca una sorpresa para mí. Trata de no fallarme y sentir que me ha traído hasta aquí en vano…

Aprieto los dientes con fuerza cuando me arden los ojos.

¿En serio se ha molestado a la una de la mañana en ir a buscarme para que pudiera ver una aurora? ¿Se había acordado de que tuve que suspender la excursión por mi rodilla?

Caer en la cuenta de que Thiago ha pensado en mí….

Le doy un empujón para captar su atención, y, aunque lo consigo, porque deja de mirar al cielo, creo que él malinterpreta mi gesto, porque trata de justificarse y lamentarse por su plan fallido.

—Lo siento, Kell… Pensaba que podía enseñarte una aurora. Siento haberte traído hasta aquí para nada y no poder ayudarte a cumplir uno de tus sueños ahora que estabas acá… Siento no…

Lo hago tragarse las palabras que aún quiere decirme cuando me tiro en su dirección para abrazarlo con todas mis fuerzas. De hecho, lo hago con tanto entusiasmo que consigo desestabilizarlo y que ambos nos caigamos sobre la nieve.

No lo suelto a pesar de la caída.

Estando encima de él, le rodeo el cuello con mis brazos y escondo mi cara en su cuello. Él tarda en reaccionar, pero finalmente me rodea la cintura y me devuelve el abrazo con la misma fuerza.

—Me importa muy poco la aurora, Thiago —le confieso, porque sus intenciones desde luego están por encima del resultado—. Que me hayas traído aquí con la idea de querer enseñármela ya es más que suficiente…

—Pero no es lo que yo buscaba. No quiero que te conformes con la intención. No cuando sé que puedo encontrar una aurora. Volvamos al coche y cambiemos la dirección. Vayamos más al norte. Allí seguro que…

Saco mi cabeza de su cuello y llevo mis manos a su cara para taparle la boca con ellas.

—No —contesto seria y tajante, mientras lo miro a los ojos—. No quiero que sigas buscando. Quiero quedarme aquí tal y como estamos. Si hay una aurora para nosotros, aparecerá, y si no, pues me da absolutamente igual. —Le quito las manos de la boca y vuelvo a rodearle el cuello con los brazos y a apoyar mi cabeza en su pecho—. Prefiero mil veces esto…

A pesar de la ropa que lleva, puedo sentir que su corazón se acelera por mis palabras.

Cierro los ojos con fuerza porque por un momento me siento mal por cambiar la velocidad de sus latidos, porque siento que, de nuevo, quizás, le estoy dando unas falsas ilusiones…, pero esta vez no es así.

Vale que lo nuestro de momento siga muerto y que nuestro final probablemente vaya a seguir siendo el mismo que el de hace seis años, pero eso no quiere decir que ahora mismo deba aparentar y mentir para no hacerle daño con mis palabras. No cuando de verdad siento que no habría mejor lugar en el mundo en el que estar ahora ni mejor persona con la que compartir una noche helada bajo las estrellas a la espera de una aurora.

Sé que a él le sigue jodiendo y doliendo no poder evitar lo que va a ocurrir a partir de mañana, pero este momento conmigo no sería capaz de desperdiciarlo por nada del mundo. Estoy segura de que Thiago sería capaz de aprovechar hasta la mínima oportunidad de estar cerca de mí, a pesar de que por dentro se muera de pena por

no poder recuperar lo que siempre ha tenido y que ahora anhela con todo su ser…

Que me haya traído hasta aquí después de nuestra conversación en la que básicamente yo le dije que cambiar mis planes ahora es imposible y en la que él me dijo no podía seguir aparentando que quizás podía recuperarme, demuestra que estoy en lo correcto, y que le da igual lo que sea que sienta dentro cada vez que me tiene cerca, porque prioriza poder tenerme a su lado antes que evitar lo que eso pueda provocarle dentro…

Y no solo él.

También a mí.

Que yo tenga a otra persona en mi vida no quiere decir que esto para mí sea más fácil…

Tenerlo cerca, pero en realidad no tenerlo, es de las peores sensaciones…

Quizás a esto era a lo que se refería cuando me dijo que no podía tenerme a medias, y que era mucho más doloroso que no tenerme directamente…

Si yo estuviese en su lugar, no sé si sería capaz de verlo siendo y viviendo con otra persona, cuando todo eso que ahora hace con *ella* lo hizo antes conmigo…

A pesar de lo que le dije, creo que yo tampoco soy capaz de tenerlo a medias.

Thiago y yo no estamos hechos para tenernos si no es al completo…, y eso no quiere decir que seamos unos idiotas por desaprovechar la oportunidad de seguir teniéndonos en nuestras vidas, aunque no sea como antes.

Aunque eso no quiere decir que no vaya a aprovechar esta noche.

Creo que los dos estamos dispuestos a regalarnos un último momento juntos, disfrutando de volver a tenernos cerca, sin pensar en lo que va a cambiar todo de aquí a una semana.

Pero ahora mismo solo estamos él y yo, en mitad de la nada, esperado una aurora. Sin pasado. Sin futuro. Solo somos Thiago y Kelly. Mañana, nuestras historias seguirán escribiéndose, pero siento

que ahora mismo estamos en un paréntesis y que puedo disfrutar de este momento sin preocupaciones, sin remordimientos y, sobre todo, sin pena.

—Antes has hablado en español.

—¿Sí? No me he dado cuenta.

—¿Por qué ya no hablas en castellano?

—Sí que lo hago. En mi cabeza hablo en español todo el rato.

—Háblame en español —le pido. Echo de menos su acento gallego.

—¿Que te hable en español? —pregunta, en castellano, acelerándome el corazón. Levanto la cabeza de su pecho con una sonrisa que le contagio cuando nos miramos a la cara—. ¿Qué te hace gracia?

—Nada —contesto en el mismo idioma—. Que te cambia la voz cuando hablas en español.

—A ti también. Pero has perdido un poco el acento.

—¿En serio? —pregunto extrañada, porque en mi día a día utilizo el castellano a todas horas. Soy profesora de idiomas… Enseño español.

Thiago niega con la cabeza con una pequeña sonrisa.

—No. Era una broma —dice—. Estoy seguro de que en estos años tú has hablado más español que yo —reconoce.

Me encojo de hombros, dubitativa.

—Es muy probable. En el trabajo soy española constantemente.

—¿Y cuando sales? ¿Vuelves a ser inglesa?

Niego con la cabeza.

—En todo caso sería americana, en fin, nací ahí… Y entre tú y yo: los ingleses me caen fatal. Nunca me consideraría una de ellos.

Thiago se ríe.

—¿Y qué pasa con tus amigas, Kell?

—Bueno, ellas son la excepción.

Thiago abre la boca para decir algo más, pero vuelve a cerrarla al instante, pero intuyo por quién quería preguntarme a continuación. Me alegro de que no lo haga.

No quiero que se mencione a Alan ahora mismo.

—¿Solo das clases de español? —pregunta, interesado.

Yo niego.

—En este tiempo también he aprendido francés.

Thiago eleva las cejas, sorprendido.

—Vraiment?

—Oh, tu parles français aussi?

Thiago entrecierra los ojos y aprieta los dientes con una expresión de sufrimiento total.

—Oui?

Yo sonrío, divertida.

—Parlez-vous vraiment français ou avez-vous répondu sans en avoir la moindre idée?

Thiago me mira impactado y con una cara de no haberse enterado ni de la primera palabra, que a mí consigue hacerme reír. A pesar de ello, él no se rinde y vuelve a contestar.

—Oui?

—No te has enterado de nada, ¿verdad?

—No, la verdad es que no —confiesa—. Pero no pares de hablarme en francés.

—Pourquoi?

—Porque estás muy guapa cuando lo haces.

Yo trago saliva y trato de calmar mi corazón.

Mierda, me quema tanto el querer tocarlo que, para cuando quiero darme cuenta, ya me he sacado el guante de mi mano derecha y toco su cara.

Sé que no debería estar haciendo esto, pero no puedo parar.

Su piel sigue igual de suave y su pelo igual de sedoso que la última vez.

Sus facciones se han endurecido porque ha crecido, pero sigue teniendo la misma cara de niño dulce, pero travieso que, estoy segura, ha enamorado a todas las chicas con las que se ha cruzado.

Porque no sé realmente qué es lo que tiene, pero algo tiene…

—Te vas a congelar la mano, Kell —dice, cuando ya llevo un buen rato acariciándolo.

Me encojo de hombros. Sin embargo, a Thiago no parece darle igual, porque toma mi mano entre las suyas, se la lleva a los labios y trata de calentarla con su aliento.

Tras un par de minutos haciendo lo mismo, consigue que vuelva a notar mis dedos. Luego me obliga a ponerme el guante de nuevo, porque, joder, sí que hace un frío espantoso. Estoy segura de que tengo las mejillas tan sonrojadas como las suyas. Y también de que en mi pelo hay trocitos de hielo.

Una tercera chaqueta no me habría venido nada mal…

Thiago desvía de pronto su mirada de mi cara al cielo y se le iluminan los ojos. Se incorpora del suelo, levantándome a mí con él.

—Kelly, mira ahí arriba —dice, mientras mira y apunta hacia el cielo—. ¿Ves esa pequeña mancha entre verde y azulada?

Yo busco en el cielo esos colores, pero no veo nada.

—¿Dónde?

Thiago hace que mire a la derecha y me señala algo. Sigo la trayectoria de su dedo y entonces… la veo.

Dios mío.

—¿Lo ves? —Asiento, sin dejar de mirar al cielo—. Eso es el inicio de una aurora —explica—. Creo que no hemos llegado tarde, sino pronto.

—¿Se va a hacer más grande?

—Muchísimo más.

Lo miro asombrada y entusiasmada. Pero no solo por la aurora, sino porque, para la sorpresa de la Kelly de hace seis años, estoy volviendo a experimentar algo por primera vez junto a Thiago.

Aunque no debería sorprenderme, en realidad. Todas mis primeras veces llevan su nombre.

—¿Nos tumbamos en la nieve? —me pregunta, sacándome de mis pensamientos. Yo asiento y me tumbo, esperando que él haga lo mismo, pero se queda sentado—. Un momento, ahora vengo —dice, y se levanta para ir hacia el coche. Abre el maletero y del interior

saca algo que desde la distancia no logro entender qué es, pero cuando vuelve a estar a mi lado, me doy cuenta de que es una manta térmica e impermeable para la nieve—. No quiero que te pongas mala —dice, mientras me la echa por encima.

—¿Y tú? —pregunto, mientras que él se tumba en la nieve. Trato de taparlo con la manta también, pero no me deja.

—No, Kell, yo estoy algo más acostumbrado que tú al frío. Tú nunca lo has llevado especialmente bien.

Y tiene razón y vale que lleve varios años exponiendo su organismo y cuerpo a estas temperaturas, pero eso no quita el hecho de que haga muchísimo frío.

Cuando soy consciente de que Thiago no va a ceder, me pego a él todo lo que puedo para que la manta individual pueda taparnos a los dos, a lo que Thiago contesta con un sonido con la lengua en señal de fastidio.

—Kell…

—Los dos o ninguno —tanteo.

—Eres una cabezota.

Me encojo de hombros mientras que lo tapo a él también con la manta.

—No es nada nuevo para ti que lo sea —contesto.

Thiago saca su brazo izquierdo de entre nosotros y lo pasa por mis hombros para pegarme aún más a él y para que apoye la cabeza en su pecho.

—Nada de lo que eres tú es nuevo para mí.

—¿Tú crees? Ya te dije que considero que he cambiado mucho.

—Me refiero a cuando estás conmigo.

—Cuando estoy contigo… ¿qué?

—Pues que siento que el tiempo no ha pasado. ¿Tú no?

Asiento.

—Sí, pero solo cuando no pienso…

—Pues no pienses —opina—. Y mira al cielo, Kelly, que te lo estás perdiendo.

Aparto la mirada del suelo y la levanto al cielo.

Dios mío…

—Dios mío… —exclamo en un susurro cuando veo que en poco tiempo la aurora ahora está mucho más grande y brillante. Los colores verdes y azules se mueven en pequeñas ondas que convierten la aurora en algo jodidamente hipnótico. Esto es precioso. Esto es impresionante—. Mira, hay un poco de rosa ahí —le digo, señalando un punto concreto de la aurora.

—No suele ser muy habitual que lo haya —me dice—. Estoy seguro de que ha aparecido porque sabe que es tu color favorito. —Me zarandea con su brazo.

Yo sonrío con un poco de… nostalgia.

—Ya, seguro que sí, Thiago… —murmuro con cierto sarcasmo.

—Para tu información, listilla, no existen dos auroras iguales. Puedes llamarlo casualidad, pero para mí también es la primera vez que veo el color rosa en una. Curioso que sea cuando estoy contigo, ¿no crees?

—¿Y qué insinúas? ¿Que la aurora sabe que estamos juntos?

—Que sabe que mi sueño siempre ha sido ver una contigo, y que esta es su forma de manifestar que ha escuchado la petición que siempre le hacía —confiesa bajito.

Trago con fuerza.

—¿Qué petición?

Él traga saliva nervioso. Creo que una pequeña parte de él siente vergüenza. Vergüenza por admitir que durante todos estos años ha pensado siempre en mí.

Pero no es una vergüenza negativa.

Es una vergüenza humana.

Humana, porque teme por el hecho de cómo me puede sentar saber que él me ha recordado mucho más de lo que piensa que yo lo he hecho con él.

Porque teme que pueda pensar que es un idiota por no haber podido tirar nuestro libro a la basura.

Pero está equivocado.

Nunca pensaría eso de él.

—Poder ver una aurora boreal contigo.

—¿Tu sueño era ver una aurora boreal conmigo? —pregunto con el corazón en la garganta, mientras que acomodo mejor mi cara en su pecho.

—Desde la primera vez que vi una, Kell.

Cierro los ojos y respiro profundamente.

Me quedaría en este precioso instante para toda la vida.

—¿Por qué?

—Porque me recordaban a ti. Porque poder ver una contigo creía que significaría que ya no tendría que echarte más de menos porque estarías a mi lado.

—Y ya no lo crees, ¿no?

—Las cosas no se han dado como a mí me hubiera gustado. Pero me da igual, porque ahora, en este instante, estoy contigo y mi sueño se ha cumplido.

Yo trago saliva y contemplo la aurora para pedirle yo otro deseo.

Necesito que me dé una señal sobre lo que tengo o debo hacer.

Necesito que me ayude a decidir y a ser valiente.

Necesito que si de aquí a una semana he hecho lo correcto, en la próxima aurora que tenga la oportunidad de ver me muestre el color amarillo.

Necesito confirmar que merece la pena luchar por lo que ahora sé que siempre he querido con locura.

CAPÍTULO 21

UN VIAJE MALDITO

Kelly

Esto debe ser una broma de mal gusto. ¡De muy mal gusto!

—¿Y no hay forma de que puedas venir antes? —le pregunto a Alan, por octava vez.

—Cielo, ya te lo he dicho, han cancelado todos los vuelos hasta mañana por la noche.

Me llevo una mano a la frente.

—Pero eso quiere decir que llegarás el martes de madrugada…

—Sí, Kelly.

—¿Y qué pasa con la visita al restaurante? Está programada para mañana por la mañana.

Concordamos una visita para que nos enseñen el lugar y nos explicaran todos los temas de la organización. El menú y todo lo relacionado lleva meses zanjado.

—Tendrás que ir con Sienna y Molly. Además, ellas serán de más utilidad que yo.

Dios mío.

—¿Y los vestidos, Alan? Tampoco pueden venir. Si ocurre cualquier imprevisto con él ya no habrá tiempo para solucionarlo.

—Kelly, cielo, escúchame: no va a pasar nada, ¿vale? Y si pasa, pues ya encontraremos la manera de solucionarlo, pero no adelantes acontecimientos. Los vestidos llegarán el miércoles, justo para tu prueba de vestuario.

Me tiro de espaldas en la cama.

—No le digas a mi madre que no has podido venir, por favor, me llamaría irresponsable en mil idiomas diferentes.

—Tú no tienes la culpa. Y no hace falta que le diga nada, se va a enterar ella sola —dice, y me jode sobremanera tener que darle la razón. Estoy a nada de recibir su llamada, gritándome lo poco madura y prudente que soy, como si yo pudiera controlar el temporal.

—A ver si con un poco de suerte su vuelo se pierde en el triángulo de las Bermudas y no vuelve nunca más…

—Kelly… —me llama Alan en un tono de advertencia—. No vuelvas a decir eso, es tu madre.

—¿Estás seguro de que es mi madre, Alan? Porque yo diría que es mi peor enemiga. Me odia como si yo tuviera la culpa de que Richard Gere se hubiera casado con otra.

—Tu madre no te odia. No digas eso.

—¿Por qué la defiendes?

—No la defiendo.

—Te he contado innumerables veces lo mal que me ha hecho sentir, Alan… Que sea mi madre no implica que se porte bien conmigo… —Y es que nunca lo ha hecho. Nunca…

—Solo quiere lo mejor para ti.

¿Mi madre quiere lo mejor para mí?

Si eso fuese verdad, nunca me habría llevado a Londres a la fuerza ni me habría hecho separarme de Thiago y, sin embargo, lo hizo sin remordimiento alguno.

Se aprovechó de mí. Se aprovechó de mi inocencia, me metió en la cabeza que no podía dejarla sola, que mi relación con Thiago solo era cosas de críos y que no tendría un futuro, y no valoró mi opinión, ni tuvo en cuenta a lo que renunciaba al marcharnos.

—Prefiero no hablar del tema. Simplemente avísame si hay algún cambio y al final puedes venir antes.

—Cielo, no…

—Hablamos esta noche —me despido.

—Kelly, no me cuel…

Corto la llamada y tiro el teléfono a algún punto de la cama. A los pocos segundos Alan vuelve a llamar, pero no se lo cojo. No soy capaz de aguantarlo en plan yerno ejemplar. Alan puede ser muy bueno en todo: en su trabajo, conmigo, con su familia…, pero no soporto cómo le hace la pelota a mi madre. Prefiero cortar la conversación antes de que se me revuelva el estómago al escuchar cómo defiende a la persona que más daño me ha hecho en la vida.

Suelto un largo suspiro mientras pienso.

Me agobia pensar en la posibilidad de que los vuelos se retrasen más de lo previsto o de que ocurra otra ventisca.

¿Y si las maquilladoras y peluqueras no pueden venir? ¿Y si los vestidos no llegan? ¿Y si… y si…?

Ay, Dios mío.

Me levanto de la cama y me dirijo a la puerta para salir de la habitación. La abro de un tirón y al otro lado, para mi sorpresa, me encuentro con mis mejores amigas, que estaban a punto de llamar.

—¿Adónde vas? —pregunta Molly, cuando ve que salgo embalada de la habitación.

¿Que a dónde voy?

No tengo ni idea.

—A emborracharme —contesto lo primero que se me viene a la mente, porque mal no es que me venga ahora, la verdad.

—¿Cómo? ¡Son la diez de la mañana, Kelly! —exclama Sienna—. ¿Estás loca?

—Lo que estoy es estresada, joder —le respondo, sin dejar de andar en grandes zancadas, ignorando por completo el dolor en mi rodilla. Lo de hacer reposo desde luego que me lo estoy pasando por el forro.

—Pero… ¿qué ocurre? ¿Ha pasado algo? —pregunta ahora Molly, agarrándome del brazo para frenarme.

—¿Qué *no* ha pasado? Esa es la pregunta —espeto alterada.

—Explícate —pide Sienna, tratando de entenderme.

Miro a mis dos amigas alternadamente antes de hablar.

—Que parece que este viaje está maldito. Que parece que alguien ha decidido juntar todas esas cosas que me podrían volver loca, y ponérmelas juntas en bandeja en poco más de una semana. Que siento que, ¡yo qué sé!, que me han echado un mal de ojo.

Sienna y Molly se miran entre ellas.

—Kelly… ¿Qué ha pasado? ¿Qué son todas esas cosas que te pueden volver loca?

Lleno mis pulmones de aire y me resisto las ganas de querer darme de cabezazos contra la pared.

—Primero, encontrarme a mi ex en el mismo sitio donde me voy a casar. Segundo, casi partirme la pierna esquiando. Tercero, que mi prometido llegue con casi tres días de retraso, y no tener ni idea de si mi vestido de novia va a poder llegar en algún momento.

—¿Cómo? Que Alan… ¿qué? —inquiere Sienna.

—Han cerrado el aeropuerto de Kittilä por mal tiempo tras la ventisca. No saldrá ningún vuelo de Londres hasta aquí hasta mañana por la noche…

Sienna y Molly comparten una mirada de asombro, pero tratan de disimularla para no agobiarme más de lo que ya lo estoy.

—Tranquila, Kelly —me dice Molly, al cabo de unos segundos—. Todavía quedan muchos días. Y aunque Alan y los vestidos lleguen con dos días de retraso, todavía hay tiempo para todo, así que no te agobies.

Apoyo la espalda en la pared. Para variar, tengo un cacao enorme en la cabeza…, porque estoy agobiada pues los preparativos de la boda no van bien, pero no porque… mi futuro marido aún no pueda venir.

Madre del amor hermoso.

Necesito terapia.

Necesito morirme.

Necesito parar de pensar en que, por otro lado, aún me queda tiempo con Thiago gracias a este retraso.

—¿Kelly, estás bien? —Sienna me agarra del brazo—. Estás pálida…

Yo niego con la cabeza, porque paso de seguir fingiendo.

—Llevo seis putos años sintiéndome vacía. Así que no, no estoy para nada bien…



Llevo todo el día bebiendo y rechazando las llamadas de mi madre. Me ha llamado más de cincuenta veces, pero las he ignorado todas. No quería hablar con ella sobria, y ahora menos aún. Si descuelgo una llamada suya ahora, terminaría escupiéndole hasta al teléfono mientras me imagino que es su cara. Terminaría gritándole de todo, e incluso confesándole que no quiero casarme, que es una bruja asquerosa, y que se va a meter los anillos y la ceremonia por el culo. Me encantaría ver cómo explota al ver que su hija, por primera vez, no hace lo que ella quiere.

—Kelly, deberías parar. Estás muy borracha. Además, ya es tarde y mañana tenemos que hacer los preparativos para la boda. Es mejor que nos vayamos —Molly trata de quitarme la botella de ginebra cuando estoy a punto de prepararme otra copa. Creo que he perdido la cuenta de cuántas llevo.

—Tonterías.

Consigo robarle la botella a mi amiga y, antes de que ninguna de las dos pueda hacer o decir nada, me empiezo a preparar otra, antes de que sigan insistiendo en que nos vayamos.

Llevamos un par de horas en un bar del pueblo de Sirkka que nos han recomendado unas huéspedes del hotel después de que, tras seis horas aprovechando el todo incluido del resort, el camarero se negase a seguir sirviéndome.

La verdad es que es un bar bastante peculiar. Al entrar parece una librería de segunda mano, pero el hombre de detrás del mostrador nos ha dicho que es una especie de broma para turistas, porque les parece superdivertido ver sus caras de confusión. Para llegar al bar hay que bajar unas escaleras escondidas tras la estantería de libros eróticos.

La lóbrega planta de abajo parece un club de *jazz* de los noventa. Aunque la música resulta disonante con la ambientación, el lugar está repleto de señoras de mediana edad. Los camareros son exageradamente guapos, además de ser, junto a los de seguridad, los únicos hombres que hay en el bar.

—Chicas, ¿vais a quedaros al espectáculo? —nos pregunta de pronto uno de ellos, acercándose a nosotros.

Las tres compartimos una mirada de duda. Luego miro sobre mi hombro, donde hay una tarima. Lleva todo este tiempo vacía y solo unos cuantos focos tenues la iluminan. Miro al resto de mesas. Todas las chicas están a la expectativa de lo que va a ocurrir en el escenario.

—¿Qué tipo de espectáculo es? —le pregunta Molly mientras le doy un trago a mi bebida. Sienna me dedica una mirada asesina.

El camarero nos mira a las tres y luego se le escapa una pequeña sonrisa.

—A ver si adivino… Unas chicas jóvenes os han aconsejado venir aquí, ¿verdad?

—Sí. Efectivamente —contesta Sienna.

El chico saca un papel de uno de los bolsillos del delantal que lleva anudado a la cadera. Cuando se lo da a Molly, entiendo que es un folleto publicitario.

Hago el amago de verlo acercándome a mi amiga, pero Molly lo arruga en su mano y se levanta de la silla echando chispas.

—¡Nos vamos! No teníamos ni idea de esto. Va, Kelly, levanta.

Yo me quedo en mi sitio.

—Pero ¿qué ocurre?

—Nada. Simplemente es mejor que nos vayamos.

Yo miro al camarero.

—¿Qué le has dado? Quiero uno —le pido, y él no duda en sacar otro folleto de su delantal para entregármelo. A pesar de que tanto Molly como Sienna intentan quitármelo, lo aparto rápidamente de su alcance.

Leo lo que pone en el folleto:

Debajo de eso, salen seis tíos posando y sacando músculos medio desnudos.

Me cago en la puta. Esto es un bar de estriptis.

—Nos vamos —dice Molly cuando ve que lo he descubierto, pero justo en ese momento las luces se apagan.

—Demasiado tarde —responde el camarero con una sonrisa divertida—. Disfrutad del espectáculo, chicas…

Mientras él se marcha, mis amigas me retan con la mirada.

—¿No crees que es mejor irse? —me pregunta Sienna. Sé que ellas tienen ganas de marcharse por mí. Si yo no estuviera con ellas, ellas se quedarían sin pensárselo dos veces. Pero es que no me puede dar más igual el espectáculo que está a punto de comenzar.

—Tan solo es un espectáculo, una función…

Mis amigas me miran con los ojos entrecerrados durante unos segundos, y luego creo que entienden que, de alguna manera, no le voy a dar importancia a lo que vaya a ocurrir aquí, porque yo solo quiero seguir bebiendo.

Me da igual que varios chicos se vayan a quedar casi en bolas mientras bailan delante de señoras de cincuenta años. Yo tan solo voy a concentrarme en mis copas y en las ganas de querer olvidarme de mi vida por unos segundos… No voy a hacerles ni caso, lo digo de verdad.

Además, no me apetece patearme el pueblo en busca de otro bar. Estoy agotada.

Mis amigas no tienen opción a decir nada más, porque de pronto comienza a sonar una música sugerente, y todas las mujeres se ponen a gritar como locas.

Yo tan solo pongo los ojos en blanco y miro con desgano la tarima y al público pendiente del espectáculo.

De repente oigo a las señoras gritar cuando, al sonido de la música, unos chicos salen y, bailando, se ponen en el centro del escenario. Mis amigas sí que están bastante pendientes de lo que está ocurriendo delante de sus narices, pero ambas tienen un ojo

encima de mí por alguna razón. Quizás quieren asegurarse de que no me dé un coma etílico a pocos días de mi boda.

No pasan más de dos minutos de canción cuando de pronto bajan el volumen y un tío comienza a hablar en inglés a través de lo que intuyo que es un micrófono, porque sigo sin mirar. Suelta el que imagino que es su discursito habitual: que el público es muy guapo, que hoy tienen un gran espectáculo que dar, y que, como siempre, más de una de las que se encuentra aquí tendrá el privilegio de subir al escenario.

—Por último, sentimos comunicaros que Valkoinen hoy no estará en el escenario… —Al segundo se escuchan sonidos de lamento por todo el bar. El tal Valkoinen debe ser muy querido por las asistentes—, pero…, en su lugar, como buen amigo mío que es, ha venido alguien a quien, señoras, con todo el respeto a mi querido Valkoinen, adoráis mucho más, a pesar de que él no se deje ver mucho por aquí… —Me entra un cosquilleo extraño por todo el cuerpo sin saber por qué—. Para vuestra suerte, el rubito de veintitrés está de vuelta.

Los gritos de la gente no me dejan pensar con claridad, así que, en vez de tratar de asimilar y comprender no solo las palabras de ese chico, sino también lo que mi cuerpo intuye y me está diciendo a gritos…, miro por primera vez por encima de mi hombro, encontrándome con la cara de alguien que…, ¡joder!, no… Esto es imposible.

¿Qué cojones hace Thiago ahí arriba?

—Kelly… Nosotras no… ¡Mierda!, nosotras no teníamos ni idea de esto. ¿Nos vamos? ¿Quieres que nos vayamos? —me pregunta Sienna, mientras Molly empieza a guardarse la botella de ginebra en el bolso dispuesta a que nos larguemos, porque deben entender que quedarme aquí a ver cómo mi exnovio baila medio desnudo encima de una tarima no puede parecerme bien, y eso es lo que debería ocurrir, y eso es lo que pienso, pero mi cuerpo no reacciona. No soy capaz de quitarle los ojos de encima ni de moverme de la silla, y menos aún cuando sus ojos verdes cruzan una mirada con los míos.

Por primera vez desde que nos hemos encontrado en Finlandia, al verme se le borra la sonrisa de un suspiro.

Está igual de sorprendido que yo de encontrarme aquí. Pero, sin embargo, no tiene opción a hacer nada al respecto, porque tiene que actuar.

Clavo mis ojos en mi copa tratando de pensar con claridad, pero estoy tan borracha que ahora mismo no sería capaz ni de hacer una simple suma de primaria. Por eso mismo dejo de luchar contra la fuerza superior que se ha apoderado de mí y, tras coger mi copa con la mano, me giro por completo en la silla para verlo bailar. Porque mirarlo no significa nada, ¿verdad?

«Sabes de sobra que sí. Quedándote aquí solo están enredando más las cosas. Eres una persona despreciable, Kelly».

¿Y qué se supone que tengo que hacer cuando todo mi ser se muere por verlo? ¿Por qué tengo que seguir reprimiendo mis sentimientos? ¿Por qué no puedo ser sincera conmigo misma? ¿Por qué debería resistirme a él cuando la vida no para de ponérmelo en mi camino una y otra vez?

No soy buena persona por estar pensando esto, pero tampoco me puedo culpar por sentir de nuevo por… mí misma después de tanto tiempo.

Trago saliva con fuerza cuando todos los bailarines se quitan la camiseta y se quedan solo con un vaquero de color negro. Soy incapaz de dejar de mirar a Thiago, y aunque noto algo flameante recorriéndome entera al ver su torso desnudo por primera vez en años, también siento cierta nostalgia al darme cuenta de lo mucho que ha crecido y lo cambiado que está todo él… Porque Thiago ha estado creciendo y yo no he estado a su lado. Ahora sus cambios los noto… Antes solo éramos capaces de darnos cuenta de que habíamos cambiado cuando mirábamos fotos antiguas, ya que pasábamos tanto tiempo juntos que cualquier cambio pasaba completamente desapercibido a nuestros ojos. Simplemente crecíamos, pero no nos dábamos cuenta de que lo hacíamos…

Su cuerpo ha cambiado mucho. La musculatura que he notado bajo su chaqueta de monitor no era una simple suposición, es real.

Siempre ha tenido un cuerpo atlético y fuerte, porque le ha gustado el deporte y ha practicado todos y cada uno de ellos, pero ahora ya no es ningún adolescente: es un hombre. Sus hombros y su espalda se han ensanchado, sus brazos están mucho más musculosos.

Dios mío.

Nunca me lo habría imaginado haciendo esto.

¿Es normal que me ponga celosa ver cómo todas esas cincuentonas se lo están comiendo con la mirada? Me hierve la sangre cuando el presentador le pregunta al público que quién quiere ser «la afortunada» que va a subir al escenario… y señala a una mujer sentada a mi lado.

Joder.

Joder.

¿Qué narices estoy a punto de hacer?

Una auténtica estupidez.

Antes de que la escogida pueda hacerlo, me levanto y echo a andar hacia el escenario, ignorando los gritos de mis amigas.

—Oye, que me ha dicho a mí, ¿sabes? —me replica la mujer.

—Haber sido más rápida.

Y tras esa contestación infantil, subo a la tarima, donde ya esperan otras cuatro elegidas. Uno de los bailarines se acerca a mí, pero Thiago se adelanta, no sin antes comentarle a su compañero:

—Sube tú a la otra chica. Ella es para mí.

Cuando Thiago queda frente a mí, una oleada de calor me recorre de arriba abajo. Y la cosa solo empeora cuando me agarra la mano y me guía por el escenario hasta que quedo delante de una silla.

Dios mío.

—Kell… —me llama para captar mi atención, porque sin darme cuenta la he bajado a su pecho desnudo—. ¿Estás segura de lo que estás haciendo?

No, por supuesto que no, pero, aun así, asiento.

—Tampoco puede ser para tanto, ¿no?

Thiago arquea una ceja.

—¿Tú crees? —Da un paso hacia mí y yo retrocedo. Una silla me golpea las piernas. Sus ojos verdes me atraviesan—. Estoy a punto de follarte con ropa delante de toda esta gente, Kelly.

Me siento con la obligación de separarme el jersey del cuello cuando noto un calor subiéndome desde la punta de los pies hasta la cabeza.

—Estás a tiempo de marcharte…

—¿Quieres que lo haga?

—Sabes que no. —Acerca un poco más su cara la mía—. Sabes que si por mí fuera…

—¿Si por ti fuera…?

Se traga las palabras. Niega con la cabeza y tan solo dice:

—No quiero meterte en problemas, aunque esto no signifique nada.

—¿No significa nada?

Thiago aprieta los dientes.

—Sabes que para mí sí, pero, como te dije ayer, no quiero que me des falsas esperanzas.

¿En realidad son falsas?

—Aunque no signifique nada…, quiero hacerlo.

Y, tras esa afirmación, Thiago asiente con la cabeza y mira sobre su hombro. Intercambia una mirada con sus compañeros y una nueva canción inunda el bar. Y cuando de un suspiro Thiago me hace sentar en la silla para que el espectáculo comience, soy realmente consciente de dónde me he metido.

Madre del amor hermoso.

Thiago me coge las manos y las deja en sus hombros, pero pronto las empieza a deslizar por su pecho y abdomen, haciendo que sienta todos y cada uno de sus músculos y también la temperatura de su piel en la yema de mis dedos.

Cuando me deja las manos donde empieza su pantalón, me quedo observando muy atentamente la V que tiene bien definida.

Evito pensar en lo que le sigue a esa parte de su cuerpo, y centro mi atención en sus manos, que se han ido a mi cabeza y ha empezado a jugar con mi pelo y nuca. Sus dedos en mi cuello me provocan un escalofrío que me avergüenzo de sentir, pero no me da tiempo a pensar en nada, porque más pronto que tarde me ha levantado de la silla.

Mis piernas rodean su cintura y sus manos están, ¡joder!, agarrando mi culo. Se me escapa un suspiro de asombro cuando se arrodilla aún conmigo en brazos y me hace acostarme en el suelo.

Sus manos agarran mis muñecas a la altura de mi cabeza, y Thiago comienza a enterrar su cara en mi cuello, sin llegar a rozármelo con sus labios, pero sí sintiendo su respiración contra mi piel, lo que consigue ponerme los pelos de punta.

Dios mío.

No puedo permitir que esto pase.

Me muerdo el labio inferior nerviosa y cierro los ojos. En ese instante me vienen muchos recuerdos. Recuerdos de nosotros haciendo exactamente esto. Su aroma me recuerda cómo es tenerlo encima desnudo.

Sentir sus manos tocándome me recuerdan lo querida que me sentía con él… Notar su cuerpo encima del mío me hace desear que esto nunca se acabe. Que se quede así, conmigo, a mi lado, queriéndome como siempre lo ha hecho…

Pero cuando Thiago comienza a mover su cuerpo contra el mío, y me hace llevar mis manos a su espalda desnuda, salgo de la burbuja y empiezo a ser una persona racional de nuevo.

O al menos eso creo…

¿Qué cojones estoy haciendo, joder?

Me quito a Thiago de encima como puedo, y salgo corriendo del escenario.

CAPÍTULO 22

VOLVER A EMPEZAR

Kelly

Un baño. Necesito un baño. Veo uno al final del pasillo, pero antes de cruzar el umbral, una voz me detiene:

—¡Kell!

Empujo la puerta de los servicios de mujer, pero, antes de que pueda cerrarle la puerta en la cara, Thiago me pilla la muñeca y me hace parar en seco.

—Suéltame, por favor…

—¿Qué pasa? ¿Te has arrepentido?

Trago saliva.

Sí.

No.

Sí.

No.

Sí.

Me he arrepentido…, pero cuando algo me ha hecho sentir que me estaba equivocando. Cuando he empezado a sentir cosas al tenerlo encima. Solo cuando lo he tenido follándome con ropa delante de toda esa gente, es cuando me he dado cuenta de que estoy pirada de la cabeza… Tendría que haberme dado cuenta de dónde me estaba metiendo desde el principio, no cuando ya no tiene solución… ¿Qué cojones debo sentir ahora? ¿Esto cómo se puede catalogar? ¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo me debo sentir en realidad?

¿Por qué me arde todo por dentro? ¿Por qué tengo tantas ganas de agarrarle de los hombros y… y…?

—Kell…

—Cállate…

Me suelto y hago lo que la mente y el corazón me pide, porque, joder, tengo derecho a quererlo. Porque no soy capaz de reprimir lo que siento dentro y punto. Porque le necesito.

Agarro a Thiago de los hombros y lo empujo en dirección a los baños.

Él se deja guiar por mí, pero no se atreve a tocarme. Sabe que estamos jugando con fuego, y que el derecho a tocarme se ha esfumado cuando me he bajado del escenario. Porque, por mucho que se muera por hacerlo, no quiere meterme en líos ni quiere provocar nada…

—Kell… —dice a escasos centímetros de mis labios.

Deslizo mis manos por sus hombros y brazos…, y me muerdo el labio inferior para no tirarme a su boca, porque me está mirando con los ojos vibrantes, los labios entreabiertos y húmedos, y la respiración agitada.

Siento mi cuerpo entero arder, pero sobre todo mi cara. Me muero por tocarlo de verdad. Por hacer todo lo que sea con él. Me muero por que todo sea más fácil, por que todo vuelva a empezar y poder evitar que me separen de él… Porque sentir que no puedo tocar al amor de mi vida me está matando dolorosamente.

A pesar de que estoy raramente excitada, porque, joder, lo estoy y ni siquiera me ha puesto una mano encima, de pronto, ante aquel último pensamiento, la respiración se me empieza a agitar y entrecortar, pero por algo diferente: porque siento una ganas estúpidas de llorar.

Thiago no tarda en darse cuenta y trata de buscar mi mirada, pero la he perdido en algún punto de su cuerpo mientras lucho por no empezar a llorar como una descosida.

Pero es que no puedo más…

De verdad que no puedo más…

—Kelly…

Lo interrumpo.

—No puedo más… —verbalizo por primera vez en voz alta—. No puedo más, Thiago… Necesito… Necesito…

Thiago me agarra el mentón para que lo mire de una vez.

—¿Qué necesitas?

—Volver a empezar… Dios mío, necesito… volver a empezar e impedir que me hagan tanto daño. Necesito entenderme, necesito parar de pensar, necesito parar de sentirme culpable… Necesito simplemente… parar… Estoy muy cansada. Agotada… Muy harta de no poder ser valiente y admitir lo que siento… Muy cansada de no poder evitar que deje de dolerme…

—¿Qué te duele, Kelly?

—No poder recuperarte…

Thiago suelta un suspiro muy largo y luego me aparta el pelo de la cara. Coloca sus manos en mi nuca y me levanta la cabeza para que lo mire a los ojos.

—Para recuperarme tendrías que haberme perdido, Kelly, y aunque hayamos estado lejos todo este tiempo, tú no has dejado de existir ni un solo segundo para mí, al igual que yo sé que tampoco he dejado de hacerlo para ti.

Niego con la cabeza. Por mucho que tenga razón y no me haya olvidado de Thiago ni un solo día de mi vida durante estos últimos seis años, en ese mismo tiempo también he empezado a sentir por otra persona…

Quiero a Alan, joder.

Quiero a Alan, pero también quiero a Thiago.

Quiero a Alan, pero lo que acabo de permitir demuestra que lo que siento por él es… quebradizo.

¿Qué se supone que tengo que decirle cuando lo vea? ¿Que a dos semanas de nuestra boda me he vuelto a enamorar de mi exnovio? ¿Que en realidad nunca he dejado de estar enamorada de él? ¿Que aunque lo quiero muchísimo…, porque lo quiero de verdad, mi amor por él es diferente?

No es justo para él.

No es justo para él…

Llevo todo este tiempo haciéndole creer que me enamoré de él desde el primer momento en que le vi, y ahora no puedo decirle que eso no es verdad. No puedo confesarle que prácticamente mi madre me obligó a enamorarme de él.

No puedo hacerle tanto daño.

Alan está enamorado de mí… y yo… y yo no puedo decirle que no lo estoy de él.

Debo seguir con nuestros planes. Debo parar de pensar en nada que no sea nuestra boda. Debo alejarme de Thiago.

Solo son seis días más… Seis días y me marcharé de nuevo de su vida.

Solo de pensarlo se me revuelve el estómago. O quizás…

Quizás no sea solo por eso.

—Kell, dime algo…

—Creo que voy a vomitar.

Trato de separarlo de mí para salir corriendo al servicio, pero, joder, no llego a tiempo y… y le vomito encima.

Al menos es poco lo que sale de mi cuerpo, porque llevo desde anoche sin comer apenas nada.

Le vuelvo a empujar, porque tengo más ganas de vomitar y no quiero volver a hacerlo encima de él, y a pesar de lo vergonzoso que ha sido hacerlo, él ni se enfada, ni se va. Viene conmigo hasta el váter y me sujeta el pelo.

Cuando termino, me cuesta mirarlo a la cara, pero me trago la vergüenza y me pongo de pie para ayudarle a limpiarse mi vómito.

—Joder, Thiago… Lo siento mucho…

Él niega con la cabeza, restándole importancia, mientras toma papel higiénico.

—Ni que fuera la primera vez —dice con una sonrisa que lucha mucho por ocultar.

Yo me muerdo el labio inferior con fuerza cuando caigo en la cuenta de a qué se refiere.

No, no es la primera vez que le vomito encima. Lo hice cuando me emborraché por primera vez con dieciséis años. Volvíamos de una hoguera que hicimos la primera noche de vacaciones de verano con la gente de nuestro instituto.

Thiago tampoco había bebido nunca, pero no le sentó tan mal como a mí. Me cuidó hasta que me encontré mejor y se ocupó, responsable, de que llegara sana y salva a casa para que mi madre no se enterara de lo que había hecho.

—Ni me lo recuerdes —le digo mientras le quito el papel higiénico de las manos para limpiarle yo. Creo que es lo justo.

—¿Por qué has bebido tanto, Kelly?

Me encojo de hombros.

—He tenido un día de mierda. Han retrasado los vuelos por la ventisca, y mi madre lleva todo el día bombardeándome con llamadas. Y, por si fuera poco, no sé si mi vestido de novia va a llegar para mi prueba de vestuario. —Le cuento, mientras le limpio el abdomen—. A veces pienso que este viaje está maldito… —digo con la boca pequeña.

—¿Maldito?

Asiento.

—Todo está yendo mal.

Me agarra la muñeca de la mano con la que le estoy limpiando y eso capta mi atención. Lo miro a los ojos.

—¿Y no crees que la vida te está mandando una señal, Kelly?

Me quedo helada tras esa pregunta.

¿Que la vida me está mandando alguna señal?

Trago saliva cuando me llega a la mente uno de mis últimos pensamientos de ayer.

«Necesito que me dé una señal sobre lo que debo o tengo que hacer».

Dios mío.

¿Esto de verdad es una señal?

Estoy a punto de abrir la boca, cuando de pronto la puerta de los servicios se abre. Sienna y Molly nos miran desde el umbral durante

unos segundos, tratando de descubrir qué ha pasado aquí. Yo miro a Thiago y a su mano rodeando mi muñeca.

—Kelly… —empieza Molly—. Perdón, esto… Os dejamos si…

—No. No os vayáis —la interrumpo mientras me suelto de Thiago.

No me quiero quedar aquí, porque si me quedo voy a tener que sacar de nuevo el tema de «las señales» que la vida me está dando, y no me siento preparada para negar o afirmar que puede que la vida sí que me esté dando algún tipo de indicación de lo que debo o no debo hacer en Finlandia.

Le dedico una última mirada a Thiago, y me alejo de él para acercarme a mis amigas.

Siento algo helado recorrerme de pies a cabeza cuando salgo del baño. Siento frío. Mucho frío. Siento que vuelvo a mi gélida realidad cuando me alejo de él.

—Kelly, ¿quieres que hablemos en la habitación? —me pregunta Sienna, que deja que me apoye en ella de camino a la salida del bar.

—Puedes desahogarte. No te vamos a juzgar —me dice Molly, sosteniéndome también.

Hasta ahora nunca me he atrevido a mencionarles nada de mi vida de antes de que me conocieran. Pero ahora, por primera vez, siento que tengo que contarles lo que me llevó a Londres.

CAPÍTULO 23

ADIÓS, THIAGO

Kelly

Galicia, seis años antes...

Lo teníamos todo planeado. Estaba más que segura de querer hacerlo. Tenía todo preparado y listo y me encontraba a la espera de que el reloj marcase las doce de la noche para salir de casa. Aún quedaban dos minutos, así que los dediqué a mirar a mi alrededor, a la habitación a la que nunca volvería a entrar.

Me invadió una enorme tristeza al verla tan vacía y desolada. Nos íbamos. Nos íbamos de Ribadeo de verdad…

¿En qué momento? ¿Por qué tenía que ser así? Por mucho que fuera a irme con Thiago, la razón por la que de verdad nos teníamos que marchar me hizo querer llorar y rabiar. No era justo. Yo quería quedarme aquí, en el lugar que me ha visto crecer junto al chico de mi vida y de la misma forma en la que hemos pasado los últimos diez años. No quería que cambiase nada y, a pesar de ello, iba a cambiar todo mucho más de lo que nunca pensé que podría hacerlo, en cuanto el reloj marcase la medianoche.

Me armé de valor cuando llegó el momento de salir. Agarré el pomo y abrí con sigilo la puerta para no despertar a mamá. Pero, para mi mala suerte, no estaba dormida.

La luz del salón estaba encendida y mamá, nerviosa, se encontraba andando de un lado para el otro mientras desgranaba

súplicas en voz baja que, desde el piso de arriba, no lograba entender. Estábamos pendiendo de un maldito hilo…

Mamá estaba hasta arriba de deudas. Otra vez. De las mismas de las que habíamos logrado salir antes de que mi padrastro muriera.

Por eso teníamos que marcharnos.

En Londres nos esperaba una persona que supuestamente podría ayudarnos a salir del pozo. Pero yo no quería dejar mi vida aquí por su culpa. Ni tampoco por ese hombre que decía que podía solucionarnos la vida.

Le envié un mensaje a Thiago diciéndole que me iba a retrasar porque mi madre estaba despierta y no podía salir sin que me viera, pero cometí un error: mi móvil no estaba en silencio, y el timbre que me notificó la respuesta de Thiago me delató.

Mamá miró hacia las escaleras y me descubrió.

—¿Kelly? ¿Qué… qué haces despierta? Aún no tenemos que irnos.

Me armé de valor y comencé a bajar las escaleras.

Mamá me miró con una expresión confusa cuando quedé frente a ella. Tenía sus ojos azules algo rojos de llorar, pero eso no me ablandó. Ella estaba siendo una egoísta conmigo.

—No voy a ir, mamá. No voy a ningún lado.

Frunció el entrecejo.

—¿Qué tontería estás diciendo? No podemos quedarnos aquí, Kelly.

—¿Qué es lo que va a ocurrir cuando lleguemos a Londres? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Vamos a empezar una nueva vida, Kelly. Una vida en la que el dinero ya no será un problema.

—¿Y qué pasa con mi vida aquí? Tú ya no tendrás nada, mamá, pero yo dejo aquí a mis amigos y a novio. Yo no pienso dejar a Thiago.

Ella negó con la cabeza, incapaz de creerse que fuera tan idiota.

—Thiago da igual, Kelly. Thiago no va a ayudarnos a solucionar nuestra vida. El único que puede hacerlo es Nelson. Necesitamos su

ayuda. ¡Y nos la está ofreciendo! Te puede dar la vida que desees. Nos la puede dar…

—La vida que deseo está aquí.

Vi en su cara la desesperación.

—¿Sabes qué es lo que he hecho durante toda mi vida, Kelly? Dar la mía por salvar la tuya. He hecho todo lo que estaba en mi mano para que los errores que cometimos tu padre y yo en Estados Unidos te afectaran lo menos posible. He conseguido que nos ofrezcan una nueva vida… ¿Qué has hecho tú por nosotras?

Me quedé en silencio. No sabía qué contestar. Tenía mil cosas en la cabeza.

—Efectivamente; nada. Ahora vuelve a tu habitación, duérmete y espera a la hora de irnos. El avión no sale hasta las ocho.

Negué con la cabeza.

—Yo no voy a ir a ningún lado. No pienso marcharme de aquí.

—¿Y qué narices te crees que vas a hacer aquí tú sola? ¿Vivir un cuento de hadas con Thiago? No tenéis ningún futuro, Kelly… Tienes dieciocho años, y ni la cabeza ni el dinero suficiente como para hacer lo que te apetezca. Déjate de tonterías. Vas a venir conmigo, te guste o no.

Volví a negar.

—No, mamá.

Ella me miró incrédula.

—Creo que no eres realmente consciente de lo que tenemos encima. ¡No tenemos dinero! ¡Estamos de deudas hasta el cuello! ¡Ni en mil vidas podría pagarlas! ¡No puedo, Kelly! —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Tienes que venir conmigo. No puedes dejarme sola ahora… Te necesito…

A mí también se me humedecieron los ojos.

—¿Y qué pasa con Thiago, mamá? —pregunté, porque era lo único que me importaba.

Mi madre se acercó a mí y me agarró la cara. Me limpió una lágrima que se escapó de mis ojos.

—Podréis seguir siendo amigos.

¿Amigos?

—Él no es solo mi amigo, es mi novio…

—Thiago lo entenderá, Kelly. Quiere lo mejor para ti…

Rompí a llorar cuando me imaginé a miles de kilómetros de él.

—No quiero esto, mamá… No quiero irme.

Ella me agarró la cara con algo más de fuerza. Se estaba cansando.

—Kelly, vale ya. No hay otra alternativa. ¡¿No lo ves?! ¡Deja de ser una caprichosa!

—¿Por qué tienes que decidir tú lo que hago?

—Porque soy tu madre. Y si te digo que vienes conmigo, es que vienes conmigo.

—Es mi vida…

Ella me soltó la cara de mala manera.

—¡Vale ya! —me chilló—. Vete a tu habitación, Kelly, me estás empezando a cansar.

—No —contesté firme. Ella me miró impaciente.

Si ella no tenía sensibilidad conmigo, yo no la iba a tener con ella.

—¿No? —me retó.

A pesar de que me recorrió un escalofrío porque sabía a la perfección lo mala que podía llegar a ser mi madre, me mantuve serena. Me crucé de brazos y contesté con autoridad.

—No. Me voy con Thiago, mamá. Mi vida no está en Londres, está aquí.

Me di la vuelta para salir de casa, pero de pronto noté cómo me agarraba del pelo con tanta fuerza, que me hizo perder el equilibrio y caer al suelo de espaldas. Lo siguiente que noté fue una patada en las costillas que me robó el aire. Sin embargo, no me dio tiempo a quejarme, porque me hizo levantarme del suelo, tirando de nuevo de mi pelo.

Solté un quejido lastimero cuando comenzó a tirar.

—Me haces daño —manifesté mientras trataba de quitarme su mano del pelo, pero solo conseguí que tirara más fuerte.

—No me cabrees y mucho menos me ofendas, porque terminas cogiendo el vuelo de mañana en silla de ruedas. —Una lágrima rodó de mi ojo cuando escuché cómo me arrancaba el pelo—. Ahora haz el puto favor de no tocarme las narices e irte a tu habitación. ¡Te vienes conmigo y se acabó!

Cuando me soltó, me señaló con el dedo el piso de arriba.

Con la mirada borrosa y el corazón destrozado, comencé a subir. Me metí en mi habitación y comencé a llorar en la cama.

No sé cuánto tiempo pasó, pero mi móvil de pronto comenzó a sonar.

Era Thiago.

No le contesté.

No tenía el valor de decirle que no iba a poder marcharme con él.

Me llamó varias veces más, pero a ninguna le contesté.

¿Cómo iba a decírselo? ¿Cómo después de prometerle que con él me iría a cualquier parte?

El corazón se me aceleró muy fuerte cuando, al cabo de varios minutos, el sonido de un claxon comenzó a sonar frente a mi casa.

Era él.

Me levanté de la cama y salí de la habitación. Cuando llegué a la planta de abajo, vi a mi madre mirando por la ventana.

—Todo habría sido más fácil si mañana simplemente hubieras desaparecido de su vida. —Se separó de la ventana y se acercó a la puerta. Me puse nerviosa.

—¿Qué vas a hacer?

—Decirle que tu vida aquí ha terminado.

—¡No! —grité antes de que saliera.

Ella me miró de arriba abajo con una ceja alzada.

—¿No? ¿Otra vez, Kelly?

Tragué con fuerza. Me daba pánico que me volviera a poner una mano encima.

—¿Puedo hacerlo yo? ¿Puedo despedirme de él? —pregunté con los ojos llenos de lágrimas.

Ella me miró, vacilante.

—Tienes diez minutos.

Sentí una especie de alivio al darme permiso.

Asentí con la cabeza y salí de casa. Ella se quedó en la puerta, asegurándose de que no hiciera el tonto.

Caminé en silencio hasta el coche. Estaban las luces de emergencia encendidas y tenía puestas las cortas. Él estaba dentro, esperándome.

Me estremecí cuando un trueno retumbó en el silencio de la noche.

Dios mío…

¿Qué estaba a punto de hacer?

Golpeé el cristal del copiloto. Él pulsó el botón para bajar mi ventanilla:

—¿Qué ocurre, Kelly? —preguntó, mirándome preocupado. Luego, miró detrás de mí—. ¿Por qué tu madre…?

Un relámpago nos alumbró a los dos. Luego se levantó una ráfaga de viento que me puso los pelos de punta y agitó los arbustos cercanos.

—No puedo ir, Thiago —solté rápido.

Él empalideció.

—¿Qué… qué dices, Kell?

Me mordí el labio inferior cuando me picaron los ojos por aguantarme las ganas de llorar.

—Que me voy a Londres… —susurré, porque sentí un pellizco en el corazón en ese momento.

Vi cómo procesó una a una mis palabras, hasta que las entendió en su conjunto, y eso lo hizo salir del coche para quedar frente a mí. Yo di dos pasos hacia atrás, miré a mi madre, y escondí mis manos heladas y temblorosas en el bolsillo de mi sudadera.

—Me estás gastando una broma, ¿verdad? —preguntó, inocente, y con una sonrisa, pensando que de verdad lo estaba vacilando.

Tardé lo mío en negar, porque no estaba preparada para ver cómo se le rompía el corazón.

Thiago dio un paso para atrás y me miró de arriba abajo perplejo.

—Kell… —me llamó mientras sus ojos se ponían algo rojos—. Es una broma. No te vas. Te vienes conmigo, ¿verdad?

Volví a negar con la cabeza.

—No, no es una broma, Thiago. Me voy a Londres con mi madre.

Me cayó la primera gota de lluvia en la cara tras un segundo trueno. Ya olía a tierra mojada y, a pesar de que hacía frío, podía sentirse un bochorno asfixiante en el aire.

—¿Así de la nada? —preguntó dolido, a la defensiva. Era comprensible.

—Es lo que tengo que hacer… No te enfades conmigo, por favor. —Traté de reducir las distancias, pero él se echó hacia atrás.

—No puedes hacerme esto, Kelly. ¿Qué…, joder, qué narices ha pasado en este rato para que hayas cambiado de opinión?

«Que mi madre sería capaz de pegarme una paliza. Que casi me la pega… Que por más que quiera luchar por nosotros, ella nunca me lo permitiría… Y porque yo no tengo aún el valor para ponerme por completo en su contra. Aún no…».

No me atrevo a decirle esas palabras, tan solo digo:

—Que no puedo dejar sola a mi madre… —Él se limitó a mirarme impactado—. Thiago, sé que no me entiendes, pero…

—No, por supuesto que no te entiendo, porque mi Kell, la que creía que conocía hace diez minutos, nunca habría permitido que la sacaran de su hogar. —Me apunta con el dedo índice.

—¡Para mí no es fácil esto, ¿vale, Thiago?! No me trates como si esto me diera igual, porque no es así. Claro que no quiero dejarte ni quiero irme de Ribadeo, pero es que aquí ya no tenemos nada. Hemos tenido que vender todo, porque no tenemos ni tendremos en la vida el dinero suficiente para pagar las deudas de mi madre.

—¿Y qué culpa tienes tú de eso, Kelly? ¿Por qué tienes que joder toda tu vida por su culpa? Las deudas son de ella, ¡no tuyas!

—No me pidas una respuesta que ni yo misma sé, por favor. A veces simplemente hay que hacer las cosas y ya está…

Se me hizo un nudo en la garganta, porque de pronto sentí que estaba siendo una persona horrible que se dejaba manipular y

arrebatar todo lo que quería sin que le doliera ni un poquito, pero no era así. Claro que me dolía, pero, a pesar de que todo me parecía injusto, para mi desgracia mi madre y yo no lo teníamos para nada fácil. Por egoísta que fuera por su parte, sé que lo que me pedía que hiciera no era un simple capricho. Ella sabía que Thiago era lo más importante de mi vida y nunca me hubiera pedido que lo dejara si de verdad no fuera necesario… Parece fácil la opción de huir así sin más con él, pero ¿qué pasaría con ella? Joder, al fin y al cabo, era mi madre… No sé si sería capaz de enterarme de que las cosas le están saliendo mal y encima estando… sola.

Además… ¿y si era verdad que nada iba a ser tan sencillo como nos pensábamos al marcharnos, o realmente no teníamos un futuro? ¿Y si mi madre tenía razón?

Tragué saliva e intenté sacarme esos pensamientos de la cabeza, porque era imposible que yo dudara sobre nosotros y nuestro futuro…

—¿Y ya está, Kelly? ¿Eso es todo? ¿Así de fácil es para ti renunciar a todo lo que has conocido aquí? ¿Así de fácil es para ti renunciar a mí después de prometerme que te largarías conmigo? —Se le quebró la voz al hacer esa última pregunta.

Yo me trago el dolor como puedo.

—Thiago, no renuncio a ti. No pienso olvidarme de ti. Podremos seguir viéndonos de alguna forma, hablando…

—No es suficiente. —Thiago, por primera vez, caminó hacia mí para agarrarme la cara entre sus manos. A mí se me erizó la piel cuando sentí su tacto y vi sus ojos verdes inundados de lágrimas y tristeza…—. Kell, eres mi amiga, pero también eres mi novia. No me sirve tenerte lejos y hablar contigo de vez en cuando… No te vayas a ningún lado sin mí, por favor.

Me tembló la barbilla y se me escaparon varias lágrimas que se camuflaron entre el chispeo de la lluvia que comenzaba a mojar nuestros cuerpos.

Claro que no me iría a ningún lugar si no era con él.

Joder, no sería capaz de ir ni a la vuelta de la equina si no es con él…

No sabía ir a ningún lado sin Thiago y, sin embargo, no se lo demostré ni se lo dije, al contrario le susurré:

—No me voy por capricho…

Se le cayeron los hombros por la desilusión de darse cuenta de que dijera lo que él dijera, no estaba por la labor de cambiar de opinión. Me quitó sus manos de la cara y se las pasó por la suya para limpiarse las gotas de lluvia, pero también las lágrimas.

—No me puedes hacer esto.

—Lo siento, Thiago…

Como si eso fuera a hacerle sentir algo mejor…

Me miró de arriba abajo y negó con la cabeza con desilusión, pero también con desaprobación. Sabía a la perfección que me estaba mirando con ojos diferentes. Para él ahora mismo debía de ser una desconocida.

Por primera vez, Thiago me dio la espalda. Como si me lo mereciera, lo agarré del hombro para que me volviera a mirar, porque lo necesitaba, pero él se sacudió mi mano de encima.

—Si no me vas a decir que has cambiado de opinión, te pido por favor que te largues por donde has venido ahora mismo —dijo de la forma más borde que pudo. Él y yo habíamos discutido muchas veces, como es normal en unos adolescentes que se piensan que tienen la verdad absoluta de la vida, pero en todo este tiempo, a pesar del cabreo, nunca me había hablado de una forma tan dura.

No me atreví a responderle, porque era consciente de que me merecía su frialdad, pero no por eso me separé de él. Me quedé detrás, a muy pocos centímetros de distancia. Para poder percibir su olor y su calor, porque estaba segura de que si me iba de verdad, él no iba a querer saber nada de mí nunca más… Y la verdad es que estaba en todo su derecho…

Dios mío.

¿Qué hacía? ¿Qué estaba haciendo?

Iba a despedirme de Thiago para toda la vida…

De un momento a otro, mi vida iba a cambiar por completo. Ayer éramos la pareja inseparable que siempre habíamos sido, y mañana seríamos dos auténticos extraños…

Me tuve que llevar una mano al pecho cuando sentí un pinchazo que me indicó que, ante aquel pensamiento, se me rompía el corazón.

—No te despidas de mí así, por favor… —le dije con la voz rota.

Thiago bufó y se dio la vuelta para encararme. Su expresión seguía trasmitiendo tristeza, pero ahora había algo más: enfado.

—¿Y qué quieres que haga, Kelly? ¿Que te dé un beso y un abrazo? No te importo nada…

—Me importas más que nadie…

—Pues no es tu fuerte demostrarlo.

—¿Acaso no lo he hecho durante toda mi vida, Thiago?

—¿Y de qué sirve si ahora te largas como si no supieras luchar por lo que supuestamente quieres, Kelly?

—Deja de poner en duda mis sentimientos.

—Deja de intentar demostrar que te duele dejarme.

—¡Me duele, Thiago! —grité, desesperada—. ¡Podrías intentar un segundo ponerte en mi situación! ¡Tú también harías lo que fuera por tus padres! ¡Eres un egoísta!

—Y tú eres una cobarde que va a permitir que manipulen su vida. ¡No tienes que seguir a tu madre a todos lados!

Di un paso para atrás y lo miré muy dolida. ¿Acababa de llamarme cobarde? ¿Lo era en realidad?

Le di un empujón con los ojos anegados de lágrimas.

—Yo nunca te habría juzgado por tener que tomar una decisión, Thiago, a pesar de que tomándola tuvieras que dejarme a mí.

—Eso lo dices porque ahora mismo no sabes lo que se siente que te dejen de lado como si nada.

Negué con la cabeza.

Vale que yo no era en ese momento la persona más adecuada para hablar de justicia, pero creo que él tampoco estaba siendo justo conmigo. No pedía que me entendiera ni que me justificara,

solo que intentara ponerse en mi piel por cinco segundos y pudiera entender que dejarle era el dolor más grande que, estoy segura, iba a experimentar en toda mi vida y que, por mucho que haya tomado esta decisión, eso no significa que haya sido fácil.

Por supuesto no lo era…

—Está claro que no vas a creerme ni a entenderme te diga lo que te diga, así que no quiero seguir escuchando cómo pones en duda que te quiero. —Pestañeé, y un sinfín de lágrimas salieron de mis ojos y me recorrieron la cara, quemando mi piel helada—. Dejaré mi ventana abierta por si quieres despedirte de mí antes de que me vaya. Saldremos a las seis y media de la mañana.

Thiago me dijo que no con la cabeza.

—Si te vas ahora mismo, se acabó. Mi ventana no va a estar abierta para ti.

Asentí sin dejar de llorar.

—Pues muy bien. Hasta aquí, entonces. —Le extendí mi mano—. Ha sido un placer conocerte y crecer contigo, Thiago.

Él no me estrechó la mano de vuelta, y a mí eso me dolió más que cualquier otra cosa de las que habían ocurrido en esta conversación. Que no me hubiera estrechado la mano significaba no solo que no pensaba lo mismo, sino que le daba bastante igual cómo quedáramos por última vez. Que no quería cerrar nuestra vida juntos de forma cordial.

Y si él no quería, por infantil e inmaduro que sea, yo no iba a ser la tonta que lo hiciera por mucho que haciéndolo me estuviera rebajando.

—Vete a la mierda, Thiago. Ojalá no nos volvamos a ver en la vida. Ojalá todo se te vaya a la mierda. En especial, esa forma tan insensible que tienes de pensar que el único que tiene derecho a sentirse traicionado eres tú.

—Ah, ¿es que tú te sientes traicionada? —preguntó de forma irónica.

—Pues sí, porque pensaba que eras la persona que más me entendía, y porque no has sido capaz de aceptar mi mano cuando te

he dicho que conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado, a pesar de tu enfado. Eso dice mucho de ti. En especial, que eres un egocéntrico y un victimista.

Mis palabras le dolieron muchísimo, pero para nada se asemeja a lo que me hicieron sentir las que me dijo a mí.

—No te haces una idea de lo mucho que te odio ahora mismo, Kelly. No quiero volver a verte en mi vida…

Con el corazón hecho añicos, hablé.

—No te preocupes, que yo tampoco. A partir de ahora mismo volvemos a ser dos completos extraños. Espero que si la vida nos vuelve a juntar, sigamos actuando como tal.

Thiago asintió y yo, a los pocos segundos, también. Nos miramos por unos instantes que se me hicieron eternos en los que le repasé centímetro a centímetro porque, a pesar de todo, no quería olvidarme de él…

Se acercó al maletero del coche, y sacó la pequeña maleta que había reservado para nuestro plan juntos.

La dejó caer al suelo y luego señaló la calle con el brazo, como invitándome a marcharme de una vez de su lado.

Me acerqué a la maleta, la cogí, y de nuevo con los ojos a rebosar de lágrimas dije:

—Adiós, Thiago.

Pero él no me devolvió el saludo, así que, sin pensarlo mucho más, comencé a caminar hacia mi casa mientras mi cuerpo, ya empapado por la lluvia, comenzaba a temblar por la mezcla de emociones y sentimientos.

Podía sentir los ojos de Thiago en mi espalda mientras caminaba. Esos tres metros de distancia se me hicieron eternos, quizás porque sabía que eran solo el principio de la brecha de miles de kilómetros que me iba a separar de él a partir de entonces.

—¡Kelly!

No me di la vuelta al oírlo gritar mi nombre. No podía. No cuando lo más difícil ya lo había hecho: darle la espalda, marchame de su lado, de su vida.

Entonces no lo supe, pero me arrepentiría toda la vida de no haberme dado la vuelta. Quizás, de haberlo hecho, hoy no estaría viviendo la vida gris que me lleva persiguiendo desde que decidí no escuchar aquello que se quedó con ganas de decirme, pero que yo ya no tenía fuerzas de escuchar.

CAPÍTULO 24

INJUSTO

Kelly

Recuerdo a la perfección la primera cita con Alan, pero en especial me acuerdo de los momentos previos a hacerlo. No me caben en las manos las veces que mi madre me gritó aquel día.

En la vida me había tenido que arreglar delante de un espejo mientras lloraba a mares…

Aún recuerdo el dolor en el pecho al coger aire, el remordimiento de no haberme quedado y la sensación de que ya nada podía solucionarse.

—Me encanta el brillo que tienes en los ojos —me dijo Alan en la cena.

Lo que él no sabía era que el brillo que tenía en los ojos era de haberme pasado todo el día llorando y de estar aguantándome las ganas de seguir haciéndolo durante toda la cena.

Me acuerdo de que no paraba de hacerme preguntas en la cabeza. Me preguntaba una y otra vez: ¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué ha pasado con mi vida en Galicia? ¿Qué ha pasado con la Kelly que he cultivado en mi interior durante dieciocho años?

Cuando llegamos a Londres, Nelson me ofreció un trabajo en un buen restaurante del centro. Era amigo de los dueños y muchas veces se reunía ahí con los padres de Alan. A mi madre le pareció una grandiosa idea para que comenzara a ganar mi propio dinero y además para que mantuviera la mente ocupada.

Una de las noches en las que me tocó trabajar, acudieron al restaurante tanto Nelson con mi madre, como los padres de Alan con él.

Yo no me di cuenta, pero mi madre me dijo que Alan no paró de mirarme durante toda la cena, que cada vez que me acercaba a la mesa para servirles, sus ojos se clavaban en mí y que me seguía con la mirada a todas partes.

Quiso que tuviéramos una cita porque estaba que trinaba con el hecho de que un chico tan guapo, inteligente y estable económicamente se hubiera fijado en mí.

A pesar de todo, la cita no fue horrible… Alan fue educado, majo y caballeroso desde el primer momento. Mi madre no paró de decirme que era tonta si lo dejaba escapar; que era el hombre perfecto. Que si llegaba a enamorarme de él, mi vida sería mucho más sencilla.

No sé realmente si me enamoré de Alan por mi madre o por mí misma. Lo que sí sé es que él es el único de mi nuevo presente que me trata bien y que me valora.

Claro que quiero a Alan.

Pero ser consciente de que quizás nunca lo hubiera querido como lo quiero si mi madre no hubiera insistido tanto, me hace sentir una enorme impotencia.

Porque… ¿qué es lo que debo hacer ahora? ¿Confesarle que me obligaron a tener una cita con él y que en nuestras citas lo único que podía pensar era en que él no era Thiago? ¿Cómo voy a ser así de mala? ¿Y a pocos días de nuestra boda?

Joder, no puedo.

Claro que no puedo.

Pero no pudiendo me estoy haciendo mucho daño a mí misma también.

¿Qué pasa con Thiago? ¿Cómo le digo a mi corazón que no vamos a volver a verlo… otra vez? ¿Cómo le explico que el amor de nuestra vida se nos va a escapar de las manos de nuevo?

Joder, todo es tan injusto…

CAPÍTULO 25

LO QUE CONSERVA DE MÍ

Kelly

—No supe elegirle… —les digo a Sienna y a Molly, tras contarles absolutamente todo con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenías dieciocho años, Kelly. Era lógico que te diera miedo dejar sola a tu madre, a pesar de todo… —contesta Sienna.

Asiento con la mirada perdida.

Ni Thiago ni yo llevamos la situación de la mejor forma, pero ahora, más que nunca, me arrepiento de no haber sido valiente, de no haberle demostrado que él era mejor que cualquier sentimiento de necesidad hacia mi madre… Que tendría que haberlo arriesgado todo por él, como le había prometido…

—Pero nunca es tarde, Kelly. Aún puedes elegirle si tú quieres… —dice Molly.

¿Quiero? ¿Puedo? ¿Debo?

Estoy cansada de pensar tanto…

A pesar de que insisten en que me quede con ellas esta noche, les digo que prefiero estar sola. Que necesito estar sola para pensar. Por eso me marcho.

Cuando solo he caminado unos pocos pasos lejos de su habitación, comienzo a divisar a una persona que se acerca a gran velocidad. No me lleva mucho tiempo reconocerlo.

Mierda.

Es Mikael.

Joder, tengo tantas cosas en la cabeza, que hasta por un momento se me había olvidado que el muy capullo casi me deja morir en medio de una ventisca. Es, por esa misma razón, por la que paso de sentirme insegura por su presencia, a querer estrangularlo con mis propias manos.

Cuando Mikael se da cuenta de que estoy cerca, me muestra que quiere hablar conmigo. Posiblemente iba camino a mi antigua habitación…

La verdad es que no tiene cara de muchos amigos.

—Hombre, Kelly, menos mal… Ya iba siendo hora de que aparecieras…

—Menos mal, sí —le digo con ironía—, porque, si llega a ser por ti, no aparezco nunca.

Mikael arquea una ceja.

—¿Por mí? ¿De qué estás hablando? ¿De la mentira que les has contado a todos de que yo te dejé sola y lesionada en mitad de una pista durante una ventisca?

Lo miro atónita.

¿Acaba de decir lo que creo que acaba de decir? ¿Acaba de decir que es mentira?

—¿Perdona? ¿Pero cómo tienes las santas narices de decir que es mentira, Mikael?

Él da un paso hacia delante y yo retrocedo otro.

—¡Porque lo es! —grita—. No fuiste la única que tuvo problemas en la montaña, ¿sabes? ¡Yo también quedé atrapado!

Lo miro en silencio durante unos largos segundos. ¿Él también se quedó atrapado? ¿Será verdad? ¿En realidad es una persona tan horrible como para haberme dejado sola? ¿Lo será además para ahora mentirme en la cara?

La verdad es que me cuesta mucho descifrar cuándo Mikael miente o dice la verdad.

Doy un paso hacia atrás, porque su mirada me intimida.

—Pues lo siento mucho, ¿vale? Pero yo pensaba que…

—¿Que soy tan sumamente malo como para dejarte morir? ¿Qué narices he hecho para que puedas pensar algo así de mí? —Da un paso hacia delante y yo retrocedo otro—. ¿Qué te ha contado de mí el gilipollas de Thiago?

Le pongo una mano en el pecho para alejarlo de mí cuando se vuelve a aproximar demasiado.

—Nada, Mikael, y no quiero seguir hablando contigo. Lo siento muchísimo, pero al no venir pensé que…

Aprieta la mandíbula y me agarra del brazo con el que le estoy separando.

—Tu exnovio me pegó por tu culpa, ¿sabes?

Mientras trato de liberar mi brazo, lo examino con la mirada, porque no sé si eso será otra de sus posibles mentiras.

Mis ojos se quedan fijos en su pómulo izquierdo. Sí, es verdad que lo tiene algo colorado…

¿En serio Thiago le ha pegado? ¿Por… mí? ¿Cuándo?

—Lo siento…

—¡Lo siento una mierda!, dile que se prepare.

Eso me hace cambiar por completo mi actitud. Aprieto los dientes y digo:

—Como le pongas un dedo encima, te juro por mi vida que….

Mikael sonríe con suficiencia, no parece tomarme en serio.

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer, Kelly?

—No quieres saberlo…

Vuelve a reírse y a mí me pone de muy mala leche. Este tío tiene el ego por las nubes, es insoportable.

—Uy, qué miedo…

—Suéltame. —Muevo el brazo, pero aumenta la fuerza—. ¡Que me sueltes, Mikael! ¡Me haces daño, joder! —chillo.

Como no me suelta, trato de golpearlo con la otra mano. Sin embargo, descubre mis intenciones y consigue evitarlo. Me agarra también de ese brazo, y luego me empuja con fuerza, haciéndome chocar contra la pared.

No sé qué tenía pensado hacer después, si largarse o seguir peleando conmigo, pero el grito de una persona al final del pasillo capta toda su atención.

—¡Eh!

Sé de quién se trata sin la necesidad de mirar. Mis amigas no tardan en aparecer a mi lado. Han debido escuchar mis gritos y han salido pitando.

—¡Déjala, gilipollas! —Molly lo empuja con todas sus fuerzas. Luego se une Sienna, que amenaza con pegarle.

Finalmente, Mikael se larga. Pero no sin antes fulminarnos a las tres con la mirada.

—¡¿Qué ha pasado?! —me pregunta Molly.

Yo niego con la cabeza.

—Nada, solo es imbécil.

—¿Qué te ha dicho? —quiere saber Sienna.

Aprieto los labios y me pienso por un momento si contarles todo.

—Me lo he encontrado y me ha dicho que al parecer él también tuvo problemas para salir de la montaña el día de la ventisca, y que por eso no vino con la ayuda que me prometió. Y…, bueno, como nadie sabía eso, Thiago le… pegó pensando que lo hizo a propósito.

Molly y Sienna comparten una mirada. Luego es la primera la que dice:

—Pues muy bien hecho. Aunque no se lo mereciera por lo que pasó, sí se lo merece por ser un imbécil.

—Vamos a recepción —dice Sienna.

—¿A qué?

—A hablar con seguridad. Tenemos que contarles lo que ha pasado.

Suelto un suspiro. Estoy cansada de líos.

—No hace falta, chicas.

—Te ha agredido, Kelly. —Molly me agarra de la mano. No tengo alternativa—. Vamos.

Tira de mí y me obliga a caminar junto a ella hasta recepción.

Cuando veo quién se encuentra ahí hablando con Lisa, trato de detenerla, pero Molly me empuja con más fuerza. Creo que no se ha dado cuenta de la presencia de Thiago.

—Queremos hablar con el jefe de seguridad —dice ella, con firmeza. Lisa se queda callada de golpe y nos mira a las tres.

—¿Seguridad? —pregunta Thiago—. ¿Qué ha pasado? —Se separa del mostrador y se acerca a mí. Me mira de arriba abajo con preocupación.

No digo nada.

La verdad es que no sé qué hacer. No quiero que se entere. No quiero que se vuelva a preocupar por mí. No quiero que vuelva a pegar a nadie.

—¿Kell?

—Que…

—Nada —interrumpo a Sienna—. No ha pasado nada.

Como no tiene ningún tipo de sentido que diga eso tras las palabras de Molly, Thiago pasa a mirarla a ella en busca de respuestas.

—Tu amigo Mikael. Le hemos pillado empujándola después de escucharla gritar en el pasillo.

Tengo el reflejo de agarrar el brazo de Thiago. Lo miro a los ojos muy seria.

—Estoy perfectamente, ¿vale? Tranquilo.

Consigo que todos rebajen un poco la tensión. Sin embargo, Molly insiste en hablar con seguridad, aunque ahora de forma más calmada.

Les cuento de forma breve lo que ha pasado y trato de no darle demasiada importancia. De verdad que no quiero que nadie se meta en líos. No quiero calentar a Mikael ni tampoco a Thiago.

Mikael es imbécil y eso es algo que nadie va a poder cambiar. Y mucho menos con peleas.

Tras terminar de hablar con seguridad y tras prometernos que irían a hablar con Mikael sobre lo ocurrido para darle un buen toque

de atención, Thiago insiste en acompañarnos a nuestras habitaciones.

Primero dejamos a Sienna y a Molly, a quienes les doy las gracias por defenderme, y luego nos dirigimos a la mía sumidos en un silencio sepulcral.

Cuando abro la puerta con la tarjeta, me giro para mirarlo.

—Gracias por acompañarme…

Antes de cruzar el umbral, Thiago me toma el brazo impidiéndome entrar.

Me pongo tensa.

Me lleva un par de segundos poder mirarlo a la cara. Él tarda en hablar. Es como si estuviera teniendo una batalla consigo mismo en la mente sobre lo que quiere decirme. Lo noto por la forma en la que aprieta los dientes y tensa los labios.

Estoy a punto de preguntarle al respecto, cuando por fin se decide a hablar.

—Vente a mi habitación.

Se me congela la sangre. Lo miro atónita. Me esperaba cualquier cosa menos eso.

—Thiago, ¿qué?

—Solo para hablar —se justifica. Y me suelta el brazo para levantar las manos, mostrando inocencia.

—¿De qué? ¿De Mikael? Ya lo has escuchado.

—Quiero que me lo cuentes bien. A mí.

—Podemos hacerlo aquí.

—Me hace ilusión que vengas.

Me quedo callada, pensando.

No es buena idea.

O sí.

No lo sé.

Llegados a este punto, no tengo claro nada. Sobre todo, después de lo que ha pasado hace un rato en ese club…

Supongo que ir a hablar a su habitación es lo de menos después de todo…

Le hace… ilusión…

Me muerdo el labio tratando de pensar con claridad, pero termino por dejarme llevar por algo más grande que la razón. No sé qué parte de mí le dice que sí, pero lo hago.

—Está bien…

Thiago también asiente, y noto que trata de ocultar una sonrisa. No quiere demostrar demasiada ilusión.

Comenzamos a caminar juntos hacia los ascensores. Una vez dentro, saca una tarjeta de su bolsillo y la pasa por el lector del ascensor para poder acceder a la última planta, que supongo será la privada para el personal. Caminamos en silencio por el pasillo lleno de habitaciones hasta que llegamos a la 812.

Entro lentamente. A pesar de que su habitación comparte la estética del resto del hotel, se nota de lejos que en esta vive alguien. Hay cosas suyas por todas partes.

—Perdón por el desorden… —se disculpa, mientras pasa por mi lado para acercarse a la parte central de la habitación a quitar de en medio sus botas para la nieve y un par de calcetines tirados en el suelo.

—No te preocupes —le resto importancia. No es la primera vez que entro a una habitación suya y que está patas arriba.

Thiago ordena rápidamente un par de cosas más, y se gira para mirarme. Me señala con la mano la cama, dándome a entender que me puedo sentar.

Lo hago, y luego él se sienta a mi lado.

Me mira a la espera de que comience a hablar.

—Le pegaste —digo.

Thiago frunce el ceño.

—¿Qué?

—A Mikael. Le pegaste.

Aprieta los dientes y asiente con la cabeza.

—Sí. Por dejarte sola.

—No lo hizo. Él también quedó atrapado en la montaña, por eso no vino con la ayuda.

—Joder —murmura, mirando detrás de mí.

Le toco el brazo derecho para captar su atención de nuevo.

—No vuelvas a hacer algo así. Ya no necesito que me vayas protegiendo por ahí, Thiago. Soy adulta, y tú y yo…

—Me sale solo.

Retiro mi mano de su brazo.

—Ya… Pues más te vale controlarte. No está muy bien de la cabeza. Me ha dicho que te prepares. Va a ir a por ti.

Se ríe y se levanta de la cama. Se dirige al armario.

—Le espero con ganas.

Pongo los ojos en blanco.

Estoy a punto de decirle que deje de comportarse como un adolescente, pero ver algo caerse del interior de su armario cuando lo abre capta toda mi atención.

A pesar de que trata de recogerla rápido del suelo para guardarla de nuevo, soy más rápida que él y se la quito de las manos.

—Kell… —dice, mientras la desdoblo para verla bien.

Joder.

Esta sudadera era mía… Era mi favorita hace seis años. Creía que la había perdido en la mudanza…

—¿Por qué tienes esto?

—Porque es tuya.

—¿Me la quitaste?

Niega con la cabeza.

—No te la di cuando saqué tus cosas del maletero el día que… No la vi.

Vuelvo a mirar la sudadera. Está mucho más desgastada de lo que la recuerdo…

Esta sudadera me la regaló él. La compró en A Coruña, en una de las competiciones a las que fue con su escuela de surf. Era la competición más importante en la que iba a participar y la primera en la que salía de su provincia. Fue como representante de Lugo. Yo no pude ir porque la noche anterior ingresaron a mi padrastro en el hospital.

Cuando volvió, me dijo que lo único que había sacado de la competición era una sudadera hortera de color rosa para mí. Sin embargo, cuando la saqué de su maleta, vi que debajo escondía un trofeo. Thiago había ganado, y yo no pude estar para verlo.

Esa sudadera se convirtió en mi favorita porque…, no sé, aunque todavía no éramos novios, pensar en que se detuvo a comprar algo para mí con su dinero y saber que pensó en mí en otro lugar estando lejos de él me hizo sentir especial.

—¿Te la has puesto? —pregunto.

—No, claro que no.

La huelo. Huele muchísimo a él, pero también a mí. O, por lo menos, a como yo olía hace seis años.

—Kelly… —me llama cuando me levanto de la cama para dirigirme al baño—. Eh, espera.

Trata de sujetarme del brazo, pero no lo consigue. Me meto en el baño y, como si fuera mío, comienzo a mirar en sus cajones. Me quedo helada cuando encuentro lo que quiero.

Me siento en el suelo con el frasco de colonia entre mis manos. Lo destapo y lo huelo. ¿Cómo un simple olor puede hacerte evocar tantos recuerdos?

Con trece años vi a la protagonista de mi peli favorita anunciarla en la tele, y ¡dios mío!, ¡qué perra di hasta que conseguí que mi madre me la comprase! Fui tan pesada, que para que me callara me compró ocho frascos y me dijo que como dejara alguno sin terminar me lo haría beber.

—Ahora mismo pensarás que soy un loco o un perturbado por tener tu perfume y tu sudadera, y lo entiendo, pero…

A la mierda.

Deja de hablar, sobresaltado por el varazo que le doy.

Cierro los ojos y trato de ser sincera conmigo misma mientras lo siento contra mí.

Lo quiero.

Lo quiero como nunca podré querer a nadie más.

Y eso no es justo para la otra persona a la que supuestamente debería amar con todas mis fuerzas.

¿Qué hago? Joder, ¿qué narices puedo hacer?

Mientras yo pensaba que Thiago me odiaba con todo su ser…, él estaba conservando la sudadera que me olvidé en su casa y mi perfume…

—¿Tienes algo más, Thiago? Algo mío…

Lo miro a los ojos cuando alejo mi cabeza de su pecho, y veo que se está mordiendo el labio inferior.

—Lo suficiente como para recordarte hace seis años —contesta—. Lo suficiente como para destrozarme el corazón al saber que lo que tengo ya no te representa.

Y, joder, tiene razón.

He cambiado de perfume.

Ya no uso sudaderas.

Ya no soy la misma…

—Enséñamelo.

Tras esas palabras, me separo de él y comienzo a mirar la habitación. Sobre el pequeño escritorio o mesa auxiliar, tiene pegado a la pared un corcho con entradas y cosas así, y fotos, muchísimas fotos. De sus amigos de aquí, pero también de hace muchos años. Fotos con sus amigos del instituto, fotos con su familia en Ribadeo, fotos de él surfeando, fotos con su perro Rocco y, entre todas ellas, una foto de nosotros dos y otra mía.

Mi mirada cae sobre el escritorio; en una esquina hay una caja de madera que reconozco al instante. Estaba en su habitación de Ribadeo, y contiene toda nuestra historia.

La abro con manos temblorosas. El corazón se me oprime cuando veo todo lo que hay en su interior.

Fotos de nosotros, pulseras hechas a mano que hice para él, regalos, canicas, collares, piedras pintadas, entradas de cine, de festivales, de torneos, notas que nos pasábamos en clase, letras de canciones que nos representaban, CD con grabaciones de nosotros o de películas, diseños de tatuajes, cartas, promesas,

planes de futuro… Todo lo que éramos y lo que planeábamos ser juntos hace seis años.

Miro todo despacio mientras siento cómo el corazón se me rompe un poco más al ser consciente de que esta caja no se ha llenado de más cosas porque yo no lo permití… Al ser consciente de que yo la cerré…

No la tiró. Se la ha traído a Finlandia. Aunque sintió que lo traicioné, conservó todo lo que le quedaba de mí y se lo llevó consigo a su nuevo hogar.

Con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas, levanto de nuevo la mirada hacia el corcho con fotos. Le quito la chincheta a la que salimos los dos y la cojo. Nos la hicimos un par de semanas antes de que todo se fuera a la mierda. No tiene nada destacable, la verdad, es una más de las miles que nos hicimos, pero, por alguna razón, a los dos siempre nos ha parecido especial…

Quizás porque es una que demuestra que Thiago y Kelly estaban creciendo juntos de verdad, y que poco a poco estábamos aprendiendo a querernos más como… adultos que como niños, y que de verdad estábamos enamorados profundamente del otro…

Me muerdo el labio para no echarme a llorar al vernos en esa foto tan inocentes, tan felices e inconscientes de lo que se nos venía encima. Estudio a la Kelly de entonces, intentando encontrar en ella algo que ahora pueda encontrar en mí, pero…, pero joder, no hay absolutamente nada.

Envidio el brillo que tenía en los ojos, aquel que mi madre me robó meses después, y que no he vuelto a recuperar.

Me arrepiento de haberme dejado manipular de esa forma, de haberle creído cuando me dijo que Thiago y yo no teníamos futuro. ¿Cómo pude ser tan tonta? ¿Tan cobarde?

Thiago me quita la foto de las manos cuando ve las lágrimas recorrer mi cara.

—No te martirices más, Kell. No te culpo de nada, ya lo sabes. Y aunque posiblemente hubiera mil alternativas a nuestro presente, es el que es porque… tuvo que ser así por alguna razón. No te culpes

por lo que podría haber pasado si no te hubieras ido. Más aún si haciéndolo has podido aprender a querer a otra persona.

Todo es tan complicado…

Sorbo por la nariz mientras lo miro.

—Quiero a Alan, Thiago… —Trago saliva antes de seguir hablando—. Pero, aunque le quiera, también te quiero a ti. Nunca he dejado de hacerlo… ¿Soy una loca por querer a dos personas a la vez?

Thiago me limpia las lágrimas con el dedo pulgar mientras niega con la cabeza.

—No, Kell, por supuesto que no.

Le cojo la mano con la que me retira las lágrimas y se la aprieto con fuerza.

—¿Y qué hago, Thiago? ¿Cómo hago para saber qué hacer? Siento constantemente que mi vida ahora está supeditada a un reloj de arena que no sé cómo narices frenarlo. Siento que se me acaba el tiempo, pero no sé para qué, en realidad. —Apoyo mi frente sobre su pecho, completamente agotada—. Llevo mucho tiempo queriendo sentir que puedo detener el tiempo, como me pasaba siempre contigo… Aunque nunca te lo haya dicho, esa fue mi forma de descubrir que estaba enamorada de ti.

Thiago me rodea con sus brazos y me estrecha contra su pecho. Yo cierro los ojos con fuerza y respiro su perfume.

—¿Y ahora, Kelly? ¿Ahora sientes que quieres detenerlo?

Me da miedo contestar la verdad, pero necesito empezar a ser sincera conmigo misma.

—Sí… Me moriría por hacerlo.

Oigo cómo se le acelera el corazón. Y, entonces, dice lo que yo no tengo el valor a expresar:

—Pues creo que ahí tienes tu respuesta sobre lo que sientes… Pero tienes todo el derecho del mundo a decir que me equivoco.

¿Se equivoca?

No.

Joder, no.

No, porque este abrazo me hace sentir lo mismo que los que me daba hace seis años.

Sentía que estaba en paz. Sentía que era una persona completa y capaz de todo.

Sentía que en mi vida no podía haber ningún otro chico, solo él.

Tengo que intentarlo. Por él. Por mí. Pero, sobre todo, por el Thiago y la Kelly de hace seis años, esos que no imaginaban que lo suyo pudiera sobrevivir a la distancia.

Esos que ahora mismo dentro de nosotros nos piden a gritos que nuestra historia no sea justa en otra vida, que lo sea en esta, por favor.

Solo en esta…

CAPÍTULO 26

ESA ES MI KELL

Thiago

Normalmente no suelo utilizar las instalaciones del hotel. Hace mucho que sentí que les saqué la rentabilidad suficiente. Sin embargo, hoy, después de mucho tiempo, he vuelto a salir solo al *jacuzzi* exterior al que muchas veces he salido con Lisa…

Sentía que necesitaba enfriar la mente, y la ducha helada que me he dado en mi habitación no ha servido de nada.

Aunque sea uno de los lugares que más les llama la atención a los huéspedes al llegar, casi siempre está vacío: con una vez exponiéndose al contraste de temperaturas de cuerpo hirviendo y cabeza helada les basta.

No me quiero imaginar lo que Kell debió sentir cuando nos vio a Lisa y a mí intentar entrar medio desnudos.

Joder.

Posiblemente algo parecido a lo que yo estoy sintiendo al verla a ella aproximarse con un bañador negro.

Kell se queda petrificada cuando me ve, justo después de dejar sus zapatillas y su albornoz en los bancos de madera rodeados de calefactores.

—Ostras… —murmura—. Perdón, pensaba que estaba… vacío.

Yo me recoloco en el *jacuzzi.* Saco los brazos y los apoyo en los bordes, mientras la miro con atención.

—Está *casi* vacío.

—Ya…

Se cruza de brazos, como tratando de taparse un poco.

«Venga, Kell, como si no te conociera hasta el alma».

—Hay sitio suficiente para los dos —indico.

Ella me mira a mí y luego al *jacuzzi,* y, tras unos segundos en los que parece tener una lucha interna, comienza a andar al interior mientras murmura cosas, que deben de ser insultos, por el frío que hace fuera.

Yo sonrío disimuladamente cuando suelta un jadeo de placer al notar el agua caliente, y no le quito los ojos de encima mientras se coloca en el extremo contrario del *jacuzzi.* Tiene su pelo negro recogido en un moño algo desordenado, y las mejillas sonrosadas por el frío. De sus labios sale vaho cada vez que jadea de alivio por el calor del agua.

—¿Qué tal la visita al restaurante? —pregunto de pronto, pillándola por sorpresa.

Kelly traga saliva y asiente con la cabeza.

—Bien. Ya está todo listo.

Aprieto la mandíbula con fuerza por unos segundos.

—Me alegro.

Kell bufa.

—No hace falta que finjas que te entusiasma saber que los preparativos de mi boda van bien.

Frunzo el ceño.

—Pues claro que no me entusiasma, Kell, pero eso tampoco quiere decir que no quiera que uno de los días más especiales de tu vida salga mal.

Ella inspira hondo, echa la cabeza para atrás y cierra los ojos.

—He salido aquí para intentar olvidarme diez minutos de que me caso en cinco días. Por favor, no hablemos de eso.

—¿Y de qué quieres hablar?

—También existe la opción de no hablar de nada.

Me encojo de hombros y aparto la mirada, pero no soy capaz de aguantar más de cinco segundos seguidos.

Cuando vuelvo a tener los ojos clavados en Kell, ella está mirando hacia su derecha, pero al cielo. Está observando las estrellas mientras suspira.

¿Por qué una parte de mí ahora mismo quiere salir corriendo del *jacuzzi?*

Joder, es que escuchar que tiene todo lo de la boda zanjado le ha dado mucho sentido a la realidad que tengo por delante…

No tiene pensado detener los preparativos…

Por mucho que anoche me dijera que me quiere, no va a cancelar su boda.

«Joder, pues claro que no, Thiago. ¿Qué cojones te piensas? Lleva varios años con ese tío… ¿En una semana y media va a echarlo a perder todo? ¿Por ti?».

Un chorro de agua en mi cara me saca de golpe de los pensamientos.

Miro a Kelly sin entender nada mientras me echo el pelo, ahora mojado, para atrás.

—¿Qué haces?

—Te habías quedado embobado mirándome fijamente. Me empezabas a dar miedo.

Le salpico mucho más fuerte de lo que ha hecho ella, y consigo empaparla completamente.

—¡Thiago! —chilla mientras se pasa las manos por la cara.

Yo suelto una carcajada al ver su expresión de asombro, pero también de enfado.

Y, como intuía que iba a ocurrir, me lo devuelve de nuevo, pero esta vez con mucha más fuerza y algo picada, porque es verdad que me he pasado un poco.

—Atrévete a hacerlo otro vez —me amenaza muy seria.

Yo me cruzo de brazos y la miro con el entrecejo fruncido mientras trato de ocultar una sonrisa.

—¿Y qué si lo hago?

—Pues que a lo mejor te ahogo aquí mismo.

Sonrío, porque me muero por ver cómo intenta ahogarme en un *jacuzzi* cuya altura no me llega ni al ombligo.

Hago el amago de lanzarle agua y ella se lleva los brazos a la cara para taparse con ellos.

Yo me rio cuando, tras dos amagos más, vuelve a hacer lo mismo.

—¿Te da miedo el agua o qué? —pregunto, divertido.

Me lanza una mirada matadora, y luego empuja agua contra mí.

—¿Y a ti? —me devuelve la pregunta, con el mismo deje de diversión que yo.

Me paso una mano por la cara para quitarme el agua y me echo el pelo para atrás de nuevo, mientras que con la otra mano busco su pie bajo el agua.

Cuando se lo encuentro, le agarro del tobillo y tiro de ella con todas mis fuerzas, hundiéndola en el *jacuzzi.*

Sale a los dos segundos parpadeando varias veces para aclarar su vista mientras escupe agua, porque ha debido de tragar un poco.

—¡Thiago, joder! ¿¡Tú eres idiota o qué!? —chilla. Luego se endereza en el agua de nuevo.

—Has empezado tú.

Se le abre la boca muchísimo.

—Te voy a ahogar.

Me encojo de hombros.

—Inténtalo.

—¿Crees que no puedo? —Se le entrecierran los ojos, porque me mira desafiante.

«Esa es mi Kell».

—Lo que creo es…

No me da tiempo a decir nada más, porque se me tira encima.

Joder. Se me había olvidado la fuerza que puede llegar a tener estando enfadada.

Me hunde en el agua y me aprisiona la cabeza contra el fondo del *jacuzzi* con su pie derecho durante mucho tiempo y con mucha fuerza.

Si respirar no fuera algo de vital necesidad, la habría dejado hundirme el tiempo suficiente para que creyera que me había ganado la pelea. Sin embargo, en cuanto mis pulmones exigen aire, la pellizco en un costado y comienzo a hacerle cosquillas, de modo que consigo salir a la superficie.

Me mete una patada para que no me acerque a ella, pero comete un gran error, porque le agarro del tobillo y la atraigo contra mí. Le rodeo la cintura con mi brazo, le doy la vuelta hasta que su espalda choca con mi pecho y la pego al bordillo del *jacuzzi.*

—Bastante mal, Kell —opino, con la respiración algo agitada.

—Has hecho trampas —dice, exasperada.

—Ah, ¿que había reglas?

—¿Tanto deporte y no sabes aún lo que es jugar limpio?

—¿Me lo dices tú, que me has pegado una patada en el estómago y casi me haces echar un intestino por la boca?

Ella se ríe muy bajito.

—Ha sido en defensa propia.

—Pues lo siento, pero no te ha servido de mucho.

—Thiago… —advierte.

—¿Qué? —pregunto cerca de su oído y, como tiene los brazos fuera del agua, puedo ver que se le ha erizado la piel.

Joder, Kell…

«Tú sabes lo que quieres… Sabes que me prefieres a mí. Sabes que yo puedo ser mejor que él».

—¿Qué, Kell? —insisto.

Apoya su cabeza en mi pecho y suspira.

—Que te estás viniendo arriba.

¿Lo estoy haciendo en realidad?

—Tan solo me estoy defendiendo de la loca que hace unos segundos quería matarme.

Ella traga saliva.

—Ya, bueno, pero desde fuera esto se podría estar malinterpretando.

—No hay nadie.

—Eso mismo creías hace una semana y poco, ¿no? —pregunta con cierto tono irónico, y eso me lo tomo como una última señal de que pare de una vez.

La suelto y Kelly se da la vuelta para mirarme a los ojos en completo silencio.

—¿Vas a irte?

—Sí. Mañana tengo que madrugar.

—¿Y eso?

—Alan llega temprano.

Asiento mientras noto un centenar de cuchillos atravesándome el corazón. Mi peor pesadilla se va a hacer realidad.

Voy a verla con otro de verdad.

CAPÍTULO 27

UNA MUÑECA ROTA

Kelly

Alan está a punto de llegar.

Me seco las palmas de las manos en el pantalón mientras miro impaciente hacia la puerta principal del hotel. No para de entrar y salir gente a pesar de que tan solo son las siete de la mañana. Las pistas de esquí están a punto de abrir, y muchas personas esperan sus autocares para ir a alguna excursión que parte desde aquí. En cualquier momento, él va a cruzar esa puerta.

Tengo ganas de verlo, pero…, joder, ¿cómo van a ser las cosas con él aquí? Me he acostumbrado a encontrarme con Thiago y no sé cómo tratarlo a partir de ahora.

¿Qué hago ahora cada vez que lo vea? ¿Lo saludo? ¿Se lo presento a Alan? ¿Le cuento todo lo que ha pasado en este tiempo? ¿Intento que no se crucen?

Joder.

Me siento una cría incapaz de poder afrontar sus problemas y preocupaciones. Hace tanto que no sé dejarme fluir… Hace tanto que debo tener todo bajo mi control… ¿Y si la lío? ¿Y si Alan se entera de quién es Thiago y le sienta mal? ¿Y si al contarle todo lo que ha pasado en estos días me acusa de… de… algo?

Madre de Dios.

Me va a estallar la cabeza y solo son las siete de la mañana.

Se me corta la respiración cuando un hombre de pelo castaño de uno ochenta y cinco de estatura entra en el hotel.

Lleva unos pantalones de traje algo más informales de lo normal en él, y una camisa blanca con dos botones desabrochados. En su muñeca izquierda destella un Rolex plateado, mientras que con la mano empuja una maleta de cabina color gris de Armani. En su antebrazo derecho descansa su abrigo de plumas. Está bien peinado y tiene la barba recortada como sabe que a mí me gusta: elegante, pero juvenil.

Alan me encuentra con la mirada entre la gente de la recepción, y una amplia sonrisa irrumpe en su semblante serio. Suelta la maleta y deja el abrigo sobre ella. Da medio paso hacia delante y me rodea la cintura con su brazo izquierdo para pegarme a él, antes de darme un beso profundo en los labios.

Cuando nos separamos, pega su frente contra la mía y me dedica una sonrisa alegre. Yo me esfuerzo por imitarle.

—Hola, preciosa…

—Hola… Ya estás aquí.

—Ya estoy aquí, sí. ¿Ves cómo todo iba a salir bien, amor?

Me separo un poco de él.

—¿Qué tal estás? —le pregunto, mientras rodea mi cintura con una mano y con la otra pasa un mechón de pelo detrás de mi oreja.

—Mejor que nunca.

—¿Y el vuelo? ¿También sufriste turbulencias horrorosas como nosotras?

—Ha ido muy tranquilo. ¿Tú qué tal estás, Kelly? —Se le frunce el ceño mientras me observa la cara con detenimiento—. Te noto cansadilla.

No estoy *cansadilla*. Estoy agotada.

—Qué va. Estoy bien. —Quiero desviar la conversación. No quiero hablar ni de mí ni de mi agotamiento físico y mental—. Tú sí que pareces cansado. ¿Quieres ir a la habitación? Debes de estar derrotado.

Alan niega con la cabeza y me vuelve a pegar a él todo lo que puede.

—Antes quiero desayunar con mi prometida. ¿Te parece bien?

Asiento a pesar de que tengo el estómago cerrado, y luego le agarro de la mano.

—Claro. —Sonrío—. Ven, vamos al restaurante.

Alan me suelta la cintura y se gira para recoger la maleta, pero justo entonces alguien pasa a toda prisa por su lado y la tira de un golpe.

—Joder, Tay…

Se me para el corazón cuando veo a Thiago aparecer en la recepción detrás de una Taylor que empuja su silla de ruedas todo lo rápido que puede para largarse sin siquiera mirar la maleta que ha derribado. Thiago la recoge.

—Perdón —dice, y por primera vez mira al frente, chocando de golpe con los ojos de Alan. Por el resentimiento que no logra disimular, sé, al instante, que Thiago ha adivinado quién es.

—No pasa nada —le contesta Alan.

Los ojos de Thiago pasan de nuestras manos entrelazadas a mi cara. Aprieta los dientes y, tras unos instantes de silencio, se marcha sin volver la vista atrás.

Yo le sigo con la mirada hasta que lo pierdo entre la gente de la recepción.

—¿Vamos? —me pregunta Alan, recuperando mi atención.

Asiento y lo acompaño a hacer el *check-in*. Por suerte no está Lisa, y mis niveles de angustia no alcanzan picos estratosféricos.

Tras un desayuno que se me hace eterno porque no me entra ni una gota de café en el estómago, nos vamos por fin a la habitación. Y a pesar de que le insisto para que descanse un rato, él me insiste en que salgamos a dar un paseo por los alrededores del hotel. Mi pierna parece estar bien, aunque quizás solo me lo parece porque es lo que menos me preocupa ahora mismo.

Joder, no quiero salir de la habitación. Siento que soy la misma persona que hace una semana. Esa que no quería salir para no toparse con Thiago.

No me siento capaz de verle.

Anoche lo tenía aplastándome contra el bordillo de un *jacuzzi* y, sin embargo, ahora… siento que no puedo ni verle…

—¿En qué piensas, cielo? —me pregunta Alan. Me estrecha contra él y pone su brazo rodeando mis hombros, mientras caminamos por el bosque lleno de pinos altísimos y nevados, de camino a ver el lago que se veía desde la habitación que compartía con Sienna y Molly.

—En nada en particular —miento. ¿Debería contarle todo lo que ha pasado en su ausencia? ¿Sería lo correcto?—. ¿Nos sentamos? —Le señalo un banco de madera frente al lago.

Alan asiente con la cabeza y caminamos juntos hasta él. Nos sentamos y observamos a nuestro alrededor en silencio. Yo, como no podía ser de otra forma, me pongo a pensar en todo. Y cuando digo *todo* me refiero a Thiago. Tengo grabada en la mente la expresión de su cara al verme con Alan.

Me asusta el sentimiento de no querer verle triste por verme con alguien más…



Alan no es el único que ha aterrizado a tiempo en Laponia. Mi vestido y los de las damas de honor han llegado a las doce de la mañana. También mi madre.

Lleva aquí veinte minutos, y ya me ha dado una jaqueca que me encantaría quitarme a cabezazos contra la ventana.

Menos mal que están Sienna y Molly conmigo, porque, si no, hace ya un rato que habría llamado a una perrera para que se la llevaran. No deja de ladrarme cosas. Que qué cara tengo. Que si estoy esquelética y el vestido me marca los huesos. Que si mi pelo es como un auténtico estropajo. Que si sé lo que es cuidar de una misma. Que estoy igual de blancucha que mi vestido. Que parezco enferma… Que, que, que, que…

—Le voy a decir a Alan que vigile lo que comes de aquí al sábado. O ganas un poco de peso, o vas a parecer una auténtica novia cadáver —comenta mientras evalúa por duodécima vez cómo me

queda el vestido—. Dios mío, Kelly, estás hecha un asco, debería darte vergüenza. —Me agarra el pelo, tratando de atusarlo, pero lo suelta asqueada—. Anda, quítate el vestido antes de que me den ganas de quemarlo y cancelar la ceremonia. Te queda horroroso y ya no hay tiempo para hacer milagros. Que sepas que vas a hacer el ridículo en el altar, ¡y todo por no hacerme caso!

Apretando los dientes para no echarme a llorar, me bajo del escabel y me adentro en el probador junto a una de las costureras que mi madre ha contratado por si necesitábamos retoques de última hora.

—No le hagas caso a nada de lo que te ha dicho, cariño —me dice bajito una de ellas mientras me desabrocha los botones de la espalda—. Estás preciosa con el vestido. Siéntete guapa, porque lo eres, y mucho, cielo.

Yo mantengo la mirada clavada en el suelo.

—¿Tanto le cuesta decirme algo bueno? —pregunto en un susurro, porque de verdad que no entiendo cómo puede tener tanta maldad… Cómo puede tratarme con tanta dureza y tanta insensibilidad después de todo.

¿Cómo, aun así, puede hacerme sentir tan… insuficiente, tan mal, tan… incapaz de contentarla, aunque sea por una vez en la vida, cuando yo he tragado y aguantado tanto para que ella fuera buena conmigo?

Dejo caer los hombros agotada, y en silencio comienzo a llorar.

No puedo más.

Ojalá pudiera salir corriendo y no parar hasta llegar a un lugar donde mi mente se calle. Donde nadie pueda decirme qué hacer. Donde sepa entenderme y escucharme… Donde todo sea un poco más fácil.

A los pocos minutos de quedarme sola en el probador, me visto y, una vez me he limpiado las lágrimas, salgo para encontrarme con mis amigas. Ambas me miran con una mueca de tristeza, pero teniendo unas ganas tremendas de entender qué narices ha sido ese comportamiento por parte de mi madre hacia mí.

Pocas veces han coincidido con ella, pero cuando lo han hecho, mi madre se ha plantado esa careta de mujer brillante, elegante y respetuosa que todo el mundo se cree que es, incluido Alan.

Ojalá hubiera estado presente esta vez y se hubiera dado cuenta de que mi madre no quiere lo mejor para mí, sino que mi madre siempre quiere hundirme moralmente para quitarme las ganas de luchar por lo que yo quiero.

Esa ha sido su forma de actuar estos años. Me ha hecho sentir pequeña y desmoralizada. Incapaz de saber luchar por mí misma. Incapaz de ser alguien sin ella. Incapaz de decidir sobre mi vida. Me ha convertido en su muñeca y, a pesar de que ella es la que maneja mi vida, nunca será suficiente. Por eso siento que quiere exprimirme hasta acabar conmigo. Hasta que pueda reiniciarme y volver a jugar con mi vida a su antojo. Desde el principio.

—Kelly… —me llama Molly, tratando de sacar el tema de alguna forma, pero no tengo fuerzas para hablar de eso.

—Estoy bien, chicas. A veces se le cruza el cable. No os preocupéis. Me voy con Alan, ¿vale? —pregunto sin esperar respuesta, y enfilo hacia mi habitación mientras siento que ellas intercambian una mirada que deja entrever muchas cosas, entre ellas que necesito ayuda.

Y puede que tengan razón. Pero ahora mismo no sé si necesito un psicólogo, una charla con mis amigas, o un simple abrazo de…

—¡Thiago! —lo llamo en cuanto lo veo antes de arrepentirme de no hacerlo. Ahora que Alan no está conmigo, me resulta más fácil acercarme a él. Aunque la verdad es que no sé por qué narices lo he llamado. Ha sido… espontáneo.

Thiago, que me ha oído y se ha girado para mirarme, me espera de pie en el pasillo. Camino hacia él todo lo rápido que mi pierna me permite.

Cuando quedo frente a él, siento que por primera vez desde hace una semana y media me mira diferente. Siento que sus ojos de pronto no desprenden esperanza o nostalgia. Siento que revelan derrota y cansancio. Como si de pronto fuera una desconocida para

él. Como si de pronto no tuviera ganas de luchar por eso que me dijo que se desviviría por recuperar…

—¿Qué? —pregunta muy borde.

Trago saliva, porque tener a Thiago borde conmigo es la gota que podría rebosar mi vaso hoy.

—¿Le pasaba algo a Taylor esta mañana? Ha entrado al hotel muy seria.

Él eleva una ceja.

—¿Qué más te da?

Yo lo miro de arriba abajo.

—¿Qué narices te pasa?

Él bufa y niega con la cabeza como si no pudiera creerse que le haya hecho esa pregunta.

Está claro lo que le pasa. Está celoso, está dolido, está roto…

—Hay que joderse —murmura, y luego hace el amago de irse, pero lo agarro del brazo e intento frenarlo.

—Vale ya, Thiago. Solo te he hecho una pregunta inocente.

Él se frota la frente con la mano que tiene libre y luego clava sus ojos verdes en mí.

—Sus padres quieren que deje el trabajo de monitora.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—No quiero hablar más contigo, Kelly. —De repente se suelta de mi agarre y se marcha.

CAPÍTULO 28

A AÑOS LUZ

Thiago

«*No pasa nada».*

No me saco de la cabeza su contestación, su cara, su presencia y, mucho menos, su forma de cogerla de la mano…

¿Qué tenemos en común él y yo?

Nada.

Absolutamente nada.

Y, sin embargo, algo de ese tío también ha conseguido enamorar a mi chica.

Nunca me he sentido inseguro de mí mismo. Siempre me he sabido ver con buenos ojos porque todo el mundo desde pequeño me ha piropeado por lo que soy por fuera. Cuando estaba con Kelly me sentía el hombre más privilegiado del mundo y el mejor conquistador de todos. Cuando ella y yo rompimos y vine aquí, no había noche que no terminara con una chica. A veces eran turistas guapas que se hospedaban en el hotel, otras veces eran compañeras de trabajo como Elsa…, otras veces eran trabajadoras de aquí como Lisa… Y otras veces eran chicas sin más que conocía en el bar en el que me invitaron a trabajar esporádicamente.

Dado que lo único que yo buscaba era olvidarme de Kell con quien fuera y como fuera, no dudé en ningún momento en aceptar ese trabajo, porque con él iba a tener a mi disposición mil oportunidades nuevas de sacarme a Kelly de la cabeza.

Claramente, nunca funcionó. Con ninguna. Con nadie. En ningún lugar. Y, seguramente, en ninguna vida.

Me encantaría poder decir que tiene pinta de ser un gilipollas o un tío que, detrás de esa formalidad y esa presencia, esconde a alguien despreciable, pero, joder, algo me dice que no. Algo me dice que es buena persona. Puede que una mucho mejor que yo.

Con un simple vistazo de él junto a Kell, me he dado cuenta de que es imposible recuperarla. Porque si él es el prototipo de hombre que ahora ella quiere en su vida, yo estoy a años luz de poder convertirme en uno de ellos.

Soy un puto niñato a su lado. Un crío que no sabe dónde dejar el culo quieto y que tiene ganas de salir corriendo constantemente.

Él, en cambio, es la personificación de la sensatez y la madurez. Alguien que sabe lo que quiere y que está a gusto con lo que ya tiene.

Su vida.

Su trabajo.

Su chica…

Esa misma que un día fue la mía…

CAPÍTULO 29

ESOS LABIOS SON MÍOS

Kelly

Yo estaba equivocada. Sí había algo más fuerte que sentir a Thiago borde conmigo para hacer que mi vaso rebosara hoy, es verlo besarse con Lisa.

Cuando Alan y yo hemos vuelto de cenar, cerca de la parte trasera del hotel, nos los hemos encontrado y les hemos pillado de lleno en mitad del beso.

Thiago se asombró al verme cuando se separaron, pero esta vez apartó rápido la mirada de mí. Yo, sin embargo, no puede hacer lo mismo.

Y me arrepiento.

Me arrepiento de no haber apartado la mirada cuando he reconocido su pelo rubio mientras besaba a Lisa, y de no haberlo hecho después de que nuestros ojos conectaran, porque recordar la forma en la que él ha mirado hacia otro lado como si nada me ha dolido más de lo que me gustaría admitir.

Está claro que con Alan aquí ya no le importo, que se acabó de verdad para los dos…

Pero, a pesar de ello, soy incapaz de olvidarlo.

Trato de borrar de mi mente el maldito beso y su mirada, pero no funciona. Se repite en bucle, de forma lenta, detallada, mortificante.

Para.

Para.

Para.

Cuanto más fuerte cierro los ojos, más nítida es la grabación mental que se repite en mi mente.

Los veo juntos, veo su forma de besarla, igual a la forma en que me besó a mí en el pasado miles de veces.

Esos labios son míos.

Ese beso era mío.

«No puedes, Kelly. No puede afectarte ver cómo se besa con otra chica. No puedes pensar en eso. Joder, ¡no puedes! Para de una vez».

Unas manos enormes me rodean la cintura de pronto y me sobresaltan.

—Dios mío, Kelly, vas a pillar una pulmonía, mi amor —Alan gira los mandos de la ducha para que el agua deje de salir congelada y empiece a salir más templada.

Suspiro de alivio cuando noto el agua caliente, porque, joder, me estaba quedando helada.

Alan me besa en el hombro y me da la vuelta para que quede frente a él. Me aparta el pelo de la cara y me mira fijamente.

—¿Estás bien, cielo?

Yo asiento y lo atraigo hacia mí; la ducha efecto lluvia le empapa la cabeza.

—Solo cansada —contesto—. Ha sido un día muy largo.

«Y este será de los más sencillos…».

Alan me da un beso en la frente.

—¿Quieres que te dé un masaje? —pregunta, pero, antes de que pueda responderle, él ha bajado sus manos a mis hombros.

Cierro los ojos y echo la cabeza para atrás mientras me muerdo el labio inferior y suspiro de alivio.

Alan me hace girar de nuevo para que le dé la espalda y poder hacerlo mejor. Me masajea los hombros, baja por la columna, me destensa la nuca. Sus manos son mágicas, lo juro.

—Empiezo a sospechar que te quieres casar con mis manos en vez de conmigo —bromea cuando se las beso en forma de agradecimiento tras unos cortos pero intensos minutos de masaje.

Me doy la vuelta y le abrazo la cintura antes de ponerme de puntillas para darle un beso ahora en los labios.

—Puede ser…, pero siempre y cuando tus manos vayan contigo, no tienes de qué preocuparte, ¿no crees?

Alan sonríe ligeramente mientras me observa. Si hay algo que siempre me ha gustado de él, es que me mira mucho. Que le gusta hacerlo.

—Te he echado de menos —me dice.

Yo trago saliva.

—Yo también…

«*Mentirosa*».

Alan me coge en brazos de pronto, haciendo que le rodee las caderas con las piernas, y pega mi espalda contra la piedra de la pared de la ducha.

Tras unos besos y algunas caricias bajo el agua, Alan se adentra en mí. Lleva a flor de piel lo mucho que me ha echado de menos, y yo lo recibo con la misma ansia, porque, joder, yo también necesitaba follar.

Le clavo las uñas en la nuca cuando él empieza a acariciarme el clítoris a la vez que me penetra. Nuestros jadeos se acompasan.

—No se te ha olvidado tomarte las pastillas, ¿verdad? —pregunta cerca de mis labios, para luego morderme ligeramente el inferior.

Yo niego.

—Puedes correrte dentro —le digo, y él no tarda en hacerlo.

Pero ninguno de los dos tiene pensado conformarse con este polvo rápido. Ahora que ambos nos hemos quitado el ansia, toca la sesión lenta, delicada y más larga.

Alan me deja en la cama y se pone encima de mí. Mete su cabeza en el hueco de mi cuello y hombro y comienza a besarme. Yo cierro los ojos y me centro en el roce de sus labios. En lo que mi cuerpo siente, y no en lo que mi mente dice.

Me muerdo el labio inferior cuando me abre las piernas una vez ha bajado sus besos a mis caderas, y hago un sonoro gemido cuando comienza a besarme y chuparme el coño. Le agarro del pelo

cuando la espalda se me arquea y los dedos de los pies se me encogen.

Joder.

Joder.

Joderrrr.

Necesitaba muchísimo esto.

Suelto su pelo y estrujo las sábanas con todas mis fuerzas.

—Dios, Thi…

Abro los ojos de golpe y me llevo una mano a la boca.

Miro a Alan, pero él no parece haberse dado cuenta de que casi gimo el nombre de mi exnovio, porque sigue muy concentrado en lo suyo.

Lo alejo de mí. Él me mira confundido, porque todavía no me he corrido. Me incorporo en la cama, me bajo y me arrodillo delante de él.

—Me toca…

Mientras se la chupo al menos podré mirarlo a los ojos, ser consciente de con quién estoy, y tendré la boca ocupada…

«Joder, Kelly, ibas a gemir su nombre mientras es otro hombre el que te está haciendo gemir. Esto ya es demasiado…».

Mierda, mierda, mierda.

No. No me pueden venir recuerdos de él haciéndomelo. No cuando tengo en la boca la polla de mi prometido.

Estoy a punto de pasar de tenerlos a los dos, a no tener a ninguno por no ser sincera con ellos. Estoy a punto de joderlo todo…

Aunque, en realidad, creo que ya lo he jodido.

CAPÍTULO 30

UN HURACÁN DE RECUERDOS

Kelly

Voy a quedarme dormida en la reunión.

Estoy en una de las cafeterías que se encuentra en la estación de esquí desayunado con la *wedding planner* y con mi madre.

A mí, para variar, no me entra ni el café. Es por esa misma razón por la que tengo a mi madre dándome golpecitos bajo la mesa mientras me señala con los ojos los platos de comida.

Yo paso de ella mientras me llevo la taza de café a los labios, y hago como que bebo y también que escucho lo que dicen las chicas que han estado ayudándonos a preparar la boda.

Total, qué más da que yo esté o deje de estar. Mi madre va a hacer lo que le dé la gana con mi boda…

—Haz el favor de ponerte las gafas de sol, Kelly. Pareces un muerto —me susurra mi madre, mientras se lleva su taza de infusión de menta a los labios para disimular sus palabras.

Como tengo de todo, menos ganas de discutir con ella, cojo mis gafas de sol de encima de la mesa y me las pongo.

La verdad es que me cuesta bastante seguir la conversación, porque estoy agotada. No he dormido casi nada, y creo que las razones son bastante claras.

Quedan tres días para la boda, pero pensar en ello no me emociona en absoluto. Ahora mismo, no siento nada.

Y para colmo, anoche casi gimo el nombre de mi exnovio estando con mi prometido.

Quiero… casarme con Alan, pero no… Joder, no siento que sea el momento y, mucho menos, el lugar.

Y el responsable de que no me lo parezca a pesar de los meses y meses de preparación está entrando a las pistas de esquiar con su chaqueta roja y negra, con sus esquís al hombro, y con diez niños de no más de siete años bajo su responsabilidad.

Thiago tiene nuevos alumnos. Joder. Han pasado tantas cosas en estos días, que hasta por un momento se me ha olvidado que yo fui una alumna más en su clase.

Gracias a que tengo las gafas de sol puestas, puedo mirarlo sin que nadie se dé cuenta, en vez de prestar atención a lo que debería…

Lo observo ayudar a los críos a ponerse los esquís, abrocharles correctamente las botas, caminar en la nieve e, incluso, ayudar a alguna que otra niña a recoger su pelo en trenzas.

Joder.

Qué ternura.

«¿Que ternura de qué, Kelly? Olvídate de Thiago ya».

Cállate.

Apago la voz de mi conciencia y sigo observándolo sin pensar en nada.

Lo miro mientras les explica a los niños las cosas más básicas sobre esquiar; esas que a mí y a mi grupo nos explicó hace poco más de una semana.

Suelto un suspiro lento y melancólico cuando, al iniciar la primera «bajada» (que es verdad que ahora me parece ridículamente plana), levanta del suelo con mucha paciencia y cuidado a los niños que se caen en el proceso.

Como padre sería…

«Dios bendito, calla».

¿Por qué a los chicos se les ve tan adorables tratando con niños?

Mira, lo tengo que decir: Thiago va a ser el padre que todas desearíamos para nuestros hijos…

Me aterra tanto la idea de que no lo sea para los míos…

—¿Qué miras?

Mierda.

No, no, no, no.

Aparto la vista de Thiago todo lo rápido que puedo y miro a mi madre.

—A nadie. A nada —me corrijo—. Estaba pensando —me invento, pero cuando miro a mi alrededor, me percato de que estamos solas. Que la *wedding planner* se ha ido, y que yo no me he dado ni cuenta. ¿Cuánto tiempo llevo embobada con Thiago?

—¿De qué me suena ese chico?

A pesar de que el corazón se me oprime en el pecho y tengo unas ganas tremendas de gritarle a la cara que cómo narices no sabe reconocer al amor de la vida de su hija, simplemente me encojo de hombros.

—Ni idea, mamá, yo no lo conozco de nada —contesto con un nudo en la garganta. Si mi madre se entera de que Thiago está aquí, podría desatar la verdadera tercera guerra mundial. Y, lo siento, pero no estoy por la labor de presenciarla y mucho menos de participar en ella.

Tras unos largos segundos en los que se le queda mirando, gira la cabeza, agarra su bolso, y se levanta de la mesa.

—Venga, vamos, te he pedido cita en una peluquería de por aquí cerca. Como no te arreglen el pelo de aquí al sábado las estilistas me matan. Todavía nos arriesgamos a que no quieran ponerte en su catálogo de novias mensual. Ah, y avisa a tus amigas. Me niego a que te estropeen la boda con esas pintas que llevan. Necesitan tanto como tú un baño en formol. ¿De verdad que no había unas damas de honor menos… ridículas, Kelly?

Me suelto de un tirón y la miro enfadada.

—Conmigo métete todo lo que quieras, mamá, pero con mis amigas no.

Ella suelta una carcajada irónica.

—Eres patética, hija.

—Vale ya, ¿no? Estoy harta de cómo me hablas. Que seas mi madre no te da el derecho a hacerme tanto daño.

Ella frunce el ceño.

—¿Daño, Kelly? ¡Te estoy dando una vida llena de privilegios! ¿En serio después de tanto tiempo sigues siendo tan desagradecida?

—¿Desagradecida? ¡Has jugado conmigo a tu antojo durante estos últimos seis años! Me has manipulado y me has pegado. ¿En serio piensas que soy una desagradecida por no saber valorar tus maltratos, mamá? ¡Yo no quería irme de Galicia, pero lo hice por ti! ¡Yo…!

Un fuerte golpe en mi mejilla me corta las palabras en un segundo.

Pongo la mano en el lugar donde me ha golpeado y giro la cabeza para mirarla a la cara con los ojos humedecidos.

—¿Por qué me pegas…? —pregunto en un susurro. Me quema la garganta.

Ella me fulmina con su venenosa mirada azul. No le duele verme a punto de llorar. Le encanta verme pequeña, sufriendo, manipulable…

—Porque me agota escucharte decir el mismo monólogo de siempre. Eres repetitiva, cansina, aburrida… Me sorprende que Alan aún no se haya cansado de ti. Eres el dolor de cabeza personificado. ¡Aprende de una puta vez a cerrar la maldita boca, Kelly, o tu marido te enseñará a base de golpes!

La miro con el corazón acelerado, porque no me creo que haya dicho que me merezco una paliza por parte de Alan por simplemente ser alguien capaz de tener decisión o ser capaz de quejarse por lo que no me parece justo.

¿Esa es la vida que quiere para su hija? ¿Una en la que deba andar de puntillas para no acabar con la paciencia a Alan, en la que tema lo que puede pasar si lo hago? ¿De verdad ella espera que Alan sea así conmigo? ¿*Quiere* que sea así conmigo?

Siento ganas de vomitar.

Necesito frenar esto.

Necesito escapar de esta vida.

Necesito poder decir que no.

A ella.

Sus palabras me dejan tan en trance que ni siquiera percibo cómo me arrastra hasta la peluquería. Solo vuelvo a ser consciente de todo cuando nos bajamos del taxi de vuelta en el hotel.

—Cámbiate de ropa. Alan te está esperando en el salón de ceremonias para ensayar el baile de nupcial. Yo voy a buscar a tus amigas para que se vayan a arreglar el pelo.

Ella desaparece de mi lado y yo, como si tuviera el piloto automático puesto, hago lo que me ha pedido. Subo a mi habitación, me cambio los zapatos a unos parecidos a los que llevaré después de la ceremonia, y bajo al salón donde me está esperando Alan. Solo cuando me dedica una de sus sonrisas, empiezo a ser algo más consciente de que puedo manejar mi propia vida.

Se acerca a mí, me coge la cara entre sus manos, y me mira con preocupación.

—¿Estás bien, cariño?

Cierro los ojos y asiento, aunque sea mentira. Hoy ya no me quedan fuerzas para quejarme de nada…, y solo es la una de la tarde.

—Sí, solo cansada.

—Cielo, le voy a pedir a tu médico de cabecera que te mande una analítica. No es normal que estés tan cansada.

Me quito sus manos de la cara.

—Estoy bien, Alan. Cuando pase todo el jaleo de la boda y estemos de luna de miel, ya verás cómo estoy perfectamente.

Él frunce el ceño y a continuación me hace una pregunta que me ata un nudo en la garganta.

—Kelly…, ¿tú quieres casarte?

Lo miro impactada

Trago saliva.

Me quedo muda por un instante.

¿Por qué me hace esa pregunta? ¿Por mí o por él?

—S-ss-í, Alan. Claro que sí. ¿A qué viene esa pregunta?

Lleva una de sus manos a mi cintura y me la acaricia con delicadeza. Esa es una de sus formas de demostrarme que no quiere discutir, solo hablar.

—Porque te noto muy rara, Kelly.

—¿En qué sentido?

Él niega con la cabeza.

—No lo sé, cielo, pero… estás distinta. Desde que viniste aquí con Sienna y Molly siento que la boda no te hace ilusión. —Me esconde un mechón de pelo detrás de la oreja y me levanta el mentón—. Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? Si por lo que sea no sientes que sea el momento de casarnos, lo aplazamos. Somos muy jóvenes, tenemos mucho tiempo, cielo.

Paso saliva.

No debería haberme sorprendido de que notase mi incomodidad. A pesar de todo, llevamos más de cinco años juntos. Son suficientes como para saber que al otro le pasa algo.

Pero de ahí a que se haya dado cuenta de que la boda no…

Joder, lo estoy haciendo todo mal.

¿Qué hago ahora que empieza a sospechar que algo pasa? ¿Debo confesarle todo lo que ha pasado en este tiempo? ¿Que lo que realmente siento no es que no sea el momento de casarnos, sino que quizás él no es la persona con la que deseo hacerlo?

Dios mío, voy a vomitar.

—Alan, yo…

Confiésaselo, Kelly.

Dile todo.

Dile que te separaron del amor de tu vida, que seis años más tarde te has vuelto a reencontrar con él y que la idea de dejarle marchar de nuevo te aterra mucho más que la idea de casarte con una persona a la que quieres, pero no amas.

—Dime, cielo. Lo voy a entender.

«Díselo, joder».

No puedo…

¿Cómo voy a poder hacerlo? ¿Cómo, cuando me está diciendo que sería capaz de aplazar la boda por lo que sea?

Él no contempla la opción de que esté enamorada de otra persona. Él solo contempla la opción de que algo en mí no está bien.

No puedo hacerle esto cuando llevo todos estos años demostrando que le quiero con locura. Y ahora lo hago, lo sigo haciendo…

Si no hubiera coincidido con Thiago me habría casado con él sin pensármelo, aunque muy en el fondo él siguiera en mi corazón. No puedo cambiar los planes de nuestras vidas por una simple… *coincidencia*.

Claro que no puedo.

No puedo romperle el corazón así.

Quizás la vida es injusta conmigo y punto.

—No podemos aplazar la boda. No podemos y no quiero. Quiero casarme contigo aquí, Alan —le contesto, y acto seguido callo sus réplicas con un beso.

A Thousand Years de Christina Perri inunda el salón. Y mientras comenzamos a bailar, mientras tengo a Alan frente a mí, mi mente reproduce una película a cámara rápida de todos mis recuerdos con otra persona.

Nos veo de niños el día que nos conocimos y nos veo de mayores cuando nos dijimos aquel «adiós» que destrozó todo y, a la vez, nos trajo hasta aquí.

Nos veo jugando, riendo, llorando, discutiendo, abrazándonos, besándonos…

Nos veo pasando página para seguir escribiendo nuestra historia, pero también nos veo cerrando nuestro libro para siempre.

¿Estoy dejando morir la posibilidad de recuperar lo que estos seis años he deseado recuperar? ¿Por eso todos estos recuerdos? ¿Por eso tengo tantas ganas de llorar? ¿Le estoy diciendo adiós para siempre a Thiago?

Yo no puedo decirle adiós para siempre.

No otra vez.

No de nuevo…

Se me acaba el tiempo para decidir con quién quiero irme de aquí.

¿O ya se me ha acabado?

CAPÍTULO 31

NI CONTIGO NI SIN TI

Thiago

«*No podemos aplazar la boda. No podemos y no quiero. Quiero casarme contigo aquí, Alan.*»

Escuchar eso de la boca de Kelly me ha matado.

Ver cómo lo besa y cómo prepara con él el baile de bodas me ha enterrado.

La he perdido completamente. Aunque, bueno, nunca ha vuelto a ser *mía*… No sé hasta qué punto la palabra «perder» define lo que siento ahora mismo dentro.

Todo está en la mierda.

Absolutamente todo.

Probablemente Taylor deje el equipo, y Elsa y Oliver van a su rollo.

Lisa me odia por un día besarla y al otro ni mirarla.

Y Kelly…

Pues bueno, está a punto de hacer con otro hombre lo que siempre prometió hacer conmigo.

Mis ganas de pirarme muy muy lejos de este lugar me invaden a cada segundo que pasa.

De nuevo nada vuelve a tener sentido.

De nuevo, un lugar vuelve a pertenecerle, cada rincón me recuerda a ella. Ha vuelto a arrasar con todo. Con mi corazón, con mi hogar, con mis esperanzas…

Joder, la odio.

La odio porque se adueña de todo en un segundo.

La odio porque es imposible desear tenerla lejos.

Voy de camino a los ascensores para bajar a pillarme algo de cena y comérmelo en la habitación para no tener que interactuar con nadie y para que nadie me vea hecho una auténtica mierda, pero al final del pasillo aparece alguien que se acaba de bajar de uno de ellos. Para una puta vez que no quiero coincidir…

Ambos nos miramos desde la distancia y luego desviamos la mirada a otro punto del pasillo.

Ninguno de los dos tiene pensado cambiar el rumbo a su destino.

A mí he de reconocer que las ganas me invaden. No puedo verla porque, hacerlo, es recordarla besándolo a él.

Kelly levanta el mentón y apresura el paso.

Yo hago lo mismo.

Pasamos una al lado del otro sin mirarnos a la cara, y a mí eso me pone de mala leche.

¿Qué cojones le he hecho yo a ella?

Paro en seco y me doy la vuelta. Cuando me la encuentro de cara, entiendo que nos hemos girado al mismo tiempo.

—¿Y a ti qué narices te pasa? —nos preguntamos a la vez.

Los dos nos señalamos con el dedo índice.

—¿A mí? ¿Qué te pasa a ti? —volvemos a decir a la vez.

—A mí nada —se apresura a contestar ella.

—A mí tampoco —contesto yo.

Ambos nos miramos de arriba abajo y luego chistamos con ironía. Nos volvemos a dar la vuelta dispuestos a continuar con nuestro camino, pero volvemos a detenernos cuando tan solo damos dos pasos.

Nos giramos a la vez para mirarnos de nuevo.

Kelly se cruza de brazos y es la primera en hablar.

—¿Se puede saber qué narices te he hecho para que de pronto no quieras ni mirarme a la cara? —me pregunta.

—Tan solo estoy intentando no interferir en tus planes, ya que veo que los tienes muy claros.

—Thiago, yo nunca he dicho que no fuera a…

—¿Entonces por qué me has mandado un puto mensaje diciéndome que vaya al salón de ceremonias porque querías hablar conmigo, cuando en realidad estabas ahí con él? Es muy mezquino jugar así con mis senti…

—¿Qué? —me interrumpe ella—. Yo… Yo no te he enviado nada, Thiago.

—¿Cómo que no?

Saco mi móvil del bolsillo del pantalón y le enseño el mensaje, que ella lee con el ceño fruncido. Luego niega con la cabeza.

—Aunque vaya firmado con mi nombre, yo no he enviado eso. Ese no es mi número de teléfono.

—¿Y quién narices me ha enviado este mensaje? ¿Y por qué se hace pasar por ti?

Kell se encoge de hombros.

—Pues no lo sé, pero yo no he sido, te lo juro.

Me guardo de nuevo el móvil mientras pienso en quién narices ha podido ser, y solo salgo de mis pensamientos cuando Kelly pasa por mi lado para marcharse. Agarro su muñeca y la freno.

Juro que esta es la última vez que lo intento.

Si quiere que me marche, lo haré.

Si quiere que me quede…, lo haré toda mi vida.

Le aparto el pelo de la cara y luego se la acuno entre mis manos. Le paso los pulgares por los pómulos y hago que clave su mirada azul en la mía.

—Dímelo, Kell.

—¿Qué…?

—Que me tengo que olvidar de ti para siempre. Que se acabó. Que no debo seguir ilusionándome.

—Yo no soy nadie para manejar tus sentimientos hacia mí, Thiago. Haz lo que consideres, pero no me pidas…

—Es que no lo entiendo… —contesto, agotado—. ¿Por qué? ¿Por qué me toca a mí ser tu «ni contigo ni sin ti»? Joder, Kell, es que no me vale que me digas que me quieres cuando luego no haces nada

para demostrarlo. Una vez me prometí que si te volvía a ver no te dejaría marchar de nuevo, pero ya te dije adiós una vez…, puedo hacerlo dos si tú me lo pides. Pero tienes que pedírmelo, tienes que ser justa conmigo.

»Convénceme de que no tengo que desvivirme hasta el último segundo por volver a tenerte a mi lado. Porque lo haría. Aunque solo existiera una mínima posibilidad, me desviviría por ti, Kell. Lo haría sin pensármelo. Porque te quiero. Porque no puedo…

—Joder, cállate ya —dice para interrumpirme, y luego me agarra de la camiseta y tira de mí.

Cuando me quiero dar cuenta…, Kelly me está besando.

Me pilla tan desprevenido que me quedo estático como un idiota. Se separa de mí en cuanto se da cuenta de que no le estoy devolviendo el beso. Me mira unos segundos, pero, como no reacciono, me da un golpe en el pecho.

—Que te jodan, Thiago —dice, y se separa de mí.

Y entonces salgo de mi estupor, la agarro de la cintura y la vuelvo a colocar contra la pared.

—Mírame.

—Puede vernos alguien —dice mientras trata de mirar a ambos lados, pero le sujeto la cara para que solo me vea a mí.

—No sabes cuánto me la suda —contesto en español, y los ojos de Kelly se abren ligeramente por la sorpresa.

—Ya…, vale… Me empiezo a cansar, Thiago… —dice también en español, siguiéndome el juego, cuando me quedo mirándola sin hacer nada.

—¿De qué?

—De esperar.

—¿El qué?

—El beso que tus ojos gritan que me quieres devolver.

Sonrío con ironía. Creo que mis ojos dicen algo mucho menos inocente.

—Más bien es el beso que llevo años esperando poderte dar.

A Kelly se le acelera el pulso y entreabre los labios para regular la respiración agitada. Entonces, cuando me mira con esos ojos azules brillantes y enormes con los que llevo seis años soñando, cumplo el deseo más agridulce de mi vida. Porque no sé qué me depara besar a Kelly en este instante, pero me da igual, y no pienso parar.

Llevo ambas manos a su cara para profundizar el beso. Kelly las lleva a mi nuca y tira de mi cuello para que me pegue más a ella.

Dios mío, cómo la he echado de menos…

Sus labios siguen igual de dulces, suaves y adictivos. Saben a Kell. Saben a paz. Saben a todo lo bonito que tiene este puto mundo.

Su lengua se enreda con la mía y sus manos tiran de mi pelo. Le rodeo la cintura y, cuando tenemos que separarnos para respirar, la levanto del suelo y empujo la puerta de emergencia que tenemos al lado para seguir con esto en un lugar más privado. Creo que he oído a un par de huéspedes silbar al pasar por nuestro lado.

—Besas diferente —me dice tras otro beso intenso y largo. La tengo en brazos, contra la pared. Sus piernas están alrededor de mis caderas y los dedos de su mano están jugando con mi pelo.

Este debe ser un puto sueño.

—¿Mejor? —pregunto mientras rozo nuestros labios. Tengo la respiración agitada. Quiero seguir besándola.

Kell está dispuesta a darme una repuesta, cuando el timbre de su móvil rompe nuestra burbuja. Por mucho que trate de ocultar el nombre que aparece en la pantalla, lo veo a la perfección: Alan.

Su prometido.

Mierda…

Ahora no, joder…

Tras dejarla en el suelo, se queda mirando la pantalla durante unos segundos, hasta que la llamada se corta. Luego levanta la mirada hacia mí y comienza a balbucear en busca de alguna palabra. Adivino qué va a decir antes de que lo haga…

Aunque nos hayamos besado, nada ha cambiado todavía…

—Lo siento, Thiago, tengo que irme… Tengo que cenar con mi… familia.

Yo doy un paso atrás y le dejo espacio para que se marche, pero la retengo un instante por el brazo.

—Ven a mi habitación después —le pido, y saco de mi bolsillo una de mis llaves de la octava planta.

Niega con la cabeza con la mirada clavada en la tarjeta.

—Thiago…

—Tú cógela. Por si acaso.

Lo hace.

—No voy a poder ir.

—Hoy quizás no, pero a lo mejor otro día…

Kelly resopla mientras se guarda la tarjeta.

—Siento que esto tenga que ser tan difícil —murmura con la voz quebrada y los ojos brillantes.

—¿Te arrepientes? —me atrevo a preguntar.

Me mira durante un par de segundos y luego niega con la cabeza.

—De lo único de lo que me arrepiento es de no haber sido valiente hace unos años…

—¿Se lo vas a contar?

—… y de tampoco serlo ahora —esa respuesta lo dice todo.

—Kell…

—No sé qué va a pasar de aquí a tres días, Thiago, pero espero que para entonces no te haya roto el corazón más de lo que creo que ya lo he hecho.

—¿Me estás diciendo que sigue existiendo la oportunidad de que tú y yo…?

—Por mucho que quisiera, esa posibilidad nunca desaparecerá. No contigo aquí… —Se frota la cara, cansada—. Se me agota el tiempo para aprender a ser valiente, pero te prometo que lo voy a intentar.

Asiento y le suelto el brazo para que se marche. Ella abre la puerta de emergencias y antes de salir, se gira para decirme:

—Por un momento, sentía que el tiempo se había parado.

Y se marcha.

CAPÍTULO 32

UN PUTO CUENTO DE HADAS

Kelly

Ahora que los padres de Alan también están aquí, he tenido que volver a probarme el vestido, ya que mi suegra se moría de ganas de verlo (y de darle el visto bueno) antes del gran día. Teniendo en cuenta que me lo ha regalado ella, no me ha quedado otra opción que hacerlo, a pesar de que tuviera de todo menos ganas de que mi madre vuelva a juzgar lo «espantosa» que estoy con él puesto.

Soy incapaz de quitarle los ojos de encima mientras mi suegra le comenta todo lo que ve bien o mal del vestido a la costurera. Mi madre parece enfadada, así que, en cuanto termina la prueba del vestido, salgo por patas, pero por desgracia me alcanza en el vestíbulo y me coge por el brazo.

—Quieta aquí —me ordena cuando trato de soltarme. Por encima de su cabeza puedo ver que Nelson, mi padrastro, viene de camino hacia nosotras, y que tiene la misma cara que mi madre.

Luego miro por encima del hombro: la recepción del hotel está bastante concurrida. No se atreverá a montar un numerito con tanta gente, ¿no?

—¿Cuándo pensabas contármelo, Kelly? ¿Te creías que no me iba a enterar nunca?

—¿De qué estás hablando, mamá?

—De que Thiago está aquí.

Se me congela la sangre en las venas.

Sus ojos me miran con enfado, pero también con… miedo. Ella sabe a la perfección que la presencia de Thiago podría amenazar (y de hecho ya lo hace) toda la vida que ha programado para mí. Y no va a permitir que eso ocurra.

—No sé de qué me hablas.

Suelto un quejido de dolor cuando me clava las uñas en el brazo.

—Déjate de tonterías, Kelly, y ojito con lo que haces.

No sé qué me da fuerzas en ese momento, quizás el odio que siento hacia ella, pero me atrevo a decir:

—¿Con lo que hago… o con lo que quizás ya he hecho, mamá?

Sus ojos se abren como platos. No me da ninguna pena verla casi ahogada por lo que acabo de sugerir. Y mucho menos cuando me cruza la cara.

La conozco. Me esperaba el golpe. Pero algo en mí ha cambiado; no sé por qué ni cuando, pero, por primera vez, no me quedo de brazos cruzados. No voy a permitir que me vuelva a humillar, chantajear, ni manipular. Me da igual que sea mi madre.

Porque en realidad no lo es. Ya no. Lo único que tiene de «madre» es que me trajo al mundo, pero nada más. No me trata como debería tratarme una madre. Por eso y por primera vez desde que comenzó a aprovecharse de mi corazón roto, le devuelvo el golpe.

Porque ya no puedo más.

Porque me he cansado de los suyos.

Porque yo también tengo derecho a estar harta de ella.

Y porque no pienso volver a sufrir por su culpa.

Lo que no esperaba era que Nelson me lo devolviera a mí.

Mis ganas de seguir defendiéndome no desaparecen; estoy dispuesta a pegarle también a él, pero en el segundo que tardo en recomponerme alguien se me adelanta.

Me llevo una mano a la boca cuando veo el puñetazo que se lleva el marido de mi madre. ¿Eso que he oído era un hueso partiéndose?

Cuando veo quién se lo ha pegado, sé que la bomba que llevaba en una cuenta atrás durante casi dos semanas acaba de estallar.

Agarro a Thiago por la chaqueta y trato de alejarle de mi padrastro, pero entonces choco con alguien que acaba de llegar.

Alan.

—¿Qué ha pasado, Kelly?

No le contesto, porque la voz de Thiago se lleva toda mi atención.

—Espero que se te hayan quitado las ganas de volver a tocarle un puto pelo, gilipollas —brama Thiago, por encima de los gruñidos de dolor del marido de mi madre.

Mi madre, antes de socorrer a Nelson, trata de acercarse a Thiago, pero me pongo entre ellos.

Le niego con la cabeza rotundamente, y ella, al ver que no voy a permitir que le haga o diga nada, da media vuelta para ayudar a su marido tras matarnos a ambos con la mirada.

Alan está a un lado completamente confundido. Me mira tratando de encontrar respuestas. Tratando de entender por qué Thiago ha pegado a mi padrastro para defenderme, y por qué yo le estoy protegiendo ahora. Para él sigue siendo tan solo mi exmonitor de esquí…

Joder. Las cosas se están complicando demasiado.

—Thiago… —digo, y con ello intento que entienda que necesito que se marche. Que me deje con Alan a solas.

Thiago me mira aún con la adrenalina en los ojos, y luego mira a Alan.

Gracias a Dios entiende lo que le quiero decir, y, a pesar de que le duela en el alma marcharse, lo hace.

Elsa y Oliver están mirando en nuestra dirección completamente impactados por lo que acaba de pasar.

Lisa, por otro lado, me mira con cara de asco mientras niega con la cabeza.

Dios mío, todo el mundo ha visto lo que acaba de pasar.

Eso me hace querer salir corriendo, pero antes de que pueda hacerlo me agarran del brazo.

Por un momento pienso que es Alan, pero lo que rodea mi antebrazo son unos dedos fríos que le pertenecen a mi madre.

Clava su mirada azul en la mía y habla directa y seria.

—Dile…, que más le vale tener cuidado. Ya le saqué de tu vida una vez, puedo volver a hacerlo, y esta vez te juro que para siempre, Kelly.

—¿Me estás amenazando, mamá?

—Sí. Así que más te vale usar el cerebro por una vez en tu vida.

Me suelto de un tirón y la enfrento.

Alan me pone una mano en la cintura y trata de calmarme, porque sabe que me está hirviendo la sangre. Se la aparto lejos de mí.

—¿Y sabes qué es lo que te digo yo a ti? Que como tengas el valor de hacerle algo, lo voy a contar todo. Absolutamente todo. Ahora, dime… ¿Quién de las dos crees que debería tener más miedo, mamá? Puedo destruir tu puto cuento de hadas en tan solo un segundo. Así que…, más te vale a ti también usar el cerebro por una vez en tu vida, porque como me dé la gana abrir la boca para contar la mierda de madre que has sido…, te vas a enterar. Tu maldita marioneta sigue con vida, pero hoy le has dado las razones suficientes como para cortarse las cuerdas. Espero que eso te asuste tanto como a mí me asusta vivir la vida que tienes programada para mí.

Tras decir eso, me doy media vuelta y subo a paso rápido hasta la habitación de Sienna y Molly. Necesito su consuelo, su apoyo; que me digan que todavía estoy a tiempo. A tiempo de ser sincera conmigo misma, sincera con Alan, sincera con mi «sí, quiero». Porque solo se lo puedo decir a un hombre, y no es el que me puso un anillo de pedida en la mano.



En la mesa reina el silencio.

Reservamos esta cena para celebrar nuestras últimas horas siendo solo novios, y que en menos de dos días seríamos marido y mujer. Es un restaurante muy elegante, de esos en los que tienes

que hipotecar tu casa a cambio de cenar una mota de tomate triturado junto a una pizca de oro rayado y hay que vestir de etiqueta, que es lo que realmente me gusta. Alan lleva su rólex plateado de casi cincuenta mil euros asomando por la manga izquierda de su traje azul marino; su corbata bicolor combina con él y con el azul oscuro de mi vestido, que va de perlas con mis ojos. Pendientes largos plateados, como la finísima gargantilla que llevo en el cuello, y que me ha regalado Alan justo antes de salir del hotel.

Es una pena que todo el esplendor que nos envuelve sea solo material, y no un reflejo de cómo nos sentimos por estar juntos. Creo que no hemos cruzado más de tres palabras en toda la cena, y estamos a punto de pedir el postre.

Por eso, cuando nos retiran los platos de la mesa, y sin poder aparentar que ambos estamos concentrados en degustar la comida, decido empezar la conversación que debemos tener.

—Alan, sé que tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado conmigo, pero…

—No estoy enfadado contigo, Kelly.

¿No?

—¿Y por qué no has dicho nada en toda la cena?

Él llena sus pulmones de aire y se pasa la mano por su barba bien recortada y cuidada.

—Porque esperaba que fueras tú la que dijera algo. No he querido presionarte.

Aparto la mirada, avergonzada.

Juego con mis manos bajo la mesa y me muerdo el labio inferior, pintado de rojo. Alan lleva su mano a mi barbilla y no solo me levanta el mentón para que lo mire, sino que me hace liberar mi labio cuando siente que lo estoy mordiendo con mucha fuerza. Luego trata de acariciarme la mejilla golpeada por mi madre y su marido, pero le sujeto la mano y se la separo de mi cara. Dejo la suya junto a la mía encima de la mesa y entrelazo nuestros dedos.

—Puedes exigirme una explicación.

Él frota su pulgar en el dorso de mi mano.

—Tan solo me gustaría saber qué es lo que has querido decirle a tu madre, Kelly. ¿Qué es todo eso que te ha hecho?

—Te dije que mi madre no era una buena persona, Alan. Nunca lo ha sido.

Él acerca un poco más su cara a la mía para hablarme más de cerca y bajar el tono de voz a uno más dulce, sincero y relajado.

—Quiero entenderte, cielo. Me gustaría que me lo contaras todo.

¿Estoy a punto de contarle a Alan la verdad sobre todo? El corazón se me acelera solo de pensarlo.

Ya está bien de mentiras. De ocultar mis sentimientos y de fingir que no estoy destrozada por dentro.

Inspiro y exhalo lentamente antes de empezar a hablar.

—Hace seis años mi vida era muy diferente. Aunque nací hace veinticuatro años, mi vida empezó hace dieciséis, cuando llegué al que fue mi hogar durante diez años: Ribadeo. —Me arden los ojos y mi barbilla tiembla al nombrar en voz alta el lugar donde más feliz he sido—. Ahí conocí a… mi mejor amigo, que después fue mi novio. Crecimos juntos. Nos queríamos como…, joder, como si fuéramos los últimos seres vivos de la Tierra. Era algo que nunca pensé que podría experimentar. Un amor tan fuerte, Alan, que por ñoño que suene podría luchar contra cualquier cosa. —Hago una pequeña pausa—. Menos con terceras personas, claro.

—¿Quiénes fueros esas terceras personas?

—Mi madre. Mi madre y Nelson. De la nada empaquetaron mi vida en cajas y me obligaron a dejar atrás todo lo que había construido en Galicia. Todo lo que tenía. Mis amigos, mi vida, mi pareja…

—¿Por qué?

—Mis padres huyeron de Estados Unidos porque estaban endeudados hasta el culo. Mi padrastro… pudo solucionarlo mientras vivía, pero, tras morir, mi madre volvió a endeudarse. Contactó con Nelson. Le conocía desde antes de que nos mudáramos a Galicia. Tuvieron una aventura. Le prometió a mi madre la ayuda que

necesitaba si se mudaba a Londres con él. Yo le dije que no me hacía gracia tener que irme de nuestro hogar por un hombre que apenas conocía. Nada nos aseguraba que Nelson fuera realmente a ayudarnos. En dos días, podía darnos la espalda…

—¿Por qué terminaste yéndote? Ya eras mayor de edad, ¿no?

Aprieto los dientes y niego con la cabeza.

Me da tanta rabia decir que lo hice porque no era capaz de dejarla sola…

—Porque era mi madre… No tuve el valor suficiente para dejarla sola, a pesar de todo… Si lo de Nelson no salía bien y ella se quedaba sola…

«Tienes que venir conmigo. No puedes dejarme sola ahora… Te necesito…».

—Eso es entendible, cielo…

—Sí, pero no que empezara a jugar con mi vida a su antojo una vez llegamos. Me obligó a olvidarme de todo lo que había dejado en España porque en Londres tendría una vida de privilegios. Me dijo que era idiota anclándome al pasado. Anclándome a mi vida, a mis amigos, a mi novio…

De pronto, Alan frunce el ceño.

—Al poco tiempo de llegar, nos conocimos—dice algo confundido. Yo vuelvo a asentir—. ¿Seguías echando de menos tu vida en España por aquel entonces?

Estoy a punto de decirle toda la verdad, cuando un camarero nos interrumpe para tomarnos nota del postre y, en cuanto se marcha, el teléfono de Alan vibra sobre la mesa.

Le digo que conteste.

Alan coge su móvil y mira los mensajes con el ceño fruncido. Su cuerpo se va tensando conforme avanza.

—¿Qué ocurre, Alan? —trato de mirar su pantalla, pero apaga su móvil rápidamente y se lo guarda en el bolsillo del traje—. ¿Quién es?

—No… —Parece completamente ido. Sacude la cabeza, como buscando aclararse—. No, no es nada, tranquila. Una cosa del

trabajo. Sigue contándome.

Lo miro con duda.

—¿Seguro que no es nada?

—Seguro. —Trata de sonreír—. ¿Qué pasó, Kelly?

—¿Con qué?

—Con tu anterior vida. ¿La seguías echando de menos? —vuelve a preguntar.

Trago con fuerza antes de contestar.

—Mucho. Y a día de hoy, sigo echándola de menos…

CAPÍTULO 33

QUERER Y/O AMAR

Kelly

Hoy he vuelto a esquiar. Pero no ha sido tan emocionante como lo recordaba. Supongo que no hace falta explicar por qué…

Solo ha sido un rato, porque, aunque tenga la pierna mejor, no me he atrevido a forzarla demasiado. Alan, por otro lado, se ha tirado toda la mañana en las pistas. Está de los nervios. Necesitaba soltar tensiones por lo que tenemos por delante en menos de veinticuatro horas.

Menos de veinticuatro horas…

¿En qué momento ha llegado el día previo a la boda?

¿En qué momento los días se han pasado tan rápido?

¿En qué momento mi tiempo con Thiago ha vuelto a prácticamente acabarse?

No pienso hablar de mis sentimientos. No, porque son desesperantes y confusos. No, porque voy a volverme loca de verdad.

Literalmente llevo toda la semana pensando negro y diciendo blanco, y ya no puedo más con tanto ajetreo en mi cabeza.

He decidido no pensar, solo actuar.

Ahora mismo me encuentro con Alan merendando en una de las cafeterías que está a pie de pista en la estación.

Aunque trate de disimularlo, lo noto algo raro. Lleva así desde aquel mensaje que supuestamente no era nada. De hecho,
después de mi última respuesta anoche, casi no volvimos a hablar

de nuevo. Me quedé con mucho que contarle, por supuesto, pero lo notaba tan desconcertado que no sentí que fuera el momento ideal…

Aunque, si tengo que ser sincera, por alguna razón no me he atrevido a preguntarle al respecto de nuevo.

Ahora mismo está mirando la montaña completamente pensativo y con sus gafas de sol Ray-Ban puestas, y yo lo estoy mirando a él tratando de descubrir de quién o qué era ese mensaje.

Lleva todo el día con el móvil guardado en el bolsillo o fuera de mi alcance. Cada vez que le llega un mensaje lo justifica con que son «cosas del trabajo», y sigue con su vida.

¿Y si ha llegado a sus oídos que…, joder, me he besado con Thiago?

Me he besado con Thiago…

Le he sido infiel a Alan…

Mierda.

¿Qué cojones he hecho? ¿Y por qué de lo que me arrepiento no es de que ocurriera, sino de no haberlo hecho mucho antes…?

No pienso justificarme de ninguna forma.

Lo que he hecho no me exculpa de mis sentimientos. No quiero que se me excuse, porque lo que he hecho solo tiene un nombre y es «maldad».

Si tuviera que ser sincera, mi infidelidad hacia Alan no ocurrió cuando me besé con Thiago. Mi infidelidad hacia él comenzó… cuando volví a ver a la persona que por un tiempo llegué a pensar que estaba empezando a superar, pero que solo necesitó un par de segundos a mi lado para recordarme lo mucho que lo había echado de menos, lo mucho que lo quiero y lo poco superado que lo tengo.

A veces se es mucho más infiel de pensamientos que de acciones…, y como esos no se pueden demostrar…, ¿de qué me tengo que culpar realmente? ¿Solo del beso? ¿O también de todas las veces que en esta semana he tenido ganas de mandar a la mierda todo lo que tengo previsto, para irme a ser feliz con el chico que nunca podré encontrar en otros lugares o personas?

Lo que sentí cuando nos besamos…

Llevaba años sin sentir tanto. Sin que me temblaran las piernas de esa forma. Sin que sintiera que el corazón me iba a atravesar el pecho por la adrenalina, pero también por la cantidad de sentimientos guardados y revividos…

De verdad que no miento cuando digo que quiero a Alan con todo mi corazón y que ha sido la persona más… humana, tierna y comprensiva que he conocido en estos últimos años, pero…, quizás, estas dos semanas me han servido para aprender a darme cuenta de tres cosas…

Que querer no es lo mismo que amar.

Que yo no amo a Alan, que yo lo… quiero.

Y, quizás, por esa misma razón, debería serle sincera de una vez.

Porque no sé qué es lo que le habrá llegado al móvil para de pronto comportarse así conmigo, pero si hay alguien que debe contarle la verdad sobre lo que ha pasado estas dos semanas y sobre lo que de verdad siento, esa soy yo.

Cojo aire y pongo mi mano vestida con un guante rosa encima de la suya sobre la mesa de madera en la que nos encontramos.

Aquello llama su atención y deja de mirar la montaña para mirarme a mí. Se levanta las gafas y se las deja sobre el pelo para observarme con atención, porque ha debido sentir que mi forma de agarrarlo de la mano no era un simple gesto apreciativo, sino que tengo algo que decirle.

—Alan…

Veo en su cara una mueca que me indica que desea que le sea sincera, pero también que *por favor* no lo sea.

—Yo… —empiezo diciendo con un nudo en la garganta…, cuando algo a mi izquierda me llama la atención.

Frunzo el ceño al ver a Elsa y a Oliver correr a toda velocidad hacia algún lugar de la estación. Parecen muy preocupados.

No sabría explicar realmente por qué, pero el corazón se me acelera de repente.

Y puede que sea solo puro instinto, pero algo me hace levantarme de mi asiento y salir corriendo detrás de ellos… sin tener

ninguna razón.

Me quedo helada cuando, a lo lejos, cerca de la entrada del hotel, veo una ambulancia aparcada y a un montón de gente a su alrededor.

A pesar del dolor en mi pierna, corro aún más rápido y me adentro entre la multitud.

Mis ojos se abren como platos cuando veo a Thiago en una silla de ruedas con la cara medio ensangrentada mientras un médico lo atiende.

—¡Thiago! —chillo alarmada, y trato de acercarme a él, pero uno de los de la ambulancia me lo impide.

Me dice a mí y al resto de gente que dejen espacio y que se marchen.

Yo no lo hago, sino que insisto para que me dejen acercarme a él. Solo me dan paso cuando terminan de atenderlo. Bueno, a mí, y a Elsa, Oliver y Taylor, que ha llegado más tarde.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto nada más acercarme.

Él frunce el ceño, parece bastante confuso. A pesar de ello, puedo notar que una parte de él se alegra de que esté aquí…

—No me acuerdo mucho… Tan solo que estaba bajando la pista, que un kamikaze se me cruzó, y de pronto luego aparecí tirado en el suelo. Pero estoy bien, tranquila.

Estoy a punto de preguntarle si ha estado inconsciente, cuando un médico interrumpe.

—Vamos a llevarte al hospital a hacerte unas pruebas.

Thiago niega con la cabeza.

—No hace falta, estoy perfectamente.

Se levanta de la silla como si nada, pero cuando está completamente de pie debe marearse, porque se choca conmigo. Me veo en la obligación de sacar toda mi fuerza para que no se caiga.

—Yo creo que sí que hace falta —le digo mientras paso su brazo por mis hombros para soportar mejor su peso.

—Qué va. Lo de tambalearme hacia un lado lo he hecho a propósito. ¿No ves dónde he terminado? —Me señala con los ojos.

Niego con la cabeza sin poderme creer que tenga ganas de bromear después del accidente que ha sufrido.

—Muy sutil —ironizo.

—Muy mío.

—¿El qué?

—Querer estar a tu lado todo el rato —me dice al oído.

No me da tiempo a asimilar su respuesta y mucho menos a contestarle, porque de pronto Oliver lo separa de mí y hace que se siente de nuevo en la silla de ruedas.

—Otro día te haces el tío duro, ¿vale? Hoy ya nos has acojonado lo suficiente —le dice Elsa, y acto seguido suben su silla a la ambulancia sin que le dé tiempo a volver a negarse.

Yo voy a ir detrás de ellos, cuando un golpe de realidad me da en la cara.

Alguien me agarra del brazo y me detiene en seco.

—¿Kelly? —me llama Alan con la cejas elevadas. Con esa mirada sí que me está exigiendo explicaciones.

Yo trago saliva y miro sobre mi hombro.

Thiago está mirándome para saber si voy con él.

¿Qué se supone que debo hacer?

Quiero ir con él y asegurarme de que todo está bien, pero…, joder, no puedo. Le debo a Alan mucho. Mucho más de lo que le voy a ser capaz de entregar con unas simples explicaciones. Sin embargo, tengo que hacerlo.

Exhalo el aire lentamente y lo vuelvo a mirar.

Ya está.

No puedo rizar más el rizo.

No puedo alargar más el momento.

Ya tiene todo lo necesario para no solo querer saber lo que pasa, sino para exigirme que se lo cuente hasta el último detalle.

Y lo voy a hacer.

—Vámonos a la habitación. Ahí te lo explico todo.

CAPÍTULO 34

MENTIRAS QUE SALEN A LA LUZ

Kelly

—Alan, te mentí —reconozco en un suspiro—. Te he mentido mucho durante estos últimos años, pero sobre todo en estas dos últimas semanas.

Él no dice nada. Tan solo se queda observándome desde la distancia que nos separa, que me parece ahora mismo prudente, pero también ridícula. Por eso, me acerco un poco a él.

—¿En qué me has mentido, Kelly? —pregunta con una calma… que no todo el mundo puede jactarse de poseer cuando su prometida le acaba de confesar que lleva toda su vida mintiéndole.

—En que sí que había algo que debía contarte. Y que esa razón es la que me ha hecho estar tan rara todos estos días.

—¿Y cuál es esa razón?

—Que…, que he vuelto a ver a mi… Que aquí… —Me tiembla la voz y la boca se me seca.

Es Alan quien ahora reduce distancias. Me agarra la mano y me la aprieta con fuerza antes de tirar de mí para guiarnos a la cama. Nos sentamos en el borde, uno enfrente del otro, y luego me trata de sacar el abrigo porque debo tener la cara roja del sofoco.

Me lo quito yo misma y luego él vuelve a agarrar mi mano para captar la atención de mis ojos.

—Kelly, puedes ser sincera. Es más, quiero que lo seas. No voy a enfadarme.

—Pues yo creo que sí. Y tendrías todo el derecho, Alan. —No le dejo responder. No puedo parar ahora o perderé el valor que tanto me ha costado reunir—. ¿Te acuerdas de que ayer te conté que en Ribadeo dejé a mi novio? Pues… llámalo destino, casualidad o… yo qué sé, pero tras seis años lo he vuelto a ver. Aquí, Alan.

Él suelta aire por la nariz como si estuviera algo aliviado. Como si sus sospechas se acabaran de confirmar.

—Thiago, ¿no?

—Sí…, Thiago —afirmo—. Alan, no voy a mentirte más. Volver a cruzarme en su camino ha sido complicado, pero también muy…

—¿Le sigues queriendo? —pregunta directo.

No dudo lo que contestar.

—Creo que nunca dejé de hacerlo…

Sé que mi respuesta le duele, pero no lo exterioriza.

—Entonces, ¿por qué quisiste conocerme a mí, Kelly? ¿Seguías enamorada de él entonces? ¿Todo este tiempo has seguido enamorada de él?

¿Qué hago ahora? ¿Le rompo el corazón? ¿O me lo rompo a mí…?

Asiento.

—Creo que sí, Alan. Y, realmente, yo… No estaba en mis planes conocer a nadie en Londres. Yo solo quería volver con Thiago, pero mi madre… Mi madre no me permitió dejarte escapar.

Sus ojos se abren por el desconcierto.

—¿Y qué hizo? ¿Te obligó a tener citas conmigo? ¿A fingir que te interesaba? Tú me demostraste interés también… ¿Fue todo mentira?

Le agarro la cara para que me mire.

—Alan, te juro que ahora te quiero. Fuiste y eres lo mejor que me ha pasado desde que me obligaron a irme a Londres con las manos vacías.

—¿Cómo pudiste fingirlo? ¿Cómo fuiste capaz de demostrarme un amor que no sentías en absoluto?

Las lágrimas me corren por la cara, y la culpa por las venas.

—Lo siento… Lo siento mucho… —Le acaricio la cara. Está roto. Sabía que le iba a destrozar—. Pero ahora te quiero. Y te quiero de verdad…, ¿vale?

Él se quita mis manos de la cara y se levanta de la cama. Se va a un extremo de la habitación y se toca la frente.

—¿Y Thiago, Kelly? También lo quieres a él…

Que nombre a Thiago de nuevo me recuerda la otra parte que debería confesarle. Pero no sé qué narices hacer. Creo que voy a romperle por completo si le digo lo que hice… Pero no puedo callarme ahora eso.

—Sí, tienes razón… Y tengo que contártelo, Alan, aunque nos vaya a destrozar un poco más; especialmente a ti, pero… me besé con él el otro día…

Él se da la vuelta.

Me mira desde la distancia. Tiene los ojos rojos.

—Lo sé, Kelly —murmura con la voz rota—. Alguien anoche me mandó el vídeo. Aunque te agradezco que me lo hayas confesado tú misma.

Pestañeo confundida.

—¿Cómo? ¿Quién te lo ha pasado?

—Un número desconocido.

¿El mismo que le dijo a Thiago que fuera al salón de ceremonias?

—Perdón, Alan… ¿Me dejarías verlo?

A pesar de todo, él me lo enseña. En el chat no solo aparecemos Thiago y yo besándonos en medio del pasillo; el número desconocido también le han mandado un montón de fotos y vídeos más. De cuando coincidimos en el *jacuzzi,* esquiado juntos, cuando discutimos en el cumpleaños de Taylor…

Joder. Nos ha estado espiando. Y algo me dice que ha sido una persona que empieza por *L* y termina por *isa*: el vídeo del beso está grabado desde la pantalla de seguridad que tiene en el mostrador.

—¿A dónde vas? —me pregunta Alan cuando ve que salgo disparada hacia la puerta.

—A decirle a una zorra que es una zorra.

Salgo de la habitación y bajo hasta la planta cero por las escaleras. Alan me sigue por detrás. Cruzo la recepción dando grandes zancadas, y me cuelo descaradamente en la fila que da al mostrador. El huésped que está hablando con Lisa se aparta cuando me pongo a su lado.

—¡Eres una zorra!

Ella me fulmina con su mirada gélida, mi agitación parece divertirle.

—¿Podrías ponerte a la cola? No, mejor dicho, ¿podrías tirar lo que sea que quieras decirme a la papelera de cosas que no me importan? —Entonces se fija en Alan, que viene detrás de mí—. Vaya, algo me dice que a horas de la boda alguien se ha enterado de algo que no debía.

—Sí, así es, pero, para tu desgracia, no se lo ha tomado como tú esperabas. Siento decirte que a Thiago no le va a hacer mucha gracia enterarse de que has intentado joderme.

—Pues al igual que saber que le has estado mareando dos semanas para terminar como has empezado; con la idea de casarte con él. —Señala a Alan con la mano.

—Querer a dos personas no es un delito.

—No ser sincera con ninguno puede que sí.

Para mi suerte, ya puedo decir que un poco más sincera sí que he sido.

Le dedico una última mirada antes de separarme del mostrador, porque seguir hablando con ella es perder el tiempo.

Me acerco a Alan, pero, cuando le pregunto si volvemos a subir a la habitación para hablar juntos, él niega con la cabeza.

—Voy a estar un rato a solas, ¿vale?

—Pero…

—Tan solo necesito pensar.

—Nos vemos esta noche… —concluyo, afligida.

Alan asiente y luego se va.

Yo subo a nuestra habitación, solo para coger algo de mi mesilla de noche, y me dirijo a otro lugar…

CAPÍTULO 35

COMO SIEMPRE

Kelly

Londres, cinco años antes…

Alan aparcó el coche delante de mi casa. Apreté los dientes y jugué nerviosa con las manos sobre mi regazo. Acabábamos de tener nuestra sexta cita. Y no había sido una cita cualquiera. En esta, me había propuesto algo. Algo importante.

—Kelly… —me llamó, porque habíamos llegado, y yo me había quedado estática en el asiento.

Lo miré. Él me sonrió.

—Gracias por traerme —dije mientras me desabrochaba el cinturón del coche.

—¿Te lo has pasado bien?

Asentí, aunque no fuera del todo real. Me lo había pasado bien porque él era agradable, pero…

—Sí, como siempre…

Él se inclinó hacia delante para acercarse a mí. Por un momento se me aceleró el corazón al pensar que iba a besarme. Esto no había pasado aún. Sí, llevábamos seis citas, pero yo aún no me sentía preparada. No podía…

Sus labios se fueron a mi mejilla. Me dejó un beso suave y tierno. Sentí mi respiración entrecortada al notar su boca y su barba. Era raro. Su tacto. Era muy diferente al que estaba acostumbrada…

Cuando se alejó, me miró a los ojos con una sonrisa.

—Ya me dirás, ¿vale? No tengo prisa. Ahora sube a casa, es muy tarde.

Me llevó un par de segundos reaccionar, pero al final asentí. Lejos de lo que cualquier persona podría pensar, no me apetecía marcharme. Me gustaba estar sola en mi habitación, pero, por lo que tenía que pasar antes, me revolvía el estómago. Sentí un pinchazo en el pecho por la ansiedad de verla de nuevo.

Cogí mi bolso de encima de mi regazo y abrí la puerta del coche.

Antes de bajarme, le dediqué una última mirada y una leve sonrisa.

—Gracias otra vez… —dije bajito. El nudo que tenía en la garganta no me permitía hablar más alto. Todo seguía siendo muy raro.

Alan también sonrió. Luego, cerré la puerta y caminé hacia el portal. Su coche no se marchó hasta que no estuve dentro.

Tragué con fuerza cuando me quedé sola. Me daba pánico subir a casa. No quería que nadie me preguntara. No quería tener que fingir ni contar nada. No me hacía ilusión.

Me miré en el espejo del recibidor del edificio.

Me sentía rara conmigo misma al verme.

¿Qué estaba haciendo? ¿Desde cuándo yo utilizaba vestidos de marca y maquillaje caro para tener una cita? ¿En qué momento tenía que preocuparme por mi imagen para gustarle a un chico?

No me reconocía. ¿En quién me estaba convirtiendo?

Cuando las lágrimas amenazaron con anegar mis ojos, dejé de mirarme y me subí en el ascensor con la mirada clavada en el suelo.

Al bajar, saqué las llaves del bolso y abrí la puerta de casa.

Ahí ya estaba ella.

Mi madre.

No tardó ni dos segundos en acercarse.

—¿Qué tal ha ido? ¿Te lo ha pedido? —preguntó muy ilusionada. Una ilusión envenenada. No le hacía ilusión lo que la pedida de Alan significaba para su hija, sino lo que eso la iba a beneficiar a ella…

Sus preguntas me pillaron por sorpresa. No entendía cómo ella podía haberse enterado. Fruncí el ceño y la miré confusa.

—¿Cómo…?

—Me lo ha dicho su madre. Alan le dijo que te lo iba a pedir hoy. Me ha llamado para contármelo —Después de decir eso, me miró el cuello. Sus ojos brillaron como estrellas cuando vio el collar que llevaba. Me lo había regalado Alan en la cita. Ella lo cogió para verlo de cerca.—. Vaya, después de este regalo, hasta yo le habría dicho que sí…

—Yo no lo he hecho… —murmuré. Tenía que decírselo. Iba a enterarse de todas formas. Mentirla ahora iba a ser peor.

Mi madre soltó el collar y me miró con sus fríos ojos azules. Me atravesó con ellos. Me mató.

—¿Qué? ¡¿Cómo que no, Kelly?! ¿¡En qué narices estabas pensando!?

—No estoy preparada, mamá.

Arrugó su cara con desconcierto.

—¿No estás preparada para qué? ¿Para tener una vida de lujos?

—Para salir con otro hombre.

—¿Otro hombre? —Se rio con ironía—. ¿Es que acaso ha habido uno antes? —Fruncí el ceño y abrí la boca para replicar, pero ella se me adelantó—. Thiago no era un hombre, era un crío. Ni en mil vidas te podría haber dado la vida que ahora, por idiota, podrías echar a perder. ¡Olvídate ya de él, Kelly! ¡Olvídate antes de que Alan se busque a otra! Ahí fuera hay chicas mil veces mejores que tú. Que alguien como él se fijara en ti ha sido un auténtico milagro, así que deja de hacer el tonto y no dejes escapar la oportunidad de que te solucione la vida.

Apreté los dientes con fuerza cuando me picaron los ojos.

No sabía cómo explicarle que me daba igual tener la vida solucionada. Que a mí, a diferencia de a ella, no me gustaban los hombres por el dinero que tuvieran. Que a mí me daba igual la vida llena de privilegios que Alan podía darme.

Que yo solo quería volver a casa y recuperar mi vida… A él…

Mi barbilla tembló, porque era imposible.

Ya era imposible… Con ella era imposible…

—Llámale ahora mismo y dile que sí, que eres tonta y que la sorpresa de la noticia te ha jugado una mala pasada.

Negué. No podía. Primero tenía que pensar mucho. Debía olvidar primero.

—Mamá, no pue…

Me golpeó la mejilla y eso fue la gota que colmó el vaso.

Rompí a llorar mientras me agarraba la cara. Me palpitaba y ardía.

—No puedo, no puedo… —me imitó—. ¡Cállate de una puta vez y haz lo que te he dicho! ¡Como dejes escapar a ese chico, te saco de casa y te buscas la vida sola desde cero! ¡¿Me has entendido?! —Me clavó los dedos en el brazo.

Con tal de que dejara de gritarme y de hacerme daño, le dije que sí con la cabeza.

Como siempre.

CAPÍTULO 36

TE LO PROMETO

Thiago

Estoy destrozado.

Y no por el accidente que, bueno, en cierta parte, también tiene mucho que ver, sino por el hecho de que mañana es mi último día con Kell.

O quizás ese día ya ha pasado. Mañana se casa y no creo que la vea ni un solo segundo.

Y, siendo sincero, mucho mejor.

Creo que sería incapaz de verla celebrar una boda que no sea la de los dos.

Si alguien tuviera que utilizar algo para torturarme hasta que el corazón me explotara de tristeza, estoy seguro de que me ataría a una silla y me obligaría a verla casarse con otro que no soy yo.

Mi tiempo con ella se ha acabado oficialmente.

¿Estará nerviosa? ¿Qué estará haciendo ahora mismo?

Muy probablemente dormir: son casi las dos de la mañana.

Me he tenido que tirar toda la noche en el hospital. Los médicos no se creían que no tuviera ningún hueso roto, ningún traumatismo en la cabeza y que me pudiera ir por mi propio pie después del accidente. Se han empeñado en hacerme todas y cada una de las pruebas posibles y al final han terminado catalogando mi caso como un milagro.

Estaba claro que hoy no era mi día de morir…

Aunque no hubiera estado mal que lo hubiera sido… Al menos muerto no me dolería no estar con Kell.

Entro a mi habitación soltando un largo suspiro de agotamiento, que se ve interrumpido cuando veo lo que me espera en su interior: Kell está completamente dormida en mi cama, abrazando su sudadera rosa.

Mierda.

¿Qué hace aquí?

Tras mirarla unos segundos, me siento al borde de la cama. Lo hago con cuidado, pero, aún así, ella debe de notarlo, porque abre los ojos con lentitud. Mira alrededor aún adormilada, tratando de ubicarse. Al verme se incorpora de un golpe y se me tira encima.

—Estás bien… —murmura mientras me abraza con mucha fuerza.

—Estoy bien, Kell. ¿Qué haces aquí?

—Te esperaba, pero, como tardabas, me habré quedado dormida. ¿Qué te han dicho en el hospital? —Tras esa última pregunta, me suelta y se sienta sobre el colchón.

—Que tengo una flor en el culo —contesto—. No tengo nada roto ni fracturado. Solo un par de contusiones.

Ella asiente, aliviada.

—Me alegro… —Se pone un mechón de pelo detrás de la oreja y comienza a jugar nerviosamente con sus manos. Tiene la marca de la almohada en su mejilla derecha, los labios algo hinchados y la punta de la nariz roja. Siempre que en el pasado se despertaba a mi lado, lo hacía justo así…, y me encantaba besarla después.

Y aunque me muero por hacerlo ahora mismo, algo me retiene…

—Kell…

—Quizás no es el momento más adecuado para decirte esto —me interrumpe—. Pero… bueno, creo que me quedaré más tranquila si te lo digo. Le he contado todo a Alan. También que nos hemos besado…

Joder. Lo ha hecho…

—¿Y qué te ha dicho? ¿Se lo ha tomado mal? ¿Estás aquí también por eso?

Ella niega con la cabeza.

—Se lo ha tomado todo demasiado bien. Quizás mejor de lo que me merezco… Es buena persona, Thiago.

Le tomo la mano con delicadeza.

—Lo sé, Kell.

—Y por esa misma razón siento que no puedo dejarle así ni mandar a la mierda todo horas antes de la boda… Él no ha dicho nada de que quiera cancelarla… Él me quiere y yo… también… Y siento mucho haberte dicho que iba a ser valiente para después no hacer nada incluso cuando parece que las cosas son más sencillas, pero…

Sus ojos se humedecen. La detengo antes de que vuelva a intentar justificar sus pensamientos, acciones o sentimientos. Es libre de hacer lo que quiera y, sobre todo, de seguir con los planes que lleva tiempo teniendo por delante. De elegirlo a él…

—Eh, tranquila, ¿vale? Lo entiendo, Kell. No te juzgo ni te culpo. Lo quieres y lo comprendo. No tienes que darme ninguna explicación, de verdad.

Una lágrima rueda por su mejilla, pero se la limpio antes de que caiga.

—¿Vas a poder perdonarme?

—No tengo nada que perdonarte.

—Llevo dos semanas mareándote, Thiago.

Me encojo de hombros, restándole importancia. A pesar de todo, quiero que se vaya de aquí segura de que ha elegido lo correcto. Quiero que se marche tranquila con sus decisiones.

—Estoy y estaré bien, de verdad —miento.

—¿Me lo prometes? —pregunta. Su barbilla tiembla.

Sonrío con cierta tristeza. Estamos a punto de despedirnos…

—Te lo prometo, Kell.

Se aclara la garganta antes de hacer la siguiente pregunta. Sin embargo, su voz sale rota cuando habla.

—¿Y también que me olvidarás?

—Eso no puedo prometértelo, porque no pienso hacerlo.

—Thiago…

Niego con la cabeza con rotundez.

—No.

—Tienes que pasar página, por favor.

—Pasar página no implica olvidarte, Kell.

Ella me mira con sus enormes ojos azules llenos de lágrimas. Sigue teniendo la punta de la nariz roja y los labios hinchados, solo que ahora es por llorar.

—Sabes que te quiero, ¿no? Y que te voy a echar de menos.

Miro hacia otro lado cuando los ojos se me llenan de lágrimas ahora a mí.

No puedo.

El puto momento ha llegado y es real.

Voy a perderla.

Otra vez…

Ella me agarra la cabeza con sus manos y me obliga a mirarla para luego juntar nuestras frentes.

—Thiago, la vida nos ha dado la oportunidad de darle un nuevo final a nuestra historia. Vamos a decirnos todo lo que no nos dijimos en su momento, ¿vale?

—¿Qué puedo decirte, Kell? ¿Qué, aparte de todo lo que pienso que ya sabes? Creo que en estas dos semanas te he demostrado todo lo que siento por ti. No quiero sentir que nos despedimos. Otra vez no, por favor…

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Ser tú y yo por última vez, pero como si no supiéramos que es la última.

Ella asiente con la cabeza mientras me suelta la cara.

—Está bien. ¿Quieres hacer algo en concreto?

—¿Qué tal si salimos a dar un paseo?

—¿Seguro que te sientes con fuerzas?

—Sí. Necesito tomar el aire…

CAPÍTULO 37

ADIÓS, KELL

Thiago

El frío de las noches de Laponia nos atraviesa los huesos cuando cruzamos la puerta principal del hotel y comenzamos a andar rumbo a ninguna parte.

Kell camina a mi lado en silencio y con la mirada clavada en el suelo.

Yo camino mirándola a ella de reojo.

—¿Estás seguro de que estás bien? ¿Quieres que nos sentemos en uno de esos bancos? —Señala al fondo, cerca del lago congelado.

—Solo si no te vas a quedar helada.

Ella niega con la cabeza.

—Tranquilo, estoy bien. —Tras decir eso, me agarra de la mano y tira de mí para que vayamos a uno de los bancos, pero ella, en vez de sentarse en él, se sienta sobre la nieve y apoya la espalda donde debería ir su culo.

—Kell, vas a pillar frío.

—Ya me he acostumbrado a estas temperaturas, tranquilo.

Me siento a su lado.

—Hablemos de algo, no quiero quedarme en silencio —dice.

—¿De qué quieres hablar?

Kell se me queda mirando durante lo que me parece una eternidad.

—Puede que sea muy masoquista, pero… ¿Y si recordamos momentos juntos?

—¿Quieres hacer eso? —pregunto tratando de disimular el nudo que se me ha formado en la garganta. —Asiente—. Está bien. Empieza tú.

—¿Te acuerdas cuando le robamos el coche a mi padrastro?

—Claro que me acuerdo. Pero de lo que más me acuerdo es del castigo que nos pusieron por fugarnos. ¿En qué estábamos pensando? No tenías ni carné…

—Pero conduje de maravilla.

—Creo que los baches que pillamos en la carretera no fueron simples baches, sino animalitos indefensos a los que atropellaste.

Kelly me calza un guantazo en el brazo.

—¡No digas eso! No maté a ningún animal.

—¿Nunca te has parado a pensar que el gato de la señora Campo nunca volvió a aparecer después de esa noche?

—¡Thiago, yo no fui!

Suelto una carcajada cuando veo su cara de indignación.

—¿Y qué me dices del día que te obligué a coger un escarabajo con la mano y luego te hiciste pis encima del miedo?

Kelly se pone roja.

—Dios Santo… ¿Cuántos momentos ridículos habré pasado contigo?

—Unos cuantos…

Ella me fulmina con la mirada.

—En mi defensa diré que los escarabajos son asquerosos. Y también te dije que les tenía pánico a los insectos y te pareció buenísima idea engañarme diciendo que el escarabajo era una piedra preciosa.

—Que te lo creyeras no era mi problema.

—¡Tenía ocho años y en la vida había visto un escarabajo metalizado!

Me encojo de hombros.

—Nos conocíamos ya de unos meses, tendrías que haberte dado cuenta del gran ingenio que me corría por las venas.

—El mismo ingenio que utilizaste para conquistar a Catarina, ¿no? —Saca a la luz de forma traicionera.

—Ni se te ocurra mencionarlo.

—Tu cara al ver… al ver… —No puede hablar por las carcajadas que suelta—. Al ver que ella…

Le pongo una mano encima de la boca con fuerza. Cae sobre la nieve y yo me quedo casi encima de ella.

—¿Te recuerdo que ver cómo trataba de ligar con ella te hizo ponerte celosa?

Kell se pone seria y se quita mi mano de la boca.

—Eso no es verdad.

—¡Uy que no!

Kell se vuelve a incorporar y me señala con el dedo.

—Lo que pasó fue que empezaste a dejarme de lado por intentar conquistarla.

—Porque tú estabas muy pegadita a David. Me estabas dejando tú a mí de lado.

—¿Te pusiste celoso, Thiago?

—Que te comiera la boca contra el primer árbol que pillé la noche de la hoguera en la que casi te lías con él creo que te da la respuesta.

Cuando la besé por primera vez fue como si algo se activara en mi interior. Kell es esa pieza que necesito para funcionar, la que puso en marcha mi corazón. Esa misma que lo va a volver a frenar…

—Antes de que me besaras estuviste realmente borde conmigo —confiesa.

—Y después de que lo hiciera tú estuviste realmente maja conmigo.

A Kell se le encienden las mejillas y sonríe, nostálgica.

—¿Te acuerdas cuando les contamos a todos que estábamos saliendo?

Asiento con una sonrisa.

—Que Roi nos preguntó si le estábamos tomando el pelo. Creía que llevábamos saliendo toda la vida.

—Es que Roi no se enteraba ni del clima.

Me rio al recordar a mi amigo.

—Y que lo digas.

—¿Sigues manteniendo contacto con ellos? —me pregunta al cabo de unos segundos.

—No con todos… Con Rebeca, sí.

—¿Y qué tal está?

—Embarazada.

Kelly se queda blanca como la nieve.

—¿Qué? ¿Rebeca está embarazada?

Asiento.

—De cuatro meses.

Ella se lleva una mano al pecho.

—Dios mío…, si parece que fue ayer cuando nos encerrábamos en mi habitación y jugábamos con las Nancys… —Suspira—. ¿Y el padre es…?

—No hay padre, Kell. Lo dejó con André un año después de que te… marcharas. Ha estado intentándolo con otros chicos, y con uno de ellos fue con quien… se quedó embarazada, pero cuando se enteró despareció del puto mapa.

—Joder… ¿Y cómo se lo está tomando?

Me encojo de hombros.

—Ya sabes cómo es Rebeca.

—Echada para delante.

Confirmo.

—Quiere tener al niño.

—¿Y tus padres?

Yo cojo una bocanada de aire, porque hablar de esto me recuerda más que nada que hemos estado mucho tiempo separados. Que ahora nos hace falta ponernos al día y que nos hemos perdido muchas cosas del otro…

Que nos vamos a seguir perdiendo otras tantas…

—Bien, están bien. —Kell se me queda mirando como esperando que le cuente algo más, y mi subconsciente me dice que lo haga—.

Bueno, mi madre tuvo una racha un poco mala después de que mi abuela falleciera hace un par de años, pero poco a poco lo hemos ido superando.

Kelly de pronto me agarra de la mano y eso capta por completo mi atención.

A ella se le han humedecido ligeramente los ojos. Conocía a mi abuela tanto como yo. La quería con locura.

Como ella no tiene abuelos, siempre consideró a la mía como la suya… Y mi abuela la consideraba a ella como otra nieta más…

—Lo siento mucho… —me dice con un nudo en la garganta.

Me encojo de hombros, porque gracias a Dios mi abuela no se fue de este mundo por alguna enfermedad complicada.

—Ley de vida —contesto.

—Estabas ya aquí cuando eso ocurrió, ¿no?

—Sí, pero volví a España por unos meses para hacerle compañía a mi madre. ¿Tú no has vuelto a pisar España desde entonces?

Kell asiente.

—El verano pasado estuve en Ibiza con Sienna y Molly. Si te soy sincera, pensaba que te iba a encontrar ahí.

—¿Y eso?

Niega con la cabeza.

—No lo sé… Supongo que fue sugestión. Volvía a España y eso significaba que quizás estaba más cerca de ti.

—¿Cuál fue tu primer pensamiento cuando me viste?

—Que me estaban haciendo una cámara oculta. ¿Y el tuyo?

—Que por fin las cosas volverían a tener sentido.

Me arrepiento de decirle eso al instante. Pero lo hago mucho más cuando Kell vuelve a agarrarme la mano para decirme con ojos llenos de tristeza algo que no tiene por qué decirme.

—Lo siento tanto, de verdad. Siento haberte dado esas falsas esperanzas para que luego…

—Kell, tranquila. No pasa nada.

Ella suspira, y luego mira la hora en su móvil. Son las tres de la madrugada. Imagino que quiere marcharse a descasar para su gran

día.

—Es hora de irse a la cama. Mañana vas a tener que soportar muchos nervios.

—Puedo quedarme un rato más.

—Ya es muy tarde, Kell.

«Para todo…».

Ella mira mi mano unos instantes, pero termina por aceptarla.

Se levanta del suelo y, de nuevo, en un silencio aún más frío que el de ida, volvemos al hotel.

Justo cuando estoy a punto de cruzar la puerta principal, Kelly me agarra del brazo y me frena.

—Un momento —me pide, y luego me mira mientras en su cabeza intenta encontrar las palabras adecuadas—. Si tú quieres…, puedo añadir un nombre más a la lista de invitados.

Solo con la idea de acudir ya me duele el corazón.

Niego con la cabeza.

—Te agradezco mucho la invitación, Kell, pero creo que sería incapaz de…

Ella me suelta el brazo.

—Ya. Claro. Lo entiendo. No pasa nada. Simplemente no quería quedarme con las ganas de decírtelo… —Se muerde el labio inferior mientras llena sus pulmones de aire—. ¿Al menos te veré antes de marcharme de aquí?

—¿Cuándo te vas?

—El domingo al mediodía.

—Mañana no creo que pueda estar por aquí…, así que… no estoy muy seguro de que coincidamos el domingo.

Puedo sentir que su corazón se detiene por unos segundos, porque el mío también lo ha hecho.

—¿Eso quiere decir que nos despedimos ahora? —pregunta con la voz algo entrecortada.

Mierda.

—Si tú quieres…

Ella me mira con los ojos muy abiertos y me da un abrazo rápido que ni siquiera soy capaz de sentir.

—Ha sido un placer volver a verte, Thiago.

Me extiende la mano, como hizo aquella noche. Yo sonrío mientras siento que los ojos me arden, pero le estrecho la mano. Algo que tuve que haber hecho hace seis años.

—Fue un placer haber compartido todas mis primeras veces contigo, Kell.

Una de las mil lágrimas que hay en sus ojos rueda por su mejilla, pero se la limpia con rapidez.

—Cuídate mucho, ¿vale? —me pide.

—Lo mismo te digo.

—Y nunca cambies, por favor, porque estoy segura de que si no lo haces podrás ser feliz con la chica que te dé la gana, Thiago.

«La chica con la que quiero ser feliz eres tú».

—Y tú sé feliz, Kell. Simplemente eso. Vive, despreocúpate y recuerda que te mereces todo lo bueno que te pase.

Ella asiente con la cabeza.

—Lo haré.

—Bien.

—Bien… —contesta—. Pues entonces… Adiós, Thiago.

—Adiós, Kell.

Ambos soltamos nuestras manos.

Nos miramos a los ojos por última vez y, tras hacerlo, Kell se da la vuelta para entrar en el hotel. Pero solo da unos cuantos pasos antes de darse la vuelta y salir corriendo a donde estoy yo.

Me abraza con fuerza. Me rodea la cintura con los brazos y apoya su cabeza en mi pecho.

Rompe a llorar.

—Te quiero muchísimo, Thiago, y siempre lo voy a hacer. Quiero que lo sepas —dice rota en llanto.

Yo la abrazo con todas mis fuerzas también mientras dejo escapar las primeras lágrimas.

Esto no puede estar pasando…

Beso su cabeza y apoyo mi mejilla en ella. Y, cuando encuentro la voz en mi interior, digo:

—Lo sé, Kell. Yo también te quiero y te querré siempre…

Al final nuestro *«para siempre»* se quedará en una simple promesa de queremos como un recuerdo y no como prometimos; juntos…

—Si algún día sientes que…, no sé, que podemos volver a ser amigos sin que nos duela, puedes buscarme, llamarme… Puedes volver, Thiago.

Aprieto los dientes con fuerza porque me tiembla el mentón. El nudo que tengo en la garganta es asfixiante.

—Incluso si duele, si me necesitas por algo, también puedes buscarme, Kell.

«Por favor, búscame. Encuéntrame otra vez…».

—¿Aquí?

—Donde tú quieras…

CAPÍTULO 38

MOVER FICHA

Kelly

Tengo los ojos hinchados y rojos.

Por un momento siento que he retrocedido cinco años y que estoy a punto de tener mi primera cita con Alan.

Verme vestida de blanco me recuerda que esa primera cita desencadenó la serie de hechos que me traen hasta el día de hoy. Que hoy no solo tengo que conocerlo, que hoy le tengo que decir un «sí, quiero» y prometerle amor eterno.

Estoy… realmente melancólica.

Ha pasado tanto…, pero a la vez no ha cambiado nada…

No pienso volver a cuestionar nada de lo que ha pasado o dejado de pasar en estas dos últimas semanas, y mucho menos lo que he estado sintiendo.

No me puedo permitir, a veinte minutos de la boda, volver a empezar.

He decidido casarme con Alan, y eso es lo único que importa.

Eso es lo único que importa…

Me miro en el espejo del tocador una vez las peluqueras y maquilladoras han terminado de prepararme.

Ahora mismo me encuentro sola en la habitación.

Sienna y Molly ya han salido camino a la iglesia para asegurarse de que está todo preparado, y mi suegra y mi madre han ido a hablar con la *wedding planner*.

Todo está listo…

En menos de diez minutos tengo que salir del hotel y subir a una preciosa iglesia que está en lo alto de la montaña. Esta noche ha nevado bastante, y todos los pinos están cubiertos de blanco.

Todo está precioso y es como lo he imaginado, pero…

«No, Kelly».

Trago de centrarme en mi imagen en el espejo. Comienzo a ensayar una sonrisa lo suficientemente bonita y sincera para que nadie perciba la tristeza de mis ojos.

Lo que ocurrió anoche fue muy duro, pero, a la vez… bonito. Tengo el corazón en calma porque por fin hemos podido decirnos *adiós* de la forma en la que nos merecemos: siendo sinceros con lo que sentimos respecto al otro.

Que Thiago me estrechara la mano que le negó a la Kelly de hace seis años me quitó mil kilos de encima. A lo mejor nuestro destino no era acabar juntos, sino tan solo terminar… bien.

Y aunque quizás suene conformista, para mí ha sido más que suficiente.

Necesitaba terminar bien con él…

Necesitaba decirle adiós a Thiago de verdad.

La puerta de mi habitación se abre, y la mayor bruja que he conocido en este mundo cruza el umbral y se adentra en la *suite*.

Mi madre camina en dirección a mí sin quitarme los ojos de encima mientras me mira a través del espejo.

Lleva un vestido azul eléctrico que le llega hasta la mitad de las pantorrillas, y unos tacones plateados demasiado llamativos para su… edad.

Cuando está detrás de mí, me pone las manos en los hombros y me los aprieta con algo de fuerza.

—Espero que tengas la cabeza donde tienes que tenerla, y que actúes como se debe —me advierte.

Aprieto los dientes con fuerza.

—A partir de hoy vas a dejar de ser alguien para mí y no voy a volver a caer en tus juegos psicológicos de mierda. No vas a manipularme más.

Ella se ríe con amargura y luego murmura un:

—Si tú lo dices…

Que no me tome en serio me pone negra. Ella tiene muchos planes para mí, y estoy segura de que va a hacer lo imposible para que termine haciendo todo lo que quiere; como siempre ha hecho. Por eso le planto cara y le confieso aquello que sé que la pondrá en alerta.

Porque ya estoy harta de ser su puta muñeca.

—Le he contado todo a Alan, ¿sabes? Tu querido yerno ya no te ve con esos ojos que te has esforzado tanto en encandilar.

Ella me suelta los hombros, pero pasa a agarrarme la cara con fuerza.

—¿Que tú has hecho qué?

Forcejeo para que me suelte, porque me está apretando tan fuerte que no soy capaz ni de hablar.

Cuando lo consigo, ella aleja su mano de mí y me mira con desprecio.

—He hecho lo que tendría que haber hecho desde el primer día: contarle lo mala madre y persona que eres.

Me mira incrédula.

—Eres consciente de que te podrías haber cargado todo lo que hemos conseguido si te llega a decir que *no* a la boda después de que se lo contaras, ¿verdad?

Yo me río irónicamente.

—¿Y crees que eso para mí era un problema? Te dije que si quería iba a destrozar tu maldito cuento de hadas.

Ella hace lo de siempre: pegarme. Le da igual que tenga una boda por delante y que su mano deje una marca en mi piel.

Tras el golpe, me vuelve a agarrar la cara y aproxima la suya a la mía. Sus ojos están llenos de veneno e ira.

—¿Y te acuerdas de lo que yo te dije, Kelly? Que le dijeras a Thiago que tuviera cuidado. Está claro que las dos hemos movido ficha sin esperar que la otra lo haga primero. ¿Qué tal está, por

cierto? He escuchado que casi se queda en una silla de ruedas para toda la vida.

Me quedo blanca tras escuchar esas palabras.

Mi madre ha…

¿Ella fue la que hizo que Thiago tuviera el accidente?

¿Cómo narices…?

Esto sí que es pasarse de la raya.

Me vuelvo a soltar de su agarre y esta vez me levanto de la silla del tocador para enfrentarla.

¿Qué clase de persona pone en peligro la vida de otra solo por chantaje?

Creo que solo la lunática de mi madre…

—Eres una auténtica desquiciada…

Ella se encoge de hombros y sonríe con suficiencia.

—Me da igual lo que pienses de mí. —Da un paso hacia delante para hablarme de cerca—. Pero no vuelvas a tentar a la suerte o hacer ninguna tontería como la que has hecho, porque esta vez sí que te juro que me aseguraré de joderle la vida para siempre.

Yo también doy un paso hacia delante.

—Atrévete a ponerle de nuevo un dedo encima, y te juro que… —Dejo la frase a medias cuando la puerta de la habitación se abre de pronto.

—Perdón por interrumpir —dice una de las chicas de la coordinación de la boda—. Pero tiene que salir ya, señorita Williams. El coche está listo y la están esperando.

Mi madre me dedica una última mirada llena de veneno, para luego cogerme del brazo y obligarme a caminar hacia la puerta para que no me dé tiempo ni a reaccionar ni a pensar…

Y es que, cuando me quiero dar cuenta, estoy bajando por el ascensor para ir a mi boda…

¿Es normal que solo pueda pensar en que quiero salir corriendo?

CAPÍTULO 39

EN OTROS LUGARES

Thiago

Soy la persona más gafe de todo el puto mundo.

Como dije ayer, no quería pisar el hotel hoy, porque las posibilidades de cruzarme con algo relacionado con la boda de Kell eran muy elevadas.

Y, bueno, he confirmado mis sospechas.

He visto de todo en diez minutos.

Los adornos, a los invitados, los preparativos… absolutamente todo…

He tenido que venir porque mi puta tarjeta de acreditación de monitor está a punto de caducar, y tengo que firmar los papeles de renovación para poder seguir trabajando el mes que viene porque…, bueno, no voy a estar aquí los próximas días para poder hacerlo. Necesito largarme lejos de este lugar por un tiempo.

He decidido gastar todas mis vacaciones de golpe.

Ahora mismo estoy esperando a que Lisa aparezca con la copia de los papeles y con mi nueva tarjeta, pero la tía debe estar tomándose un café con la puta impresora, porque está tardando ocho años en volver con ambas cosas.

—Eh, Thiago —me saludan de pronto. Miro hacia la derecha y me encuentro con mis amigos—. ¿Qué haces aquí? ¿No te habías pillado unos días libres? —me pregunta Elsa.

Asiento.

—Tenía que hacer unas cosas de papeleo antes de irme. Pero en nada me voy. —O eso es al menos lo que espero.

—¿Qué tal estás, tío? ¿Te duele algo? —me pregunta ahora Oliver, mientras me pone una mano en el hombro y me mira de arriba abajo.

—Sorprendentemente, estoy perfecto…

Tay abre la boca, quizás para hacerme alguna pregunta más al respecto, cuando de pronto uno de los ascensores se abre, y todos los huéspedes que hay en la recepción se quedan en silencio.

Sentir que todo el mundo contiene la respiración de pronto nos llama la atención a cada uno de nosotros.

Nos giramos para ver qué narices ha pasado, pero, en cuanto reconozco lo que es, tengo que apartar la mirada e incluso darme la vuelta.

«No, no, no, no, no».

«No, joder».

Cierro los ojos con fuerza para intentar reprimir las ganas de ser un puto masoquista, pero…

A la mierda.

Me doy la vuelta justo para ver a Kell saliendo del ascensor vestida de novia.

Parece cohibida; todo el mundo la está mirando… En una de esas en las que hace un repaso por toda la recepción, sus ojos chocan con los míos.

Sin darme cuenta, me llevo una mano al pecho.

Dios Santo.

Está preciosa…

Y yo estoy muy jodido.

Ella comienza a caminar cuando su madre tira de su brazo, pero no separa sus ojos de los míos en ningún momento.

Las veces que soñé con verla así mientras yo la esperaba al otro lado del altar…

Las veces que soñé con poder prometerle todo con un «sí, quiero»…

Ella se muerde el labio inferior y sé que se está esforzando mucho para que sus ojos no se pongan rojos… Por esto, cuando ve peligrar el maquillaje, sus sentimientos o lo que sea, interrumpe el contacto visual y baja la mirada al suelo.

—Dios mío… ¡Qué vestidazo! —comenta Elsa, cuando ve que tres mujeres tienen que ir detrás de Kell para asegurarse de que no arrastra la cola.

Entonces, justo antes de salir del hotel, Kell me dedica la última mirada que compartiremos jamás.

No hay marcha atrás. No se puede recuperar el tiempo y tampoco las posibilidades que dejamos morir en su momento.

Todo ha acabado.

Nuestra historia ha acabado de verdad.

La mano de alguien intenta agarrar la mía para mostrar apoyo, pero la rechazo, porque no voy a demostrar que estoy tan mal.

Solo tengo que irme de aquí.

Me doy la vuelta en el mostrador y, para mi sorpresa, Lisa ya está de nuevo tras él con mis papeles listos.

No la miro ni un solo segundo a pesar de que ella tiene sus ojos clavados en mí. Es más, hasta intenta tocarme la mano, pero la aparto antes de que lo pueda hacer.

—Thiago… —me llama Elsa, pero yo niego con la cabeza.

—Estoy perfectamente —miento, claramente—. Oliver, cojo tu coche, ¿vale? Que he venido andando.

Mi amigo asiente y me lanza las llaves de su coche. Yo las atrapo en el aire y salgo del hotel con el sentimiento de querer huir muy lejos cuanto antes.

Otra vez Kell ha hecho suyo todo.

Otra vez tengo que olvidarla en otros lugares…

CAPÍTULO 40

SOLO UN «SÍ, QUIERO»

Kelly

Alan no me ha quitado el ojo de encima desde que he entrado en la iglesia. Supongo que es normal (estamos a punto de casarnos, no, estamos *casándonos,* y perdidamente enamorados, o eso se supone). A mí, sin embargo, me cuesta sostenerle la mirada después de todo lo que ha pasado. De lo que he hecho y de lo que estoy haciendo.

Nos traen las alianzas, pero a mí me parecen esposas.

Voy a hacerlo.

Estoy haciéndolo…

Me caso con Alan.

Le he dicho que no a Thiago… Se ha acabado nuestra historia.

Para siempre.

Porque yo lo he decidido.

No habrá más Thiago y Kelly. No habrá más un «nosotros». No hay más capítulos por escribir. Tenemos nuestro punto final.

—Por favor, coged los anillos y tomaos de las manos —nos pide el cura, y ambos obedecemos. Madre mía, voy a vomitar—. Kelly, ¿te presentas en esta iglesia de forma libre y voluntaria, y ante Alan, para amarlo, respetarlo y serle fiel?

Asiento. Necesito terminar con esto cuanto antes.

—Sí, me presento libremente.

—¿Prometes amarlo en la salud y en la enfermad, en la riqueza y en la pobreza hasta que la muerte os separe?

Puedo sentir la mirada de todo el mundo en mí y, en especial, la de mis amigas y la de mi madre, que debe estar acuchillándome con los ojos mientras cruza los dedos, las piernas y hasta el pelo para que no la ponga en evidencia.

¿Qué pasaría si dijera que *no* ahora mismo? ¿Qué sería de mí? ¿Qué sería capaz de hacerme mi madre? O a Thiago…

«Ya sabes la respuesta. No la pongas a prueba, Kelly*».*

—Sí. Sí, lo prometo.

—Y tú, Alan, ¿te presentas en esta iglesia de forma libre y voluntaria, y ante Kelly, para amarla, respetarla y serle fiel?

—Sí, me presento libremente.

—¿Prometes amarla en la salud y en la enfermad, en la riqueza y en la pobreza hasta que la muerte os separe?

Alan me mira en silencio durante lo que me parece una eternidad. Tarda tanto en reaccionar que hasta el cura tiene que repetir la pregunta. Mi futuro marido me mira de arriba abajo y luego sonríe con tristeza. Joder, ¿qué narices está pensando? ¿Y por qué de pronto está moviendo la cabeza de un lado hacia el otro? ¿Acaso está diciendo…?

—No.

CAPÍTULO 41

EL RESTO DE MI VIDA

Kelly

-¿Alan? —lo llamo cuando nos quedemos a solas en la sacristía tras salir casi corriendo del altar. Dios mío. ¿Me acaba de decir que *no?*—. ¿Qué ha pasado?

Él deja de andar de un lado para al otro y se da la vuelta para mirarme. Por un momento pienso que me va a decir: ¿Qué esperabas? ¿Que me fuera a casar con una infiel como tú?, pero me sorprendo al ver que sus ojos están rojos y que se está aguantando las ganas de llorar.

—Lo siento, pero no puedo hacerte esto. No puedo casarme contigo, Kelly.

Lo miro atónita.

—¿Por qué no? ¿Es por el beso que…?

—Es porque te han obligado a quererme. —Se lleva las manos a la frente y se frota la cara—. ¿Qué clase de persona se casaría con otra después de esa información? Joder, no sé en qué estaba pensando. Tendría que haberlo impedido antes…

Doy unos cuantos pasos hacia él. Le agarro del brazo cuando lo tengo delante.

—Alan, yo te quiero. Y…

Niega con la cabeza.

—No, cielo —me interrumpe—. Sé que me quieres, pero también sé que en cierta parte hoy me has dicho que *sí* para complacer y obedecer a tu madre una vez más. No puedo condenarte a vivir una

vida conmigo cuando volverlo a ver a él te ha despertado de nuevo las ganas de estar a su lado para siempre.

—Alan…

—Me lo puedes admitir, de verdad. No pasa nada. Te prometo que lo entiendo.

—Tú me quieres…

Ahora es él quien se acerca a mí. Me agarra la cara con sus manos y me la acuna con delicadeza.

—Sí, claro que te quiero. —Me acaricia los pómulos con sus pulgares—. Y por eso mismo sería hipócrita no dejarte decidir con quién quieres pasar el resto de tu vida.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si mi madre…?

—Olvídate de tu madre, Kelly. Se acabó. Ella…

Niego con la cabeza.

—Ha provocado el accidente de Thiago, Alan. Me lo ha confesado antes de venir a la boda. Me ha dicho que, como no hiciera lo que ella quería, se encargaría de sacarlo de mi vida para siempre… Puede destruir todo lo que quiera. A él, a mí, a ti…

Alan me agarra la cara con las manos.

—Yo me ocupo de tu madre. No va a volver a jugar contigo. Me encargaré personalmente de ello. Tenemos motivos para mantenerla alejada de ti. Podrías denunciarla por malos tratos, Kelly…

¿Sería capaz de denunciar a mi propia madre?

Sí.

Joder, sí.

Me quito las manos de Alan de la cara y paso a abrazarlo con fuerza.

—Lo siento muchísimo… —Los ojos se me inundan de lágrimas. Me da una pena tremenda. Es tan buena persona…—. Y gracias por decir lo que yo no he tenido el valor de decir en ningún momento…

—Tranquila, Kelly. —Frota sus manos en mi espalda—. No te preocupes más por nada. Y vete antes de que…

Su frase se queda a medias cuando la puerta de la sacristía se abre de golpe.

Entran mi madre y sus padres. Por detrás veo que también se acercan Molly y Sienna. Supongo que en este tiempo todos han estado tratando de mantener la calma de los invitados y probablemente diciendo que los nervios nos han jugado una mala pasada, que necesitamos un tiempo a solas, y que en nada regresaríamos, pero, dado que estábamos tardando demasiado, han tenido que sospechar que algo de verdad se ha torcido.

Mi madre más que nadie lo sabe.

—¡¿Me puedes explicar qué cojones es lo que acabas de decir?! —le pregunta ella, muy enfadada—. ¡¿Le has dicho que no a mi hija?! ¿¡Pero tú eres consciente de lo que acabas de hacer!?

Alan la enfrenta.

—Sí. Dejar a tu hija libre para que pueda decidir lo que hacer con su propia vida.

Los ojos de mi madre pasan de Alan a mí.

Ver en sus ojos el pánico me hace sentir con fuerzas. Sabe que ha perdido. Sabe que ya no puede hacer nada para obligarme a seguir con los planes de la boda. Ya no he sido solo yo la que se ha opuesto a sus planes. Ahora somos los dos. Y contra Alan no puede hacer nada.

Me separo de él y paso por el lado de mi madre chocándole el hombro, pero ella me retiene antes de que pueda marcharme.

Me agarra del codo.

—¿Adónde te crees que vas? Esta boda se va a celebrar. —Trata de seguir con el cuento.

—No, no se va a celebrar —zanjo, firme.

—Como cruces esa puerta, Kelly…

—¿Qué, mamá? —pregunto a la defensiva, aunque estoy tan agotada mentalmente que no le doy tiempo a contestar nada, porque quiero hablar yo. Quiero dejarle las cosas claras antes de que ella pueda abrir la boca y alargar una conversación que no va a conseguir ganar—. Olvídate de mí. Ya no soy esa niña que has manipulado y chantajeado durante todo este tiempo. ¿Sabes? Por un momento me hiciste olvidar que soy una mujer… Me hiciste olvidar

que durante todo este tiempo podría no haberte tenido. Me metiste en la cabeza que te necesitaba y que no podía alejarme de ti, pero es que sí que puedo. Puedo, porque tengo valor, decisión y coraje. Puedo, porque durante todo este tiempo de ti no he recibido nada que no sean chantajes emocionales y dolor. ¿Y sabes qué? Que eso no es lo que necesito para nada… Puedes irte a la mierda con tus maltratos. Ahora me voy a hacer algo que tendría que haber hecho desde hace mucho tiempo. Me voy a decirle a Thiago que quiero vivir el resto de mi vida con él.

CAPÍTULO 42

AQUÍ, AHORA Y CONTIGO

Kelly

—¡¿Dónde está Thiago?! —chillo, cuando al cruzar la puerta del hotel veo que sus amigos siguen en la recepción. Todos se quedan callados, mirándome atónitos—. ¡Por favor, chicos, contestad!

Elsa es la primera en salir del *shock*.

—Eh…, eh… esto… Se ha marchado.

—¡¿A dónde?!

—No lo sabemos, solo que ha cogido el coche de Oliver. ¿Quieres que le llame?

Al recordar que yo no tengo su número de teléfono, me parece una buenísima idea.

—¡Sí!

Elsa coge su móvil y poco después se lo lleva a la oreja. Sin embargo, no tarda en cortar la llamada y negar con la cabeza.

—Dice que está apagado o fuera de cobertura.

Estoy a punto de maldecir en veinte idiomas, cuando Oliver dice:

—Tengo su ubicación. Sigue en carretera.

Mira, no puedo esperar a que vuelva de donde sea. Necesito ir detrás de él ahora mismo.

—¿Alguien me prestaría su coche? —me muerdo el labio inferior, ansiosa.

Elsa comparte una mirada con su hermano, pero termina entregándome unas llaves.

—Te paso la ubicación de su móvil —me dice Oliver y, tras eso, salgo corriendo hacia el parquin del hotel, pulsando el mando de la llave hasta que doy con el coche que enciende sus luces y salgo disparada hacia la carretera.

Tras veinte minutos reconozco el Suzuki azul en el que va Thiago, y me pongo en el carril de al lado, rezando para que no venga ningún coche de frente mientras presiono el claxon para llamar su atención.

Y debo de conseguirlo, porque Thiago saca el coche de la carretera y lo detiene en la cuneta, al borde de un bosque de pinos altísimos. Lo sigo.

Nos apeamos a la vez y echo a correr hacia él, que está congelado, tratando de entender qué narices hago ahí vestida de novia en lugar de estar… en fin, casándome.

—¿Kelly? ¿Qué cojones? ¿Qué cojones está pa…?

No le doy tiempo a decir nada más, porque salto a sus brazos. Lo pillo tan desprevenido que ambos caemos sobre la nieve.

—No… No estoy entendiendo nada, Kell. ¿Ha pasado al…?

—Cállate… —digo, y luego lo beso como llevo queriendo hacerlo todo este tiempo. Sin miedo, sin angustia, con pasión, con amor, como antes lo hacía.

Él me lo devuelve sin pensárselo dos veces, porque a pesar de no estar comprendiendo nada de lo que está pasando, nunca dejaría escapar la oportunidad de besarme.

Thiago lleva sus manos a mis mejillas y me trata de acercar más a él para profundizar el beso. Nos fundimos en uno lleno de sentimientos y emociones mezcladas: nostalgia, pasión, miedo, alivio, amor, añoranza, ilusión…

Cuando nos separamos por falta de aire, le agarro la cara para que solo me mire a mí. Y antes de que pueda decirme nada de nuevo, le digo con el corazón completamente alocado lo que debería haberle dicho desde el principio.

—Lo quiero todo contigo, Thiago. Aquí, ahora y contigo. Absolutamente todo.

Él me mira atónito. Yo vuelvo a sonreír al ver su cara. Sabe de sobra lo que le estoy diciendo, pero debe sonarle demasiado bonito para ser verdad y seguramente teme estar soñando.

—¿Qué?

—Hace unos días, en el cumpleaños de Taylor, me dijiste que desearías que te dijera eso. Y te lo estoy diciendo ahora. Lo quiero todo contigo, Thiago. Ya. Aquí. Ahora. Contigo… Todo.

—Pero… ¿Qué ha pasado? ¿Por qué…?

—Alan me ha dicho que *no*. En el altar. Ha dicho que no quiere casarse conmigo.

A Thiago aquello le asombra tanto que se incorpora de un tirón en la nieve, y al hacerlo también me levanta a mí. Me quedo sentada encima de sus piernas.

—¿Cómo? ¿Alan te ha dejado?

Niego con la cabeza.

—Tan solo ha sabido decir lo que yo no me he atrevido a decir… Él…

—¿Él…?

—Me ha dejado marchar para que sea feliz con quien yo quiera. Ha aceptado y entendido que aún te siga queriendo…

—¿Lo haces de verdad?

Le miro con los ojos completamente abiertos, y luego vuelvo a tomar su cara.

—Eres mi mundo, Thiago. Es imposible que no te ame con todo mi corazón.

Sus ojos brillan como nunca cuando escucha mis palabras, pero, sobre todo, cuando se da cuenta de que he utilizado el término «amar» y no «querer».

Alan me ama a mí porque ha sabido dejarme ir a pesar del dolor que eso le pueda causar. Porque sabe que, por mucho que le quiera, nunca podré sentir lo que él siente por mí. Porque nunca podré amarle como amo a Thiago.

Ahora es Thiago quien me tumba a mí en el suelo cuando me besa con fuerza.

La nieve me empapa el vestido, pero me da igual. En ese momento no existe el frío; no existe nada que no sea Thiago.

Rompe el beso sin que yo me sienta aún satisfecha, pero su sonrisa al mirarme me lo compensa.

—¿Qué? —le pregunto cuando no me deja de mirar. Si no va a decir nada, quiero que siga besándome.

—Que eres el amor de mi vida. Y que no sabes lo feliz que me hace saber que finalmente yo soy el de la tuya.

Llevo mis manos a su nuca y entierro mis dedos en su pelo. Suelto un suspiro lleno de sentimientos nostálgicos, porque él siempre ha demostrado que lo soy todo para él y que haría cualquier cosa por tenerme a su lado, mientras que yo, aunque también lo haya pensado, no he sido capaz de demostrárselo.

—Siento no haberte podido decir todo esto antes. Siento no haber podido ser yo la que haya dicho *no* en el altar. Siento no haber tenido la valentía suficiente para elegirte desde el principio. Mereces que me haya arriesgado, Thiago, y yo he sido una cobarde que no…

Sus labios se juntan con los míos en un beso que no me espero, y no me deja decir nada más.

—No importa, Kell. No quiero disculpas. Me da igual lo que haya pasado o dejado de pasar. Estás aquí, ahora y conmigo, y eso es lo único que importa…

CAPÍTULO 43

TODOS LOS DÍAS... POR EL RESTO DE MI VIDA

Thiago

Kelly me ha pedido que no volvamos al hotel, así que he sido yo quien le ha devuelto el coche a Elsa. Luego, en el de Oliver, he conducido hasta el apartamento que mis amigos y yo tenemos alquilado para las vacaciones o para cuando nos hartamos de vivir en un hotel.

Es raro tener a Kelly aquí. Pero más raro es aún sentir que todo el dolor se ha acabado. Dentro de mí todo parece estar en calma por fin. Me parece demasiado bonito para ser real.

Cuando hemos llegado al apartamento, me ha contado todo con más calma. También lo que hizo su madre. ¿En serio pudo provocar mi accidente? ¿En serio pudo amenazar a Kelly con quitarme del medio de verdad si no hacía lo que ella quería? ¿Qué clase de loca es?

Ella está asustada por sus amenazas, pero yo no. No puede hacerme nada. No voy a permitir que se vuelva a acercar a nosotros e intente destrozarnos la vida otra vez.

Además, estoy de acuerdo con lo que le ha dicho Alan. A esa mujer hay que denunciarla por malos tratos.

Hace un rato que Kelly se ha quedado dormida en la cama. Estaba agotada por los nervios y la tensión.

La verdad es que yo también tengo ganas de dormir. De dormir junto a ella otra vez. Pero antes llamo a mi madre, como suelo hacer siempre. No le cuento nada de lo que ha pasado con Kelly. No le

conté que la volví a ver… No quería ilusionar a nadie (a mí el primero) hablando de ella con alguien.

Pero, a pesar de ello, antes de colgar digo:

—Mamá, una última cosa…

—Dime, cariño.

Hago una pequeña pausa antes de contestar.

—Voy a volver a España.

A ella se le entrecorta la respiración.

—¿De verdad? —pregunta, emocionada.

—De verdad.

—¿Pronto?

—Pronto, mamá… —contesto, porque espero que así sea. Ahora más que nunca siento que quiero volver a casa. Con ella—. Hablamos mañana. Te quiero.

—Te quiero, mi vida. Y aquí te esperamos. Con mucha ganas. Con los brazos abiertos…

—Lo sé.

—Un beso, cielo —me dice, y luego cuelga la llamada.

Apago el móvil y, antes de que me dé más pereza, me levanto del sofá.

Si llega a ser otro momento de mi vida, me habría dado igual dormir aquí, pero hoy…, hoy tengo a alguien que me espera en la cama. De nuevo. Otra vez. Como hace seis años.

Antes de irme a la habitación, me lavo las manos, los dientes y me refresco la cara. Y tras quitarme la camiseta, los zapatos y los pantalones, me meto en la cama con Kell.

Joder. Mis sábanas ya huelen a ella.

Así de fácil y rápido se apodera de todo.

Así de fácil me vuelve loco.

Paso uno de mis brazos por su cintura para pegarla a mi cuerpo, pero ella cambia de postura. Se da la vuelta, pone la cara en mi pecho, y sube una de sus piernas a mis caderas y me abraza con una mano.

Yo sonrío cuando me doy cuenta de que sigue teniendo la misma postura para dormir, y que yo estoy acorralado al borde de la cama mientras ella tiene el resto para estirar su otra pierna.

Le rodeo los hombros con mi brazo izquierdo para pegarla aún más a mí, y luego llevo mi mano derecha a su cara para apartarle un mechón de pelo de la frente y para acariciar su mejilla. Ella suspira de alivio cuando nota mi tacto y yo vuelvo a sonreír.

Joder.

La tengo entre mis brazos.

La tengo entre mis brazos, pero esta vez no será por un momento.

Luego no se irá. Luego no me dirá que su boda sigue en pie. Luego seguirá conmigo…

No sería capaz de explicar con palabras el sentimiento que tengo en el pecho. Se asemeja al alivio, pero no es eso. Es, más bien, reconstrucción. Estoy sintiendo cómo poco a poco aquel vacío que había en mi interior se está llenando. Siento cómo mi corazón va reviviendo despacio. Siento cómo dentro de mí todo vuelve a funcionar, y cómo todo empieza a tener sentido de nuevo.

No voy a perderla otra vez.

No voy a dejarla marchar.

No voy a permitir que me roben al amor de mi vida.

No, cuando yo también soy el de la suya.

No, cuando tengo esa suerte.

La beso en la frente y respiro con intensidad.

A pesar de que en todo este tiempo haya cambiado sus productos, sigue oliendo a ella.

Sigue siendo mi Kell.

Y yo sigo igual de enamorado de ella.

—Te quiero muchísimo, Kelly —digo, aunque no vaya a escucharme por estar dormida. No me importa. Lo que me importa es que puedo decírselo, y que, a partir de hoy, se lo podré decir todos los días… por el resto de mi vida.

CAPÍTULO 44

PALABRAS EN EL CORAZÓN

Thiago

Tres días más tarde, dejo a Kell a kilómetro y medio de una cafetería de Sirkka, fingiendo que el coche no podía acercarse más, para ganar tiempo. Pero seguramente no tenga más de diez minutos.

La persona a la que Kell (y yo) hemos venido a ver está justo al lado de una de las ventanas. Bien, así podré vigilar si llega Kell.

Cuando me siento en la silla libre, su ocupante se queda un poco confundido al verme.

—Vaya…Esto, hola. ¿Qué…? ¿Ha pasado algo? ¿Kelly no puede venir?

Sacudo la cabeza.

—No, Alan —contesto—. Ella está al caer, pero… antes de que hable contigo, me gustaría darte las… gracias. Gracias por… todo. Por no enfadarte con ella cuando te contó lo nuestro. Por ayudarla a separarse de la vida que la obligaban a tener. Por entenderlo. Por quererla. Por haberla cuidado estos años.

Él me mira en silencio durante unos largos segundos, frunciendo los labios antes de contestarme.

—La quiero.

—Lo sé. Es difícil no quererla.

—Habría sido muy egoísta por mi parte no haberla dejado marchar después de enterarme de todo.

—No, Alan. Sinceramente, estás en todo tu derecho de quererla en tu vida a pesar de todo.

Él agacha la mirada y la centra en la taza de café que tiene delante. Comienza a girarla distraídamente mientras suelta una respiración lenta y profunda.

—Es obvio que estáis hechos el uno para el otro, y yo… no podía interferir en eso. Estos últimos años han sido los mejores de mi vida, y sin duda me espera una etapa dura, pero no hace falta que te disculpes ni que me des las gracias por nada, Thiago. Estoy feliz por ella.

Nunca pensé que podría decir esto, pero me siento muy mal por Alan. Por un momento me veo reflejado en él. Veo en sus ojos el dolor de perderla. El dolor de no ser el hombre de su vida. El dolor de no volver a verla…

Que él la pierda no es culpa mía, porque, quizás, si Kelly nunca se hubiera marchado de Ribadeo, nunca la habría conocido. Que hoy se despida del amor de su vida no es culpa de ninguno de los dos. Sin embargo, algo dentro de mí se siente culpable.

—Eres un buen tío, Alan. Y dejaría marchar a Kelly contigo si su decisión fuera esa. Podrías haberla hecho feliz. Sé que encontrarás a alguien a quien querer como ahora la quieres a ella.

Él me sonríe con cierta nostalgia.

—Gracias, Thiago.

Al otro lado de la ventana, una chica con un gorro de lana de color rosa se está acercando.

—Puedes seguir en su vida si ella quiere y si tú quieres. Pero, por si acaso, dile todo lo que lleves dentro ahora. No te recomiendo la angustia de quedarte con palabras en el corazón. —Me levanto de la silla cuando veo que ella está a punto de entrar. Le extiendo mi mano y él me la estrecha—. Gracias, Alan. Te deseo lo mejor.

CAPÍTULO 45

NI CON EL SILENCIO, LA DISTANCIA O LAS VUELTAS DE LA VIDA

Kelly

Suspiro de alivio cuando me envuelve el calor de la cafetería. Al verme, Alan me dedica una sonrisa tímida y hace el amago de levantarse para separar mi silla de la mesa, como suele hacer, pero le indico con la mano que no hace falta.

—Hola… —le saludo.

Tiene los ojos brillantes, las ojeras muy marcadas y la barba algo más desarreglada que de costumbre, pero huele bien, como siempre. Huele a Alan.

—Hola, Kelly. ¿Qué quieres tomar?

—Eh… —Miro rápidamente la carta que tengo delante—. Un café bombón —decido, porque necesito azúcar.

Alan sonríe y luego levanta la mano para llamar a un camarero y pedir.

—¿Qué tal estás? —me pregunta al cabo de unos segundos.

—Bien… Ya mucho más tranquila con todo. ¿Y tú? ¿Al final te marchas hoy?

Alan asiente.

—Sí. En una hora debo estar en el aeropuerto —dice, y me doy cuenta de que al lado de su silla tiene su equipaje.

Me alegro de quedarme aquí con Thiago unos días más para decidir qué hacer juntos, pero se me hace un nudo en la garganta de todos modos. Por Alan, y también por nuestro pasado. Inevitablemente, pienso en nosotros en nuestra casa y en la última

vez que salí de ahí para venir aquí sin saber cómo iba a cambiar mi vida en dos semanas… Imaginármelo volviendo solo a nuestra casa, mientras recuerda que ese hogar también fue el mío durante cinco años…

¿Quién le iba a decir a él cuando salió para venir aquí para casarse, que volvería antes de lo previsto y… sin mí?

Me sigo sintiendo mal por él.

Mal, porque sé que me quiere muchísimo.

Mal, porque no se merece esto…

Alargo mi mano para agarrar la suya encima de la mesa.

—Lo siento muchísimo, Alan…

Él aprieta mi mano.

—No, Kelly. No te vuelvas a disculpar otra vez. Estoy bien, porque sé que tú vas a estar bien.

—Me puedes tener rencor si quieres. Me lo merezco, Alan, yo te he sido infi…

Él me interrumpe.

—No. Para. Créeme que entiendo todo. Independientemente de lo que sintieras e hicieras estando comprometida conmigo, sé que nunca lo habrías hecho si esa persona que apareció en tu vida no hubiera sido Thiago. No sé qué podrá pensar el resto de la gente, Kelly, pero yo veo humano lo que hiciste.

Yo niego con la cabeza, alucinada.

—¿Cómo puedes verlo así?

—Porque sé que estás enamorada de él. Porque, aunque estuvieras conmigo, sé que seguías amándolo. Porque lo que te obligan a dejar de querer es imposible de olvidar…

Tenemos que separar nuestras manos cuando el camarero aparece con mi café y lo deja en la mesa.

Cuando se marcha, vuelvo a hablar.

—Eres la persona con el corazón más abierto y grande que conozco, Alan. De verdad que agradezco que todo lo que ha ocurrido haya sido a tu lado. No todo el mundo se habría tomado la situación como tú. Eres una muy buena persona…

Él me sonríe con melancolía.

—Kelly, de verdad que estoy feliz por ti. No te voy a mentir y decir que esto es fácil para mí, porque no lo es… Tú para mí sí que eres la mujer de mi vida, pero…

Deja la frase en el aire y pierde la mirada en algún punto de la mesa.

Aparto la taza de café para poder agarrarle la mano de nuevo. Él me mira cuando lo hago.

—Vas a poder encontrar a alguien que te dé todo lo que yo no te he podido dar, Alan. Encontrarás a tu persona, estoy segura.

—Quizás…

—Lo vas a hacer. Lo vas a hacer porque eres un buen hombre. Porque tienes mucho que ofrecer. Porque mereces que te amen como tú amas. Porque tienes un buen corazón. Que me dejes marchar con el amor de vida cuando he estado a punto de casarme contigo lo demuestra. Demuestra que sabes sacrificarte por lo que quieres. Demuestra que entiendes que el destino es caprichoso.

—Lo es… —Sonríe ahora de medio lado—. La verdad es que lo vuestro me ha hecho pensar mucho en que es imposible que las casualidades existan. Todo ha estado tan milimétricamente escrito, que es imposible que os encontrarais en vano, Kelly. Que eso sea así me deja tranquilo, porque sé que no te estoy perdiendo, sino que te estoy dejando marchar para que puedas escribir tu verdadera historia. Está claro que yo no formo parte de ella. Si venir a Finlandia es la consecuencia de que puedas escribir el final que siempre has querido y que te mereces, me marcho tranquilo.

Se me humedecen los ojos, porque siento que no me lo merezco. Ni sus palabras, ni su empatía, ni tampoco a él.

Se merece a alguien que sí pueda y sepa amarlo como se merece. De la misma manera en la que él demuestra que me quiere al dejarme marchar con Thiago sin reprocharme nada.

—No quiero que esto sea un adiós para siempre, Alan. Podemos seguir en contacto. Cada uno hará su vida, pero no me importa para nada tenerte como amigo. Sé que quizás para ti eso es más

complicado y lo entiendo perfectamente, pero tanto yo como mi teléfono van a estar para ti si tú quieres.

Él asiente y luego se lleva mi mano a los labios para dejarme un beso dulce y reconfortante en el dorso.

—Muchas gracias, Kelly. Tan solo… necesito un poco de tiempo.

—Independientemente de todo el que necesites, voy a estar, Alan.

Sus ojos se tiñen de rojo y su barbilla tiembla un poco.

—Gracias por estos cinco años. Para mí, han sido los mejores —me confiesa.

Ahora soy yo quien agarra sus manos con fuerza.

—Te he querido y te quiero, Alan. No pienses que he estado fingiendo. Quererte ha sido fácil. Has sido lo mejor de estos últimos años, te lo juro…

Él asiente con la cabeza, porque sabe que es verdad.

Le he querido.

Quizás Alan ha sido lo único a lo que he sabido querer durante estos años.

—Espero de corazón que seas muy feliz, Kelly. Te mereces serlo al fin.

—Y yo también espero de corazón que encuentres a esa chica que sea capaz de ofrecerte lo mismo que tú das.

Y es, tras esas palabras, que nos fundimos en un verdadero abrazo de despedida.

Él también se merece ser feliz. Se merece que le digan que lo aman. Se merece que le correspondan a todo lo que él ofrece.

Nos tomamos nuestro último café juntos mientras hablamos de la suspensión de la boda. Siento un poco de vergüenza al saber que ha sido él el que ha tenido que calmar las aguas porque yo no podía acercarme al hotel, a las miradas de la gente y, sobre todo, a mi madre.

La mayoría de los invitados se han enfadado por todo el dinero perdido, pero me da igual. No cambiaría por nada ni nadie el motivo por el que esa boda no se ha celebrado. Y aunque sus padres

también se hayan quedado algo resentidos con lo que ha sucedido, ellos sí que le han terminado apoyando después de contarles todo…

Cuando nos terminamos el café, lo acompaño afuera hasta que el taxi que ha contratado viene para llevarlo al aeropuerto.

Se marcha, pero por primera vez siento que no estoy diciendo un *adiós,* sino un *hasta luego*. No sé cuándo, pero sé que volveremos a encontrarnos, y entonces ambos tendremos nuestras vidas agarradas con ambas dos manos, y podremos confesar que fuimos un paréntesis el uno para el otro. Uno especial.

Porque a veces tiene que haberlos. Porque los puntos y aparte existen.

Porque ni con el silencio, ni con la distancia, ni con las vueltas de la vida, las almas que están destinadas a estar juntas son capaces de soltarse…

CAPÍTULO 46

VOLVER A CASA

Thiago

Siento alivio al ver que Kell vuelve al coche con una expresión que no se podría considerar alegre, pero tampoco triste.

Simplemente vuelve.

Vuelve melancólica por haberse despedido del hombre con el que ha compartido los últimos años de su vida, pero a la vez vuelve feliz por poder pasar el resto de su vida a mi lado.

Su sonrisa cuando nuestros ojos conectan es la prueba irrefutable de que está contenta con la decisión que ha tomado.

—Hola… —me saluda cuando se sube al coche.

—Hola. ¿Qué tal ha ido? ¿Estás bien, Kell?

—Me he quedado muy tranquila, la verdad —reconoce—. Alan… ha vuelto a ser muy comprensivo. Me marcho de su vida con el corazón tranquilo.

Yo sonrío de medio lado y luego llevo la mano que tengo en la palanca de cambios a su mejilla. Le acaricio el pómulo con el dedo pulgar un par de veces antes de dejarle un beso rápido en los labios.

—Me alegro. Es un buen tío. Estoy seguro de que encontrará a alguien que sepa hacerlo feliz.

Kell asiente.

—Yo también… —Ahora es ella quien lleva sus manos a mi cara y quien me besa—. Te quiero, Thiago. No me arrepiento de nada. No me arrepiento de haberte elegido, ni tampoco de nada de lo que ha pasado en las últimas dos semanas. Siento que todo lo que ha

pasado tenía que ocurrir así para darme cuenta de que sin ti no sabía vivir.

Me acaba de acelerar el corazón como nunca.

Con la mano que aún tengo en su cara, la atraigo hacia mí para besarla.

Besa como siempre. Como recuerdo. Como he soñado. Como he echado de menos.

—Tengo una sorpresa para ti —le digo junto a sus labios cuando rompemos el beso por falta de aire—. Creo que te ayudará a desconectar un poco.

—Ah, ¿sí? ¿A dónde vamos? —quiere saber, curiosa.

—Eso no te lo puedo decir —contesto mientras llevo una de mis manos al bolsillo trasero de mi pantalón.

—¿Vas a volver a secuestrarme?

Arqueo una ceja.

—Después de lo hoy, estoy seguro de que tú misma no querrás marcharte.

Ella sonríe.

—Me gusta tu confianza.

—¿Solo mi confianza?

—Tú entero —dice, y me quita la venda de la mano para ponérsela ella misma en los ojos.

El viaje es algo largo, así que, como no podía ser de otra forma, Kelly se queda dormida en el trayecto.

La verdad es que me viene bastante bien, porque así me aseguro de que no hace trampas al quitarse la venda, mientras yo voy a un sitio a registrarnos.

Cuando vuelvo, abro la puerta del copiloto y la despierto. Hago que se baje del coche aún con el antifaz y la guío por la nieve de la misma forma. Ella, en el camino, no para de preguntarme si ya puede quitarse el antifaz de los ojos o qué es lo que he preparado.

Es auténticamente impaciente.

Para su suerte, pronto le doy luz verde.

—Ya puedes mirar —indico, cuando llegamos, y le quito el antifaz.

Ella abre los ojos y mira a su alrededor.

Se lleva una mano a la boca, asombrada, cuando ha dado una vuelta sobre sí misma para verlo todo.

—Dios mío. ¿Esto son las habitaciones? —pregunta mientras señala los iglús que nos rodean.

—Lo son —contesto con una sonrisa por su expresión.

—¿Vamos a pasar la noche aquí?

—Así es.

Ella vuelve a mirar a su alrededor tras mi respuesta, porque creo que no puede creerse que lo vayamos a hacer. Hay un montón de iglús y estamos rodeados de pinos nevados y montañas de nieve. El sol se está poniendo, y ahora mismo se está tintando de un color entre rosa, morado y naranja. Un cielo que en nada estará adornado con estrellas y, espero, con algo más.

—¡Esto es precioso! —exclama, y luego me da un beso rápido, pero profundo, en los labios—. ¡Venga, vamos a entrar!

Estamos en Saariselkä, un pueblo de Finlandia, y en un hotel perdido en la mano de Dios, donde duermes mientras tienes el cielo estrellado de Laponia encima, y completamente a la vista.

Sabía que a Kell iba a gustarle.

Cuando entramos en la pequeña habitación, se pone a cotillear todo como si fuera una niña pequeña. Yo sonrío al ver su ilusión ante cualquier cosa nueva que descubre sobre el iglú, y consigue convencerme para que me ponga a revolver todo junto a ella. Es bastante pequeño, pero hay lo necesario para pasar un par de noches: una cama doble con una claraboya para dormir viendo el cielo, un baño, un armario y una minúscula sala de estar.

Cuando Kell considera que ya ha investigado todo lo necesario sobre la habitación, se pone conmigo a decidir qué pedimos para cenar, y, mientras lo hacemos, el cielo cada vez se oscurece más.

Después de cenar, nos tumbamos en la cama y nos ponemos a mirar las estrellas en silencio, con la ayuda de un folleto —que Kell ha encontrado sobre la cama— que explica cómo distinguir las constelaciones.

—Esto es lo más bonito que he visto en mi vida, Thiago —dice, sin separar los ojos del cielo—. ¿Tú no?

—No.

—¿Cómo que no? ¿Qué has visto más bonito que esto?

Yo sonrío de lado.

—A ti.

A Kell se le encienden las mejillas, pero trata de disimularlo poniendo los ojos en blanco, y luego dándome con una almohada en la cara.

—Relájate un poco, anda…

Me quito la almohada de la cabeza y luego le paso un brazo por la cintura para que se tumbe encima de mí.

Nos quedamos mirándonos a los ojos durante unos largos segundos en silencio, hasta que Kell lo llena con una pregunta mientras juega con mi pelo.

—¿Qué vamos a hacer, Thiago?

—¿A qué te refieres?

—A nosotros. A nuestro futuro. ¿Qué vamos a hacer a partir de ahora?

Yo lleno mis pulmones de aire.

—Me gustaría volver a España. En el fondo, siempre he echado de menos Galicia, pero me recordaba demasiado a ti y no me sentía con la valentía suficiente para volver. Aunque ahora es diferente… ¿Tú querrías volver?

Ella se queda pensando bastante tiempo, pero termina asintiendo.

—Sí, la verdad es que sí… ¿Pero qué pasa con mi vida en Londres, mi trabajo, mis amigos, tus amigos y tu vida aquí?

Desvío la mirada un segundo.

—No lo sé, Kell, pero lo que sí sé es que me gustaría volver a casa. Quiero volver a vivir cerca de mis padres un tiempo. Vivir tranquilo, sin frío, en paz, con ellos, contigo…

Ella me toma la cara y me acaricia los pómulos con los dedos.

Se queda pensativa mientras me mira. Parece como si se estuviera imaginando dejar atrás su vida en Londres y todas esas

cosas que la preocupan, y se visualizara en esa vida que quiero recuperar.

Me lo confirma cuando dice:

—Yo también, Thiago. Yo también quiero volver a casa contigo.

CAPÍTULO 47

EL MUNDO EN LAS MANOS

Kelly

Tras darle esa respuesta, Thiago me besa. Y, en ese momento, todo vuelve a detenerse.

No tenemos preocupaciones. No tenemos un pasado. No tenemos nada que no sea el uno al otro en ese instante.

Esa sensación me da tanta paz, que sería capaz de morir tranquila ahora mismo. Porque estoy donde siempre he querido estar: con él.

Thiago mete sus manos por debajo de mi jersey cuando yo profundizo el beso en busca de más. Quiero sentirlo por completo. Lo quiero todo de él aquí y ahora.

Detengo el beso, porque mis pulmones exigen aire, pero antes de seguir besándolo por su cuello, lo miro y luego sonrío. Le estoy besando porque puedo y porque quiero. Porque es mío. Porque está conmigo.

—Kell…, si empezamos con esto, creo que luego no voy a poder parar.

—¿Y por qué deberíamos parar?

Thiago, después de esta pregunta, hace que demos vuelta en la cama para que ahora quede debajo de él. Me aletean mariposas en el estómago cuando vuelvo a sentir lo que es tenerlo encima de mí.

Mis manos se van a su espalda, y poco a poco le voy subiendo el jersey para que se lo quite. Se separa un poco de mí para hacerlo, y luego me saca el mío.

Thiago traga saliva, nervioso al verme en sujetador después de tanto tiempo. Le agarro de los hombros para que reaccione y continúe besándome.

Vuelve a besar mi cuello y, como ahora no tiene nada que le interrumpa el paso, va bajando los besos por mi clavícula, por el torso, el abdomen…

El corazón se me acelera cuando comienza a desabrocharme el pantalón. Me lo quito con su ayuda y, después, comienzo a hacer lo propio con el suyo. Me muerdo el interior de las mejillas cuando se queda en ropa interior.

Tras observarlo con los ojos llenos de excitación, le rodeo las caderas con las piernas y lo atraigo a mí para volver a besarlo.

Thiago está ardiendo. Igual que yo.

—Kell…

—¿Qué?

—Me vas a… matar, pero… no he traído condones.

—No pasa nada, tomo anticonceptivos. ¿Lo has hecho alguna vez sin condón?

Él contesta con decisión.

—No, nunca. Te lo juro.

Le creo.

—Entonces, no pasa nada. Alan está limpio, te lo prometo.

Thiago asiente con la cabeza y, cuando veo que quiere seguir con la idea de ir hacia delante, me quito yo misma el sujetador. Sonrío divertida al ver su expresión al mirarme los pechos. Por un momento vuelvo a ver al Thiago de dieciséis años. El que se ponía terriblemente nervioso cada vez que me veía o recordaba desnuda.

Aunque, bueno, mucha diferencia no es que haya con el de ahora…

—Si quieres, te regalo una foto por tu cumpleaños, pero ahora mismo piden tu atención, Thiago.

Traga saliva con fuerza y escucho cómo murmura un «joder» antes de agacharse para…

Agarro el pelo de su cabeza cuando siento su lengua chuparme los pezones.

Mierda…

Contengo un gemido al sentir que comienza a bajar su lengua por mi abdomen, pero, antes de que pueda disfrutar de la sensación, se detiene.

Lo miro confundida mientras se levanta de la cama. Sin embargo, mis dudas se esfuman cuando me agarra de los tobillos para arrastrarme hasta el borde del colchón antes de arrodillarse en el suelo frente a mí.

—¿Te apetece?

Yo asiento repetidas veces mientras siento contracciones ahí abajo de pura expectación.

—¿Segura?

—Absolutamente —contesto en un jadeo, mientras muevo las caderas. Lo quiero. Lo necesito.

Thiago asiente con la cabeza. Luego me deja un beso en la rodilla derecha y dice:

—Pues abre las piernas para mí, Kell.

Cuando obedezco, Thiago suelta un suspiro que me deja entender que está excitado, pero también nervioso. Me quita las bragas y me agarra los muslos para que abra más las piernas y las apoye en sus hombros.

Me llevo una mano a la boca cuando siento su lengua.

Dios, Dios, Dios…

Jadeo como nunca mientras Thiago va haciendo cosas nuevas con su boca. Vuelvo a ser la chica de dieciséis a la que le hicieron esto por primera vez. Creo que no tardo más de dos minutos en sentir que no puedo más.

—Thiago, Thiago, Thiago… —Le sujeto la cara con mis manos para que se detenga, porque me va a dar algo—. Joder, creo que me voy a correr y me niego a que sea tan rápido.

Thiago me mira con diversión.

—¿Eso significa que me has echado de menos? —me vacila con una sonrisa torcida muy atractiva.

Lo fulmino con la mirada, a pesar de que tenga razón. Sí que le he echado de menos, pero, joder, si estoy tan excitada también es porque lo hace demasiado bien.

—¿Te acuerdas de lo que te decía tu madre en las comidas cuando te hacías el chulo presumiendo de tus dotes de deportista?

—Que comiera y callara.

—Pues eso. Come y calla.

Se ríe de forma ronca muy cerca de mi coño, y aquello me pone los pelos de punta y me contrae los músculos.

Vuelve a su cometido enseguida, y mientras yo me concentro en sentir placer, él hace maravillas con la boca.

Sí que ha mejorado. Y mucho. Mientras mueve la lengua, se ayuda con los dedos para que todo sea mucho más intenso. Sentir su pelo, sus manos grandes, su respiración, oír sus comentarios sobre lo mucho que le gusta hacerme esto, oler su perfume y notar su calor… No tardo en perder el control y en correrme en su boca y en sus dedos.

—Eso es, muy bien… ¿Vas a correrte igual con mi polla, Kell?

Yo me muerdo el labio inferior con fuerza. No suele gustarme la cháchara guarra durante el sexo, pero viniendo de él… Dios, me pone muy cachonda. Sobre todo porque, sí, me muero por correrme con su polla.

—Si lo haces igual de bien que con los dedos, supongo que sí… —contesto entre jadeos.

Se quita los calzoncillos con la mano que tiene libre, porque aún tiene los dedos de la otra en mi interior.

Cuando lo veo completamente desnudo, es abrumador.

Thiago saca sus dedos de mi coño y los lleva a su polla para lubricarse con el producto de mi excitación. Lo repite tres veces. Me vuelve loca verlo.

—Eso podría haberlo hecho yo.

—Lo sé, pero si quiero follarte como tengo pensado, no puedo caer en tentaciones primero. Si me la chupas ahora voy a querer que me lo hagas durante toda la noche, Kell.

Yo me encojo de hombros.

—Pues por ti no me importaría.

—Quiero que follemos primero —concluye—. Te dejo elegir postura.

Yo sonrío.

—Qué generoso, pero prefiero que me sorprendas.

Thiago asiente, y, antes de hacer cualquier cosa, se acerca a mi cara para dejarme un beso rápido en los labios.

—Será un placer, mi amor —me susurra, y acto seguido agarra mis tobillos y me da la vuelta en la cama para ponerme en cuatro.

Me muerdo el labio inferior cuando lo siento detrás de mí. Cuando siento su calor, su tamaño, su presencia…

Abro las piernas un poco más para mayor estabilidad, y Thiago suspira excitado. Puedo notar cómo me observa. Cómo en su mente ocurre una película a cámara rápida de lo que tiene pensando hacerme.

Agarro con fuerza las sábanas cuando desliza su polla de arriba abajo, pero sin llegar a penetrarme.

Me está volviendo loca.

—Thiago, te necesito ya —exijo.

Él, tras esa orden, no se hace mucho más de rogar.

Se adentra en mí con lentitud. Cierro los ojos mientras mi cuerpo se va acostumbrado a tenerlo dentro. Mientras noto lo completa que me siento con él en mi interior.

Ambos soltamos un gemido de placer cuando sentimos que somos uno.

—Dios, Kell, te he echado tanto de menos…

—Thiago… Yo también te he echado de menos.

Él aumenta el ritmo y yo siento que me voy a volver loca cuando cuela una de sus manos para comenzar a acariciarme el clítoris.

—Córrete, Kell —me pide al cabo de unos minutos sin dejar de masturbarme y follarme a la vez—. Córrete de nuevo en mí.

—Ponte encima —le pido. Quiero correrme mirándolo a los ojos.

Thiago sale de mi interior para obedecerme. Me tumbo de espaldas y abro las piernas para que coloque sus caderas contra las mías, y sin mediar palabra, vuelve a adentrarse en mí.

Le rodeo la cintura con las piernas y él me sujeta las muñecas contra el colchón. Junta su frente con la mía y nuestros jadeos se mezclan hasta que llega un punto en el que es imposible saber a quién le corresponde cada uno.

Miro sus ojos verdes durante mucho rato, y es entonces cuando me doy cuenta de que por un momento siento que el tiempo no ha pasado. Que tan solo volvemos a ser dos adolescentes que se quieren con locura. Que no hemos tenido que vivir seis años separados. Seis años a medias.

—Eres el amor de mi vida —le digo, y él me deja un beso en los labios.

Cuando se separa, mis ojos dan con el cielo.

El corazón me da un vuelco cuando veo que tenemos una aurora boreal justo encima, pero más aún cuando veo que esa aurora tiene un toque amarillo.

Thiago y yo estamos haciendo el amor después de mucho tiempo. Lo he elegido y él ha demostrado que, a pesar del dolor, del rencor y del pasado, todo sigue mereciendo la pena conmigo. Que me quiere. Que nunca ha dejado de hacerlo.

—Kell…

—Dime…

—Cásate conmigo.

Dejo de mirar al cielo para mirarlo a él.

—¿Lo dices en serio?

Thiago asiente.

—Casémonos en Ribadeo, en el jardín de mi casa, en primavera…

Se me para el corazón solo de imaginarlo.

Quiero hacerlo. Claro que quiero casarme con él. Sin pensarlo, sin dolores de cabeza, sin expectativas.

Con el amor de mi vida.

—Vale. Nos casamos.

Thiago ralentiza un poco el ritmo de sus caderas, pero sin llegar a detenerse.

—¿De verdad?

—De verdad.

Él sonríe y luego me besa.

—Y tengamos niños.

Yo suelto una carcajada.

—Paso a paso, Vázquez.

Él se ríe.

—Lo quiero todo contigo, Kell. Aquí, ahora y contigo.

—Yo también, Thiago… Quiero el maldito mundo ahora mismo, porque tú estás en él y a mi lado.

—Pues déjame entregártelo, Kelly. Déjame entregarte el mundo entero.

CAPÍTULO 48

INSUPERABLE

Kelly

-¿Estás lista, Kell?

La pregunta de Thiago me retumba mientras miro por la ventanilla del taxi.

Tenemos que bajarnos ya.

Le hemos pagado al taxista y nos mira por el espejo retrovisor con algo de impaciencia.

Aunque no esté lista, su mirada penetrante me hace reaccionar. Me desabrocho el cinturón, asiento, y tomo la manilla de la puerta para salir.

Tras hacer eso, tanto Thiago como el conductor reaccionan y se bajan del coche.

Nos acercamos al maletero. El taxista lo abre y saca nuestro equipaje. Luego, se sube en el coche y se marcha bastante rápido.

Thiago se cuelga todo lo que puede a los hombros y luego agarra mi maleta.

—¿Vamos? —me pregunta de nuevo, pero yo no le contesto. Mantengo la mirada en las dos casas que tengo delante.

No sé si puedo.

No sé si podré entrar.

Si podré verlo.

Si podré verlos…

Por el rabillo del ojo veo que Thiago vuelve a soltar todo el equipaje cuando me ve petrificada.

No tarda en ponerse frente a mí y tomarme la cara con las manos.

—¿Qué pasa, Kell? Cuéntamelo.

Trago saliva e intento tranquilizar mi corazón. Lo miro a los ojos en el proceso y también cuando hablo.

—Pues que…, no sé…, que… tus padres no saben que vengo, Thiago. Tu madre me odiará por haberte hecho sufrir. ¿Y si no le sienta bien que volvamos a estar juntos? ¿Y si no quiere que entre en su casa? ¿Y si…?

Thiago me interrumpe.

—Para, para, para… Mi madre no te odia, Kelly. Nunca te ha odiado.

—¿De verdad? ¿Crees que me va a recibir bien?

Thiago sonríe ligeramente y me acaricia los pómulos con la yema de los dedos. Por último, me da un beso tierno en los labios.

—A ti te reciben bien en todos lados.

Consigue hacerme sonreír. Thiago también lo hace y me pellizca la cintura en un intento de relajarme. Luego, vuelve a coger todo el equipaje y me extiende su mano cuando me ve lista.

Se la acepto. Y juntos cruzamos la carretera de tierra y arena que separa nuestras casas de un descampado lleno de arbustos y hierbajos.

Nos adentramos en su jardín delantero, lo atravesamos, subimos las escaleras del porche, y llamamos a la puerta.

Comienzo a sentirme nerviosa. Como he dicho, sus padres no saben que he venido con Thiago. No saben nada de lo que ha pasado. No saben que volvemos a estar juntos…

Me parece muy violento que de pronto aparezca sin haberles contado nada…

Cuando escucho que la puerta comienza a abrirse, doy un paso hacia atrás y me escondo un poco detrás de Thiago.

No me siento preparada para ver la cara de su madre de golpe.

Soy una cobarde, lo sé.

—¡Thiago, cariño mío! —exclama Sabela cuando ve a su hijo. Luego, no tarda en abrazarlo y en besarlo tropecientas veces mientras le dice cuánto le ha echado de menos y la falta que le ha hecho.

Que haya echado de menos a su hijo es culpa mía…

Si yo no me hubiese ido, él no se habría marchado de Ribadeo. Thiago nunca se habría ido de este lugar.

«Para, Kelly. Ya ha pasado…».

—¡Antón, ven, el niño ya está en casa, por fin ha…! —su frase se queda en el aire cuando sus ojos finalmente se posan en mí. Comienza a ponerse blanca cuando me reconoce. Parece que acaba de ver un fantasma—. ¿Kelly?

Se me forma un nudo en la garganta. Pierdo la voz por completo.

Solo puedo asentir.

Ambas nos quedamos mirándonos durante unos segundos que me parecen años. Ella, tratando de entender por qué narices estoy en la puerta de su casa junto a su hijo después de seis años, y yo, tratando de intentar que no le siente mal que esté aquí.

—Mamá, tengo mucho que contarte. Kelly y yo nos…

Las palabras de Thiago se pierden en el aire por la sorpresa cuando Sabela sale disparada hacia mí.

Me da un abrazo que no me espero en absoluto. Me abraza de una forma que nunca pensé que pudiera hacerlo. No cuando fui la que le destrozó el corazón a su hijo.

—Sabía que volverías —me dice al oído—. Sabía que lo harías… Nunca he dejado de creer en ello. —Se separa de mí, me agarra los brazos y me mira de arriba abajo con una sonrisa emotiva. Luego, mira a su hijo y le chilla: —¡Thiago Vázquez García!, ¿¡por qué no me has dicho que volvías acompañado de Kelly!? ¿¡Desde cuándo me llevas ocultando que estáis de nuevo juntos!? ¿¡Desde cuándo me ocultas cosas, eh!?

Él trata de esconder una sonrisa divertida.

—Mamá, te sorprendería todo lo que ha pasado en las últimas tres semanas. Todo ha cambiado en veintiún días. No llevo meses

ocultándote nada, te lo juro.

Su madre va a replicarle, cuando por la puerta aparece su padre junto a… Rocco, su perro. En cuanto el animal ve a Thiago, se tira encima de él, que lo recibe con los brazos abiertos y le regala un montón de caricias. Luego, me mira a mí con cierta duda, pero creo que, de alguna forma, termina recordándome, porque también me saluda subiendo sus patas delanteras a mi pecho.

Su padre se queda igual de confuso cuando me ve con su hijo, y tanto Sabela como Antón nos piden explicaciones rápido. Bueno, más Sabela que Antón…

Nos preparan una merienda, y Thiago y yo nos morimos de placer al volver a probar la comida española. La comida de casa. Con la que hemos crecido.

Merendamos los cuatro juntos mientras les contamos todo lo que ha pasado estas semanas. Que nos reencontramos, que yo estaba a punto de casarme, que salí corriendo, que nunca nos hemos olvidado, que estamos destinados…

Se nos alarga tanto la conversación que juntamos la merienda con la cena.

Sabela no puede estar más alucinada con la historia y nos exige hasta el último detalle de todo lo que hemos hecho. También me pide que le cuente lo que ha sido de mi vida estos seis años, y lo que ha pasado al final con mi familia.

Y, como Thiago me dijo, ella no siente rencor hacia mí.

Dejamos la conversación como a la una de la mañana. Thiago y yo, aunque estemos agotados, decidimos salir al jardín de su casa antes de irnos a la cama.

—Hay gente viviendo en mi casa… —le digo cuando veo encendidas las luces del porche de la que fue mi casa durante tanto tiempo…

Aunque lleve seis años sin preocuparme por ella, ahora que sé que hay alguien pasando sus días y noches en mi cuarto, en mi salón, en mi cocina…, me hace sentir un tanto extraña.

He crecido en esa casa. He vivido mucho ahí dentro. Me marché, de la que fue mi habitación, rota. Siento que, de alguna forma, están invadiendo el espacio y los sentimientos de mi yo de diecinueve. Aquella que no se quería marchar de este lugar… Aquella niña a la que le robaron tanto…

Thiago me pasa el brazo por los hombros y me deja un beso en la cabeza.

—Mi madre dice que ahora vive ahí un matrimonio alemán con dos niños pequeños. Llevan un par de años.

Sigo a Thiago por el jardín hasta que llegamos a un lugar en el que decide sentarse y tumbarse bocarriba.

De momento, solo me siento.

—¿Es normal que sienta… nostalgia por saber que hay alguien viviendo en la que fue mi casa, aunque compartiera techo con una… loca?

Thiago me mira. Cuando ve que estoy melancólica, se sienta en el césped a mi lado.

—Claro que es normal, Kell. Has crecido ahí. Has vivido mucho entre esas cuatro paredes. *Hemos* vivido mucho.

El *hemos* es importante, porque principalmente me vienen recuerdos de nosotros en mi habitación.

—Quiero mi casa…

Thiago me agarra la mano, me la besa, y luego me empuja hacia él para abrazarme.

—Si tú la quieres, yo te la consigo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo?

Thiago se encoge de hombros.

—Ya se me ocurrirá algo. Pero planeo que vivamos ahí juntos. Tu casa será la nuestra en un futuro, Kelly, te lo prometo.

Tras esas palabras, ambos nos tiramos en el césped y miramos al cielo. No se ven tantas estrellas como en Finlandia, pero se siguen viendo bastantes.

Respiro con fuerza. Huele a Ribadeo. Huele a noches de primavera y verano con Thiago. Huele a paz.

Apoyo mi cabeza en su pecho y él me da un abrazo.

—Tenemos muchas cosas que contarnos —dejo caer, y con ello también rompo el silencio.

—Tienes razón —reconoce. Ambos queremos saber todo lo que nos hemos perdido del otro—. ¿Qué quieres que te cuente, Kell?

No me detengo demasiado a pensar, porque tengo las preguntas muy claras.

—Podrías empezar por contarme cómo tomaste la decisión de irte a Laponia, y cómo es que aprendiste a esquiar en tan poco tiempo.

Él me contesta al instante.

—Roi me invitó a esquiar con él, su hermano y unos amigos suyos meses después de que te marcharas, para que despejara la mente intentando aprender un deporte nuevo. Nos fuimos a Jaca, en Huesca. Estuvimos ahí una semana. Me lo pasé bien. Aprendí rápido y descubrí que esquiando dejaba la mente en blanco, cosa que con el surf ya no me pasaba. Escogí Laponia al azar, la verdad. Fue el primer destino que me salió cuando busqué lugares con mucha nieve y mucho esquí. No le di demasiadas vueltas. Hice las maletas y me marché.

—¿Te gustaba enseñar a esquiar o te quedaste ahí por… simplemente estar lejos de Ribadeo?

—Me gustaba —reconoce—. Me lo pasaba bien, la verdad. Me encantan los niños. Daban mucha guerra y me volvían loco a veces, pero me mantenían con la mente en blanco.

—El día siguiente de verte besar a… Lisa*…,* te vi desde las sombras con los niños. Aunque estuviera celosa esa mañana, me diste mucha ternura. Se ve que se te da muy bien estar con los niños.

Thiago me mira.

—¿Estabas celosa de verdad? —pregunta, divertido.

De nuevo, soy sincera.

—Mucho. ¿Tú no te ponías celoso cuando me veáis con Alan?

—No —dice, y yo levanto la cabeza de su pecho para mirarle a la cara con el ceño fruncido—. Yo me ponía celoso pensando en que él

te había visto crecer, y que yo me había perdido muchas cosas de ti.

Sonrío ligeramente y vuelvo a apoyar mi cabeza en su pecho.

—No te has perdido demasiado, la verdad. Importante…, solo mis cumpleaños.

Y ni eso…

—El 27 de septiembre nunca se me olvidada, tranquila.

Le meto un codazo.

—Es el 3 de enero, idiota.

Él se ríe.

—Lo sé, Kell. Claro que lo sé. Creo que no había día en todo el año en el que pensara tanto.

—¿Y en qué pensabas?

Thiago coge una respiración profunda y mi cabeza se eleva con su pecho.

—Pues en todo. En ti. En qué estarías haciendo. Con quién lo estarías celebrando. Si habrías soplado las velas. Si seguirías con tu manía de no pedirle deseos al fuego. Si pensarías en mí…

—Pensaba en ti —reconozco—. Nunca he dejado de hacerlo. ¿Sabes? Yo también conservaba cosas de ti.

Siento su corazón acelerarse.

—¿En serio? ¿Qué?

—Pues no tantas cosas como tú porque mi madre me tiró todo sin permiso y me cambio de móvil nada más llegar a Londres, pero siempre guardé la pulsera de bolitas que te encontraste en el mar y luego me regalaste, ¿te acuerdas? —Él asiente—. Y también el retrato de una foto nuestra que me diste cuando hicimos un año, con tu dedicatoria…

Recuerdo cómo tenía que esconder esas dos cosas para que mi madre no me arrebatara todo de él. Se me hace un nudo en la garganta pensar en mí con diecinueve años mirando ese retrato, leyendo su dedicatoria todas las noches y llorando a mares hasta que me quedaba dormida…

Thiago se da cuenta de que me he puesto triste, así que decide cambiar el rumbo de la conversación.

—Hablemos de nuestro futuro, Kell. Hagamos como que no ha pasado. Estamos juntos y eso es lo que importa. Vamos a empezar a pensar en que todo lo que hemos vivido estando separados ha sido necesario para que hoy volvamos a estar juntos.

Asiento y tomo una de sus manos y entrelazo nuestros dedos.

—Vale. Pero tengo un poco de frío.

—¿Quieres que entremos?

—¿Tú no tienes frío?

—Llevo tres años viviendo a bajo cero…

Thiago me pega más a él, para tratar de darme un poco de su calor corporal.

Lo consigue.

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cuáles son tus planes? —le pregunto.

Él lo tiene claro.

—Despreocuparme. Quiero vivir por unos meses como si volviera a tener diecisiete.

—¿Y cómo sobrevivimos?

—Tengo dinero ahorrado. Y mis padres no van a poner pegas a que vivamos con ellos. Están deseándolo.

—¿Y yo?

—Tú conmigo, Kell. No te preocupes por el dinero. No te preocupes por nada. Nos merecemos descansar por un tiempo.

—¿Y dónde vamos a trabajar luego? ¿Qué tienes pensando?

—Hacer lo que se me da bien: enseñar algún deporte. Trabajaré en el club de surf como profesor.

Frunzo el ceño un segundo cuando me viene un recuerdo de estas dos semanas.

—¿Solo se te da bien enseñar algún deporte? Porque yo recuerdo verte muy cómodo en ese bar de estriptis. ¿Me explicas cómo narices terminaste ahí?

Thiago se ríe.

—Simplemente me ofrecieron participar de forma espontánea, y yo…, bueno, lo vi como una forma de ganar un dinero extra de

forma fácil y de conocer a…, ya sabes, a…

—¿Chicas?

Él asiente.

—Como mucho iba dos noches por mes, cuando había alguna baja en la plantilla principal —me explica—. Luego es verdad que me ofrecieron unirme, pero lo rechacé.

—¿Por?

—Porque, aunque ganara bastante dinero en una noche, me iba a volver loco. No podía estar con una chica diferente cada día… Creo que esa fue la única decisión coherente que tomé en estos seis años. Bueno, y porque medio desnudarme en una tarima no era mi pasión, la verdad.

—Ibas dos noches al mes, y justo yo fui en una de esas dos… —comento, asombrada—. Lo que nos ha pasado en Laponia rompe cualquier teoría sobre la casualidad.

—Tú y yo estamos destinados, Kelly.

Aprieto nuestras manos entrelazadas y cierro los ojos. Solo escucho los ruidos de la noche: los búhos, los grillos, las hojas de los árboles y de los arbustos moviéndose por el aire… Siento el frío característico de Galicia. El olor de nuestro hogar. La sensación de que estamos en casa.

Por un momento siento que no ha pasado el tiempo y que es una noche más entre Thiago y yo en 2018. Una de esas noches en las que salíamos al jardín de su casa a hablar hasta que el sueño nos ganaba.

Siento paz, porque todo vuelve a estar bien.

—¿Quieres que te confiese una cosa? —me pregunta al cabo de unos segundos en silencio.

—Claro.

Siento que sonríe sin la necesidad de mirarlo a la cara.

—El día que subimos juntos en el telesilla y de pronto se frenó…

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Pues que fui yo quien pidió que se frenara.

Levanto la cabeza de su pecho y lo miro incrédula.

—¡¿Me lo estás diciendo en serio?! —Thiago asiente, sin dejar de sonreír. Se la borro cuando le meto un puñetazo en el costado—. ¡Casi me da un ataque al corazón ahí subida, idiota!

Thiago me pone la mano en la boca tras mi grito. Por un momento se ha olvidado que es de madrugada.

—¿Si te digo que lo hice porque quería asegurarme de poder tener una conversación contigo después de seis años me odiarás menos?

Me quito su mano de la boca. Luego le contesto:

—No.

Hago el amago de incorporarme, pero me rodea la cintura con su brazo y me vuelve a pegar a él. Ahora casi estoy encima suya.

—Perdón por casi provocarte un infarto, mi amor.

Lo fulmino con los ojos.

—Disculpas no aceptadas.

—No corríamos peligro. No te habría puesto en peligro nunca.

Lo sé.

—Da igual. No vuelvas a hacer algo así —exagero mi mirada de rencor.

Él asiente al tiempo que me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Te lo prometo, preciosa.

Su *preciosa* me acelera el corazón como a una niña.

Apoyo mi cabeza en su pecho y Thiago me abraza para seguir dándome calor.

—¿Cómo les decimos a tus padres que queremos montar una boda en su jardín? Nos van a decir que si nos hemos fumado algo —le digo.

—Kell, mi madre se entera de que nos queremos casar y a los diez minutos nos ha montado un altar a base de cajas de cartón, tablones de madera y un poco de saliva.

Yo suelto una carcajada.

—Ya, es verdad. Tienes razón.

—¿Cuándo quieres casarte? —me pregunta. Y aunque tengo muchísimas ganas de casarme con él, siento que necesito un tiempo de no pensar en ceremonia, bodas, vestidos y anillos. Me casaría con él ahora mismo sin ningún tipo de preparación, pero como quiero tener una boda bonita con él, prefiero esperar un poco.

Decido vacilarlo un poco.

—No sé… Cuando te dignes a plantarme un anillo en el dedo, ya vamos viendo.

Me importa muy poco el anillo y su pedida. No los necesito. No con él. Además, ya me dijo que nos casáramos esa noche en el hotel de cristal. Con eso es más que suficiente.

Para mi sorpresa, Thiago de pronto se incorpora en el césped y me invita a hacer lo mismo.

Me mira con una sonrisa divertida durante unos segundos. Luego se levanta del suelo, hace que me levante yo, y me empieza a arrastrar de la mano hacia su casa.

—¿Qué haces? —le pregunto en un susurro cuando comienza a subir las escaleras de su casa sin soltarme.

Thiago no me contesta. Solo camina apresuradamente por su casa hasta que llega a su habitación. Me suelta la mano y comienza a buscar algo en su armario.

Yo lo miro sin entender nada. Él busca y rebusca hasta que da con lo que quiere.

—¿Qué buscabas en…?

Me quedo petrificada cuando lo veo darse la vuelta con la caja de un anillo en las manos y arrodillarse delante de mí.

Thiago se ríe al ver mi cara de pasmada. Luego, alarga su mano para agarrar la mía.

—¿Piensas que soy un loco si te digo que te compré un anillo de compromiso con diecisiete años?

Mi corazón amenaza con salirse por mi boca.

Trago saliva antes de contestarle.

—¿Sí? ¿No? No sé… ¿Cómo que…? ¿Cuándo…? ¿Por qué…?

Thiago me interrumpe cuando ve que no soy capaz de formular una pregunta. Y como él tiene todas las repuestas, es más sencillo y fácil que él empiece contando a que yo intente preguntar.

—Siempre supe que eras el amor de mi vida y que me casaría contigo, Kelly. Por eso, cuando gané mi primer sueldo como entrenador de fútbol el verano en el que… nos separamos, fui a comprarte un anillo de compromiso. —Thiago se ríe cuando mira el anillo, porque no es un anillo de compromiso como tal. Es un anillo de plata con una pequeña joya de imitación. Para un crío de diecisiete que acaba de cobrar sus primeros doscientos euros, es la cosa más cara que podría comprar—. Tenía pensando pedirte matrimonio el día siguiente a que nos fugáramos. Era una ida de olla, lo sé, pero… que te quisieras marchar al fin del mundo conmigo con las manos vacías significaba tanto para mí, que lo único en lo que podía pensar era en que quería que fueras la mujer de mi vida para siempre. —Hace una pequeña pausa antes de decir lo siguiente—. Lo tiré cuando te marchaste. Sin embargo, cuando vi pasar el camión de la basura dispuesto a recoger aquello que con tanta ilusión e inocencia te compré, salí corriendo para rescatarlo, y lo guardé y dejé aquí porque…, no sé, Kell, en el fondo de mí sabía que volverías. Sentía que tenía que dejar este anillo aquí, para cuando volvieras. Porque me negaba a creer que la vida me obligara a vivir el resto de mi vida con el corazón roto, sin ti, sin lo que más he amado desde que entendí lo que era amar y querer a una persona que tú mismo has elegido amar.

Cuando deja de hablar, me quedo quieta durante unos segundos procesando sus palabras. Luego, me tiro de rodillas frente a él y lo abrazo con todas mis fuerzas.

No me puedo creer esto. No me puedo creer que Thiago haya tenido guardado seis años un anillo esperando a que volviera. Que no pudo tirarlo, porque su corazón esperaba que volviera con él…

¿Qué he hecho para merecerme su amor incondicional? Su espera. Su esperanza de que volviera. Su querer…

No me lo merezco. No, cuando yo sí pude «rehacer» mi vida sin él… No, cuando estuve a punto de no saber elegirlo.

—No te merezco, Thiago… —le digo en un sollozo, porque desde que ha empezado a hablar los ojos se me han inundado de lágrimas y el llanto se ha apoderado de mí.

Él trata de separarme de su cuerpo, pero no lo dejo. Quiero abrazarlo hasta olvidarme de que casi lo pierdo y casi lo dejo escapar por no saber luchar por un amor que él antepondría y ha antepuesto siempre, aunque ni siquiera supiera en qué lugar del mundo me encontraba, y sin saber si volvería algún día…

—¿Qué dices, Kell?

—Que no me merezco ser tanto para ti. Que no sé qué he hecho para ser tan insuperable, Thiago, pero no me lo merezco —le confieso lo que siento.

Ahora sí que consigue separarme de él. Luego, se levanta del suelo y hace que yo también lo haga. Me empuja ligeramente hacia atrás hasta que mis caderas chocan con la mesa de su escritorio.

Me limpia las lágrimas con los pulgares.

—No vuelvas a decir eso. Sí que te mereces ser lo que eres para mí. Has crecido a mi lado, has sido mi primera amiga, mi primera novia, mi primer amor… ¿Cómo iba a superarte cuando aprendí a vivir, a crecer y a querer contigo?

—Pero yo no…, yo no fui capaz de…

Thiago sabe lo que quiero decir. Sabe por dónde le voy a salir y no quiere que saque el tema. Por eso, antes de que pueda seguir diciendo cosas, me besa.

Siento algo parecido al alivio cuando lo hace. Porque no sé cómo se las apaña, pero siempre, cuando me besa, las cosas dejan de ser tan difíciles, duras o complicadas. Todo se vuelve más sencillo. Todo tiene una solución. Todo vuelve a ser como antes.

Cuando rompemos el beso, lo abrazo con fuerza. Apoyo mi cabeza en su pecho e inhalo con fuerza.

Huele como siempre.

A mi Thiago.

A casa.

Al amor de mi vida.

Aunque haya estado con Alan, él para mí también ha sido insuperable.

Y lo sé, porque ahora que lo tengo conmigo, y que puedo volver a sentirlo, quererlo, besarlo y abrazarlo, soy más consciente que nunca de que lo que he hecho estos seis años ha sido sobrevivir.

Que llevo sin vivir de verdad desde la última vez que lo vi.

Que he querido a otro hombre con el corazón roto. Y que no se puede amar así. Que no es justo. Que Alan no se merecía que lo quisieran si no es como amo a Thiago. Como él me ha amado a mí estos años. Con el corazón íntegro. Con el corazón lleno. No a medias. No con el nombre de otra persona grabado en el alma.

—Tú también has sido insuperable para mí, Thiago. Ahora soy consiente plenamente. Solo sé *amarte* a ti.

A Thiago se le acelera el corazón, lo sé.

Deja de abrazarme para mirarme a la cara. Sonríe cuando nuestros ojos conectan.

—¿Eso significa que aceptas mi anillo barato y que quieres casarte conmigo?

Sonrío con los ojos algo humedecidos. Luego, asiento repetidas veces.

—Acepto, Thiago, claro que acepto.

Él, ante eso, se arrodilla para ponerme el anillo en el dedo.

Me besa la mano cuando ya lo tengo puesto, y contra ella dice:

—Te prometo que te compraré uno mejor.

Yo frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—No quiero otro «mejor». Quiero este, Thiago. Solo este. De verdad.

Quiero llevar conmigo toda la vida el anillo que me compró, tiró, rescató y guardó a la espera de que regresara.

Creo que es el acto más bonito de todos. Creo que es la historia de amor más increíble que podremos contarles a nuestros hijos, nietos y bisnietos.

Con el anillo de pedida en la mano, y tras ponernos el pijama, nos acostamos juntos en su cama. Como antaño. Como llevo soñando hacer seis años. Es todo lo que he echado de menos.

Mi fantasía más recurrente siempre ha sido esta.

Volver a Ribadeo.

Dormir en la cama de Thiago como cuando teníamos dieciséis años.

Con la ventana abierta. Sintiendo el aire de Galicia entrando en la habitación en los primeros días de primavera.

Utilizar su pecho como almohada.

Recibir su beso en la frente y su «te quiero» como buenas noches.

Y sentir que la vida vuelve a ser fácil, porque por fin estoy junto a él en el lugar en el que hemos crecido juntos…

En el lugar en el que dejamos mucho hecho, pero tanto por hacer…

En el lugar en el que nuestras vidas se detuvieron, pero volverán a avanzar.

En el lugar en el que nuestra historia vuelve a empezar…

EPÍLOGO

PARA SIEMPRE

Kelly

Un año más tarde...

—Kelly, ya está todo preparado. Los invitados están sentados y Thiago está listo —me avisa Elsa desde el marco de la puerta.

El corazón me late enloquecido. Me embarga tanta emoción que se me humedecen los ojos. Tengo que abanicarme para que no se me escapen las lágrimas.

Miro a Sienna y Molly, que me sonríen, nerviosas pero emocionadas de que este día haya llegado. De que pueda vivir la historia de amor que siempre he querido.

Nos fundimos en un abrazo, y no puedo evitar recordar cómo me apoyaron hace un año. Nunca me juzgaron; es más, fueron las primeras en recordarme que debía ser yo la que decidiera a quién darle mi «sí, quiero». Que estaba a tiempo. Que era natural seguir queriendo a la persona que había dejado en un pasado del que yo nunca me había querido ir.

Fueron imprescindibles. Fueron las mejores amigas, las amigas que necesitaba.

—¿Estás lista, Kelly?

Oliver, guapísimo con su traje, está asomado a la puerta. A Sienna casi se le cae la baba cuando lo ve, y eso que ya llevan un tiempo saliendo. Un motivo más para creer que estábamos

destinadas a ir a Laponia: yo volví con el amor de mi vida y una de mis mejores amigas conoció a su alma gemela.

Yo le digo que sí con la cabeza a Oliver, decidida, y entonces engancho mis brazos con los de mis amigas para caminar juntas fuera de la habitación, vestida de novia.

Joder.

Me voy a casar.

Y esta vez de verdad.

Y en Ribadeo…

Bajo las escaleras de la casa como un flan. Tengo muchos sentimientos dentro, pero todos son buenos. Todos reflejan que me muero por vivir este día. Que no tengo ganas de huir. Que he tomado la decisión correcta y que no puedo estar más feliz por ello.

No me puedo creer que vaya a casarme. No después de todo lo que ocurrió el año pasado… Me parece surrealista. Me parece una locura que todo haya cambiado tanto en poco más de trescientos sesenta y cinco días.

El *Canon* de Johann Pachelbel resuena en el jardín donde más he jugado siendo una niña, mientras espero a cruzar una puerta que me separa del amor de mi vida.

Mis amigas me llevan del brazo, una cada lado, y eso me hace sentir algo más tranquila. Me hace una enorme ilusión que ellas me lleven al altar.

—¿Estáis listas? —nos pregunta la oficiante, una amiga de la madre de Thiago.

Yo asiento, más decidida y segura que nunca, y entonces abren la puerta trasera de la cocina para que pueda salir al jardín, justo cuando la canción inicia.

Todos se ponen de pie al verme aparecer, y a mí se me llenan los ojos de lágrimas al atravesar el jardín en el que crecimos, reconociendo a cada uno de los invitados: nuestros amigos de infancia, pero también los que he hecho en los últimos años.

Distingo entre los invitados a Elsa y a Taylor. En el altar, a mi amiga Rebeca, quien es mi dama de honor junto con Molly y Sienna.

Al otro lado, están Roi, Alexio, Martiño y Oliver, que son los padrinos de Thiago.

¿Cómo la vida puede dar tantos giros?

¿Cómo puede unir, separar y volver a unir de esa forma?

¿Cómo puede ser tan impredecible?

Siento que el corazón me va a explotar cuando veo que Thiago está llorando mientras me mira caminar hacia él por el empedrado adornado de farolillos, cuando entiendo que no necesita nada más que a mí para sentirse y ponerse tan emotivo, cuando soy consciente de que su sueño se ha hecho realidad.

No somos más de treinta en la ceremonia, pero eso es más que suficiente. Ni Thiago ni yo queríamos una boda que llevara más de tres meses de preparación. Todo lo que queríamos lo estamos cumpliendo. Era sencillo. Tan solo necesitamos a nuestros amigos cercanos, Ribadeo, primavera, y el uno al otro.

La ceremonia se me pasa volando, distraída como estoy en sus ojos verdes. Pensando en nosotros; en lo que hemos pasado, y en lo caprichosa y loca que ha sido nuestra historia; en lo mucho que hemos sufrido, pero también en cuánto ha merecido la pena pasar para llegar a esto que siempre he querido: ir de la mano de Thiago, en España, camino a un altar.

—Kelly —dice el padre Brais, el mismo cura que nos dio catequesis y la primera comunión—. ¿Te presentas hoy de forma libre y voluntaria, y ante Thiago, para amarlo, respetarlo y serle fiel?

Yo respiro hondo, sonrío y asiento.

—Sí, me presento libremente.

—¿Prometes amarlo en la salud y en la enfermad, en la riqueza y en la pobreza hasta que la muerte os separe? Piénsatelo bien, chiquilla… —bromea.

Todos nos reímos, pero yo asiento. Claro que asiento.

—Sí, lo prometo. Para siempre.

Thiago se lleva una mano al pecho al oírlo.

—Thiago… —continúa el padre Brais—. ¿O quizás debería llamarte *rompevidrieras?* —pregunta, y todos soltamos una carcajada—. ¿Te

presentas hoy de forma libre y voluntaria, y ante Kelly, para amarla, respetarla y serle fiel?

Él me mira durante unos segundos con los ojos brillantes. Me sonríe y, tras tomarme la mano y depositar un beso en mis nudillos, contesta muy cerca de mí.

—Sí, por supuesto.

—¿Prometes amarla en la salud y en la enfermad, en la riqueza y en la pobreza hasta que la muerte os separe?

—Sí. Sí, lo prometo. En esta vida, y en mil más. Para siempre.

Yo me muerdo el labio, intentando contener las lágrimas.

Tras la respuesta de Thiago, el padre Brais dice las palabras que más he deseado escuchar en mi vida.

—Entonces, por el poder que me ha sido concedido para llevar a cabo esta unión…, yo os declaro: marido y mujer. —La sangre se me enfría cuando soy plenamente consciente de que por fin me he casado. Que lo he hecho con él—. Thiago, puedes besar a la novia.

Él no tarda en hacerlo. Me agarra la cara entre sus manos y me besa mientras los invitados se ponen a chillar y a silbar como locos por nosotros.

—Gracias por elegirme, Kelly. Gracias por volver y por encontrarme. Gracias por ser el amor de mi vida… —me dice contra los labios cuando rompemos el beso.

Yo pongo mis manos sobre las suyas encima de mi cara.

Como aún seguimos muy cerca, me inclino hacia delante para dejarle un beso corto, pero profundo en los labios.

—Eres el chico de mi vida, Thiago. Siempre has sido tú.

—Te amo con locura —me responde.

—¿Para siempre?

Thiago vuelve a juntar nuestros labios. Y, encima de los míos, me dedica y graba su promesa.

—*Para siempre,* Kelly Williams —me promete.

Cuando nos separamos, todos nuestros amigos se acercan a nosotros para abrazarnos y felicitarnos.

El jardín, tras la ceremonia, pasa a convertirse en un banquete al aire libre con comida preparada por la madre de Thiago y la ayuda de algunos chefs. La verdad es que ha quedado todo precioso. Los árboles están adornados con luces, en el suelo hay pétalos de rosas blancas, la mesa está llena de velas, copas y flores…

Comemos todos juntos y, para el brindis después de comer, Thiago y yo tenemos una entrada sorpresa que solo entenderán aquellos que nos hayan prestado atención a la historia de cómo nos conocimos…

Una entrada que llevo soñando con hacer toda mi vida.

—¿Estás lista, Kell? —me pregunta, y yo, antes de contestarle, me agarro con más fuerza a su cintura después de acomodarme un poco más el vestido entre las piernas.

Cuando me siento cómoda, le doy una respuesta.

—Muy lista, Thiago —afirmo.

Él me mira sobre su hombro y, cuando me ve, solo puede sonreír.

—¿Quién iba a decirte a ti el día que nos conocimos que volverías a subirte ahí? —me pregunta, vacilón, porque recuerda el miedo que pasé y las veces que le impedí volver a hacerlo.

—¿Y a ti? —le devuelvo la pregunta con el mismo tono irónico. Sin embargo, cuando vuelve a contestarme, lo hace con certeza.

—Yo siempre lo supe, Kelly. Siempre supe que te llevaría a la celebración de nuestra boda así.

Trago saliva con fuerza. Luego, vuelvo a abrazarlo desde atrás con fuerza para agarrarme mejor.

—Ve despacio, ya no tienes siete años.

Thiago suelta una carcajada por mi comentario y, tras prometerme que no irá igual de rápido que hace diecisiete años, comienza a pedalear colina abajo hasta que nos adentramos con la bici en el jardín de su casa. Cuando llegamos, empieza a tocar la campanita para llamar la atención de los invitados, mientras da varias vueltas por todo el jardín para que todo el mundo nos vea montados en la bicicleta.

Dios mío.

La Kelly de ocho años no se está creyendo que el chico que la llevó a casa en su bici verde chillón aquel día que acababa de llegar a un lugar que no conocía sería el mismo que la llevaría al brindis de su boda de la misma forma.

Por eso mismo reafirmo la idea de lo improbable que podría haber sido que mi corazón sobreviviera toda una vida sin él.

Porque era imposible que nuestra historia acabara aquel día.

Tuvimos que pasar por un paréntesis para darnos cuenta de que necesitamos al otro para que todo funcione correctamente.

Porque ahora lo hace.

Porque ahora tiene sentido.

Estaba claro que a nuestra historia aún le faltaba mucho para ponerle el punto final.

Y, si quien escribe nuestra historia alguna vez nos lo tiene que poner para dejar de contar lo que hemos sido, somos y seremos, espero que ponga un punto final en el que se especifique que seguimos siendo. Que seguimos siendo juntos Thiago y Kelly.

Siempre.

Y *para siempre…*

Y que nuestra historia empieza de verdad… *aquí, ahora y juntos.*

AGRADECIMIENTOS

No sé realmente en qué momento he dejado de soñar con publicar mis libros, a estar escribiendo los agradecimientos de una novela más… ¿Dos libros en un año? Que alguien me pellizque…

Me hace especial ilusión la publicación de esta novela por dos razones: la primera, porque después de escribir *A Fuego Lento* pensaba que nunca sería capaz de escribir otro libro del que pudiera sentirme orgullosa… Y, la segunda, porque hubo un momento de mi vida en el que esta novela se tuvo que ver pausada, y durante ese tiempo no sabía si podría terminarla algún día…

Si a mi yo de 2024 le dices que va a ver la luz, seguro que se desmaya.

Quiero darle las gracias (y unas gracias infinitas) a la editorial, a Fandom Books, a Marta Álvarez y a todas las personas que han vuelto a confiar en mí para publicarme algo nuevo, algo más… Aún sigo sin creerme que todo aquello que veía imposible (no hace tanto) cada vez es más una realidad. Gracias, de nuevo, por la oportunidad y por darle un hogar a mis historias.

También quiero darles las gracias a mis mejores amigas, por el apoyo incondicional (sois las mejores *community managers* del mundo, os quiero un montón <3), a mi padre, mi tía, mi abuela y mis hermanos, por ir diciendo con tanto orgullo que hay una escritora en la familia.

A mi abuelo, por escucharme tanto (porque sé que lo haces), y a todas las lectoras que se atrevieron a darme otro voto de confianza leyendo esta novela en Wattpad después de leer *A Fuego Lento*. ¡A vosotras siempre os tendré un cariño especial!

Por supuesto, gracias a ti también, lector, por elegir este libro entre TANTÍSIMAS opciones. ¡Espero de corazón que lo hayas disfrutado y que nos veamos en próximos!

Y, tal y como hice en AFL, me gustaría también darme las gracias a mí misma, porque solo yo sé lo que me ha costado escribir esta novela…

Gracias por terminarla.

Gracias por nunca rendirte.

¡LO HEMOS VUELTO A HACER!

Playlist

Glimpse of Us – Joji
Te regalo – Carla Morrison
All I Want – Kodaline
Sudores fríos – Natos, Waor, Recycled J
When I Was Your Man – Bruno Mars
Photograh – Ed Sheeran
The One That Got Away – Katy Perry
Una noche más – Walls, Bruses
Todo pasa – Carla Morrison
Akureyri – Aitana, Sebastián Yatra
We Can't Be Friends – Ariana Grande
Robbers – The 1975
¿Cómo pasó? – Ela Taubert
When We Were Young – Adele
Me rehúso – Danny Ocean
Dueles – Jesse & Joy
All I Ask – Adele
Die With A Smile – Lady Gaga, Bruno Mars
Hometown Glory – Adele
Cuando hables con él – Aitana
Hoy es tu cumpleaños – Aitana, Danny Ocean
Desde que ya no hablamos – Aitana
Duele un montón despedirme de ti – Aitana
Vas a quedarte – Aitana
Cuarto azul – Aitana
Carne y hueso – Tini
Saturn – Sleeping At Last
Cedar – Gracie Abrams

Si la ves – Morat



Edición en formato digital: octubre de 2026

© Del texto: Nicky Walls, 2026
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2026
C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez Soler
Detalle interior: Artvea/iStock/Getty Images

ISBN ebook: 978-84-19831-88-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.